

**CARIDAD  
BRAVO ADAMS**



# **LA MENTIRA**

**Lectulandia**

Demetrio es un hombre atormentado por el dolor, el odio y el deseo de venganza que acepta por verdad una mentira; Verónica es una mujer fuerte que se enfrenta contra todo para preservar su amor, recuperar su vida y destruir esa mentira.

La honradez encasillada por lo prejuicios; la nobleza débil y por ello incapaz de luchar; el amor consumido por el odio y por los celos; la fortaleza de espíritu que enfrenta todos los peligros, físicos y morales, para acabar con el engaño y la falacia.

Con trazos precisos, Caridad Bravo Adams deposita en sus personajes las pasiones más altas y las más bajas para crear una historia conmovedoramente humana, que mantiene al lector en tensión hasta su emotivo desenlace.

**Lectulandia**

Caridad Bravo Adams

# **La mentira**

ePub r1.0

Titivillus 22.11.15

Título original: *La mentira*  
Caridad Bravo Adams, 1953  
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

La fina piragua, larga y estrecha como la hoja de una espada, remonta lentamente el margen del Río Cuyabá, al golpe rítmico de los seis remos que la impulsan...

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!

Seis torsos morenos se inclinan sudorosos para volver a alzarse tensos por el esfuerzo, mientras las anchas paletas de madera se hunden en las aguas verdosas...

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!

El hombre cuya voz dirige a los remeros, marcándoles el ritmo, es un indio de la raza tupí, alto, macizo, recio, como tallado en caoba vieja... A su voz, los galeotes parecen reanimarse a realizar el mayor esfuerzo y sus ojos, casi azules de puro negros, buscan la aprobación del hombre blanco, sentado justamente en el medio de la piragua, con el casco de corcho sobre la nuca y la mirada inquieta recorriendo las márgenes del río donde se amontona la selva...

—¿Cuándo llegaremos al poblado ese?

—Los hombres están remando bien, patrón, pero la corriente es fuerte.

—Te he preguntado cuándo llegaremos...

—Hoy patrón; si no nos agarra la tormenta.

Ha mirado el largo y estrecho trozo de cielo que deja libre la selva sobre el río, como interrogando a las nubes negras henchidas de amenaza de lluvias y truenos...

—Hace ocho días que estoy de viaje. Ocho días remontando este río que parece no acabarse nunca...

—No es igual bajar el río que subirlo; hay que tener paciencia, patrón.

—¡Paciencia... paciencia!

El hombre blanco ha apretado los labios como para contener la emoción dolorosa que le embarga mientras su mano inquieta oprime aquella carta doblada en el fondo del bolsillo de su chaqueta, y sus ojos vuelven a recorrer el litoral oscuro y verde, mientras el indio responde con el frío laconismo de las razas primitivas.

—Contrataste mi barca para llevarte a Porto Nuevo y a Porto Nuevo te llevo.

—¡Es allí! ¿En aquéllas casas de paja que se ven en el playón de arena?

—No, patrón. Porto Nuevo todavía está lejos, mucho más lejos...

—¡En el fin del mundo por lo que veo!

En el fin del mundo, en el corazón de la selva, en el rincón más apartado del Estado de Matto Grosso; esto es, en el centro mismo de América, en las selvas de aquel Brasil inexplorado e inmenso, se alza en efecto Porto Nuevo.

Aldea de mineros, de buscadores de oro, de aventureros ansiosos de jugarse la vida, de desesperados; en guerra abierta con el universo... Así se presenta a los ojos del hombre que llega.

—Llegamos, patrón... éste es Porto Nuevo.

Demetrio de San Telmo no ha aguardado un instante para saltar a las mal unidas tablas del muelle, aspirando como si el aire le faltara, el vaho pegajoso, húmedo y

caliente de los pantanos entre los que se alza el pueblo.

Es un hombre alto, delgado, musculoso, de anchas espaldas y puños recios. Un mechón de cabellos castaños le cae lacio sobre la frente; los ojos, de un color gris de acero, se entrecierran como para adquirir mayor fuerza; por la camisa de lino entreabierta se ve el ancho pecho de atleta y sacude las piernas largas y ágiles, torturadas por la inmovilidad de la piragua durante días enteros...

—¿Qué te debo?

—Lo convenido, patrón, y lo que sea tu voluntad para el aguardiente de los muchachos que han remado bien.

—Toma, coge tu dinero y el resto para ellos...

—Que Dios te ayude, patrón.

—Espera. ¿Sabrías decirme dónde vive Ricardo Silveira?

—Traigo y llevo carga de estos muelles, desde hace años, patrón; pero no bajo nunca a Porto Nuevo. ¿Por qué no preguntas en la taberna?

El indio ha vuelto a saltar a la piragua, haciendo una seña a los remeros, indiferentes al gesto de Demetrio San Telmo, que extiende la mano como queriendo detenerlos...

—¡Arriba!

La barca se aleja. Han seguido remontando la corriente, sin mirar al hombre cuyo rostro parece más sombrío en aquel momento. Aun aquel indio enigmático e indiferente era un compañero para él... Ahora se vuelve para mirar al pueblo con una horrible sensación de absoluta soledad. Apenas puede dársele ese nombre a los barracones diseminados a la orilla del río, a las dos docenas de casuchas de adobe que se amontonan en el centro, al remedo de plaza pública, donde ubicadas frente a frente, como desafiándose, están la iglesia y la taberna...

—Puerto Nuevo...

Tras vacilar un instante ha ido hacia la taberna y otra vez sus dedos estrujan la carta doblada en el bolsillo de su chaqueta como pidiéndole los remedios necesarios para responder al ruego que hay en ella...

—¿Podría informarme alguien dónde vive Ricardo Silveira?

Todos los ojos se han clavado con estupor en el recién llegado, como si no le comprendieran; pero algunos señalan al hombre que ocupa el centro del grupo; un hombre alto, musculoso, grueso, con rubicunda faz de alcohólico, que arrebató más que tomar la botella que le acerca el cantinero.

—¿Es usted el que puede informarme, señor?

—Botel... Botel es mi nombre. Y no tengo porque informar de nada a nadie. Probablemente no buscará usted a Ricardo para nada bueno.

—Si lo conoce le ruego que me informe. Acabo de llegar a Porto Nuevo, ocho días de viaje, sólo por verle. El indio que me trajo me aconsejó que preguntara en la taberna.

—Ya se acabaron los buenos tiempos en que Ricardo compartía su *whisky* con

nosotros. Siga su camino... y pregunte en otra parte. Aquí no nos importa lo que le pasa a usted.

Una ira súbita descompone el rostro del forastero pero antes de que acudan a sus labios las palabras, antes de que el violento ademán conquie va hacia los borrachos se complete, una mano firme y suave le ha sujetado por el brazo...

—¿Quiere usted venir conmigo, señor?

—¡Eh, qué!

—Le ruego que venga conmigo. Creo que puedo darle los informes que necesita. Ricardo Silveira le esperaba a usted... Venga...

Pocos pasos les han bastado para estar fuera de la taberna y Demetrio mira con extrañeza el chaleco cerrado, la chaqueta negra, el rostro pulcramente afeitado y los ojos serenos, claros y azules que se fijan con interés en él.

—Le vi bajar de la piragua... Y estaba en la puerta de la iglesia cuando cruzó usted la plaza... ¿Será usted Demetrio de San Telmo?

—Exactamente. ¿Cómo sabe?

—Yo soy el reverendo Williams Johnsson y fui muy amigo de su hermano de usted.

—¿Fue? ¿Quiere decir que no lo es ahora? Sin embargo...

—Le llevaré a la casa de su hermano después que hayamos hablado y que haya descansado unos momentos; se le ve muy fatigado, amigo mío. Venga conmigo... Vivo aquí, junto a la iglesia.

—No importa mi cansancio... Si sabe usted donde vive Ricardo, indíquemelo, se lo ruego. Necesito verle enseguida; estoy seguro de que me espera...

—Ya no le espera... No pudo esperarle.

—¿Qué dice usted?

—Su hermano ha muerto.

\* \* \*

—Beba, amigo mío... Beba usted, se lo ruego. Un poco de *whisky* cae muy bien en momentos como éste... Por la pena que usted demuestra, veo cuánta razón tenía el pobre Ricardo en aguardarle, en confiar en usted, en pensar que todo hubiera sido distinto para él si usted hubiera estado al lado suyo; pero por desgracia...

—¡Llegué tarde! ¡Llegué demasiado tarde! Tardó demasiado en escribirme esta carta Ricardo. Fueron inútiles todos mis esfuerzos... ¡Dios no quiso permitir que llegase! ¡Dios parece que no mira hacia la tierra!

—Cálmese, amigo mío... Comprendo su dolor; ya sé por Ricardo lo que él significaba para usted...

—Era mi único hermano, reverendo.

—Sé que más que hermano supo usted ser un padre para él... no obstante llevarle pocos años. Ocho, ¿verdad?

—Sí... éramos hermanos de madre solamente. Por eso tenemos distintos apellidos.

—Ricardo me habló largamente de eso durante los pocos días de nuestra amistad.

—¿Pocos días?

—No fuimos amigos, como usted comprenderá, mientras él frecuentaba la taberna. Botel, ése a quien se dirigió usted primero, fue su compañero inseparable durante los nueve largos meses que Ricardo estuvo en Porto Nuevo. Con él encontró la mina, con él pasó días y noches bebiendo.

—¿Qué dice usted? ¿Ese hombre era amigo de mi hermano?

—Ricardo no era el mismo que usted conoció seguramente, cambió mucho aquí, en este ambiente, y no deba culparlo demasiado por eso. Un gran dolor puede también cambiar al hombre más noble, cegarlo, enloquecerlo...

—¿Un gran dolor?

Demetrio de San Telmo ha vuelto a ponerse de pie. Su espléndida figura parece más alta, más recia, en la modesta salita del reverendo Williams Johnsson. Hay un temblor de angustia en sus labios y casi bruscamente rechaza el vaso que el pastor vuelve a ofrecerle.

—Perdóneme, reverendo; no deseo beber en estos momentos. Necesito toda la lucidez de mi espíritu, necesito que me diga usted la verdad... Un gran dolor, ha dicho usted... ¿Fue acaso un gran dolor lo que trajo a Ricardo a Porto Nuevo? ¿Lo que lo apartó de su empleo, de sus amigos, de su carrera, de su vida feliz en Río de Janeiro? ¡Siempre temí algo como esto!

—Sólo los ambiciosos vienen a lugares como éste. Los que ambicionan minas de oro y diamantes como Botel. Los que ambicionan como yo, ganar almas para el cielo... Su hermano Ricardo tuvo aquí la obsesión de la riqueza, buscó infatigablemente la mina que había de convertirle en millonario en pocos meses; pero lo dejó todo cuando llegó aquella carta, la carta de aquella mujer...

—¿Qué mujer era ésa? Acabe, reverendo Williams, se lo suplico... Fue una mujer, ¿verdad?

—Así lo creo. Una mujer que le hizo buscar la riqueza, que le hizo buscar después la muerte, al rechazarle cuando la había alcanzado...

—¿Qué me está usted diciendo? ¿Buscó Ricardo la muerte por su propia mano?

—Los datos que yo tengo sobre el particular son bastante vagos. Sólo sé decirle que sabía que iba a morir, puesto que escrituró la mina a nombre de usted...

—¿A nombre mío!

—Todos los papeles están perfectamente en regla y en mi poder. Cuando se haya calmado, cuando se encuentre con fuerzas, le llevaré hasta el *bungalow* de su hermano, en las afueras del pueblo. No es demasiado lejos y aún están allí todas las cosas. En una nota para mí me pedía que las pusiera en manos de usted.



—¿Entonces mi hermano se ha suicidado? ¡Mi hermano ha muerto por una mujer! ¿Puedo saber su nombre, reverendo? ¿Quiere decírmelo ahora mismo, en el acto?

—Mi pobre amigo... Su nombre, el nombre de ella no lo sé. Sospecho que sólo Ricardo podría decirlo y se llevó su secreto a la tumba... Su hermano bebía espantosamente; tomaba luego medicinas y calmantes para aplacar sus nervios, píldoras, narcóticos, ¡qué sé yo! El hombre más fuerte no hubiera podido resistir y él llegó al total agotamiento...

—¡Es increíble! ¡Increíble! Un muchacho como Ricardo que parecía tener toda la alegría de la vida... Sólo porque usted me lo dice, porque usted me lo asegura, puedo creer que es verdad todo esto...

—En su carta, le decía algo, ¿no? Me dijo que le había escrito a usted y que tenía fe en que usted llegara para liberarlo, para arrancarlo de aquí, aún contra su voluntad si fuera preciso. Su hermano me habló más de una vez de su energía y de su entereza, Demetrio...

—¿De qué sirven la energía y la entereza contra lo que no tiene remedio?

—Sírvanle al menos para soportar mejor esta gran pena...

—Mis propios sentimientos no me preocupan, reverendo; pero él... él... Todo fue extraño, incomprensible en su conducta desde que salió de Río de Janeiro. Me escribió una absurda carta en la que ni siquiera me decía hacia donde emprendía viaje...

—Tengo entendido que salió de la Capital sin rumbo fijo. En el tren conoció a Botel que fue quien le trajo a Matto Grosso, quien le arrastró hasta Porto Nuevo. Aquí vivió como un insensato mientras buscaba la riqueza, esa riqueza que anhelaba como una obsesión...

—¡Para ella! ¡Por una mujer que tenía un precio! Dígame cuanto sepa, hábleme claramente, por favor, reverendo... Piense que he cruzado el país entero para acercarme a él, que llegué con la esperanza de salvar a mi hermano del peligro de que me habla en esta carta, estas cuatro líneas de desesperación y de locura... y le hallo muerto, muerto de esa manera... ¡Es para volverme loco yo también!

—Comprendo lo que siente; pero no puede hacer otra cosa que ensayar la virtud de la resignación y recoger su herencia...

—¡Qué me importa la herencia! ¡Qué me importa esa maldita mina que costó la vida a mi hermano! Lo único que quiero, lo único que necesito es averiguar, saber... ¡Lléveme usted a su casa, reverendo!

—Por desgracia no puedo salir en este momento... Es aquel *bungalow* que se ve en lo alto de la colina. El del techo de pizarra. Pero repito que sería preferible...

—Gracias por todo, reverendo... Después nos veremos.

Se ha ido muy de prisa y una suave voz de mujer suena a espaldas del pasto.

—Padrecito.

—¡Eh!

En la puerta que separa su modesta sala de la iglesia, hay una muchachuela indígena, cuyos pies descalzos se acercan a él sin hacer ruido. Viste una estrecha túnica de colorines, los cabellos muy negros le caen en dos trenzas casi hasta las rodillas. Sobre la piel color de cobre, brillan con reflejo acerado los grandes ojos negros...

—¿Era el amo nuevo, padrecito?

—Sí.

—¿El hermano del patrón Ricardo?

—Sí.

—¿Fue para allá?

—Sí. Pero no vayas tú a perturbarle... Quiere estar solo, necesita estar solo.

—Pero allí está mi ropa... y mi cama. Y el amo Ricardo me pagó un año de jornal adelantado. Con lo que me dio compré estos collares. Yo debo pagarlos trabajando para él...

—Te agradecería mucho más que lo dejes en paz; al menos hasta mañana. Ya dispondrá él después lo que desee...

—¿Viene a quedarse?

—No sé nada, Ayesha.

—¿Y va a estarse solo allá en la montaña... sin que nadie le haga su comida? Toda la casa está desarreglada. Como usted echó las llaves y no me dejó entrar... ¿Cómo sabe usted que el amo nuevo no me quiere, padrecito?

—Está bien, Ayesha... Se lo preguntaré más tarde, cuando vaya a buscarlo. Ahora ven conmigo. Te vendrá muy bien escuchar el sermón que voy a decir esta tarde...

\* \* \*

En la cumbre de la colina, única prominencia del terreno en toda la comarca, se alzan tres *bungalows* de madera, uno de ellos totalmente abandonado, proclamando que nadie le habita de mucho tiempo atrás; uno recién pintado de chillones colores, rodeado de árboles y de una especie de jardín tropical; y el último, el más lejano, acaso el más pobre, el de aspecto más sombrío, aquél en que el grueso techo de pizarra parece pesar sobre las despintadas paredes, es el que habitara Ricardo y cuya puerta franquea ya Demetrio de San Telmo, cada instante más contrita el alma...

—¿Y aquí vivía mi hermano! ¡Aquí murió! Aquí arrastró una vida miserable... ¿por culpa de quién? ¿De quién?

En un pequeño armario abierto de par en par, se amontonan los frascos; remedios contra la malaria, contra las fiebres tropicales, contra las picaduras de insectos venenosos...

—Aquí vegetó más que vivir, enfermo, abandonado... Aquí vio venir la muerte, o

la buscó él mismo, desesperado ya...

—Buenas tardes...

—¡Eh, qué!

—Buenas tardes, señor. ¿Será usted el pariente que esperaba Ricardo?

—Seguramente, pero...

—Yo soy su vecina más próxima... Vivo en el *bungalow* pintado de amarillo...

Soy la esposa del doctor Botel...

—¡Ah!

Venciendo su amargura, Demetrio de San Telmo ha reparado con más atención en la mujer que entrara casi furtivamente. Es joven y no es fea, no obstante su gesto de cansancio y las canas prematuras que blanquean sus sienes. Su mirada triste, sus modales suaves, le han predispuesto en favor de la recién llegada.

—Me mira usted sorprendido.

—Se lo confieso. Nunca pensé que ese señor Botel estuviera casado, y menos con una dama.

—Oh... Su opinión es muy amable, aunque no para mi esposo, ciertamente.

—Si es él quien la envía...

—Oh, no... Él todavía no ha regresado. Pero yo le vi a usted subir desde el pueblo y por la ropa y el aire, no me pareció usted uno de los tantos buscadores de minas, sino algo distinto... Cuando vi que abría las puertas de la casa de Ricardo y que entraba aquí, no me quedó duda de que se trataba de su hermano Demetrio de quien él tanto hablaba, y por fin me decidí a presentarme... De una manera bastante incorrecta, pero en fin... Aquí no es como en la ciudad. Esta vida es distinta...

—Y terrible para una mujer como usted, a lo que adivino.

—No puede usted imaginárselo. Por eso no hay que culpar demasiado a la novia de su hermano...

—¿La novia de mi hermano?

—Bueno... Usted sabrá toda la historia...

—No sé absolutamente nada. El reverendo Johnsson, que es la única persona del pueblo con quien he hablado, apenas me ha podido dar datos muy vagos... Sé que mi hermano estaba enfermo, que hacía una vida infernal, que desesperado, tal vez hasta buscó la muerte por su propia mano... Y sé que todo eso fue con causa de una mujer. Una mujer a la que usted parece conocer.

—Oh, no... Sólo por el retrato.

—¿Qué retrato?

—El que estaba en aquel marco. Su hermano de usted lo hizo pedazos aquella noche, cuando recibió la carta, y desde entonces no se ocupó más de nada. Bebía y bebía como un loco... Llegaba al amanecer arrastrándose... Y aún mandaba a la muchacha a traerle más *whisky* de la taberna... Pero mi esposo y los peones siguieron trabajando en el lugar que él había indicado y así hallaron la mina.

—Me cuenta usted cosas increíbles...

—¿Y no sabía usted nada de esto?

—No. Mi hermano salió de San Paulo para trabajar en su carrera, para desempeñar un importante cargo...

—Su carrera...

—Mi hermano era abogado. ¿No lo sabía usted?

—Nunca lo dijo.

—Llegó a ser el hombre de confianza del millonario Castelo Branco en Río de Janeiro... Un día abandonó su cargo; la sed de oro pareció enloquecerle.

—Una noche, hablando con mi esposo, muy bebidos ambos, le oí contar algo así... Él quería ser rico, su novia le había prometido aguardarlo si lograba hacerse rico en un año; y el vino a Matto Grosso, comerció en ganados, estuvo entre los buscadores de diamantes del Río Paraná; sufrió de paludismo, de malaria... Mi esposo lo trajo a Porto Nuevo...

—Y Ricardo lo sufrió todo, lo afrontó todo, por una miserable mujer a la que era preciso comprar con dinero... ¡Es inaudito, increíble!

—Su propio hermano lo comprendía así, señor San Telmo; pero aquella mujer le obsesionaba... Esperaba hacerla cambiar... Cuando llegó la carta...

—Dos veces me ha hablado usted ya de esa carta... ¿La vio usted? ¿La leyó? ¿Supo exactamente lo que decía?

—Decía que iba a casarse con otro... Uno que ya era millonario...

—¡Oh!

—Su hermano bebió como nunca aquella noche. Desde allá escuchaba yo sus gritos, el ruido que hacía al destrozar los muebles... Ayesha, la indita que le servía, llegó temblando a mi casa, dijo que su amo se había vuelto loco... Mi marido no estaba. Yo, con mucho miedo, me decidí a acercarme. Su hermano estaba solo en medio de la sala, había destrozado el retrato de ella y lloraba como un niño sobre sus pedazos...

—¡Es absurdo, increíble!

—Él le aguardaba a usted, sin embargo... Comprendo su pena, la gran pena de usted.

Ha callado impresionada por el dolor que refleja el viril semblante de Demetrio de San Telmo, y queda silenciosa mirándole, mientras él inclina la cabeza como bajo el peso implacable de la desgracia, para alzarla casi desafiante después...

—¿Cómo era la mujer del retrato?

—Muy hermosa, ciertamente... Una verdadera belleza. Un porte aristocrático, delicado, hasta cierto punto se comprende que tuviera miedo de compartir todos estos trabajos con su hermano. Para una muchacha de buena familia, criada en la capital, esto es peor que el infierno.

—Pero no vaciló en ordenarle a él que se hundiera en este infierno...

—Cuando se ha nacido en la abundancia se tiene miedo de ser pobre.

—¿Nunca dijo su nombre mi hermano?

—Nunca... Era un perfecto caballero.

—¿Qué tenía eso que ver?

—Es indiscreto, pero tengo entendido que ella le había amado generosamente antes...

—¿Quiere decir que había sido su amante?

—Eso pienso... Son cosas muy delicadas; claro que yo no tengo la seguridad. Pero ese mismo secreto con que su hermano guardaba el nombre, aún cuando hubiera bebido hasta perder el sentido casi, indica algo, ¿verdad?

—Su suposición es muy acertada... Y era lo único que le faltaba a la dama del retrato; ser además de todo, una mujer liviana... ¡Maldita!

—Señor San Telmo...

—Perdóneme... Me exalto hasta no ser dueño de mis palabras. Pero le aseguro que...

—¡Oh, mire usted! El reverendo...

El pastor llegaba en efecto a la puerta, grave y sereno como siempre.

—No se alarme, señora Botel. Vine a buscar al señor San Telmo por si quería pasar la noche en mi casa y hacerme el honor de acompañarme a la hora de la cena...

—Es usted muy amable, pero...

—Confío en que no ha de desairarme. Bajaremos juntos dentro de un rato...

—Reverendo... No crea que he venido por curiosidad... Yo...

—Botel salió de la taberna y no tardará mucho en llegar. Se disgustará si no la encuentra.

—¿Salió ya? Con permiso de ustedes entonces... Me voy más tranquila dejándole bien acompañado, señor San Telmo... Si puedo servirle en algo...

—Buenas tardes...

Se ha ido casi corriendo, mientras una sonrisa compasiva asoma a los labios del reverendo.

—Espero que no le habrá molestado demasiado la visita de la señora Botel... Es una buena mujer a quien él tiraniza sin piedad. A veces habla más de lo debiera; pero...

—Ahora habló menos de lo que yo hubiera querido escuchar... Sus palabras y las de usted, sólo me han dado la triste certidumbre de que todos ignoran el nombre de la mala mujer que destrozó la vida de mi hermano...

—¿Y no le parece a usted que es mejor? ¿Qué gana con alimentar rencores que le amarguen?

—Por desgracia viven aunque la voluntad no les alimente.

—Lo mejor para usted sería ceder los derechos de la mina a algún banco y liquidar todo esto. Le será muy fácil; la mina es riquísima, tiene oro para vender y regalar...

—No me interesa el oro de la mina. A ese dinero sólo le encontraría un empleo digno: La venganza.

—¡Por favor! Está usted loco... ¿La venganza contra quién? ¿Contra una mujer cuyo nombre ignoramos?

—No es un imposible averiguarlo. Sé que era joven, que era hermosa, que pertenecía a la mejor sociedad de Río de Janeiro. Seguramente a la sociedad que frecuenta la casa del millonario Castelo Branco. Ése fue durante dos años el mundo de mi hermano. Parecía vivir feliz. Ella le daba esa falsa felicidad, ella lo acercó a la gloria para hundirle después en el infierno... ¿No cree usted que merece ser tratada de la misma manera?

—Por favor, cálmese... Me da miedo su exaltación... Es una locura haber pensado en la venganza... Destrozará usted su propia vida, sin que pueda remediar nada de lo que ya ha ocurrido a Ricardo.

—¿Piensa usted que mi vida no está destrozada? ¿Piensa que puedo vivir tranquilo después de todo esto? ¿Que puedo gozar de este dinero? No reverendo Johnsson... Usted es de otra raza, de otra sangre... Se ha consagrado a un ministerio divino y no comprende lo que pasa por mi alma... Pero yo sé que mi vida no tiene ya más que un objeto: cobrar esa deuda, castigar esa infamia...

—¿Pero de qué modo podrá valerse?

—No lo sé.

—Su pretensión es absurda. Aunque sea como usted dice, de otra sangre y de otra raza; soy hombre y soy joven. He sentido la indignación de todo esto. Creo como usted que un crimen como el de esa mujer debe ser castigado; pero dejo a Dios el cuidado de toda venganza, de todo castigo... Algún día su justicia le alcanzará; algún día llorará por todas las lágrimas que ha hecho derramar, algún día sufrirá lo que sufrió Ricardo...

—Puede usted estar seguro de eso, reverendo Johnsson.

—Deseche esas ideas que le hacen daño... Necesito verlo tranquilo para poner en sus manos muchas cosas que le pertenecen. En este maletín están los papeles de su hermano, algunas alhajas y un buen puñado de pepitas de oro puro; son de la mina y le pertenecen a usted. Valen unos cuantos cientos de *contos de reis*...

Ha abierto el pequeño maletín de cuero que momentos antes extrajera de un armario. Los ojos de Demetrio resbalan indiferentes sobre los gruesos trozos de oro, se detienen tristemente un instante sobre el reloj y la sortija de su hermano, y ven al fin algo de que la mano se apodera al instante.

—Un pañuelo de encajes... De ella, sí... ¡de ella!

Lo ha estrujado con rabia. Es un pequeño cuadrángulo de seda, leve y lejanamente perfumado; y al borde mismo del encaje, un ancha inicial que se clava en las pupilas de Demetrio de San Telmo, como queriendo desafiarle. El reverendo Johnsson se inclina, preguntando:

—¿Qué es?

—Poca cosa... un pañuelo de encajes. ¡Bastante sin embargo para señalarme el camino de la venganza!

## Capítulo 2

—¡Pero Johnny! ¿Quieres no decir más tonterías? Me matas de risa con esos proyectos...

Son las seis de una espléndida tarde de mayo, los criados retiran los restos de la succulenta merienda y el impecable servicio de plata, mientras en la rotonda de cristal anexa a la terraza, dos muchachas y un joven, charlan con la alegría y volubilidad de la juventud y la confianza...

—Siempre te ríes de todos los proyectos de Johnny para trabajar. Haces mal en desanimarlo, Verónica...

—Sencillamente no creo en la firmeza de sus propósitos de trabajo, y si me permito gastarle alguna broma es solamente para estimularlo. ¿Verdad que tú lo sabes y no me lo tomas a mal?

—Yo sé que siempre tienes razón, Verónica. Realmente no soy hombre de trabajo; amo demasiado la vida, la belleza, me gusta demasiado mirar el cielo, el mar... y los ojos de ciertas mujeres...

—¡Adulador!

—Los admirables ojos de las mujeres de mi tierra. Soy el hombre que normalmente tiene que dar este sol y este clima, que no se hizo para extenuarse en el trabajo, para amontonar ambiciosamente lingotes de oro, sino para gozar de la vida aunque muchos se atrevan a reprochárnoslo.

—Sabes que pienso exactamente igual que tú; pero a Virginia la estamos escandalizando. Ella es una hormiguita que tiene por ideal de vida llenar con una ocupación cada instante.

—No tanto; pero aunque se burlen ustedes de mí, me gusta estar ocupada. Como soy pobre creo que debo aprender a bastarme a mí misma, y he leído siempre que la ociosidad es la madre de todos los vicios.

—Puede ser; pero también es la madre de todos los refinamientos y de todas las exquisiteces... En la ociosidad soñamos, y creo que no hay nada mejor que los sueños, prima mía.

—¡Bravo! Así me gusta que defiendas nuestra causa.

—Johnny siempre defiende lo que tú quieres, y hace lo que tú mandas. Soy yo la que siempre está de más...

—¡Vamos, tonta! ¿Vas a tomar una broma en serio? Nadie critica tu laboriosidad; pero tenemos que justificar nuestra pereza.

—¡Ay, Verónica! Con ser tan bonita creo que ya has hecho bastante...

La llamada Verónica ha sonreído halagada, echando hacia atrás la hermosa cabeza de perfecto perfil helénico. Es realmente muy bella, tanto como encendidos de pasión, los ojos de su primo parecen demostrar. Los suaves cabellos ondulados azulean de puro negros, negríssimas son las cejas y las pestañas, igual que las pupilas de profunda mirada ardiente; las mejillas de una palidez mate y sana, y la boca

jugosa, dulce y fresca como un esplendido y maduro fruto tropical. Todo en ella da una sensación de dominio, de fuego, de pasión; desde sus suaves movimientos, llenos de exquisita voluptuosidad, hasta la altiva gracia con que se yergue su cabeza.

—Ser tan linda como Verónica debe ser un encanto...

—Tú también eres muy linda, Virginia.

Al volverse a Virginia, la expresión de Juan de Castelo Branco ha cambiado. Es un gesto fraternal, tierno y afectuoso, como de hermano mayor, que se acentúa al ver ruborizarse el fino rostro de líneas exquisitas, porque Virginia de Castelo Branco, prima de Johnny y de Verónica, es también una lindísima muchacha; menuda, frágil, de grandes ojos claros, de dorados cabellos, de boca breve y fina; tiene la gracia un tanto infantil de ciertas porcelanas y el encanto angelical de los niños tristes.

A veces, por contraste extraño, pasa por sus ojos de cielo un chispazo acerado, el fulgor de una voluntad, de una fuerza insospechable; pero casi inmediatamente los párpados sombreados de espesas pestañas bajan ocultando aquella chispa hasta apagarla.

—Ya sé que no te gusto nada...

—Pero nena, ¡qué tontería!

—Me di cuenta desde el primer día que llegaste. Al mirar a Verónica quedaste deslumbrado...

—Bueno...

—Claro que no puedo culparte. Verónica es encantadora, y yo no valgo nada, casi nada...

—¿Qué estás diciendo, hija de mi alma?

Doña Sara de Castelo Branco ha aparecido bajo el arco que divide la rotonda de la sala. Es una mujer alta, imponente, vestida con regia elegancia y que aún conserva restos de una belleza que debió ser notable. Su mirada pasa inquieta por el rostro de su hijo, resbala con frialdad sobre la espléndida figura de su sobrina Verónica que se ha puesto de pie al verla entrar, para posarse luego con profunda ternura en la rubia Virginia, que como una chicuela corre a refugiarse en sus brazos.

—Yo no valgo nada, pero tú sí me quieres, ¿verdad tía Sara?

—Te quiero yo y te queremos todos en esta casa, te apreciamos en todo lo que vales. No creo que haya nadie capaz de decirte lo contrario.

Su mirada se ha vuelto hostil al fijarse en Verónica, que sonríe con breve sonrisa resignada.

—Has sido tú, ¿verdad Verónica? Seguramente empleaste con ella alguna de tus brusquedades, o de esas bromas de dudoso gusto que acostumbras usar. Demasiado conoces la sensibilidad de Virginia y cómo me molesta que le digan nada que pueda mortificarla.

—Estás siendo injusta, mamá. Verónica no ha hecho absolutamente nada, no ha dicho nada que pueda mortificar a nadie —protesta Johnny.

—Conozco más que tú a Verónica... Sé sus mañas...



—Con su permiso, tía... Si no me necesita me iré a mi cuarto.

—¡Verónica!

—¡Déjala!

—No, mamá; no puedo dejarla. Le has hablado desagradablemente sin ningún motivo, sin ninguna razón. Era a mí a quien respondía Virginia cuando entraste... Con tu permiso, mamá.

—¡Es el colmo! Johnny... ¡Johnny!

—No le llames. No te disgustes con él, tía Sara; no le digas nada, no quiero que por mí se mortifique nadie. A mí no me importa que los demás no me quieran... ¡Me quieres tú y con eso me basta!

\* \* \*

—Verónica... quiero pedirte que perdones a mi madre...

—¡Oh!

Verónica se ha vuelto lentamente al escuchar muy cerca la voz de Johnny de Castelo Branco. Está en el extremo de la gran terraza que da sobre los jardines, respirando al aire espeso, cargado de perfumes de aquel atardecer de mayo, y parece más esplendorosamente bella bajo el cielo azul que en la rotonda de cristales; aunque hay una sombra de tristeza que vela sus grandes ojos, profundos y ardientes.

—Te trató mal sin razón alguna.

—No te preocupes; ya estoy acostumbrada.

—¿Qué dices?

—Nada que deba inquietarte, Johnny. En las simpatías y antipatías no se manda. Nunca tuve la suerte de agradar a tía Sara...

—Es increíble. ¿Por qué?

—Virginia fue siempre su preferida; desde aquella mañana en que huérfana a los diez años vino a comer el pan de esta casa donde ya me daban a mí cobijo y abrigo...

—Nada más natural, tu padre era primo hermano del mío; fueron camaradas y amigos desde niños.

—Sí. Lo he oído contar: su compañero de locuras y calaveradas. Mi padre se arruinó porque quiso, según dicen... Tiró el dinero a manos llenas, vivió locamente, fue pródigo con su fortuna y con su vida, y murió a los treinta años en un duelo ridículo por una mujer vulgar...

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo sabe en Río de Janeiro. La propia tía Sara contó la historia más de una vez casi en mi presencia cuando yo era una niña.

—¡Es imperdonable en mamá!

—¿Por qué ha de ser imperdonable? Ella no podía sospechar que mi precocidad

adivinara sus medias palabras, sus alusiones veladas. Después de todo, aquéllos fueron mis mejores años en esta casa.

—¿Cómo?

—Antes de que Virginia viniera, mi tía me quería más... Luego, claro, el contraste de su dulzura con mi brusquedad, de su diplomacia con mi franqueza agresiva, de su laboriosidad con mi pereza, de mi carácter violento y apasionado con el suyo apacible y suave... es natural que mi tía eligiera a la criatura dócil y mansa que se plegaba a sus caprichos sin una protesta, prefiriéndola a la rebelde y audaz que mi padre me había enseñado a ser. ¿Qué quieres? Tengo muchos defectos y tía Sara no quiere perdonármelos...

—A mí me pareces encantadora... Maravillosa, ¡única!

—Eres el hombre más amable que he conocido en mi vida. Sé lo que soy en realidad; no sé luchar con astucia, no quise luchar con Virginia para ganar el corazón de tía Sara. Además, me dieron poco tiempo...

—Sí; ya sé que casi inmediatamente fuiste interna a un colegio, mientras Virginia se quedaba en casa.

—Siempre fue delicada de salud; tuvo aquí mismo profesores particulares.

—Por desgracia su instrucción no ha ganado mucho con eso. Tú en cambio...

—Fui al colegio de disciplina más severa que pudo encontrarse en la Capital; tía Sara juzgaba que me hacía falta. Me obligaron a estudiar, no es gran mérito de mi parte. Me apasioné por los deportes, por el piano, y fui bastante feliz allí; las maestras me estimaban.

—Todo el que te trate tiene que estimarte, que adorarte, Verónica.

—No hay que exagerar. Por unas causas o por otras mi salida el colegio fue retrasándose. Cuando volví a esta casa era una extraña, y Virginia la niña mimada... Además, ya la has visto; es blanda, noña, mimosa, y le basta derramar una lagrimita en los brazos de tía Sara, para que ésta la complazca en cualquier cosa. Sus caprichos son órdenes en esta casa, no sé si lo has notado...

—Supongo que mi padre habrá sabido al menos compensarte...

—El tío es muy bueno, claro que está siempre tan ocupado. Desde que tú has llegado es que lo vemos más. Está orgulloso de ti, contento de haberte visto regresar con tu carrera de ingeniero.

—Mi carrera de ingeniero, que como con razón dijiste antes, no me ha servido más que para hacer castillos en el aire. Casi diez años lejos del hogar, viniendo en vacaciones en las que no solíamos coincidir.

—No... la tía prefería siempre que yo aprovechara los cursos de verano. En ellos aprendí idiomas, perfeccioné un poco la música, aprendí natación, esgrima... Después de todo la idea no fue mala.

—¿Esgrima? Me hizo una gracia cuando me dijeron que eras una esgrimista formidable. ¿Sabes que tengo ganas de desafiarte?

—Cuando quieras, pero te advierto que no vale la pena, no es para tanto.

—¿Y qué me dices de un paseo a caballo esta tarde?

—¡Magnífico! Siempre que no nos retrasemos para cenar.

—Regresaremos cuando tú quieras. Voy a mandar ensillar tu caballo y el mío.

—Aguarda... tal vez debieras invitar a Virginia; pregúntale al menos si quiere acompañarnos.

—Monta muy mal y enseguida se cansa; quiere ir a paso de coche fúnebre y si la dejamos atrás hace una rabieta.

—Si no la invitamos se disgustará tía Sara.

—Cargo con toda la responsabilidad. Lo mejor es que nos vayamos sin decir una palabra a nadie... ¿O es que no quieres ir sola conmigo?

—¡Por Dios, Johnny que disparate!

—A veces me parece que me esquivas, que te molestan mis asiduidades.

—¡Pero que tontería!

—Si tú supieras adivinarme... Si yo fuera capaz de decirte...

Se ha detenido como otras veces, antes de que la confesión de amor escape de sus labios, como si en el fondo de aquellos ojos de Verónica, negros y ardientes como dos abismos de extraño fuego, hubiese algo que a la vez lo fascina y le espanta.

—¿Qué?

—Nada... Quisiera saber lo que piensas, quisiera conocer el fondo de tu alma, esa alma huraña que temo no llegar a comprender jamás...

—Eres incorregible, Johnny... ¿Damos o no nuestro paseo a caballo?

—Lo damos...

—Te advierto que yo me arreglo en cinco minutos y luego voy a tener que esperarte...

—Cualquier hombre es capaz de vestirse y desnudarse cinco veces en el «momentito» que tarda cualquier mujer en cambiarse.

—¡Eres todo un psicólogo!

—Y tú la criatura más adorable que conocí jamás. Eres como el sol de Río...

—Pues del sol de Río todos hablan mal... Dicen que quema demasiado.

Han cruzado juntos la amplia terraza. Joven, buen mozo, distinguido, Johnny de Castelo Branco no hace mal papel junto a la espléndida muchacha de negríssimos cabellos y piel color de ámbar. Por eso, desde la puerta de la rotonda de cristales, unos ojos les siguen rencorosos... Los de Virginia...

—Encantados de la vida... ya los ves, tía Sara. Todo el mundo le estorba a Verónica cuando está junto a Johnny; por eso hace lo posible por alejarme, y después de todo es natural. Él, cuando está con ella no echa de menos a nadie...

—Vamos, no digas tonterías... Yo sé que le agradas muchísimo a tu primo; pero si tú, de tontita, no vas con él y le hablas...

—¿Qué va a hacer él si ella le sonsaca?

—¡Ah! ¿Lo sonsaca?

—Quiero decir... que le cuenta cosas interesantes, le habla en forma que él no

tiene ojos más que para mirarle, y si de pronto se va, Johnny va tras ella como es natural y yo me quedo sola. Eso pasa cada rato.

—Pues cuando eso pase, me vas a hacer el favor de irte tranquilamente donde ellos vayan... ¡No faltaría más!

—¿Para que me hagan otro desaire?

—No te lo harán. Mi hijo es incapaz...

—Johnny es muy bueno; pero...

—Pero nada. Te aseguro que yo arreglaré este asunto. ¡Esa Verónica!

—Pero sin decirle nada, tía Sara... Después dice que tú la regañas por culpa mía y me toma más rabia...

—Que te tome toda la rabia que quiera, pero que se porte contigo como tiene que portarse.

\* \* \*

—Caramba, muchacha... ¡Qué guapa estás con ese traje!

—¡Ah, tío! No te había visto...

—¡Ya, ya! Tienes mucha prisa a lo que parece...

—Johnny se ha empeñado en que demos un paseo antes de cenar, y si volvemos tarde disgustaremos a tía Sara.

Teodoro de Castelo Branco, de pie en la puerta de su despacho, envuelve a su bellísima sobrina en una mirada de orgullo paternal.

Distinguido, airoso, arrogante a pesar de sus sesenta años, parece ser la figura apropiada para moverse en el marco señorial de aquella especie de palacio que heredara de sus antepasados. Mayorazgo de una noble familia, lleva con igual soltura su abolengo y sus millones, y sonríe con agrado mientras examina cada detalle del traje de montar blanco, que tan espléndidamente realza la figura de Verónica...

—Podrías servir de portada a un *magazine*... Supongo que ese granuja de Johnny estará encantado de poder lucir una compañera como tú por toda la ciudad.

—Naturalmente que estoy encantado, papá... Pero soy mucho más egoísta de lo que supones. Me gusta llevar a Verónica por donde sólo yo pueda mirarla.

—Lo cual no deja de ser una prueba de buen gusto. Verónica es la flor más hermosa de esta vieja casa de los Castelo Branco...

—Creo exactamente igual que tú, papá.

—Y entre los dos terminarán por sacarme los colores a la cara. Sin contar con que se nos va la tarde.

—Dame un beso, hija mía, y si este tonto galán del siglo xx que tienes a tu lado no es capaz de hacerte madrigales, cámbialo por tu viejo tío...

—¿Ya oíste, Johnny? ¡En la propia casa tienes un rival!

—Que Dios les acompañe. Y no vengan muy tarde para no hacer rabiar a Sara.

Se han ido, pero las últimas palabras del tío han llegado claramente a los oídos de doña Sara, que se acerca con gesto amargado...

—¿Qué pasa?

—Nada mujer, no pasa nada.

—¿A dónde van Johnny y Verónica?

—Viéndolos en ese traje está de más preguntar... Simplemente a dar un paseo a caballo.

—Escondiéndose.

—No se esconden, puesto que acabo de hablar con ellos y me han dicho dónde van.

—Ni siquiera han pensado que Virginia querría acompañarlos...

—Probablemente no le interese. Siempre le tuvo miedo a los caballos.

—Estoy segura de que no le han dicho nada. ¡Esa Verónica!

—Déjate de tonterías Sara. Verónica sabe lo mismo que tú y que el paseo no podía ser del agrado de Virginia.

—Por eso probablemente habrá querido darlo. Tengo entendido que espontáneamente no piensan en ella jamás.

—Lo cual supongo que producirá las quejas de la mimosa de Virginia; pero después de todo, es natural...

—Natural, ¿qué?

—Que les agrade estar solos.

—¡No sé por qué va a ser natural! ¡Ese tonto de Johnny!

—¿Tonto? ¿Y ha escogido a la muchacha más linda de Río de Janeiro? Claro que la tiene en su propia casa...

—Ha escogido... ¡ha escogido! Por lo que veo te parece perfectamente bien que Johnny ande flirteando con Verónica...

—No. Eso me parecería muy mal. Me parece perfectamente que se enamoren y se casen...

—¡Ah, sí!

—Después de todo, ¿qué más podemos desear? Claro que Johnny hubiera podido escoger entre las más ricas herederas del país entero; pero hay bastante dinero para los dos en casa...

—Por lo visto te has olvidado de nuestra Virginia...

—¿Por qué piensas eso? Nunca he pensado en abandonarla. Si sus sentimientos la llevan a casarse con un hombre pobre, tendrá mi apoyo material...

—Ya... una limosna; mientras que la que se case con Johnny...

—La que se case con Johnny será la dueña de esta casa. Johnny tiene perfecto derecho a elegir a su compañera y debemos darle gracias a Dios si es Verónica; esa criatura, que es como una flor a la que adornan tantas cualidades...

—¡Qué equivocado estás con ella! ¡Qué ciegos son los hombres cuando tratan de

juzgar a una mujer! Les basta con que sea bonita para perdonarle todo lo demás... Pues oye lo que te digo, Teodoro: Verónica no será la esposa de Johnny mientras yo pueda evitarlo. No la soportaré por el resto de mi vida... ¡Que se case con quien le dé la gana, que se largue! No me opongo a que le des esa ayuda material de que hablabas; pero es al ángel de Virginia a la que yo he preparado para ser esposa de Johnny.

—Virginia es un ángel, no puedo negarlo; pero Johnny está demostrando que prefiere casarse con una mujer...

—¡Teodoro!

—Por favor, no discutamos más... Al fin y al cabo, eso no seremos tú o yo quien lo decida. Es Johnny mismo el único que ha de determinarlo.

\* \* \*

En el pequeño rectángulo de seda del pañuelo, al borde mismo del encaje, se abre la inicial grande, ancha, como marcando ostentosamente su derecho de propiedad sobre la leve prenda femenina, que tantas veces han estrujado ya los dedos de Demetrio, durante las horas de aquella noche interminable...

—Una mujer cuyo nombre empieza con «V...». Una mujer lo bastante opulenta para usar pañuelos de esta clase... Si el perfume pudiera también determinarse...

Pero el perfume es demasiado tenue. Una reminiscencia vaga, y los labios de Demetrio se crispan en una amarga mueca que quiere ser una sonrisa, al considerar cuántas veces estrechó Ricardo aquel pañuelo entre sus manos, cuántas seguramente lo llevo a sus labios, soñando que era la blanca mano de quien lo recibiera, y que algo de aquella mujer, tan absurdamente adorada, flotaba en el perfume desvaído...

—Dolor por dolor... miseria por miseria... Lágrima por lágrima tengo que cobrárselo.

Un leve paso le hace alzar la cabeza sorprendido, para hallar un rostro casi infantil, moreno y sonriente.

—Soy yo patrón... Ayesha...

—¿Ayesha?

—Ya es de día claro, patrón. Puedes apagar la lámpara.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—Yo era la sirvienta de tu hermano, patrón; y te serviré en todo lo que tú me mandes.

—Por el orden y la limpieza de esta casa bien puedo juzgar de tus habilidades...

—La casa está sucia y desarreglada, patrón; pero no es culpa mía sino del reverendo que no me dejó entrar después que se llevaron al patrón Ricardo. El padrecito echó las llaves, dijo que tú irías a dormir y a comer a su casa, y él, que tanto

truenas contra los que dicen mentira, no dijo la verdad.

—El reverendo Johnsson me invitó a su casa. Fui yo quien no quiso ir.

—¿Y te acostaste en esa cama?

—No me acosté en ninguna parte.

—¿Qué quieres para desayunarte?

—Nada.

—Si no comes vas a morirte de hambre.

—Eso no es cuenta tuya...

—Por todo un año soy tu criada. El patrón Ricardo me pagó justo el jornal de un año, cuando le trajeron las pepitas de oro de la mina. En casa de Isaac compré con eso estos collares... Son muy lindos, ¿verdad? Éste es de oro y corales... Éste tiene tres diamantes azules del Río Caroní. ¿Por qué no quieres ni mirarlos? ¿Estás muy triste porque se ha muerto el patrón Ricardo? Yo también... era muy bueno. Nunca me pegaba, como hace Botel con sus criadas.

—¿Botel?

—Tu vecino. Le pega hasta a la mujer blanca con quien está casado. Siempre que los hombres blancos se emborrachan, le pegan a las mujeres, ¿verdad?

—No sé. Supongo que será la costumbre de Porto Nuevo.

—¿Qué quieres que te traiga para desayunar? En el pueblo hay piñas y naranjas, y leche de cabra, y tortas de maíz. También puedo hacerte el café como lo hacen en San Paulo; me enseñó el patrón Ricardo.

—No quiero nada; pero no te vayas... Acércate... ¿Tú te acuerdas del retrato que estaba en ese marco?

—Sí. El patrón Ricardo decía que era muy linda. A mí no me gustaba... ¡Tenía una cara de antipática!

—¿Verdad?

—Sí. Cara de mala... de muy mala, ¿verdad?

—Procura describírmela... ¿De qué color tenía los ojos, los cabellos?

—En el retrato, lo que no era negro era blanco.

—Ya... No sabes nada. No podrás decirme nada. ¡Nadie puede decirme nada! ¡Vete de una vez y déjame en paz!

—¿Me querrás a tu lado si te digo cosas de la mujer del retrato?

—¿Sabes algo? ¡Dime todo lo que sepas! ¡Habla!

—El patrón Ricardo la adoraba...

—Eso ya lo sé.

—Y se sentaba allí donde tú estás, con su botella y su vaso, a tomar su *whisky* y a mirar el retrato.

—Sigue... ¿Y que más?

—A veces le hablaba, como si fuera una persona de verdad.

—¿Y qué decía?

—Cosas buenas y malas. Unas veces le llamaba maldita; otras: adorada; otras

escribía muchos pliegos para ella, ¿sabes? Y me mandaba a echar la carta, esto es, dársela al patrón del bote grande que pasa cada semana.

—¿Para quién eran esas cartas, a quién iban dirigidas?

—Yo se las entregaba al capitán en sus propias manos.

—Me refiero al sobre. ¿Qué decían los sobres de esas cartas?

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿No sabes leer?

—No, patrón.

—¿Nunca enseñaste una de esas cartas a nadie?

—El patrón Ricardo se hubiera enojado. Siempre me encargaba que nadie debía ver esas cartas...

—¡Tomaba todas las precauciones!

—A veces, cuando estaba contento, le decía a todo el mundo que iba a casarse con ella, y que tendría que fabricarle un palacio tan lindo como el palacio en que ella vivía.

—¿Dijo él que vivía en un palacio?

—Un palacio de mármol blanco, con jardines por todos lados.

—No oíste nunca un nombre, un nombre de mujer... ¿Un apellido?

—¡Apellido!

—Sí. ¿A quién nombraba?

—A veces a toda la gente del pueblo.

—¿Y de fuera del pueblo, de gente a quien tú no hubieras visto jamás?

—Nombraba a los Castelo Branco.

—¡Eso ya lo imaginé! Pero ¿a quién más?

—A nadie más. Ese nombre sí lo repetía muchas veces, algunas mirando el retrato.

—¡Ah, sí!

—Tal vez ella se llamaría de esa manera...

—¡Todo es posible!

Un ruido en las mal unidas tablas del portal le hizo levantarse...

—Ve a ver quién llega.

—Soy yo San Telmo, y ahora sí vengo a buscarle.

—Buenos días, reverendo... Agradezco su interés en todo lo que vale, pero...

—Venga usted a mi casa. Allí, después de unos días de calma, podrá determinar...

—Ya he determinado. Pasado mañana salgo rumbo a Río de Janeiro.

—¿A negociar su parte en la mina? Para eso no es necesario ir tan lejos, en el propio Curabá hay bancos que...

—No. No venderé la mina; deseo conservarla... Costó demasiado. Comprendo que esto me obligará a una entrevista con Botel; pero me armaré de toda la paciencia que haga falta.



—Si algo vale mi consejo, me atrevería a decirle que mejor negociara su parte. Botel es un hombre grosero, arbitrario, brutal. En este ambiente se mueve como pez en el agua, y usted, en cambio...

—Este ambiente me está gustando cada vez más. Espero saber moverme en él yo también como el pez en el agua.

—Botel es un mal enemigo.

—Yo también, reverendo... No puede usted siquiera sospechar hasta qué punto puedo ser un enemigo implacable.

—Siento que mis pobres palabras no acierten a disuadirlo de empeños tan lamentables...

—Mis resoluciones están tomadas, y no sería nada extraño que me volviese usted a ver por acá.

—Entonces... vamos.

—Padrecito... usted prometió hablarle.

Ambos han vuelto sorprendidos la cabeza. Habían llegado a olvidar la presencia de la muchachuela indígena, que desde el rincón a que se retirará al entrar el reverendo, ha escuchado con atención cada palabra.

—Es cierto. Ayesha pretende quedarse a su servicio, seguir cuidando de esta casa que es propiedad de su hermano, como la tierra que la rodea. La compró a su primer amo que se marchó de aquí arruinado, y el papel de compraventa está entre los documentos que le he entregado.

—Conservaré con verdadero gusto esta preciosa casa.

—¿Y a mí también, patrón? ¿A mí también?

—¿A ti? Sí, la idea no está mal.

—Lo mejor será que busques trabajo en otra parte.

—El padrecito quiere echarme. Yo trabajo bien, patroncito; ya verás qué linda, qué limpia te encuentras la casa cuando vuelvas...

—No deseo que se toque nada de esta casa, ni siquiera para limpiarla. ¿Has oído? Eres libre de hacer lo que te venga en gana hasta que yo regrese.

—Gracias, patrón; estarás muy contento de Ayesha el día que le permitas cuidarte.

\* \* \*

—Si quiere usted hablar con Botel, éste puede ser el mejor momento.

—¡Eh!

—Considero indispensable la entrevista si va usted a quedarse con su parte en la mina. Mírelo, allá va...

Bajo el ala del modesto portal de aquella casa de madera, que anexa a la iglesia es

la residencia del reverendo Williams Johnsson, la mano de éste señala al hombre que pasa doblando por la estrecha callejuela que hay entre la taberna y varios destartalados establecimientos comerciales.

—¿Va ahora a la taberna?

—Todavía no; acaba de bajar de su casa. Ahora estará un par de horas en el consultorio.

—¿Consultorio?

—El doctor Botel es médico, y son lo bastante escasos por estas regiones para que el ejercicio de su profesión, aun en la forma que él lo hace, deje de ser lucrativo.

—¡Pero es absurdo!

—A estas horas suele estar despejado. Cerca de las once toma el camino de la taberna, y entonces sí no se puede contar con él... Aunque lo último que suele perder es el instinto profesional. Ha salvado algunas vidas, aun en el peor estado.

—¡Increíble!

—Le cuento todo esto porque quisiera que se diera cuenta de cómo son estos lugares antes de tomar una determinación respecto a sus propiedades aquí.

—No se preocupe, reverendo; sé lo que usted desea, y sé también lo que yo deseo, lo que haré. Hablaré ahora con Botel. Espero que esta tarde cruce, bajando el río, la piragua que me trajo hasta aquí. En ella misma pienso marcharme.

—Quisiera recomendarle con Botel paciencia y tacto.

—Los tendré.

—Y hacerle notar una circunstancia curiosa. Ese hombre sin corazón, que roba y engaña los nativos, que los hace trabajar peor que a esclavos, que parece odiar a la Humanidad, suele respetar la palabra empeñada a un hombre blanco. Puede usted fiarse de su palabra si se la da.

—Gracias por el informe. Hasta pronto, reverendo.

\* \* \*

—Buenos días.

—¡Oh, caramba!

Jaime Botel apenas ha tenido tiempo de colgar en la percha su viejo sombrero de caza, apartando a puntapiés las sillas desvencijadas de aquella habitación estrecha y baja, que sirve a su consultorio de antesala y despacho, cuando le sorprende la llegada de Demetrio de San Telmo. Los vapores del alcohol parecen totalmente disipados; pero no es menos siniestro el rostro rubicundo sombreado por una barba de dos días.

—Necesito hablar con usted, doctor Botel. Soy Demetrio de San Telmo; no sé si recordará que hace tres días le hablé para preguntarle por la dirección de mi hermano.

—Hubiera usted dicho quién era, le habría atendido; pero en Porto Nuevo no tenemos por costumbre atender a los entrometidos que vienen o van... Tenemos por aquí demasiados, y ninguno suele traernos nada bueno. ¿Quiere sentarse?

—Sentados hablaremos con más calma. No sé si recordará usted que somos socios por la voluntad de mi hermano.

—Ya... Y no por mi gusto; soy bien franco. Se me subió la sangre a la cabeza cuando ese tonto de Ricardo dijo que quería escriturar su parte en la mina a nombre de usted; pero lo hicimos porque yo le había dado mi palabra de escriturarla como él quisiera cuando me dio los datos. Supongo que viene usted a decirme que va a vender su parte a un Banco.

—Se equivoca, doctor Botel.

—¿A un particular, entonces?

—A nadie. La explotaremos nosotros.

—¿Usted?

—Por el momento usted solo, puesto que yo me marchó. He pensado que puede ocuparse de la explotación, sacar los gastos además de la cantidad que usted estime conveniente por su trabajo personal, y luego darme la mitad de las utilidades.

—¿Sería usted capaz de hacer así las cosas?

—Si me da usted su palabra de hacerlo todo escrupulosamente, creo que será el mejor sistema que podremos adoptar, al menos por un tiempo...

—Naturalmente que le doy mi palabra; pero aguarde... aguarde... ¿Pondrá usted en papeles lo que acaba de decir? ¿Firmará un contrato?

—No tengo inconveniente de ninguna clase.

—¿Y dónde debo remitirle su parte?

—Puede confiarla al reverendo Johnsson.

—¡Mucho confía usted en él!

—Confío en él y en usted, Botel. En cualquier hombre puede confiarse.

—Tiene razón después de todo... ¡Qué diablos! Con las malditas mujeres es con las que siempre sale uno vendido y traicionado... menos mal que usted es de los míos, ¡no un tonto como Ricardo! Un pobre tonto que se dejó embaucar.

—Doctor Botel...

—¡No se alborote! Yo lo apreciaba. No quisiera más que ver a la damisela de su historia aquí, en Porto Nuevo, al alcance de mi mano. ¡Malditas mujeres! Hacen lo que quieren de nosotros y al fin siempre salen ganando.

—Esta vez no, Botel... ¡Lo he jurado sobre la tumba de mi hermano!

Demetrio de San Telmo ha afirmado poniéndose bruscamente de pie, mientras la mirada de Botel se llena de sorpresa. Luego, como si temiese haber dicho demasiado, como si los ojos llenos de curiosidad del médico le molestasen, recoge el casco de corcho que dejase en una silla a la entrada.

—Supongo que conoce usted a algún abogado, a algún notario.

—Tenemos cuatro. Acuden como las moscas a la miel. ¡Buena tajada se llevan de

lo que le arrancamos a la tierra, sin exponerse y sin cansarse! Hasta hace poco había que bajar hasta Cuyabá para escriturar algo; ahora es más fácil.

—Si quiere usted ocuparse de los detalles del contrato, se lo agradeceré.

—Lo mandaré a hacer en el acto. A las tres le espero en la taberna para firmarlo. No me gusta entrar a la casa del reverendo Williams Johnsson, y a él le gustaría menos verme por allá.

—Hasta esa hora entonces.

—Aguarde... perdone una pregunta indiscreta... ¿Va usted a Río de Janeiro para algo relacionado con Ricardo?

—Voy para un asunto absolutamente particular. Si quiere usted algo...

—De las ciudades, nada. No volveré a meterme entre sus calles; me faltaría aire que respirar. Buen provecho le haga su Río de Janeiro. A mí no hay nada que me interese allá...

\* \* \*

La piragua que lleva a Demetrio de San Telmo, va ahora río abajo; los remeros parecen no hacer el menor esfuerzo al impulsarla cuando se desliza, cortando las aguas verdosas, firme y segura como quien sabe adonde va.

El indio de la raza tupí, que es patrón de la barca, no marca sino, muy de tarde en tarde, el ritmo en que deben hundirse las anchas paletas, dejando las margenes atrás.

Mira de reojo examinándolo al hombre blanco sentado en el fondo de la piragua, muy cerca de él; le parece más cansado, más pálido, más sombrío, como si en aquellos tres días hubieran pasado años, y mira también el pequeño maletín de cuero puesto a sus pies, como la más preciosa prenda de su equipaje.

—Te quedaste poco en Porto Nuevo, patrón... No pensé volver a verte tan pronto... A los que quedan allí, casi nunca vuelvo a verlos más. ¿Encontraste pronto el oro, verdad?

Ahora es el hombre blanco el que no responde, el que permanece como ausente, apretados los labios y el pensamiento lejano...

Él tendrá ahora que luchar con una corriente más impetuosa, más indomable que la del río Cuyabá. Luchar acaso contra la sociedad entera, arrancar a una mujer de su vida exquisita y mimada para destrozarla, para pisotear su alma y volver a remontar aquellas mismas aguas llevándola como un trofeo... ¿Podrá hacerlo? ¿No habrá soñado con realizar un imposible?

—Si tienes prisa podemos bogar toda la noche. Los hombres están descansados...

—Sí. Tengo prisa... Te pagaré el doble por el viaje si mañana mismo estamos en Cuyabá.

—Cambiaré los remeros al amanecer y seguiremos bogando, a menos que tú

mismo quieras descansar.

—No. No perderé el tiempo descansando. Quisiera estar ya en Río de Janeiro.

—¿Hasta allá vas?

—Hasta allá.

Ha suspirado entrecerrando los párpados, y la visión de la ciudad surge como la finge su deseo, en aquélla clara y solemne noche de mayo. Iluminada, feliz, bulliciosa, sensual, como una mujer en traje de baile...

\* \* \*

Hay fiesta en el palacio de los Castelo Branco, una de las tantas que don Teodoro ha querido organizar para dar la bienvenida a su hijo único, ausente de su hogar durante los largos años de estudiar en el extranjero. Y la señorial mansión parece brillar con un esplendor nuevo, entre los jardines que baña la luna y las amplias terrazas discretamente iluminadas...

—¿Dónde está Johnny?

—¿Donde va a estar... sino bailando con Verónica, tía Sara?

—Pero contigo también ha bailado, hijita de mi alma.

—Dos piezas... al principio. Cuando todos los muchachos estaban alrededor de Verónica y a él no le dejaban acercarse.

—Ya volverá, palomita mía... No creo que sea muy del agrado de mi hijo Johnny verla tan solicitada.

—Al contrario. Dicen que cuantos más muchachos pretenden a una muchacha, es más interesante.

—Ésas son tonterías. Un hombre sensato prefiere siempre a la mujer modesta y recatada.

Están en aquella rotonda de cristales, entre el salón y la terraza, que parece ser uno de los lugares favoritos de Virginia y Doña Sara. Desde allí examinan a las parejas que giran al compás del vals y ven también a las que, apartándose del bullicio, bajan por las amplias escalinatas a las enarenadas veredas del jardín, buscando la complicidad del ambiente para la palabra de amor que acude a los labios.

Pero la pareja que ambas buscan con la vista, no está en el gran salón ni en la terraza...

—Voy a ocuparme de que sirvan la cena. Puse tarjetas en los lugares, indicando a quién pertenecían, y tu puesto está junto al de Johnny...

—Pero a Johnny no le va a gustar.

—Estará encantado. Ya sé yo cómo hago las cosas. ¿Vienes conmigo?

—Prefiero quedarme aquí, tía Sara...

—Pero si te escondes no te sacaran a bailar y no te divertirás nada.

—Bailaré más tarde, cuando Johnny quiera sacarme.

—Ya verás como no tarda. Hasta ahora, pequeña mía...

La ha acariciado como a una niña antes de alejarse. Apenas queda sola, la expresión de Virginia cambia; cruza por sus ojos aquella especie de raro relámpago y empujando la puerta lateral de la rotonda de cristales sale a la terraza para bajar a los jardines con paso tan rápido como liviano.

\* \* \*

—¿No quieres que volvamos a entrar a la casa, Johnny?

—Entraremos enseguida si lo deseas; pero aquí fuera la noche está deliciosa. ¿No sentías calor allá dentro?

—Un poco... Pero la música comenzará a tocar, se pondrán a buscarnos.

—La próxima pieza me corresponde, y si no te opones, prefiero pasarla aquí, en este maravilloso rincón del jardín donde no llegan las miradas ni los comentarios, donde hasta la música parece más grata.

—Eres todo un romántico.

—Otras veces me dices que soy todo un psicólogo. Quisiera serlo, para adivinarte... ¿Qué piensas cuando te quedas como soñando?

—Lo único que pienso es que debemos regresar al salón. La tía Sara me echara de menos a la hora de disponer que sirvan la cena, querrá tener a su lado a alguien que cargue con la culpa si algo sale mal...

—Supongo que para eso le bastaran el mayordomo y el ama de llaves.

—Calla un momento, por favor... Creo que viene alguien.

—Sí; Virginia.

—Perdónenme que les haya interrumpido. Llevo una hora buscándote, Verónica, por encargo de tía Sara... Ya sabes lo que le molesta que no atendamos a los invitados cuando hay fiesta en casa.

—Supongo que no es Verónica la única encargada de atenderlos; en la casa estaban los demás; tú, mis padres...

—Faltabas tú, en cuyo honor se está dando la fiesta, y Verónica, por quien vienen la mayor parte de los muchachos...

—¡Virginia!

—Es la verdad. Y antes te gustaba...

—¿Qué estás diciendo?

—Pero si no quieres que lo diga delante de Johnny...

—Puedes decirlo donde te dé la gana.

—No tienes por qué disgustarte ni ponerme esa cara. Tampoco vine a buscarte por mi gusto, sino por evitar que tía Sara siga disgustándose. Dijo que era ya la hora

de servir la cena y que no se podía fiar uno de los criados, que el mayordomo era una calamidad y al ama de llaves había que vigilarla. Ahora, si no quieres ir, allá tú... Yo con volver y decirle a tía Sara...

—No tienes que decirle nada. Iré al comedor inmediatamente... Con tu permiso, Johnny...

Se ha alejado tan rápidamente que Johnny no ha acertado a detenerla. Un instante vacila desconcertado y va al fin a seguirla, cuando Virginia con suave sonrisa, apoya en su pecho las dos manos sujetándole...

—No te vas a ir tú también... En el comedor no haces falta.

—Pero en el salón sí, por lo visto; ya que según tú están solos los invitados, y puesto que la fiesta es en mi honor, soy yo el más obligado a estar con ellos, ¿no Virginia?

—¿Te has disgustado?

—Me temo que mamá y tú, algunas veces, confunden el papel de Verónica en esta casa.

—¿Yo? ¿Qué dices, Johnny? Yo, ¿qué hago?

—Casi nada. Pero Verónica vive inquieta, mortificada, como si la acosaran...

—¡Johnny! ¿Cómo puedes decir una cosa semejante? Verónica es la predilecta de todos.

—Creo todo lo contrario.

—Todos la quieren más que a mí cien veces... hasta los criados.

—Efectivamente... he notado que los criados la quieren y la respetan como a nadie... Por algo será.

—El tío Teodoro la idolatra.

—También reconozco que papá es imparcial.

—Más que imparcial; a mí no me quiere nada, nada...

—Te equivocas, Virginia.

—Como tú, que tampoco me quieres.

—¿De dónde lo sacas?

—Ahora mismo hay que ver cómo me miras, el tono en que me hablas. Has dicho que yo tengo la culpa de que a Verónica no la traten como tú querrías que la trataran...

—No he dicho eso. He dicho que tú con tus mimos, y mamá con su cariño exagerado por ti...

—¡Oh, Dios mío! ¿Te parece que tía Sara me quiere demasiado, te duele que tenga lástima de mí, que quiera defenderme, porque me ve insignificante, sola?

—Ni estás sola, ni eres insignificante, Virginia. Estás en tu casa donde todos te quieren, y yo también. En las seis semanas que hace que he regresado, no he visto un solo detalle en contra tuya. Mamá en cambio es dura y es injusta con Verónica... de eso es de lo que estaba hablando.

—Tía Sara sabe perfectamente quién es Verónica... Tú estás muy engañado, y el

tío Teodoro también...

—¿Qué estás diciendo, Virginia?

—Nada.

—Nada no. Has dicho algo y algo muy delicado. Tus palabras parecen implicar una acusación contra Verónica. Formúlala claramente...

—No.

—Sí. Te lo exijo.

—Johnny... eres muy malo.

—No sé si soy malo o si soy bueno; pero has dicho algo que tienes que aclarar. Dijiste que ni yo ni papá conocíamos a Verónica, dando a entender que por eso la estimábamos...

—Yo no he dicho eso, Johnny... Me has entendido mal. Te juro que no quise decir nada malo contra Verónica. Pero me da rabia que la quieras tanto...

—Virginia... ¿qué dices?

—Nada. Estás ciego por ella... Te ha deslumbrado. Sigue ciego.

—¡Virginia... aguarda!

—No quiero aguardar... Vete al comedor junto a Verónica y ayúdale a servir los platos... Sigue detrás de ella como un perro faldero... ¡No me importa nada!

—¡Virginia!

—¡Eres un ingrato! ¡Un ingrato!

—¡Virginia!

Con la agilidad de una gacela, Virginia ha corrido hacia la casa, saltando los macizos de flores, cruzando como un relámpago la escalera y la terraza, perdiéndose en los salones iluminados. Y cuando al fin Juan de Castelo Branco penetra en la casa, es su padre quien le sale al encuentro.

—Ah, Johnny... ¿Dónde te metes? Te he estado buscando...

—Salí un momento al jardín.

—¿Solo?

—Bueno...

—Te lo digo, porque he visto a Verónica en el comedor.

—Estaba con Verónica; pero la mandaron llamar. Parece ser que mamá le encarga de todos los trabajos desagradables...

—La ayuda con frecuencia, pero no es para tanto. Tu madre está un poco cansada de sus obligaciones como ama de casa y Verónica lo hace muy bien. Es una pequeñez que no debe disgustarte. Tiempo te queda de charlar con ella y estar a su lado.

—No todo el que quisiera, papá. Siempre hay alguien que se las arregla para interrumpirnos.

—No te preocupes tanto, que tiempo tendrás. Ahora te buscaba porque ha llegado un joven que no conoce nadie. Parece ser que tú le invitaste...

—¿Yo?

—Un ingeniero... Dice que te lo presentaron en el casino ayer tarde, y le diste



una tarjeta con tus señas.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo. Le pidió a un amigo mutuo que nos presentara. Me dio la impresión de ser un perfecto caballero. Hablamos de esgrima, de caballos; le invité a venir un día cualquiera. No pensé que hoy mismo se presentara.

—Tal vez es un advenedizo con ganas de ser admitido en sociedad. No quisiera reprenderte; pero obraste un poco a la ligera. Aquí no tenemos todavía las costumbres norteamericanas. Comprendo que con la larga ausencia lo hayas olvidado; pero en Río de Janeiro somos mucho más parsimoniosos para abrirle a nadie las puertas de nuestra casa...

—Tienes razón, papá. Pero me cayó de pronto tan simpático, me pareció un hombre tan enérgico, tan decidido, tan firme... Adoro esos caracteres contrarios al mío... Y me temo que ya no tenga remedio.

—Claro que no lo tiene, ni es necesario. Le hicieron pasar a mi despacho, pero invítale a que tome parte en la fiesta. Ya que vino, me parece lo más natural.

—Bien.

—Oye ¿cómo se llama?

—Demetrio de San Telmo. Voy a buscarlo.

## Capítulo 3

Demetrio está solo en el lujoso despacho del dueño de la casa. Su mirada recorre las gruesas cortinas, los cuadros de firma, las obras de arte, las ediciones de lujo de las joyas de la literatura mundial, que se amontonan en los altos estantes, como preguntando a los objetos inanimados las escenas de que bien pudieron ser mudos testigos. Sabe que en aquel despacho trabajó su hermano muchas horas, junto al millonario Castelo Branco, acaso sobre aquella misma mesa escribiera sus cartas de amor, o recibiera bajo aquel rico artesonado, promesas y palabras de ternura.

Aquella casa tiene para él una fascinación extraña. Se asoma a las ventanas que dan al jardín y luego, cruzando la amplísima estancia, queda bajo el arco de una puerta contraria al lugar por donde entrara. Una mampara de cristales, ahora abierta, da acceso al gran comedor profusamente iluminado. Sobre la larguísima mesa, media docena de criados disponen la succulenta cena fría. Plata, porcelana, *baccarat*, orquídeas y rosas desbordando jarrones de Sajonia; pero nada de aquello roba un instante a su mirada. Desde el primer momento sus ojos se han fijado en la mujer que silenciosamente dirige el movimiento de los criados y su sola presencia le estremece.

No recuerda haber visto nunca una belleza más completa, más atrayente, más rotunda, a la vez exquisita y sensual, con los sueltos cabellos negríssimos rizándose sobre los hombros, cuyo fino color de ámbar destaca el traje de noche que la envuelve, rojo y ceñido como una llama... Su voz llega hasta él... Una voz llena, rica, cálida que le estremece a pesar suyo.

—Los licores en aquella mesa, Genaro... Y no te olvides de servir su plato especial al ministro de Suecia.

Por un instante, Demetrio de San Telmo no ha pensado en nada que no sea la belleza de aquella mujer, la fascinación extraña que parece emanar de toda su persona... Y sigue escuchando aquella voz deliciosa...

—Hace falta un puesto más, Genaro... Creo que ha llegado otro invitado a última hora.

—¿Dónde lo pongo, señorita Verónica? ¿Es persona importante?

—No tengo la menor idea. Ponlo en cualquier parte... ¡Oh!

Al alzar la cabeza su mirada parece chocar con la del hombre que está de pie en la puerta del despacho, y se detiene un tanto sorprendida de la audacia de aquel desconocido, de porte y figura tan arrogantes...

—Buenas noches...

—Buenas noches.

Un silencio involuntario se alarga mientras se miran examinándose. También ella parece medirlo y valorarlo, bajo la línea impecable de su *smoking*. Su gesto le parece altanero, casi rudo en el firme pliegue de los labios, en la dura mandíbula cuadrada, en los grises ojos de mirada inquisitiva, en la ancha frente despejada, curtida por el sol de Mato Grosso y San Paulo.

—Dispéñseme, señor... ¿Deseaba usted algo?

—Usted es quien tiene que dispensarme. Temo haber sido horriblemente indiscreto. Creo que soy ese invitado de última hora que le ha dado a usted el trabajo de mandar poner un puesto más...

—Ah...

—Llegué sin intención de asistir a una fiesta. Creo que tomándome demasiada prisa en aceptar la amable invitación de venir alguna vez a visitar al señor Juan de Castelo Branco...

—De todos modos, creo que es igual.

—Temo abusar de la bondad de los dueños de esta casa. Aunque sería magnífico que ese puesto que mandó usted poner en «cualquier parte», fuese al lado suyo...

—Caramba...

Johnny ha aparecido de pronto.

—Señor San Telmo... Qué susto me dio al encontrar el despacho vacío, pensé que se había marchado usted cansado de esperar. Acaban de avisarme en este momento que usted había llegado; pero me alegro de ver que por sí mismo se ha proporcionado compañía...

—Perdóneme usted. Temo haber sido indiscreto por partida doble, no sólo llegando en un día de fiesta, sino atreviéndome a salir del despacho. Supongo que la señorita será su hermana...

—Es mi prima. Voy a presentarte al ingeniero Demetrio de San Telmo, Verónica...

—¿Verónica?

—Verónica de Castelo Branco.

—Tanto gusto.

—A sus pies...

Se ha inclinado, reprimiendo el temblor con que su mano estrecha la que Verónica ha extendido; fina mano de color de ámbar, de contacto suave, donde brillan las uñas como pedacitos de laca... Como extraña y lejana oye la voz de Johnny vibrante de entusiasmo...

—Verónica es el tipo ideal de mujer moderna, de que hablábamos en el Club la otra tarde. También con ella podrá usted discutir de esgrima y caballos. El señor San Telmo es un deportista furibundo, como nosotros, y un enamorado además de las bellezas naturales de nuestro país...

—Entonces, haremos buenas migas...

—Y un verdadero ingeniero, además. Él si ha hecho puentes y caminos, y se siente capaz de abrir túneles y derribar montañas, con algo más que con la imaginación.

—Entonces, es el amigo que tú necesitabas.

—Un verdadero profesor de energía, según tengo entendido. A los treinta y dos años ha dirigido ya seis grandes obras, cuarto de ellas completamente gratis... Por

amor a la Patria.

—Entonces, es casi un héroe.

—He tratado de cumplir con mi deber hasta ahora, señorita, y he podido realizar cuanto me he propuesto, nada más.

—Y dice: «nada más». Ahí es nada. ¡Realizar cuanto se ha propuesto! De héroe lo subo a la categoría de mago, de taumaturgo...

—Yo me conformo con envidiarlo con toda mi alma...

Desde la puerta, Virginia habla acercándose.

—¡Verónica! ¡Tía Sara está furiosa! ¿Por qué no has mandado a avisar que la cena está preparada? Oh, dispensen, no sabía...

—El señor Demetrio de San Telmo... Mi prima Virginia de Castelo Branco...

—Tanto gusto...

—A sus pies, señorita... Creo que soy el único culpable del retraso que viene usted a lamentar, y le pido mil perdones por eso.

—Usted es quien tiene que perdonarme. No había reparado que estaban ustedes...

Como desmintiendo la palabra, su mirada ha recorrido curiosa y ávida la gallarda figura que tiene delante, para ir después de Johnny a Verónica, en uno de aquellos relámpagos en que parece penetrar las almas...

—El señor es el invitado de Johnny que nadie esperaba, ¿verdad?

—Le esperábamos en cualquier momento, Virginia. Ha hecho muy bien en honrarnos esta misma noche. Supongo Verónica que ya te habrás ocupado...

—Iba a hacerlo en el momento que te acercaste. Genaro, para el señor San Telmo ponga un puesto a mi lado.

La comida había transcurrido sin ningún incidente notable; manjares y licores exquisitos, servicio impecable, música deliciosa e invitados afines llenaban una vez más la nota social, con un triunfo para la vieja y aristocrática mansión de los Castelo Branco. Y ahora, mientras el mejor café de San Paulo se sirve en diminutas tazas de porcelana, los invitados se dispersan un tanto, formando grupos o parejas con sus vecinos de mesa, y es por eso que Virginia se cuelga del brazo de Johnny, mientras la mirada de éste va un tanto inquieta hacia el ángulo apartado donde Verónica y Demetrio parecen charlar con el gusto y la soltura de antiguos amigos...

—¿Te has aburrido mucho durante la cena, Johnny? ¡Johnny!

—¿Eh, qué?

—¿No me escuchabas?

—Dispensa... Me distraje un momento.

—Mirándolos...

—¿Cómo?

—Es muy guapo y muy arrogante tu amigo, y además, es el último que ha llegado, esto es muy importante para Verónica...

—¿Qué quieres decir?

—Nada... Una broma. Pero tratándose de Verónica ni una broma puedes soportar.

—Virginia... ¿Sabes que esta noche te encuentro un poco rara?

—¿De veras?

—No sé lo que quieres, ni lo que te propones...

—No me propongo nada. Y en cuanto a querer, ¿qué más da que uno quiera lo que no le han de dar?

—¿Lo que no le han de dar? Te aseguro que entiendo muy poco de charadas, y no tengo paciencia para descifrarlas.

—Conmigo tienes poca paciencia, ya lo sé. Te violentas por cualquier tontería que yo diga.

—Bueno... Virginia...

—No me estoy quejando de ti; de mí misma en tal caso... De mi suerte, que no me dio los medios de provocar el entusiasmo de todos cuantos me rodean, como le pasa a Verónica...

—¿No podemos hablar de otra cosa que no sea Verónica?

—¿No vas a decirme que te molesta hablar de ella? Yo sé que todo lo suyo te interesa. Que alguna vez querías hasta preguntar, pero eres demasiado caballero, ¿verdad?

—No creo tener que preguntar nada de una persona que ha vivido desde niña en mi casa. La vida de Verónica es bien diáfana.

—Como una copa de cristal... Mira ésta.

Sonriente, derramando muy despacio, gota tras gota, su sutil veneno, le ha quitado la copa mediada de licor de las manos, alzándola a la altura de los ojos...

—Una diáfana copa de cristal, has bebido en ella varias veces y nadie podría notarlo. Otro podía haber bebido también y sus labios no habrían dejado marca...

—¡Virginia!

—¡No seas tonto! Cualquier broma te enfada. Me beberé lo que has dejado en la copa para saber tus secretos... Aunque son bastante claros. Tú sí que no eres enigmático.

—Y además detesto los enigmas... Es la segunda vez que has insinuado algo sobre Verónica que no me gusta nada. Comprendo que por celos y tonterías de muchacha, puedas a veces disgustarte con ella; pero tus palabras veladas envuelven una acusación...

—¡Johnny! ¿Qué es lo que estás pensando? ¿Qué es lo que te has creído? Yo quiero a Verónica como a una hermana... No diría de ella lo que no debo decir, aunque me atormentasen...

—¿Lo que no debes decir? ¿Qué es ello?

—Nada... Absolutamente nada. Por lo demás, hay cosas que saltan a la vista. A todo muchacho que llega nuevo lo acapara. Debes verlo por ti y por ese señor San Telmo...

—Por mí no hay nada que ver, y en cuanto al ingeniero San Telmo, no sabes cuánto le agradezco que se haya mostrado amable con él, siendo mi invitado. Si todos

le hubieran recibido con la frialdad y la indiferencia que tú y que mamá, el pobre se hubiera sentido muy mal.

—Ah... ¿se lo agradeces? ¿Y también le agradeces que lo haya sentado a su lado?

—Daba igual él que otro, puesto que mamá había dispuesto que yo me sentara al otro extremo de la mesa.

—¿Y al lado mío, verdad? Te advierto que se lo dije a tía Sara. Sabía que para ti iba a ser una molestia tener que soportarme durante toda la comida...

—No es eso, Virginia... ¿Cómo puedes pensar?

—Tú mismo me lo estás diciendo. Probablemente te molestará también bailar conmigo la primera pieza que toquen después de la cena, como es costumbre con las compañeras de mesa...

—Siempre me siento muy satisfecho y muy honrado de bailar contigo, Virginia; pero te confieso que esa especie de ritual, de ceremonial de corte con que hay que llevar las fiestas en Río de Janeiro, me parece anticuado y desagradable...

—Sí... A veces es desagradable la urbanidad... También Verónica choca con lo que ella llama convencionalismos sociales. Claro que no siempre... Hoy, por ejemplo, estoy segura de que no es ningún sacrificio para ella bailar con tu amigo San Telmo. Míralos... ¿qué te dije? Son los primeros en volver a la sala de baile... ¿Quieres que les sigamos? Cuando termine la pieza cambias de pareja y ya está. No tienes por qué disgustarte...

—¿Quieres obligarme a decirte una vez más que no estoy disgustado?

—Me encantaría poder creerlo. Soy tan feliz cuando te ocupas un poquito de mí...

—¡Chiquilla! ¡No eres más que una chiquilla! Hago mal en tomar en serio lo que dices... Vamos a bailar.

\* \* \*

—Realmente creo que no sirvo para esto. Más vale que deje de atormentarla.

Demetrio de San Telmo ha cruzado el salón sin lograr adaptarse al ritmo que la orquesta marca, para detenerse al extremo opuesto junto al arco que comunica con la rotonda de cristales.

—Creo que exagera usted, San Telmo...

—No. Lo hago rematadamente mal, y usted lo sabe.

—Creo que le falta sólo un poco de práctica. ¿Hace mucho tiempo que no baila?

—Varios años... Creo que desde que dejé la Universidad. Desde que recibí mi título he tenido mucho trabajo...

—Menos mal si ha sido con fruto...

—Profesionalmente, ya oyó usted a su primo; cuatro obras gratis y dos bastante

mal pagadas...

—Mejor para usted si puede hacerlo. Quiere decir que es usted rico.

—¿Halla usted que la riqueza es una gran ventaja?

—Bueno... No puedo negarlo. Con dinero se compra casi todo, y lo primero, la libertad personal.

—Pero no el amor...

—El amor es una palabra muy elástica...

Insensiblemente se han ido adentrando en la especie de remanso que forma la rotonda de cristales, hasta detenerse junto a la gran vidriera, más cerca de la terraza que del salón.

—¿Quiere que nos sentemos?

—Si me hace usted el honor de concederme el tiempo de este baile...

—Le corresponde por derecho. Supongo que también habrá olvidado las viejas reglas de la etiqueta portuguesa que seguimos al pie de la letra en esta casa, desde los tiempos de Don Pedro Primero.

—Ya me lo imagino, conociendo como todo el mundo, la ejecutoria de los Castelo Branco.

—Se supone que descendemos de los conquistadores. Como usted comprenderá, yo a estas cosas, le doy muy poca importancia.

—Ya oí a su primo. Es usted una mujer moderna, práctica. Cree en el poder, en la fuerza y en el irresistible atractivo del oro...

—No debo negárselo. Sería presentarme ante sus ojos mejor de lo que soy, y mi mayor defecto es ser demasiado franca. No sé mentir, engañar ni disimular...

—¡Ya! Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?

—Nada... Sería un necio si pretendiera juzgarla, o creer que puedo tener de usted una opinión más o menos acertada. Hace poco más de una hora que nos conocemos...

—Es verdad, le confieso que no me da esa impresión. Hay algo en usted que me es familiar. No sé si es la voz, los rasgos de la cara. Me recuerda usted a alguien a quien he tratado mucho...

—¿A Ricardo Silveira, será?

Sus ojos se han clavado en los de Verónica como dos puñales, al ver iluminarse las oscuras pupilas y sonreír los frescos labios...

—¿Ricardo Silveira? Efectivamente... Sin parecerse, se parecen... ¿Es usted su pariente acaso?

—¡Fui su mejor amigo, nada más!

Había mentido dominando sus nervios, midiendo y pesando cada palabra, como quien escoge cuidadosamente las armas que han de emplearse en un duelo a muerte; pero Verónica vuelve a sonreír...

—¿Ha dicho que fue su mejor amigo? Quiere decir que le ha perdido la pista... ¿Como todos los demás?

—Nos despedimos en San Paulo, hace casi tres años. Él vino lleno de ilusiones a trabajar a Río de Janeiro. Nada le parecía más codiciable sobre la tierra que ser abogado particular del señor Castelo Branco...

—Mi tío lo apreciaba mucho.

—¿Y por qué le despidió?

—¿Despedirle? No creo que le despidiera, la verdad. Mi tío habló en varias ocasiones de lo que le apenaba el empeño de Ricardo en marcharse; pero no puede reprochársele a la juventud que tenga ambiciones. Usted mismo, si no fuera rico, estoy segura que haría todo lo posible por lograrlo...

—Yo no creo que el dinero pueda comprar la felicidad. Odio a las gentes que se venden por dinero, las desprecio con toda mi alma...

—Naturalmente que son despreciables. Yo también las desprecio, aunque no tome para decirlo un tono tan dramático. Pero no hallará usted despreciable que Ricardo Silveira sintiera en sus nervios y en su sangre el placer de la aventura, el deseo de hacer cambiar su suerte en uno o dos años, hasta en unos meses quizás. Justamente he estado leyendo que los buscadores de diamantes del Río Caroní, pueden con un poco de suerte hacerse ricos en menos de un año...

—Algunos se han hecho ricos, en efecto; pero son infinitamente más los que se han quedado en la selva para siempre, devorados por las fieras, víctimas del paludismo y la malaria... Y muchas más veces, del alcohol o de la puñalada traicionera de algún compañero, de alguno de esos nativos a los que se obliga a trabajar como esclavos...

—Sí; desde luego, el asunto tiene sus riesgos. No podría llamarse aventura, si no lo tuviera. Pero a mí no me sorprende que un hombre corra todos los riesgos por lograr lo que se ha propuesto. Es más, me parece extraño que un hombre como usted no comprenda esas cosas. Usted parece ser de la casta de los que nacen para triunfar, para vencer dificultades, para ser más fuerte que la selva con sus fieras y sus traiciones y sus enfermedades...

—Puede ser. Pero Ricardo no era de esa casta...

—¿Qué quiere decir? Acaso... ¿Ha tenido noticias de él, noticias malas?

—No. Ninguna. Ya le he dicho que estábamos desde algún tiempo bastante distanciados. Pero precisamente por eso se lo digo; cuando no ha regresado ni hemos vuelto a saber de él...

—Se fue hace siete u ocho meses...

—No. Hace más.

—Nueve... diez a lo sumo. Estoy perfectamente segura. Estaba con nosotros al comenzar la primavera del año pasado. La primera vez que dijeron que Johnny regresaba...

—¿Ah, sí?

—Decidió el viaje de repente, de la noche a la mañana...

—¿Y a usted le parece perfectamente?



—Le confieso que sí; es que prefiero vivir a vegetar. No estoy de acuerdo con las gentes que todo lo guardan sin gastarlo: el dinero, la vida, las emociones. Yo prefiero entregar el corazón, aunque me traiga dolores y lágrimas, luchar para vencer o ser vencida, y amar u odiar; pero plenamente...

—En eso estamos de acuerdo, señorita Castelo Branco. Yo también creo que sólo hay dos cosas por las que se puede vivir plenamente: el amor o el odio. Concibo vivir para la pasión, o para la venganza...

Por sus ojos grises ha pasado un relámpago extraño; Verónica le mira como fascinada; hay tanto fuego en sus palabras, es tan profunda, tan enérgica la expresión de su rostro; y como Johnny frente a ella, se siente a la vez atraída y espantada, sonriendo con leve sonrisa a flor de labio para disimular...

—¿Le parece risible lo que he dicho?

—Creo que nada de lo que usted diga puede ser risible... Me resulta usted un hombre inquietante... Además, no ha hecho más que afirmar mis palabras. Yo también concibo que pueda vivirse para un gran amor, para una gran pasión, o para una gran venganza...

Demetrio va a contestar, pero la rubia cabeza de Virginia asoma en la rotonda de cristales.

—Aquí están, Johnny... Creo que nos perdonarán si les interrumpimos una conversación demasiado interesante; pero llevamos por lo menos veinte minutos buscándoles... ¿No somos molestos?

—¿Por Dios, señorita! ¿Quiere usted sentarse?

Demetrio ha dejado el asiento que ocupaba junto a Verónica, que Virginia se apresura a ocupar; mientras Johnny se acerca más despacio, con cierta gravedad extraña en él, fijos en Verónica los ojos interrogantes...

—¿Te sentiste mal, Verónica?

—¿Yo? ¿Qué ocurrencia!

—Como no siguieron bailando...

—Fue culpa mía...

—El señor San Telmo se empeñó en que lo hacía rematadamente mal, y aunque yo creo que le hubiera bastado un poquito de práctica, prefirió que charlásemos un rato...

—No puedo criticarle. Hubiera elegido lo mismo de estar en su caso.

—Pido mil perdones a la señorita de Castelo Branco. Espero que usted la compense en las próximas piezas...

—Ésta que ha comenzado justamente me corresponde. ¿Me perdona usted, verdad?

—No faltaría más...

—¿Vamos, Verónica?

—Vamos... Y no le preocupe a usted no saber bailar, señor San Telmo, también es grato charlar algunas veces...

Ha aceptado el brazo que le ofrece Johnny, arrancándose casi con esfuerzo del lado de San Telmo; mientras Virginia sonríe con falsa ingenuidad.

—Se ve que han simpatizado ustedes desde el primer momento.

—Efectivamente... Su hermana de usted es encantadora...

—No somos más que primas, y ni siquiera primas hermanas... Johnny y yo sí. Mi padre y el tío Teodoro eran hermanos, el de Verónica era un primo, segundo o tercero, es una coincidencia casi la de tener los apellidos iguales.

—Ya lo veo. En realidad se parecen ustedes muy poco, quise decir, nada.

—Con lo cual no salgo yo ganando... Verónica es una belleza oficial.

—Cada una en su tipo...

Ha hecho un esfuerzo para ser galante. No sabe por qué no le inspira simpatía aquella muchacha; mientras, a pesar suyo, los ojos y el alma se le van tras Verónica de Castelo Branco. Ahora la ve de lejos, en el salón iluminado, bailando en brazos de su primo, exquisita, inquietante, distinta y superior a las demás, y empieza a comprender que por una mujer así pierda un hombre la razón y la voluntad. Una sospecha súbita se le clava como un pequeño dardo mortificante, y vuelve los ojos a Virginia que sonríe de nuevo...

—No sé si sería una indiscreción preguntar...

—¿Preguntar qué?

—Lo es sin duda; pero acaso puede usted disculparme. A veces es preferible indagar que cometer una falta de tacto. ¿Su primo de usted y la señorita Castelo Branco están comprometidos?

—¡Oh, no! ¿De dónde lo ha sacado?

—De ninguna parte. Pero bueno... me pareció, temí por un instante. Espero que a su primo no le haya molestado encontrarnos aquí.

—No se preocupe... Johnny quisiera que nadie se acercara a Verónica; pero no puede evitar que todo el mundo se acerque a ella, ni que ella los reciba a todos con agrado.

—Ah...

—Es natural. Cuando se es tan linda y tan solicitada, se pierde un poquito la cabeza... Verónica es muy buena, ella no tiene la culpa de nada; pero los ejemplos...

—¿Qué ejemplos? ¿Qué culpa?

—No me haga usted caso. Hablé como si fuera usted de Río de Janeiro. Pensé que estaba al corriente de lo que todo el mundo sabe; pero no sabiéndolo usted, no debo decir una palabra...

—Le ruego que la diga.

—No estaría bien...

—Si lo sabe todo el mundo, ¿qué importa uno más?

—Bien... Si no se lo digo yo se lo dirá otro. Los padres de Verónica hicieron una vida lamentable, su padre fue un calavera que mató a disgustos a su pobre madre, cuando Verónica no tenía más que cinco años. Desde entonces vivió sola con él, entre

sus criados y sus amantes... Se cuentan horrores de aquella casa... Figúrese usted lo que vio y aprendió. Cuando al fin mataron a ese mal hombre y Verónica vino a casa de tía Sara, ya no tenía remedio.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Creo que más de nueve años. Ya estaba hecho su carácter, a la vista salta.

—¡Ya!

—No sabe usted lo que sufre con ella la pobre tía Sara. Pero hago muy mal en contarle todo esto... Yo soy la menos indicada para hablar. Yo la quiero mucho y le perdono de todo corazón los malos ratos que me hace pasar. Ella no tiene la culpa, ¿verdad?

Demetrio no responde, mira sólo con su ardiente mirada inquisitiva, aquellos ojos claros, aquella boca blanda que sonríe ingenua, infantil casi, aquellas mejillas suaves, aquellos ademanes monjiles, tímidos, recatados y la oleada de repugnancia que las palabras de Virginia ha levantado en su alma, se apaga como frente a la sin razón de un loco, como frente a la injuria inconsciente de una criatura, mientras la tentación de seguir preguntando vuelve a ganarle...

—Su primo está enamorado de Verónica, ¿verdad?

—De Verónica se enamoran todos, por un rato... Ella no puede querer por mucho tiempo a nadie. ¿Qué le pasa? ¿Por qué se levanta? ¿Quiere bailar?

—Lo hago desastrosamente, señorita... Pero podemos pasear por la terraza. Esta noche hace un calor de verano...

—Sí, tiene razón. Vamos a la terraza...

\* \* \*

Por el otro lado del salón, allí donde la puerta se abre a una terraza mucho más pequeña, sobre la que se tienden frescas enredaderas perfumadas de jazmín y madreselva, Johnny aprovecha el final de la pieza, para apartar un instante a Verónica de los demás.

—Hace calor esta noche... Demasiado calor. ¿No quieres que salgamos a respirar? Casi me siento mal.

—Te lo note bailando; ni un momento has tomado el compás... ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Estás disgustado?

—No.

—Cualquiera lo diría...

—No tengo nada; como no sea el aburrimiento soberano de esta fiesta, que no nos falta más que bailar cuadrillos o lanceros. ¡Qué barbaridad! Vivimos con sesenta años de atraso...

—¡Pero Johnny! Esta mañana me estabas hablando entusiasmado del aire señorial que conservan todavía las fiestas en nuestra sociedad...

—Debía estar de muy buen humor esta mañana.

—Mejor que ahora, desde luego. ¿Te cayó mal la cena?

—Puedes burlarte. Es tu diversión favorita...

—¿Qué dices, Johnny? ¿Cuándo me he burlado de ti?

—A cada rato... Guardas todas tus atenciones y todas tus consideraciones para los extraños.

—¿No te estarás refiriendo al señor San Telmo? Era tu invitado.

—¿Por eso le atendías, Verónica?

—Supongo que forma parte de mis deberes, puesto que vivo en la casa...

—Desde luego. Pero parecías tan encantada charlando con él; estabas tan interesada escuchándole...

—No es un hombre vulgar. Comprendo que simpatizaras inmediatamente con él; tiene una forma de ser extraña y atractiva...

—Temí que pensaras todo eso, mientras te miraba desde lejos en el comedor, escuchándole. No tenías ojos más que para él...

—Tenía que mirarlo, puesto que me estaba hablando.

—Pues yo no miré más que a ti. Me importó poco mi compañera de mesa...

—Así estará Virginia, ¡Dios santo!

—¿Por qué me la pusiste al lado?

—Fue tía Sara la que repartió las tarjetas de los puestos. Era lógico, además, que se sentara junto al rey de la fiesta, siendo la niña mimada de la casa...

—Tú sabes que para mí eres la primera del mundo.

—Ya...

—¿Por qué no dispusiste un puesto para mí a tu lado, como hiciste con Demetrio de San Telmo?

—Era distinto el caso; además, él me lo había pedido a tiempo.

—Ah, sí... ¿Se atrevió a tanto?

—No creo que tenga nada de particular. Conmigo mal que bien ya había estado charlando... No creo que se sienta muy cómodo en una sociedad en la que no conoce a nadie...

—Se lo regalamos a Virginia para que lo atienda. Si es cierto que la fiesta es en mi honor, debo mandar en ella, y mando que no te separes de mi lado. Todas las piezas que toque la orquesta las tienes que bailar conmigo, y las que no bailes, charlarás...

—¿Pero estás loco? ¿Qué mosca te ha picado?

—Tú lo sabes, Verónica... Demasiado lo sabes. No te rías de mí, no me mires con esos ojos malos de burla, que me desesperas, que me enciendes la sangre... Verónica, yo te...

—¡No, Johnny, por favor! No hables...

—¿Sabes lo que voy a decir?

—Esta noche no, Johnny... No me digas nada... Aguarda, por favor... Esta noche no...

—Te quiero Verónica... ¡Te quiero! ¡No puedo callar más!

Le ha tomado las manos oprimiéndolas con ansia, mientras su mirada busca el fondo de las pupilas negras que se le ocultan bajo las pestañas, porque Verónica no ha respondido y a la luz de la luna parece helada y pálida como una estatua de alabastro.

—¿No me respondes, Verónica? ¿Por qué?

—Te pedí que callaras... Te supliqué que esperases; que esta noche no... No... ¡Déjame, Johnny!

—¿Que te deje?

—Pero sin ofenderte, sin tomarlo a mal. Dándote cuenta de que me has sorprendido... Me han sacudido de un modo tus palabras, que...

—No, Verónica; no es eso... No puede ser eso. Cuando me pedías que callara tú sabías que iba a hablarte de mi amor. Por eso quisiste rechazarme...

—Rechazarte es precisamente lo que no quiero. ¡Has sido tan bueno conmigo! Eres tan digno de ser amado, tan adorable...

—Verónica... ¿qué quieres decirme? ¿Que soy todo eso; pero que tú no puedes amarme, verdad? ¿Que rechazas mi cariño, que no quieres ser mi esposa?

—Johnny... Sé cuánto valen tus palabras, se cuánto vale el amor que me ofreces... Lo que son tu corazón y tu lealtad...

—Pero no me quieres.

—Te quiero, como a un hermano...

—Verónica...

—Tal vez más... Con una ternura, con una estimación y una gratitud tan grandes...

—Nada tienes que agradecerme, Verónica. Si acaso perdonarme que en mi ceguera no me haya dado cuenta de que era poco para aspirar a ti.

—Por favor, Johnny, basta... No digas absurdos. Acabo de decirte que te considero el mejor hombre del mundo, la criatura más encantadora, más adorable de la tierra...

—La criatura... un poco niño, ¿verdad? Niño de alma...

—Niño mimado de la fortuna, de tus padres; pero eso ni es un defecto, ni puede echársete en cara. No eres tú, que todo te lo mereces; soy yo la que...

—¿Quieres a otro?

—No, Johnny...

—Entonces, ¿qué puede detenerte?

—Muchas cosas, Johnny... ¿Has pensado en lo que dirán tus padres?

—Papá lo sabe todo. Sabe mi amor por ti y lo aprueba.

—¿Y tía Sara?

—Con mamá habrá que dar una batalla... ¡Pero se da y se gana!

—No tan fácil como supones. Si tú le dices a tu madre que quieres casarte conmigo, le das el mayor disgusto de su vida.

—Pues aunque así sea. Será muy lamentable que persista en esa injusticia; pero no me detendrá. Para otras cosas me falta decisión, no para defenderte y adorarte.

—Johnny... eres muy bueno, pero...

—Si no quieres a otro, si no es porque el amor de otro llena tu alma por lo que me rechazas, permíteme que siga al lado tuyo, que te siga adorando, que luche hasta ganar tu corazón... No me contestes enseguida si no quieres; aguardo... Yo sabré aguardar y esperar y callar si hace falta...

—Johnny...

—Ahora soy yo quien te suplica... No me contestes, no me digas nada. Déjame quererte, déjame ganarte... Admíteme a tu lado como un amigo, como un hermano, que ya lucharé yo por ir transformando tu afecto, por ir mereciendo que un día me quieras como yo te quiero a ti... ¡Apasionadamente! ¡Con toda el alma!

Se ha inclinado para besar sus manos, mientras conmovida, emocionada, Verónica lucha con sus lágrimas...

—Está bien. Accedo, pero con una condición. Hemos de seguir siendo amigos, amigos nada más; frecuentaremos la sociedad más que ahora, tratarás otras muchachas, permitirás que yo haga lo mismo, y si al cabo de seis meses, me sigues amando como dices que me amas, si consideras que sólo conmigo podrás ser feliz, trataré de darte esa felicidad...

—¡Verónica! ¡Mi vida, mi alma!

—¡Quieto! Eso no. Los amigos no se besan en la boca... Tienes que ser formal como hasta aquí. Si es posible un poquito más que hasta aquí.

—Como tú quieras, mi reina, mi tirana...

Otra vez le ha cubierto de besos las manos, besos ardientes que no llegan sin embargo al corazón de Verónica, aquel corazón que locamente, ya ha empezado a soñar con otros ojos y otros labios...

\* \* \*

—¿Qué le parece a usted?

—Un pura sangre admirable...

—Es el caballo predilecto de Verónica.

—Demasiado fogoso para una muchacha.

No para ella. Ya verá como lo domina. Es una amazona fantástica... Acerca los nuestros, Esteban. Mandé ensillar para usted este alazán, y para mí el retinto.

Son las siete de una mañana clara y bajo el beso de oro y fuego del sol de Río, la Naturaleza parece reír y cantar. Es frente a las caballerizas de los Castelo Branco, tan

admirablemente equipadas, como surtidas de buenos caballos. Johnny y Demetrio escogen las monturas entre el ir y venir respetuoso de los mozos de cuadra...

—Los dos tienen una magnífica estampa. Pero los otros días vi un caballo en su cuadra que me hubiera encantado montar... un zaino de bastante alzada.

—Se refiere usted a Sultán. Efectivamente es un bellissimo animal; pero bastante peor que el de Verónica. Mi padre lo compró encantado en su buena estampa, o creyendo que por volver yo de los Estados Unidos, tenía la habilidad de un *cowboy*. La verdad es que no lo he montado más que una vez y me hizo pasar un mal rato.

—Tal vez necesite hacerlo correr un poco... Si no le importa a usted prestármelo...

—Por mí no hay inconveniente alguno; pero le advierto que es un caballo difícil, y yendo con muchachas...

—Cuando se trata de muchachas tan audaces como Verónica de Castelo Branco, hay que ir prevenidos... Ni ese lindo retinto que va usted a montar ni el alazán que quiere usted prestarme son capaces de competir con el caballo de su prima Verónica, si acaso se le desmandase...

—No lo creo. Ya le digo que lo domina de un modo admirable, y como anfitrión debo velar por la seguridad de usted.

—No se preocupe. Mande ensillar a Sultán.

—¿Cómo, va usted a montar al «demonio de los Andes...»? Así le llaman a ese caballo los mozos de cuadra.

Es Virginia la que se acerca sonriendo, haciendo volverse a los dos jóvenes que la saludan deferentes...

—Y a todo esto, buenos días...

—Pues ya ves... Me animé. Aunque Verónica quiso asustarme con el coco de que a las siete en punto teníamos que estar listas y arregladas. Ya ven... me levanté temprano, fui a oír misa, me he cambiado de traje y Verónica todavía no está. Claro que le gaste la broma de esconderle las botas de montar, y trabajo le doy para encontrarlas...

—Es usted traviesa como una chiquilla...

—La broma tendría mucha gracia si no nos retrasara a todos. ¿Quieres decirme dónde se las has puesto para ir a auxiliarla?

—En mi closet... pero aquí tengo la llave.

Virginia, con sus lindos pantalones de montar, su camisa de seda blanca, parece una chicuela. Los cabellos dorados sobre la espalda, risueños los labios y los ojos burlones, parece más menuda, más frágil de lo que es en realidad.

—¿Quieres darme esa llave?

—No se la entregaré sino al señor San Telmo, que es el único que se ha dignado sonreír... tú en cambio me has puesto una cara de juez...

—Es que si salimos muy tarde no podremos llegar hasta Copacabana...

—Sobre todo llevándome a mí que soy una demora... Eso quieres decir, ¿verdad?

Hoy te prometo portarme como toda una amazona, y hasta galopar, siempre que sea a tu lado.

—Dame la llave, anda...

—Ya dije que al señor San Telmo.

—¡Pero Virginia!

—Tendré mucho gusto en entregársela a la doncella. ¿Quiere usted ocuparse entretanto en que me ensillen a ese «demonio de los Andes» de que hablamos antes?

—No tiene por qué molestar. Esteban se la llevará.

—Será un placer. Supongo que hallaré a alguien en el *hall*. Con permiso.

Se ha apoderado de la llave que Virginia le ofrece y marcha rápidamente hacia la casa. En aquel traje que tan acostumbrado está a llevar, se mueve con magnífica arrogancia, aunque el descuido de ciertos detalles hace sonreír a Virginia que se vuelve zalamera hacia Johnny.

—¿Por qué no se habrá puesto corbata? ¿Te has fijado que tampoco lleva guantes? Este amigo tuyo más parece un buscador de minas que un muchacho de carrera... Tal vez con tu trato se refine algo.

—No creo que le haga falta. Me parece bien como está. No todo el mundo puede ser lo mismo...

—Tal vez lo haga para gustarle a Verónica... ¿Te has dado cuenta de cómo le interesan los hombres rudos y salvajes?

—No me he dado cuenta de nada.

—Pues fíjate y verás... Estoy segura de que tu amigo San Telmo le resulta admirable.

\* \* \*

—¿Cómo? ¿Lista ya?

—Con quince minutos de retraso, pero no por mi culpa.

—Ya lo sé. Traía la llave del closet de su prima Virginia...

—Abrí con un cortapapel. Por fortuna la cerradura no era de seguridad.

—¿Con un cortapapel?

—Sí. Haciendo palanca...

—Es usted muy hábil...

—Me defiendo como puedo de las pequeñas maldades de Virginia.

—La considera usted una niña perversa...

—No es tan niña... y en realidad, no me he puesto a considerar lo que es. En este caso creo adivinar su intención; temió que si yo estaba lista antes que ella, Johnny se empeñase en que nos marcháramos sin esperarla.

—¿Ah, sí?



—No juzgue mal a Johnny, es más bueno que el pan... pero Virginia le abrume, le empalaga... No puede sufrir sus dengues y sus niñerías, especialmente en los paseos a caballo, de los que más de una vez he tenido que volver yo sola, a pedir que les envíen el auto; porque Virginia se ha agarrado de su brazo y se ha negado llorando a volver a montar.

—Ya me imagino el disgusto de su primo, tan empeñado en gustar de la compañía de usted.

En la entrada posterior del *hall*, de la que se baja directamente al jardín, por cuatro escalones de mármol, se han detenido a hablar Verónica y Demetrio. Ella ha prescindido de la chaqueta de su traje blanco de montar y la blusa de seda realza y destaca las líneas de su cuerpo perfecto. Los cabellos negríssimos son marco admirable de su cara un poco pálida con la casi total ausencia de maquillaje; los ojos parecen más profundos, los labios se le antojan a Demetrio San Telmo como un rubí de fuego y sangre; todo en aquella mujer le fascina, le subyuga, le atrae; hasta ese temor, hasta ese espanto de que sea ella la mujer en quien debe vengar la muerte de su hermano; y ella parece gozar, como saboreando una gota de escondida miel, aquel resplandor de admiración involuntaria que dulcifica un instante las grises pupilas de aquel hombre.

—Comprendo los sentimientos de Johnny; y esa pequeña envidia un tanto celosa que Virginia no puede disimular...

—Virginia no tiene por qué envidiarme. Su suerte es mucho más clara que la mía...

—Tiene que envidiarle cuanto es usted, cuanto vale, cuanto hay en su persona de superior y admirable.

—¡Señor San Telmo!

—Perdóneme... No he sido capaz de disimular que me parece usted maravillosa, única...

Las mejillas de Verónica se han encendido con vivo rubor de enamorada. Por primera vez le turba la admiración de un hombre, y apenas acierta a contestar...

—No creo que sea cierto nada de eso; pero lo más agradable que me ha ocurrido en mi vida, es que usted lo crea, que usted lo diga, que usted lo piense... Pero es muy tarde... ¡Vamos con los demás!

\* \* \*

—Buenos días, Verónica.

—Halo, Johnny... ¿estás bien?

—Maravillosamente, puesto que te tengo delante. No pensé que pudieras llegar inmediatamente. El amigo San Telmo debe ser una especie de mago...

—El milagro fue obra exclusiva de Verónica. Aquí están sus llaves, Virginia...

—¿Cómo abrieron? ¿Cómo abriste? No me habrás roto la cerradura, Verónica...

—No, querida; me limité a descomponerla. Así estarán menos bien guardados tus secretos.

—Yo no tengo secretos. Y si llego a saber que ibas a hacer una cosa así...

—No me habrías gastado la broma de esconderme las botas. Ojalá no vuelvas a hacerlo. Ganaremos tiempo...

—Aquí está su caballo, Verónica...

—¡Cuidado, Verónica! Genaro, sujétalo bien.

—Permítame a mí hacer las veces de palafrenero.

—Es lo que iba a hacer yo precisamente...

—Pues lo haremos a medias... no se preocupe usted. ¿Lista?

Hábil y audazmente la ha colocado sin esfuerzo en la montura inglesa, antes de que Johnny tenga tiempo de hacer nada; pero ya Virginia se agarra al brazo de su primo...

—Por lo visto no importa que yo me desnue. Ayúdame a montar...

—Tu yegüita es más mansa que un perro faldero... ¡Vamos, arriba!

—Gracias... Eres muy amable. Con pedirte las cosas dos o tres veces es bastante...

—Creo que ahora no has necesitado tanto. Ahí traen ya su caballo, Demetrio.

—¿Cómo... va usted a montar a Sultán?

—Johnny ha sido lo bastante amable para prestármelo.

—Es un animal peligroso...

—Son los que me gustan, precisamente.

—¿Le gustan las dificultades?

—Sí. Para vencerlas. Usted misma me lo dijo la primera vez que hablamos...

—Tengo que confesar que es verdad. Pero tenga cuidado... Sultán es capaz de darle un mal rato a cualquiera...

—Tampoco su caballo es un corderito... Éste por lo menos me da la facilidad de alcanzarla, si el suyo se desboca...

—No hay cuidado...

—Por si acaso. No es justo tampoco que el caballo más brioso del grupo lo lleve una muchacha...

—Ah, vamos... Es cuestión de superioridad masculina.

—No cree usted en ella, ¿verdad?

—A ratos...

—A ratos, es cierto; ya cuentan ustedes con la fuerza de su debilidad para dominarnos...

—Es nuestra única defensa contra la jactancia masculina...

—Bueno... esto es casi una escaramuza.

—El señor San Telmo no pierde ocasión de presentar batalla a las mujeres...

—A las mujeres, no; a la mujer...

—Caramba... No le suponía a usted en las ideas de Schopenhauer...

—Me parece que has encontrado a un adversario digno de ti, Verónica...

—Ya se encargará Sultán de vengarme...

—No lo crea; conozco bien a los caballos. Éste no es tan fiero como parece.

Ahora verá...

Rápidamente, por sorpresa, Demetrio ha saltado ágilmente a la montura del fogoso animal, dominándole por completo en pocos instantes.

—¡Magnífico!

—¡Estupendo!

—Una demostración contra la que no sirven discusiones...

—En marcha...

\* \* \*

—¡Maravilloso paisaje!

—Yo lo hallo fascinante... Y he oído decir a muchos extranjeros que es uno de los más bellos rincones de la tierra.

Demetrio y Verónica han avanzado hasta el borde mismo de la especie de terraplén, desde donde se domina en efecto el fantástico panorama que forman, desde la base del Pan de Azúcar, la Bahía de Río de Janeiro y la playa de Copacabana.

Un brillante sol de mediodía parece bruñir el azul maravilloso del cielo, y del mar y el verdor lujurioso de la costa, entre las anchas pinceladas de arena dorada y la línea airoso de los modernos edificios. No lejos de ellos los fogosos caballos descansan atados a la sombra de un árbol...

—Frente a esto a veces resultan inútiles las palabras... ¿verdad?

Los ojos de Verónica parecen extasiarse en el paisaje; los de Demetrio la miran sólo a ella, cargados de dudas, de interrogantes, de locas ansias angustiantes.

—Por aquí se baja hasta la playa por un caminito muy estrecho entre las piedras. Y de aquel lado, junto a la arena, hay una gruta con un manantial. Podríamos intentar bajar si no fuese tan tarde...

—Se ve que conoce usted el terreno palmo a palmo. Estuvo antes aquí muchas veces, ¿verdad?

—Algunas... Éste era el paseo favorito de su amigo Ricardo.

—¿Qué?

—Pero muy rara vez lo hicimos a caballo. Casi siempre veníamos en automóvil hasta el terraplén y bajábamos a la playa por el camino que le digo. Eran paseos que Virginia organizaba...

—¿Venían los tres solos? ¿Venía también Johnny?

—Johnny no conoció a Ricardo.

—Se encargaron de despacharlo antes de que él llegara.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Despacharlo? No comprendo...

—¿De veras no comprende?

—¿Por qué he de comprender?

—Por nada. Son locuras mías, disparates... No haga caso.

—Se entristece usted mucho cada vez que piensa en su amigo... ¿Teme acaso que le haya ocurrido alguna desgracia?

—¿Le interesa de veras saber la suerte de Ricardo?

—Naturalmente, fuimos amigos; creo habérselo dicho en otra ocasión. Convivimos casi dos años. Más de una vez he pensado en escribirle; pero como no tengo la menor idea de donde está...

—Su carta llegaría demasiado tarde.

—¿Cómo?

—Quiero decir, que está muy lejos. ¡Quién sabe por qué negras selvas de desesperación y de angustia! Aunque a él ya quiso darle el destino, el infierno en la tierra...

—¿Qué está tratando de decirme? ¿Que ha muerto?

—¿Derramaría usted por él una lágrima?

—Me apenaría extraordinariamente que hubiera muerto... Pero no ha muerto, no es verdad. El hecho de que no sepamos de él no quiere decir nada. Los que se meten en la selva desaparecen a veces por años enteros...

—Más fácil es que desaparezcan para siempre.

—¿Por qué tiene que pensar lo peor? Y ¿por qué me lo dice de ese modo como si quisiera atormentarme?

—Si yo pudiera estar seguro de que es verdaderamente un dolor para usted la muerte de Ricardo...

—Naturalmente que sería una pena... Pero ¿por qué me lo dice así? A veces no le entiendo, Demetrio... parece que estuviera usted loco... y la verdad, no es agradable.

—No se asuste, Verónica... Mis arrebatos son momentáneos. A veces me traiciona la fantasía, otras, tengo una especie de morbosa curiosidad por asomarme al corazón de las mujeres... Le gasté una especie de broma, ¡me temo que bastante desagradable! ¿Quiere perdonarme?

—Claro... pero le aseguro que llegó a asustarme. Me sentí bastante mal... ¿No parece que Virginia y Johnny tardan demasiado?

—Ahí los tiene usted ya... Me ocuparé de sus caballos para que descansen.

\* \* \*

—¿Preocupado, hijo?

—¿Eh, qué?

—Al menos, distraído y pensativo... eso no lo puedes negar y menos a mí que te conozco tanto.

La mano blanca, cuidada con señorial esmero de Teodoro Castelo Branco se ha apoyado afectuosamente en el hombro de su hijo, mientras la mirada bondadosa, comprensiva, parece interrogar más que las palabras...

—No volviste muy satisfecho del paseo de esta mañana... ¿Qué pasó?

—Nada.

—¿Estás seguro? Mucho me temo que la intromisión de ese amigo, me estoy refiriendo al señor San Telmo, en vuestra intimidad, no haya sido muy acertada...

—Creo igual que tú, pero el mal ya está hecho. Además, no tengo nada contra él. Es un perfecto caballero y un hombre que vale mucho, demasiado.

—Demasiado ¿por qué? ¿No estás seguro de ti mismo? ¿Has comenzado a ver en él a un rival?

—Por favor, papá... Dejemos esto.

—¿Por qué hemos de dejarlo? Lo que más me interesa en el mundo es tu felicidad. Y después, la de Verónica. Les veía a ambos muy bien encaminados... ¿Qué ha sucedido para que las cosas cambien? ¿Cuándo bebemos el champán de tus bodas?

—No lo sé, papá.

—¿No te has decidido aún a hablarle a tu prima?

—Le hablé.

—Ah...

—Le dije cuanto la quería... y me pidió una tregua.

—¿Una tregua?

—Para pensar, para reconsiderar sus sentimientos; para estar segura de los míos, que cree un capricho pasajero, una ventolera de niño mimado...

—Si no es más que eso, en ti está convencerla de lo contrario.

—Y con el alma confiaba poder hacerlo, papá. La noche que le hablé, la del baile, hace ya casi dos semanas, me sentía seguro de mí mismo, fuerte, optimista, confiado... ahora es distinto.

—¿Por San Telmo?

—Demetrio de San Telmo vale diez veces más que yo, padre, y Verónica es lo bastante mujer para comprenderlo y valorarlo.

—No digas eso. No aceptes esa idea como definitiva; lucha, defiéndete, demuestra lo que eres y lo que vales disputándole su corazón valientemente. Verónica es buena; te conoce, te quiere, y si tanto la quieres, bien vale la pena...

—¡Es verdad! La quiero tanto, tanto... que mi gran amor tiene que servir de contrapeso para los méritos que me faltan. ¡La adoro, padre, la idolatro! Lucharé con todas mis fuerzas para rescatarla... Era mía, la estaba haciendo mía... y... ¡Virginia!

Al volver la cabeza ha visto a Virginia de pie en la puerta del despacho, escuchando ávidamente sus palabras, pálido el lindo rostro, torcida la boca de angustia, relampagueantes los grandes ojos claros...

—Perdón, perdón si he llegado a interrumpirles... Venía a buscar a tío Teodoro. Tía Sara me mandó a buscarlo. Está en su cuarto... ¿Quieres ir, tío?

—Voy allá.

Se ha ido mientras Virginia va hacia Johnny, para hablarle con lágrimas en los ojos.

—Perdóname, Johnny, perdóname. Yo no quería escucharte, fue sin querer... Pero me da mucha pena... Me da mucha pena lo que has hablado.

—No tiene que darte pena; ni veo qué razón puedes tener para llorar.

—Perdóname otra vez... Ya están secas mis lágrimas, mis pobres lágrimas. Mías tenían que ser para disgustarte...

—¡Virginia!

—Pero no te molesto más, no quiero molestarte. ¿Ves? Contra mi voluntad sigo llorando... Más vale que me vaya; te libraré del fastidio de mirarme llorar... Perdóname, perdóname... No sirvo para nada...

Se ha ido despacio, cruzando el *hall*, mientras se seca las lágrimas, tal vez esperando que la voz de Johnny la detenga, que vaya tras ella a consolarla; pero Johnny no ha dado sino un paso, deteniéndose al ver aparecer otra figura, la que enciende sus sueños, la que llena su alma...

—¡Verónica!

—¿Qué ha pasado, Johnny?

—Nada, o casi nada.

—Virginia iba llorando.

—Ya sabes que para eso no es necesario mucho.

—Desde luego, pero...

—Pobrecita, es muy buena; ¡pero resulta insoportable!

—¡Johnny!

—Sigue siendo la misma chiquilla que no me dejaba jugar cuando venía yo a casa por vacaciones. No había diversión que no me estropeará; pero luego todo eran mimos y dengues y lágrimas.

—Ya, ya...

—¿Te ríes?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Me hace gracia ver que por primera vez le está fallando su sistema.

—¿Su sistema? ¿Piensas tú que es así por sistema?

—No sé qué decirte. En realidad Virginia, que a ti te parece tan criatura y tan diáfana, es para mí un enigma.

—¿Qué estás diciendo? ¿Un enigma?

—Más vale que te rías... Quisiera poder pensar como tú.

—¿Te ha hecho algún daño, Verónica? ¿Tienes alguna queja seria contra ella? Dime la verdad.

—Pensándolo despacio, no tengo nada concreto de que acusarla; y aunque lo tuviera no lo haría, así es que dejemos el tema en paz.

—¿Por qué no lo harías? ¿No tienes conmigo todo la confianza necesaria?

—Claro que la tengo; pero no me gusta juzgar a los demás. Cada uno es como Dios lo ha hecho, a su modo y a su manera; unos remontan como las águilas, otros se arrastran como los gusanos...

—¿Qué quieres decir? ¿A quién te refieres?

—A nadie. Era una imagen para comparar.

—Verónica...

Le ha tomado tiernamente la mano, que tiembla entre las suyas como si quisiera escapar, y clava en los ojos negrísimos los suyos suplicantes.

—¡Verónica! ¿A qué precio podré ganar tu amor? ¿A cambio de qué esfuerzo, de qué sacrificio, de qué hazaña?

—Johnny querido, habíamos convenido en no hablar de amor por una temporada.

—Ya lo sé; pero hay cosas más fuertes que la voluntad. Verónica, respóndeme a lo que te he preguntado, ¿qué prueba, qué esfuerzo, qué sacrificio es menester?

—Por Dios, Johnny; recuerda nuestro pacto.

—¡No puedo recordarlo! ¡Sólo sé que te amo, y cómo te amo!

—¡Oh, Demetrio!

En efecto; Demetrio de San Telmo acaba de llegar y se inclina ceremoniosamente frente a Verónica.

—A sus pies, Verónica. ¿Cómo está, Johnny? Temo haber llegado a destiempo, demasiado temprano...

—¿Temprano para qué?

—Absolutamente a destiempo, efectivamente. Me había invitado usted esta tarde para unos asaltos en la sala de armas...

—Es verdad, Demetrio; dispénseme. Mi cabeza anda mal.

—No lo culpo.

Ha sonreído levemente irónico, mirando a la bellísima muchacha, ahora absolutamente desconcertada, y aún le parece más hermosa encendidas de rubor las mejilla, huidizas las pupilas oscuras bajo las espesas pestañas.

—Me dijo que los viernes solían reunirse unos cuantos amigos en la sala de armas y añadió usted que hasta Verónica tiraba a veces su cuarto a espadas, cosa que me sorprendió y me hizo bastante gracia... era la única habilidad que le faltaba a la señorita Castelo Branco.

Verónica se ha erguido como si el fino dardo le hubiera herido en lo más hondo. En un instante ha recobrado todo su aplomo, todo su admirable dominio de la situación y aunque sonríen sus labios hay un relámpago de desafío en la ardiente sombra de sus pupilas.

—Me gusta el esgrima y dicen que no lo hago del todo mal. Más que mi cuarto a espadas, puedo echar esta tarde un asalto a florete, y contra usted también, señor San Telmo.

—¿De verdad? Pensé que no cruzaba usted sus armas con los varones.

—Entonces no podría cruzarlas con nadie. Creo que en todo Río no pasamos de tres aficionadas; claro que a mí me viene de casta, era el deporte favorito de mi padre. En nuestra casa de la Rúa Dos Mares, teníamos una gran sala de armas...

—En este caso será un alto honor...

—Que con su permiso reclamo para mí primero. Desde que he llegado estoy queriendo hacer esgrima con Verónica, sin lograr que se disponga a practicar un rato. Creo que tengo derecho a reclamar mi prioridad.

—No puedo discutirse, aunque definiendo el segundo lugar.

—Caramba... voy a tener que traer un carnet como en los bailes; porque Alberto Guerra Camoes y Julio Estrada también están esperando la ocasión, y creo que vendrán esta tarde.

—Ésos no cuentan y sé que los derrotas con mucha facilidad...

—Luego, es usted temible.

—Aguarde a juzgar por sí mismo, ingeniero. Y piense que por orden cronológico le corresponde el último lugar... pero los últimos serán los primeros...

Ha sonreído con coquetería deliciosa, a tiempo de señalar el precioso reloj de porcelana que adorna la chimenea de mármol.

—Son las cinco y cuarto. Mi tía no tardará en mandar que sirvan el té. ¿Me permiten que vaya a cambiarme de traje?

—Supongo que todos tendremos que hacerlo. Yo vine preparado porque pensaba tener sólo el papel de espectador...

—Tengo dos petos y caretas en abundancia. ¿Quiere venir conmigo a mis habitaciones? Ya encontraremos algo que le sirva.

Le ha tomado del brazo, pero quedan inmóviles mirando alejarse la figura arrogante y grácil, tras la que parece írseles el alma.

—¡No hay otra mujer como Verónica!

—¡Tiene razón, Johnny; no la hay!

\* \* \*

—¡Ah, Virginia!

—¿Te extraña encontrarme en tu cuarto?

—Un poco. ¿Qué ocurre?

—Nada.

En la butaca forrada de cuero, que con la lámpara, el estante de libros y la mesita



fumador forman un grato rincón de estudio en la habitación de Verónica, Virginia de Castelo Branco, sentada con desenfadada actitud, aspira con deleite el humo de un cigarrillo, mientras sus ojos ahora fríos y burlones, recorren la estancia para fijarse luego en el rostro sorprendido de su prima.

—¿Sabes que tienes un cuarto muy agradable? Lo has arreglado con muy buen gusto y con mucha originalidad.

—El tuyo es mucho más lujoso...

—Lo arregló tía Sara, como para el bebé que imagina que soy.

—En todo caso para un bebé real. Creo que tienes los muebles más caros de la casa.

—Tía Sara me quiere mucho, ¿te molesta?

—Absolutamente nada.

—Es muy propia de ti esa respuesta; exactamente la que esperaba. Te importa muy poco que te quiera tía Sara.

—No he dicho eso...

—Lo das a entender, que es igual. Nunca hiciste nada por conseguir que te quisiera, ni que te estimara, y ahora te extrañará que se oponga a que te cases con su hijo.

—¿Qué?

—¿Te extraña que yo esté enterada?

—No. Ya sé que te las arreglas para enterarte de todo; pero desde luego me sorprende tu actitud, tu manera de hablarme, y hasta el haberte encontrado en mi cuarto donde nunca solías entrar.

—Vine a fumar un cigarrillo, ¿sabes? Me encanta fumar, pero tía Sara siempre habla mal de las mujeres que fuman, y prefiero que no vea cigarrillos y colillas en mi cuarto...

—Las dejas en el mío, ya lo veo...

—Tía Sara casi nunca viene por acá, y después de todo, a ti que más te da... No es más que un detalle...

—Pero da la casualidad de que yo no fumo.

—¡Bah! Es un pecado venial, y tú tienes bastante desfachatez para decirle a tía Sara que fumas porque te da la gana... Entra en tu tipo; en el mío no, ¿sabes?

—Virginia... ¿qué te propones?

—¿Qué quieres que me proponga? Nada... o acaso hacer un esfuerzo para que seamos amigas.

—Somos parientes...

—Ya lo sé; pero amigas no lo fuimos nunca. Siempre me miraste desde tu altura, como una cosita insignificante...

—Sí. Como una pequeña cosita capaz de morder y de arañar. Más de una vez, recién llegada a esta casa, me clavaste las uñas o los dientes...

—¡Oh, Verónica!

—Claro que luego ibas a refugiarte en los brazos de tía Sara, llorando de una manera que no podía caber la menor duda de que tú habías sido la lastimada.

—¡Qué rencorosa eres, Verónica! Todavía te acuerdas de esas tonterías de la infancia.

—Tonterías que hicieron a tía Sara encerrarme en un colegio, antes de los seis meses de tú haber llegado.

—Un colegio de donde saliste maravillosamente bien educada... Johnny está encantado de tu cultura, todo el mundo se hace lenguas de lo mucho que sabes.

—Supongo que esperas que te lo agradezca a ti.

—Después de todo, podías mirar así las cosas con un poco de buena voluntad, y no guardarme rencor.

—No te lo guardo.

—¡Magnífico! Entonces, ¿por qué no te sientas para que charlemos como dos hermanas? Nunca lo hemos hecho.

—Otro día será. Hoy tengo que cambiarme de traje; me esperan los muchachos.

—¡Ya! Johnny, y a Demetrio lo sentí llegar.

—¿Lo sentiste?

—Estabas muy acaramelada con Johnny.

—¡Ah! Nos estabas espiando...

—Espiar es una palabra muy ofensiva; vi por casualidad. Johnny te agarraba las manos, iba a besarte... Demetrio llegó con mucha oportunidad; que si no...

—Si no, no habría pasado nada... No es cierto que Johnny fuera a besarme.

—¿Me permites que no lo crea?

—Cree lo que te dé la gana y discúlpame, creo que voy a vestirme.

—No creo que te estorbe mi presencia; hasta puedo ayudarte. Estarás encantada de poder lucirte en traje de esgrimista delante de tus admiradores... es una de tus excentricidades que hacen más efecto.

—¡Virginia, basta! ¿A qué has venido? ¿Qué te propones averiguar?

—¿Yo? ¡Nada!

—¿Por qué no me dejas tranquila?

—Quiero ver cómo te arreglas, descubrir el secreto de tu maquillaje, saber en qué consiste el atractivo misterioso que te hace manejar a los hombres como monigotes.

—¿De dónde sacas eso?

—Salta a la vista. No te hablo de los demás, a los que te has cansado de dar calabazas; vamos a dejarlo en los dos últimos: Demetrio y Johnny.

—¿Quieres dejar a Demetrio en paz?

—¿Por qué? ¿Es el preferido?

—No es nada; déjame.

—Te gusta horrores; ya lo sé, y te gusta precisamente porque no puedes manejarlo.

—¡Virginia, basta!

—Es además un gran recurso para poner a Johnny fuera de sí, para obligarlo a que piense en casarse. Si no hubiera sido por Demetrio no estaría tan decidido.

—¿Quieres callarte? No me interesa lo que digas, ni con que intención lo digas; quiero que me dejes en paz.

—Está bien. Con una condición: ¡renuncia a Johnny!

—¿Qué?

—Júrame que pase lo que pase no le oirás una palabra de amor, ni accederás a lo que te pida.

—Pero Virginia, ¿con qué derecho?

—¡No te casarás con Johnny, Verónica! No serás tú la dueña de esta casa. Júrame, dame tu palabra de que seguirás rechazándolo, o vas a tropezarte conmigo.

—¿Y quién eres tú para pedirme ese juramento y esa promesa? ¿Con qué derecho pretendes mandar en mi vida y en mi alma? ¡Yo haré lo que quiera, lo que mi corazón me pida, lo que me mande mi conciencia y nada más!

—¡No! No, Verónica ¡con Johnny no te casarás!

Ha dicho estas palabras ganando la puerta, totalmente transfigurada. Enérgica, agresiva, desafiante se alza como una viborilla dispuesta a morder, y por sus ojos verde azules, cruza aquí el diabólico relámpago que le da un extraño parecido a un felino...

—¡Virginia!

Se ha ido corriendo. Verónica ha dado unos pasos hacia la puerta como si fuera a detenerla; pero es ella la que se detiene bruscamente paralizada. Qué le importa Johnny, después de todo; ¿si sólo un afecto de hermano le hace escuchar bondadosamente sus palabras de amor?

Otra figura es la que parece erguirse ante sus ojos; aquel hombre altanero de mirada de águila, aquel Demetrio de San Telmo dominador y fascinante, en cuyos extraños ojos ha leído tantas veces la palabra de amor que no confiesan los labios...

Rápidamente va hacia el amplio espejo de su cuarto; se contempla a sí misma. Es lo bastante mujer para no ignorar ninguno de sus encantos, para saber hasta que punto son poderosas sus armas, y un solo propósito arde en su pecho... Llegar al corazón de Demetrio de San Telmo, conquistarlo, hacerlo suyo, e irse después muy lejos de aquella casa, cuya atmosfera cargada de intrigas parece asfixiarla...

Lejos de Virginia, de doña Sara, de Johnny, con su ingenuo amor, que no es capaz de corresponder... Sólo al pensar en el tío Teodoro, tan parecido a su padre, el corazón tiembla como si sangrase; pero otra vez le deslumbra la imagen de aquel hombre, que por sí solo representa cuanto soñó que la vida pudiera brindarle...

Amor, amor inmenso; aunque fuese empañado de lágrimas y teñido de sangre; el amor que pide su alma ardiente para quemarse en él como en una gran hoguera que se consume alumbrando...

## Capítulo 4

—¿Quieres más té, Teodoro?

—Oh, no, no... Absolutamente nada... Sólo estoy deseando ver esos asaltos.

Teodoro Castelo Branco ha rechazado la taza de té que por segunda vez le ofrece doña Sara. El amplio local destinado para ejercicios y sala de armas, en el suntuoso palacio, está concurrido como pocas veces aquella tarde; es un salón lo bastante grande para poder servir de pequeño teatro.

Un tablado en forma de escenario presenta el lugar para la esgrima y en lugar de lunetas, son cómodas butacas de cuero y livianas mecedoras de Viena, amén de pequeñas mesas y otros mueblecillos auxiliares los que ocupan la parte destinada a los espectadores.

Se ha servido té, licores y frutas según el gusto de cada cual. Y hasta una docena de simpáticos mozalbetes en traje de esgrimista van de un lado a otro haciendo y escuchando comentarios sobre los pasados asaltos...

—Alberto Gómez ha estado fantástico, ¿verdad, papá?

—Sí, hijo... Y también Julio Estrada. Si sigue este entusiasmo por la esgrima será cosa de volver a establecer los premios de copas y medallas que repartíamos aquí cada año, en tiempo de mi abuelo y de mi padre.

—No creo que el entusiasmo dure mucho. Los muchachos de ahora encuentran eso de la esgrima bastante anticuado...

—Pues a mí me encanta. Es el deporte de mayor nobleza, sobre todo entre caballeros. Una de las pocas cosas que no me gusta de los americanos es eso de dirimir las cuestiones de honor a puñetazos.

—Me satisface oírte hablar así, hijo de mi alma... Eso me indica cuánto queda en ti de nuestra vieja raza.

—A mí lo único que me gusta es lo bien que te queda ese traje; por lo demás, tiemblo al pensar que se hagan una herida o que se salten un ojo con uno de esos dichosos floretes.

Johnny ha sonreído satisfecho de la mirada de orgullo maternal, en que le ha envuelto doña Sara. Realmente se ve bien con aquel traje hecho correctamente a su medida, y siente un pequeño e inconfesable placer, al verificar que Demetrio de San Telmo no parece él mismo, aprisionado por aquel peto que le queda estrecho, sombrío y pensativo; como si los más negros pensamientos le atormentaran.

Está sentado en un rincón un poco apartado; pero hacia él va Johnny con gentil sonrisa de anfitrión.

—No ha tomado usted nada, San Telmo...

—No deseo nada, gracias.

—¿Quiere tirar un asalto conmigo mientras esperamos a Verónica?

—¿Qué le pasa a Verónica? ¿Por qué no está aquí ya? ¿Tanto tiempo necesita para mudarse de traje? Hace ya una hora que la dejamos.

—Piense en lo que hemos tardado nosotros...

—De todas maneras.

—Ahí viene Virginia... ella sabrá. Voy a preguntarle.

Ha cruzado rápidamente el salón yendo hacia la puertecilla, donde efectivamente acaba de aparecer Virginia en traje de tarde; y mientras los invitados se aprestan a presenciar la nueva exhibición de esgrima, se acerca para hablarle en tono impaciente y confidencial.

—¿Bajó contigo Verónica?

—No.

—¿Dónde está?

—La dejé en su cuarto, y tardará un rato en bajar. Ni siquiera había empezado a cambiarse.

—Ah, ¿no?

—Tú sabes como es ella. Le encanta que la esperen.

—No... no sabía...

—Y yo todavía quisiera que tardara más...

—¿Cómo?

—En cuanto aparezca, ya no tendrás ojos más que para mirarla.

—¿Tú crees?

—Y tendrás razón. Yo no soy de esos envidiosos que niegan la verdad. En traje de esgrimista está muy guapa.

Ha fruncido los labios en una mueca casi infantil, como si fuera a romper a llorar, apoyando su mano en el brazo de Johnny que la mira nervioso y desconcertado.

—¿Quieres sentarte a mi lado un ratito mientras ella llega?

¿No es mucho sacrificio para ti?

—No es ninguno. Deja las tonterías de esa clase...

—Comprendo que te fastidio, Johnny; pero sufro tanto...

—¿Tú sufres, tú?

—A veces creo que más de lo que puedo resistir. Ven... hace demasiado calor aquí dentro. Necesito un poco de aire...

Ha tirado de él obligándole a cruzar la puerta. Y ahora están bajo aquella especie de camino techado de glicinas y madreselvas, que conduce, desde el cuerpo central de la casa, hasta el amplio pabellón donde están instalados los salones de armas y gimnasia.

Unos bancos de mármol bordean el camino, y hacia uno, un poco más apartado, como arropado entre el ramaje de los arbustos, es hacia donde Virginia conduce a Johnny con la decisión de un designio diabólico...

—Pero por Dios, Virginia...

—Ven aquí. Siéntate... óyeme. Dedícame diez minutos nada más; después estarás al lado de ella toda la tarde.

—Pero Virginia...

—No es más que un momento. Si supieras todas las dudas, todas las zozobras, todas las angustias que pasan por mi alma...

Nadie parece haber notado la evasión de Johnny y Virginia de la sala, nadie, excepto el sombrío visitante que vino desde Matto Grosso a la capital. Aún no sabe impulsado por qué fuerza, Demetrio ha cruzado también aquella puerta, procurando pasar inadvertido: acaso presiente en la actitud y el gesto de Virginia, que algo importante puede escuchar...

Tal vez es sólo el ansia de saber algo de Verónica. Sin que ellos le vean, se ha deslizado por detrás de los bancos; quiere saber, necesita saber; no importa el medio ni el recurso de que tenga que valerse; y acierta a ocultarse tras el macizo de enredaderas, en el preciso instante en que Virginia y Johnny toman asiento en el banco a quien sirve de espalda...

—Virginia te doy mi palabra de honor que no entiendo lo que te pasa, ni lo que tratas de decirme.

—Johnny, es tan duro y tan difícil... Quisiera que tú lo adivinaras...

—Te juro que no tengo cualidades de mago.

—Ya lo sé; ni siquiera de hombre avisado...

—¿Cómo?

—Resultas tonto a fuerza de ser bueno.

—¡Virginia!

—Es la verdad, la tristísima verdad... Y yo, que no puedo soportar verte tan ciego, yo que sufro hasta morirme porque sepas toda la verdad; tengo miedo de que no me creas, de que me juzgues calumniadora y mala...

—De sobra sabes que eso no puede ser, Virginia. ¿Quieres dejar ya ese tono dramático? Eres una chiquilla, una adorable chiquilla, a quien quiero como un hermano. No quiero que estés triste ni que te preocupes, ni que tengas porque quejarte de nadie. Soy tu hermano mayor y te ayudaré a ser feliz.

—Yo no puedo ser feliz, mientras tú...

—Mientras yo, ¿qué?

—Nada... nada.

—¿Otra vez las lágrimas? Pero criatura, ¿quieres dejarte de sentimentalismos tontos? Anda, dame el brazo; volvamos a la sala de armas... Tomaremos un par de copas de oporto y me prometerás no volver a estar triste...

—Lo único que te interesa es quitarme del medio y callarme...

—No, Virginia.

—Lo comprendo perfectamente. Me quitaría yo misma... No es por mí que sufro, es por ti, Johnny.

—¿Por mí?

—Por ti, Johnny; por ti... que no sabes nada, y a quien no puedo decir nada.

—¿Y que habrías de decirme?

—No, no... Es inútil; nunca me creerás.

—¿Sabes que me estás poniendo en cuidado?

—Estar en cuidado es lo mejor que podría ocurrirte; así no te engañarán.

—¿Quién trata de engañarme?

—Ella.

—¿Qué estás diciendo? ¿A quién te refieres?

—Ella, para ti, no es más que una. La mujer a la que has entregado la vida y el alma: Verónica, si quieres que te hable más claro.

Johnny ha palidecido; pero más aún que él, con un temblor más doloroso y más hondo, se ha agitado Demetrio San Telmo, estremecido hasta las entrañas.

Su mano crispada se ha hundido hasta el bolsillo, extrayendo aquel cuadrado de seda, bordeado de finísimos encajes, aquel pañuelo de mujer que rescatara de entre las cosas de su hermano, donde una inicial, una «V» ancha, de elegante trazo, parece marcarle con demasiada claridad el camino...

Johnny se ha puesto de pie casi con brusquedad. Por un momento siente el impulso de alejarse de Virginia, de no escucharla más; pero un agudo, un finísimo dardo de celos, penetra en su alma envenenándole y deteniéndole a pesar suyo.

—Hace días que tratas de decirme algo de Verónica, pero no empleas sino medias palabras. Si vas a seguir así, ¡más vale que no me digas nada!

—No sabes lo que diera por poder callarme: pero la conciencia no me deja... ¡Oh, Johnny! ¡Johnny! Tienes razón; más vale que no te diga nada... Después de todo, no soy yo quien debe hablar.

—Espera, Virginia; aguarda, aguarda...

—No, Johnny, no...

—Sí. Habla. Habla.

—No me lo perdonarías nunca; me odiarías como si yo tuviera la culpa de lo que ella ha hecho...

—¿De lo que ella ha hecho?

—Más me vale callar.

—No. Ahora no callarás... Ya has dicho demasiado. Cuando se insinúan las cosas en la forma en que tú acabas de hacerlo, no hay más camino que hablar pronto y claro.

—¡No hablaré!

—Hablarás porque te lo mando.

—¡Oh, Johnny! No me aprietes así, me haces daño...

—Dispénsame. No fue mi intención; pero necesito que hables... ¿Qué sabes de Verónica? ¿Es acaso novia de Demetrio de San Telmo?

—Si fuera eso solamente...

—Si fuera eso solamente... ¿El qué? Acaba. Es eso, y además...

—No, Johnny. De Demetrio nada, absolutamente nada que yo sepa. Lo que tú has visto y nada más. ¡Ay, Johnny querido! Tú eres como mi hermano. Ya antes lo has dicho, y siendo como mi hermano, yo no puedo callar; pero no puedo hablar

tampoco... Le pedirías cuentas, armarías un escándalo... Lo sabrían los tíos, ¡sería horrible!

Johnny se ha erguido respirando profundamente para contener la emoción que le embarga; está muy pálido y un sudor helado empapa sus sienes y sus manos...

—¿Quieres hacerme el favor de hablar claro? ¿Qué pasa con Verónica?

—Cuando hable creerás que la estoy calumniando.

—No creeré nada. Habla.

—¡Oh, Johnny... Johnny! Para que yo hablara tendrías que darme tu palabra de honor, que jurarme... Sí. Que jurarme por la vida de tus padres, que ni Verónica ni ellos sabrán nunca que he sido yo quien te ha dicho la verdad...

—¿Qué verdad?

—La verdad sobre Verónica...

—¿Cuál es? La estoy esperando. Y espero que para acusarla estarás muy segura y tendrás pruebas que presentar.

—Yo no la estoy acusando, Johnny...

—¿Qué es entonces?

—Nada... nada... Más vale que no hable...

—Ahora tienes que hablar aunque no quieras. Ahora tengo yo que saber toda la verdad... ¿De qué pensabas acusar a Verónica?

—Yo no la acuso y tengo pruebas además...

—¿Pruebas de qué?

—De que no debe casarse con ella un hombre honrado.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Johnny, ¡me rompes los brazos! ¡Suéltame!

—¡Estás suelta! Pero por última vez... ¡habla!

—No diré una palabra si no me juras antes, que Verónica nunca lo sabrá, que no le dirás nada a tía Sara, que no le harás ningún daño... ¡Jurámelo, Johnny, jurámelo!

—¡Está bien! Jurado. Pero júrame que no dirás tú nada que no sea verdad. ¡Júrame que me probarás cuanto dices... y no llores más!

Virginia ha secado sus lágrimas, el diabólico relámpago cruza otra vez por sus pupilas y ahora es ella la que se agarra al brazo de Johnny con ansia desesperada...

—Ven al fondo del jardín, donde nadie pueda escucharnos. Por aquí va a pasar ella dentro de unos segundos. Pueden vernos, pueden oírnos... y lo que voy a confiarte, Johnny, sólo tú tienes que oírlo, sólo a ti soy capaz de decírtelo, para salvarte de una mala mujer. Porque te amo, Johnny... ¡Porque te amo!

Sólo un instante ha cruzado el asombro por las pupilas castañas de Johnny. Bruscamente, inquieto, mira a todos lados. Luego, su mano endurecida por la angustia, aprisiona con rabia el brazo de Virginia, arrastrándola a través de los macizos de flores, a donde espera que nadie les vea ni les oiga; pero Demetrio de San Telmo ha seguido sus pasos; cien veces más tembloroso, más pálido, más transido de angustia que el propio Johnny, más desgarrada el alma por el presentimiento de



aquella revelación que ya cree adivinar...

—Habla...

—Johnny... Si tú supieras el sacrificio que me cuesta. Sólo por ti. Sólo por ti sería capaz de hacerlo...

—Acaba de hablar, Virginia.

—Ya veo que no te importa nada, ni mi dolor, ni mi sufrimiento, ni mis lágrimas, ni mi amor siquiera...

—¡Oh, Virginia!

—Ya sé que ella es el mundo entero para ti, que fuera de ella no ves ni oyes, ni te importa nada... Estás ciego, loco... Eres capaz de dar un escándalo, de preguntarle a ella, de hacer que se enteren los tíos.

—¡Ya te he dado mi palabra de honor de callar! ¿Qué más quieres? ¿Qué más exiges? Te estás burlando de mí.

—Johnny querido...

—Por última vez... ¡habla! ¿Por qué no puede casarse con Verónica un hombre honrado?

—Porque ella no lo es.

—¿Qué?

—No pongas esa cara, o no podré seguir hablando. Ella no tiene la culpa. Tú sabes como se crió, tú sabes cómo era su padre...

—¿Qué tiene que ver su padre en todo esto? ¿Por qué pretendes que no es honrada? ¿Por lo que hicieron los demás?

—¡No iría pura al altar!

—¿Por qué? ¿Por quién? ¿Cuál es su amante?

—Johnny, no levantes la voz...

—¡Me estás diciendo que Verónica tiene un amante!

—No... no.

—¿Pues qué? ¡Acaba!

—Ella quiso a un hombre, o pareció quererlo... A un hombre que la adoraba; pero que no podía casarse con ella porque era pobre, ¿sabes? No tenía nada. Y Verónica sueña con ser rica, con ser la dueña de esta casa, con tener el mundo a sus pies.

—¿Qué hombre era ése, y qué pasó con ese hombre?

—Casi vivió en esta casa... era como un secretario del tío Teodoro. Se veían a diario, salían juntos; estaban horas y horas perdidos en este jardín...

—¿Y qué más?

—Salían a pasear a caballo por los campos, solos, totalmente solos.

—¿Y qué? Yo también lo hago y no pretenderás...

—Tú eres distinto; tú no serías capaz de una infamia...

—¿Y ese hombre?

—Él no tuvo la culpa... ella era quien lo sonsacaba...

—¿Qué?

—Sin mala intención... por coquetear. Pero el que juega con fuego, en él se abrasa...

—¿Y qué?

—¡Oh, Johnny! No quieres comprenderme...

—¡Quiero obligarte a que hables claro, enterarme hasta de la última sílaba, beberme todo el veneno de tus palabras!

—¿Crees que lo hago por mal? ¿No te das cuenta?

—No quiero darme cuenta de nada sino oírte hasta el fin... ¿Cómo sé que lo que dices es verdad? ¿Cómo sabes que ese hombre fue amante de Verónica? ¿Cómo puedes probarlo? Dijiste que podías.

—Si preguntaras a los criados...

—¿Los criados? Pero ¿los criados saben?

—No hablarán... Los tiene de su parte. Ella siempre tiene a las gentes de su parte; las subyuga, las domina, las maneja como quiere... Y cuando uno desesperado habla, creen que lo hace por mal.

—No es eso. Admito que digas la verdad; que hubo aquí un hombre de quien Verónica estuvo enamorada, hasta adivino quién es... No le conocí, pero le oí nombrar demasiado: Ricardo Silveira, ¿verdad?

—Sí... sí... Primero fueron novios; pero nadie lo supo, nadie más que yo... Ella no quería que tía Sara se enterara. No quería estar comprometida para poder flirtear con los demás. Ellos disimulaban que se querían; se veían de noche, a escondidas... en el jardín. Aquí mismo. ¿Te has fijado que el cuarto de Verónica tiene una ventana sin rejas? Por las enredaderas es muy fácil trepar... y él entraba en su cuarto.

—¿Lo sabes tú? ¿Lo viste tú?

—Sí, Johnny, lo vi muchas veces... El primer día creí que era un ladrón; salí corriendo de mi cuarto, fui a gritar; pero Verónica se había dado cuenta y me tapó la boca...

—¿Qué estás diciendo?

—Me metió en su cuarto casi arrastrando, me maltrató... Sí, me maltrató... Es mucho más alta, mucho más fuerte que yo.

—¡Virginia!

—Te lo juro... Me amenazó con matarme, si se lo decía a tía Sara... Parecía una fiera... Me dio miedo y también lástima... Si tía Sara lo hubiera sabido la habría echado de la casa.

—Hiciste muy mal en callar. ¡Debiste decírselo toda a mi padre!

—Me dio miedo. El tío Teodoro no me quiere a mí, la quiere a ella. Contar una cosa así es horrible. Me hubiera odiado... como tú; como tú me estás odiando, y ella no me habría perdonado jamás... Jamás...

Ha retrocedido cubriéndose el rostro con las manos, mientras Johnny devora su angustia y su rabia. Y no duda; cuanto ha dicho Virginia le parece lógico, claro; cree tener ante sí la escena, y la voz quejumbrosa sigue derramando como gotas de veneno

corrosivo, razones y palabras.

—Seguramente se querían... Se querían mucho... Pero Verónica tiene miedo a ser pobre, sueña con vivir en un palacio, con tener muchos criados. Cuando a los dos o tres días me atreví a hablarle del asunto, me dijo que Ricardo Silveira se iba a casar con ella.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Él le había jurado, le había prometido que volvería rico en pocos meses. Había conocido a un hombre que iba a buscar diamantes al río Caroní, y había firmado con él. Le habló del Matto Grosso, de las minas de oro... de las selvas de caucho, y le pidió que lo esperara.

—¿Entonces, Verónica?

—Lo dejó marchar... Al principio le escribía, recibía cartas; cartas que ella quemaba después de leer. Y cuando hablábamos, siempre me decía que sería millonaria, que él volvería cargado de riquezas... Todo cambió cuando tú llegaste...

—¿Cuando yo llegué?

—Tú ya eras millonario... No tenía que esperar que hicieras fortuna, y además, la posición, el nombre, el gusto de mandar en esta casa; de imponerse a la voluntad de tía Sara, de obligarme a mí a callar; porque entonces ella sería la dueña de todo... Comprenderás que era mejor, mucho mejor... ¡Y resolvió atraparte!

—¿También te dijo que había resuelto eso?

—No Johnny, no me lo dijo; pero a la vista salta... Tú te enamoraste de ella al verla, y del otro no se sabe nada... Puede ser que ella le haya escrito rompiendo con él, puede ser que piense que se ha muerto, como tantos que van a la selva... ¡Johnny! ¡Johnny querido... perdóname por haberte hecho tanto daño! ¡Tú sufres... sufres! Pero si te hubieras casado con ella sufrirías más, infinitamente más; porque ella no te ama...

Ha quedado mirándolo con ansia, esperando la reacción de aquel hombre herido con golpe tan brutal; pero pasa un largo rato sin que Johnny hable. Ha quedado inmóvil, la mirada vaga, mordiéndose los labios hasta hacerlos sangrar, como saboreando el dolor infinito que cada instante penetra más en su alma, torturándola más hondo, desgarrándole.

—Johnny... Johnny...

—No me ama, es verdad; no me ama ni me amará jamás... Ahora lo veo claro... Ahora comprendo sus dudas, su angustia... Por eso me ha apartado de ella, por eso me rechaza...

—¿Cómo?

—Sí, sí... Me ha dicho que no me quiere, ¡me ha rechazado! Me ha hablado de su afecto de hermana... Es todo cuanto puede darme. ¡Y tengo que reconocer que, al menos conmigo, ha sido leal!

—Johnny... Yo te ruego...

—Déjame, Virginia... Déjame ahora... ¡No puedo más!

—¡Johnny! ¡Johnny!

Virginia ha corrido a través de los macizos del jardín, hacia el lugar por donde Johnny se ha alejado con gesto de desesperación, como si huyera de sí mismo.

—¡Johnny!

Ninguno de los dos ha reparado en el hombre que llegara hasta ellos, escondiéndose tras los arbustos, donde ha oído también esa confesión, como si cada palabra fuese una puñalada; en aquél en cuyo pecho se levantan ciegas olas de furor y de angustia, amenazando con ahogarle, porque rugen con idénticas voces dentro de él; celos, amor, dolor y venganza... en aquél, cuyos puños se han cerrado, viendo caer hecha polvo su última esperanza, viendo hundirse el castillo de sueños que a pesar suyo levantara.

—¡Tenía que ser ella! ¡De todas las mujeres del mundo, tenía que ser ella!

Un dolor casi físico le oprime el pecho. Parece que el corazón se le detiene, que el aire le falta, como si al conjuro de aquel nombre las fuerzas le abandonaran.

—¡Ella... tenía que ser ella; Verónica... Verónica, la única mujer sobre la tierra a quien yo hubiera sido capaz de amar!

## Capítulo 5

—¡Johnny! ¿Qué tienes?

—¡Oh, papá!

—¿Qué pasa?

Como un sonámbulo, Johnny ha cruzado bajo la pérgola, sin pensar detenerse frente a la puerta del pabellón de la sala de armas, cuando Teodoro de Castelo Branco le ha salido al encuentro. Tras él, el rostro ahora jovial de doña Sara y varios amigos curiosos, cuya presencia ahoga la dolorosa exclamación, a punto de asomar a los labios de Johnny.

—¿Qué pasa? Estamos esperando por ti.

—¿Eh?

—Te toca tu turno. Verónica acaba de derrotar a Julio Estrada, que era el vencedor de los anteriores...

—¡Verónica!

—Faltan tú y San Telmo.

—Excúsame con los invitados, papá.

—Excusarte ¿por qué? ¿Qué pasa?

—¿Te sientes mal, hijo? Te veo muy pálido.

—Johnny, ¿qué te ha pasado?

—Absolutamente nada, papá.

Milagrosamente ha logrado dominarse. Es necesario que calle, que disimule, que se trague aquel dolor, aquella ira. Los ojos interrogantes clavados en él le crispan, le exasperan...

—Si realmente estás mal...

—No, no tengo nada. Es ridículo alarmar a todo el mundo por un ligero malestar. ¡Vamos!

\* \* \*

De un sorbo ha apurado Johnny el segundo vaso de oporto, mientras el criado le acerca la careta de alambre, el florete y los guantes. No ha mirado a Verónica, no ha querido mirarla, aunque la siente a pocos metros, junto al cuadrilátero donde han de medir las armas y tiembla cuando ella se acerca a él.

—¿Dónde te habías metido? Tenías el primer lugar... Ahora me encontrarás cansada y te será más fácil ganar.

—No te preocupes, la partida está perdida para mí de antemano.

—¿Perdida? ¿Por qué dices eso?

—Ya lo verás.

Sin mirarla, ha ido hacia el cuadrilátero. Le parece que el suelo se hunde, que las paredes giran frente a sus ojos enturbiados de angustia, no sabe él mismo por qué se mueve, por qué va como un autómatas, prestándose a lo que de pronto le parece un estúpido juego.

—¿Preparado?

Un mozo le ha puesto la careta; torpemente empuña el arma, y se detiene para contemplarla con indefinible mirada... mientras ella frunce las cejas sorprendida.

—¡Johnny! ¿Qué te pasa?

—Nada; creo que me siento mal. Dejemos para otro día el asalto.

—¡Si le es a usted lo mismo cambiar de adversario, Verónica, ocuparé con placer el lugar de Johnny!

Demetrio de San Telmo se ha abierto paso adelantándose hasta el cuadrilátero. Nadie ha reparado en su regreso a la sala de armas, a nadie le sorprende su actitud extraña, sus labios crispados en rictus de amargura, sus ojos más fríos y duros que la hoja del acero que empuña su mano.

—Descanse usted, Johnny. ¡Déjeme a mí el placer de derrotarla!

Johnny le ha mirado como si no le comprendiera. Se mueve como un autómatas, incapaz de disimular, de sobreponerse, de seguir la farsa social a que las circunstancias le obligan. Demetrio se ha repuesto totalmente y una especie de espantosa serenidad da como nunca a cada uno de sus movimientos soltura y arrogancia.

—Johnny... ¿Qué es lo que sientes?

—No se preocupe... Nada grave. Malestares que está usted acostumbrada sin duda a presenciar...

—No le comprendo.

—Pues no torture más su imaginación. Vamos al asalto...

Verónica se ha erguido. Como siempre que Demetrio de San Telmo emplea ese tono cortante, algo se rebela en su alma altiva. Es su orgullo de mujer encendiendo su sangre, es el presentimiento de que aquel hombre que a veces parece amarla, será para ella un terrible enemigo, es algo que escapa a su razón, pero que la obliga a mirarle aceptando el reto...

—El placer de derrotarme tal vez no sea tan fácil de alcanzar como usted se imagina. ¿Quiere probar?

De un salto ha ocupado su puesto en el cuadrilátero. Nunca parecía más bella a Demetrio que cuando sus ojos brillaban con aquella especie de fulgor diabólico. Los negros cabellos sedosos caen hasta los hombros, contrastando con la ceñida chaqueta de raso blanco, sobre la que destaca un corazón de seda.

El negro pantalón de raso, ceñido hasta la rodilla, la gruesa malla y la fina zapatilla de charol rematan el conjunto, realzando aquel cuerpo inquietante de venus criolla. Y en la mano, que protege el guante de amplia muñequera, el fino florete italiano... Un gran silencio se ha hecho en la sala de armas, mientras todos se acercan

para no perder un detalle del más interesante asalto de la tarde, mientras los ojos grises y los ojos negruzcos cruzan sus miradas, como un anticipo del duelo que va a efectuarse...

—¡En guardia!

—Un momento... ¿No se pone usted máscara de alambre?

—Jamás la he usado. Pero puede usted conservar la suya si teme sufrir un rasguño en la cara...

—Sería absolutamente impropio ante una adversaria lo bastante audaz, pero... no proteger una belleza como la suya...

—Me encargo de protegerla con el florete, ingeniero... No le dejaré a usted amenazarla...

—Muy segura está de su habilidad.

—Un poco menos que usted; pero bastante...

—Si me lo permiten, ejerceré de juez de campo... porque el asunto toma todas las características de un verdadero acontecimiento...

Es Julio Estrada quien se acerca, aprobado por don Teodoro...

—Me parece muy bien, porque Verónica es de las que se enardecen...

—¡En guardia! Saludo... medir terreno... ¡ya!

Las delgadas hojas han chocado en el aire. Picada en su amor propio, Verónica ataca con rapidez vertiginosa, mientras Demetrio retrocede desconcertado...

—Bravo, Verónica. ¡Muy bien... magnífico!

Nunca pudo pensar que un brazo de mujer tuviera tanta habilidad y tanta fuerza. Con trabajo detiene las primeras estocadas, porque más que el botón del florete, son aquellos negros ojos ardientes y magníficos los que con su fuego lo acorralan y abrasan...

No... No podrá luchar con ella; tiembla sólo al pensar que puede lastimarla, herir aquel rostro que ha rehusado protegerse, en un jactancioso gesto de audacia; pero el recuerdo de Ricardo pasa repentinamente por su alma... ¿Acaso no está allí para vengarlo?

¿Acaso no fue justamente aquella esplendida belleza lo que perdió para siempre al hombre que llevaba su sangre? ¿Acaso no acaba él mismo de desafiarla? ¿No es aquel juego un símbolo de lo que serán sus vidas de ahora en adelante?

—¡Cuidado!

Duramente ha detenido un golpe certero, rozando casi con el botón del florete la mejilla aterciopelada, y repentinamente es él el que ataca.

—¡Demonio! ¡Cuidado, Verónica! ¡Quiere cansarte! Un poco más de galantería, Demetrio...

Demetrio no oye ni ve nada más que a la mujer que tiene delante; los ojos ardientes, la boca encendida, el rojo corazón de raso sobre el peto blanco... Un instante desea desesperado que aquello no sea un juego; anhela poder herir y matar, atravesar en un solo golpe el pecho desleal, nido de víboras para su hermano; acabar

de una vez, destruir aquella belleza, aquella gracia, aquel conjunto de perfecciones creado para el mal...

—¡Cuidado! ¡Cuidado... cierra bien esa guardia, Verónica!

Julio Estrada no ha gritado en vano. Verónica ha retrocedido defendiéndose... Escapando milagrosamente, parando en el aire los terribles golpes que el florete de Demetrio descarga, amagando su frente, sus mejillas, su cuello... rozando el rojo corazón de raso sobre su peto blanco...

—¡Calma... calma! ¡Un momento!

Ferozmente Demetrio sigue atacando... Ahora ya ni siquiera ve el rostro de Verónica; mira sólo aquella mancha roja, aquel brillante adorno, que es de pronto como una nube que le cubre los ojos enloqueciéndole... cegándole...

—¡Ah!

—¡Cuidado!

¡Un botonazo violento ha desgarrado el raso... Verónica da un paso atrás... y el arma de Demetrio cae sobre la suya como un rayo!

—¡Demetrio!

—¡Alto... alto!

El florete ha caído de la mano de Verónica bajo el golpe brutal; su rostro expresa sorpresa más que espanto.

—¡Demetrio!

La nube roja que cegaba a Demetrio de San Telmo se ha desvanecido en un instante y, con un gesto de forzada cortesía, vuelve su propio florete para ofrecérselo, inclinándose...

—¡Tome usted mi florete! ¡Sigamos!

—No hay necesidad. El placer de vencerme ya lo ha ganado...

—Verónica...

—Si se hubiera tratado de un verdadero duelo, nada más fácil para usted que matarme después de haberme desarmado. El triunfo es suyo... Y además, debo confesarle que estoy cansada. Es usted un mal enemigo, ingeniero.

Don Teodoro se acerca ceñudo y disgustado...

—¡Opino lo mismo! Y para ti, Verónica, se acabó la esgrima esta tarde. Ven a tomar un vaso de oporto. El señor San Telmo puede seguir tirando asaltos con estos señores, hasta que gaste su exceso de fogosidad... Ven, hija, ven...

—¡Estoy a sus órdenes si desea continuar, ingeniero San Telmo!

Julio Estrada le ha retado con tono desafiante; pero Demetrio parece haber recobrado la razón de pronto... y se inclina para despedirse...

—Muchas gracias... Para mí es un poco tarde... Excúsenme todos... Con permiso...

Pero la voz de Verónica le detiene cálida y musical...

—¡Demetrio!

—¿Me llamó usted?



—Ha pasado el asalto. Los peores enemigos, desde el punto de vista deportivo, se dan después la mano... Aunque usted no lo crea también sé perder.

He extendido la diestra aún temblorosa, despojada del guante, con tan tierno gesto femenino, que Demetrio la estrecha entre las suyas, como llevado por un impulso involuntario.

—Le felicito y le recuerdo que mañana tenemos un paseo a caballo.

—Gracias, Verónica... A sus pies.

Se ha inclinado saludando también a los dueños de la casa, y sale luego muy de prisa, mientras Teodoro de Castelo Branco lo sigue con la vista, sin reprimir el gesto de franco desagrado.

—Vamos, tío. ¿Y la copa de oporto que me habías brindado?

—La tomaremos enseguida. Ven acá...

La ha alejado un poco de los demás que vuelven a ir hacia el cuadrilátero, mientras con gesto paternal le enjuga la frente con su propio pañuelo...

—Ese imbécil no sabe lo que es esgrima de salón. He estado temblando de que fuera a lastimarte. No vuelvas a hacer esgrima sin careta; no vuelvas a hacer esgrima con el tal San Telmo. Me temo que su educación deje bastante que desear...

—Pero es un hombre de mucho mérito, tío; y un perfecto caballero, además...

—No discuto su mérito como constructor de puentes y caminos... Puede ser muy digno y muy honrado; pero no es el hombre que quisiera ver al lado tuyo, hija mía... y en lo de caballero...

—Pero tío Teodoro...

—Ninguno de tus amigos sería capaz de tomar así un asalto de esgrima, ni aun con otro hombre; cuanto menos con una muchacha...

—La culpa fue mía, por desafiarlo. Yo fui la culpable, por las bromas que le había gastado antes...

—Ninguna broma justifica su actitud. Fue verdaderamente chocante; y así quise que lo entendiera. ¿Por qué lo llamaste cuando ya iba a marcharse?

—Le tratste muy mal, tío... Todo el mundo le puso mala cara... Se iba tan confuso, tan avergonzado, que acaso no habría vuelto más...

—Lo cual hubiera sido magnífico. Es justamente lo que estoy deseando: que no vuelva más.

—No digas eso, tío... Si me quieres, no digas eso...

—¿Tanto ha llegado a interesarte?

—No es eso, tío; es que es una injusticia... Él no hizo nada; yo fui la culpable. Y después de todo, tuvo razón; yo soy la que abusó de los muchachos desafiándolos y luciéndome a costa de ellos, a cuenta de su galantería... Ahora me doy cuenta de que cuando hacen esgrima conmigo se dejan ganar.

—Te tratan con la consideración que mereces y nada más. Te aseguro que si yo hubiera tenido veinte años menos, le doy una lección a ese caballero, como quería dársela Julio Estrada y así mismo voy a decírselo a ese tonto de Johnny que, a

propósito, no sé dónde está.

—¿Se habrá seguido sintiendo mal?

—No lo sé. Iré a buscarlo. Tú no te preocupes más y atiende a los invitados. Recuerda que eres la joya de esta casa...

—Gracias, tío...

—Y que en ella quiero verte brillar para siempre, ocupando el puesto más importante...

—Tío Teodoro...

—Nada de sonrojarse... Tú y Johnny son mis dos amores; y no te digo nada más... Hasta ahora...

Sola un instante, Verónica se deja caer en la cómoda butaca, acariciando su muñeca dolorida, mientras una extraña sonrisa acude a sus labios...

—Tiene razón el tío... No es un caballero, es un salvaje... Un salvaje adorable...

Y dulcemente ha suspirado.

## Capítulo 6

—¡Johnny!

—¿Qué... quién?

—Yo, hijo...

—¡Ah, papá! ¿Se fueron ya los invitados?

—Todavía no; con excepción de uno, pero quedaron atendiéndoles Verónica y Sara. ¿Sigues sintiéndote mal?

—No; estoy mejor, papá.

Teodoro de Castelo Branco se acerca más a su hijo, observando con profundo interés su rostro descompuesto y pálido. Es en las amplias y sencillas habitaciones que forman una especie de departamento privado, dentro del propio palacio, dando comodidad e independencia al hijo único: una alcoba, un pequeño despacho, baño anexo, terraza y una puertecilla privada que sale al jardín.

Allí es donde Johnny se ha refugiado huyendo de todos... parece que le hirieran las sonrisas, las palabras más simples, las frases galantes sonando alrededor de Verónica; la presencia que apenas puede soportar, y hasta el afectuoso interés de su padre parece aumentar su desasosiego y su angustia.

—Ve a atender a mis amigos y discúlpame como puedas...

—Ya los atienden las mujeres, sin contar con que los que han quedado son de confianza. Tu indeseable ingeniero San Telmo acaba de marcharse.

—San Telmo...

—Sí; después de portarse como un grosero con Verónica.

—¿Cómo?

—Ya le dije a ella de que no veía la necesidad de que le tratarais como amigo íntimo. Si ese hombre te simpatiza, si estás de acuerdo con sus ideas profesionales, muy santo y muy bueno que tengas negocios con él; pero véanse en el casino o en el teatro, o en el club de ingenieros... o donde te dé la gana.

—¿Qué hizo Demetrio?

—¿No lo viste?

—No.

—Tú estabas en la sala cuando empezó el asalto...

—Me fui enseguida. El calor era insoportable.

—Verónica es demasiado buena, con un tipo que no es de nuestra clase.

—Me temo que eso entra en las costumbres de Verónica.

—¿Qué?

—Hacer amistad íntima con gentes que no son de nuestra clase.

—¿De dónde sacas eso?

—Yo...

—Ni yo lo hubiera consentido, ni ella hubiera sido capaz, y no tanto por orgullo de sangre, sino por educación, por principio. Piensa que tú solo has traído a casa a ese

advenedizo, del que nadie sabe en realidad una palabra.

—¿Y Ricardo Silveira no era un advenedizo?

—¿Ricardo Silveira?

—Sí, tu abogado, o secretario, o lo que fuera... que vivió dos años casi como quien dice en esta casa.

—Era bien diferente...

—¡Ah, sí!

—Ricardo era un muchacho exquisito; por su educación, por su trato, por su calidad moral. De simple empleado pasó a ser como de la familia, por sus propios méritos.

—¡Por sus propios méritos, o porque tu sobrina favorita te lo recomendara!

—¿Cómo?

—¡Verónica, sí, Verónica!

—Pero Johnny, hablas como un loco... ¿Qué te pasa?

—¡Nada!

—No es posible. Tú estabas perfectamente bien y ahora pareces enloquecido de rabia. Tu malestar en la sala de armas, no fue malestar físico; algo te ha disgustado hasta el extremo de hacerte perder los estribos y casi la razón y si, como me imagino, es algo a causa del tal Demetrio...

—No metas a Demetrio en esto. ¡No tiene que ver absolutamente nada! Será un bruto, un salvaje; pero bien se ve que es un hombre honrado. ¡El otro en cambio!

—¿A qué otro te refieres? No creo que toda esa rabia sea a cuenta de un hombre a quien no conociste, y quien no pudo hacerte jamás ningún mal.

—¡Me ha hecho el peor de los males!

—¡Johnny! ¿Qué dices?

—Nada. No debo, no quiero, no puedo hablar.

—Por el contrario, creo indispensable que hables en el acto.

—¿Sabes dónde pueda estar Ricardo Silveira?

—¿Cómo voy a saberlo? Se fue hace casi un año. Nunca supe ni por qué ni a dónde... Esa marcha fue lo único raro en esta casa... Pero ¿a qué viene todo eso? Cada instante me intrigas y me confundes más. ¿Qué te ha pasado, o qué te han dicho?

—¿Crees posible que alguien me dé razón del paradero de Silveira?

—No lo creo. Pero ¿para qué necesitas saber ese paradero? Hablas de ese disparate como si se tratara de algo de vital importancia. ¿Quieres acabar de decírmelo todo... de hablarme claro?

—¡Hablar... hablar! De nada servirá si no podemos más que hablar...

—¿Qué quieres decir?

—Nada, papá. Olvida esta conversación absurda, estúpida, sin sentido... Vuelve a atender a tus invitados y olvídate de mí.

—No soy un niño, Johnny, a quien puedas engañar. Te pasa algo muy grave. No

me moveré de aquí sin que me lo hayas dicho.

—¿Y si yo hubiera dado mi palabra de honor de callar? ¿Si hubiera jurado que no lo sabría nadie, para tener derecho a escucharlo?

—¿No me crees capaz de guardar un secreto?

—En este caso sería yo el incapaz de guardarlo.

—Pues bien, sea lo que sea, que hayas prometido, o hayas jurado, para mí es igual. Te han dicho algo que te atormenta, que te ha enloquecido de rabia; algo probablemente relacionado con Verónica. ¡Si te niegas a hablar le preguntare a todos!

—Eso no, papá; no puedes mover un escándalo, ella no ha de saber nunca...

—¿Qué?

—¡Nada... nada! ¡Mejor es que me dejes, papá!

—De sobra sabes que no he de dejarte. Puedes decirme lo que sea, ya que tienes mi palabra de honor de callar, y te aseguro que si no lo haces, haré venir aquí a Verónica y entre los dos...

—¡No, papá; no podría soportar su presencia en este instante!

—¡Luego es de ella! ¿Es contra ella lo que te han contado? Pero ¿quién ha sido la chismosa... de dónde vino la calumnia?

—No es chisme ni calumnia; tiene demasiada lógica, por desgracia.

—¿Quién acusa a Verónica? Espero que no se trate de tu madre...

—No... no es ella. La pobre mamá...

—Pero sí alguien que le es muy allegado... ¡Virginia!

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé; estoy preguntando. Pero sin querer me has dado la clave... ¿Qué es lo que te ha dicho Virginia de Verónica?

—Le juré que no se lo diría a nadie, y a Verónica menos que a nadie... Le prometí que no tendría ella ningún disgusto, que sabría callar y disimular, guardando para mí solo la ventaja de saber la verdad. No me obligues a faltar a mi juramento, a mi palabra...

—No te obligaré; pero es necesario que sepa yo toda la verdad. Si Verónica ha cometido una falta, si está en un peligro, eres tú el primero que debe ayudarme a protegerla, a salvarla, aun de sí misma; puesto que tú y yo somos los hombres de la casa ¡y está en nuestra hombría escudar y defender a nuestras mujeres aun contra su propia debilidad!

—¡Pero!

—¡Eso es lo que significa ser un hombre, un caballero y un Castelo Branco! Las mujeres en cada familia como la nuestra, son como la enseña de la Patria, el estandarte que hay que cuidar y defender con nuestra propia sangre, y que nos deshonra si cae en manos extrañas...

—¡Papá!

—Levanta esa cabeza y dime todo cuanto sepas, cuanto te hayan contado. Podría ordenártelo, pero te lo suplico, Johnny... ¡Habla de una vez, habla!

—Está bien, ¡lo sabrás todo, te lo diré todo!

\* \* \*

—¿Qué le pasa a mi palomita que parece como asustada?

—¿A mí? A mí nada, tía Sara... Pero ¿no te parece muy raro que ni Teodoro, ni Johnny, ni Verónica hayan bajado a cenar?

En el lujoso comedor, un poco sombrío a fuerza de suntuoso, están solas Virginia y doña Sara. La mesa dispuesta con cinco cubiertos parece grande y destartalada con ellas dos; pero doña Sara, gastronoma y golosa impenitente saborea encantada los manjares que Virginia apenas logra picotear.

Dos criados de librea sirven en absoluto silencio, con técnica impecable; llenando con frecuencia, de vino blanco, la fina copa de *bacarat* que Virginia ha vaciado varias veces con avidez.

—No es la primera vez que Verónica y Teodoro buscan un pretexto para cenar en sus cuartos...

—Pero es que no había ocurrido desde el regreso de Johnny, y ahora además es el propio Johnny quien falta...

—Se sintió mal en la sala de armas; ya lo sabes...

—¿Y el tío Teodoro?

—Teodoro es un maniático, no hay que hacerle mucho caso. Ya sabes sus teorías de que la Humanidad come demasiado. Si por él fuera nos moriríamos de hambre. Sírreme otro poco de perdiz, Genaro; está deliciosa... Teodoro no me dejaría repetir, siempre con sus vaticinios de enfermedades. Pero tú no comes, hijita...

—No tengo mucha gana. ¿Estará Verónica con ellos, o en su cuarto, tía Sara?

—¿Cómo va a estar con ellos? ¿No viste que se fue para su cuarto, apenas se fueron los muchachos? Mejor dicho, apenas se fue Demetrio de San Telmo. Teodoro debe haberla regañado por la manera absurda de tirar esgrima con él...

—El tío Teodoro nunca le regaña. A él fue a quien le puso mala cara.

—Parecía un duelo de verdad. Hubo un momento en que creí que iban a matarse; pero bueno es que haya encontrado Verónica la horma de su zapato, como dices tú.

—¿Tú crees?

—¡Un muchacho con mucho genio! ¡Ay, si se casaran, si se la llevara bien lejos; si no tuviéramos que soportarla más! Te alegrarías tú mucho, ¿verdad?

—Ay, tía Sara, ¿para qué me preguntas esas cosas? Demasiado sabes lo que Verónica me mortifica, lo que me hace sufrir y rabiar; pero no le deseo ningún mal...

—Ni yo tampoco. Le deseo un marido enérgico que se la lleve lejos, y que le quite esos humos de potranca salvaje, nada más.

—Pero Johnny sufriría... Sufriría mucho si ella se casara con otro y se

marchara... Si alguien le contara cualquier cosa mala de Verónica, si no pudiera quererla más, sufriría mucho, ¿verdad?

—No dudo que sufriera un poco al principio. Por desgracia, mi hijo Johnny me parece a veces tan tonto como su padre; pero después se alegraría muchísimo de haberse librado de semejante plaga, se le pasaría el sarampión del enamoramiento tonto, volvería los ojos a donde tenía que haberlos vuelto desde el principio...

—De eso no tengo esperanzas, tía Sara, a lo mejor hasta me coge rabia.

—¿A ti? ¿Por qué?

—No sé; los hombres son tan raros...

—No tienen nada de raros, hijita; lo único que pasa es que aunque sean muy sabios, en cosas de amor son unos pazguatos, por eso las mujeres tenemos que cogerlos de la mano y llevarlos por donde queremos llevarlos...

—Pero yo no sé hacer eso, tía Sara...

—Lo haré yo por ti, cuando llegue el momento, y poco a poco aprenderás... Eres una chiquilla, un ángel; pero si sigues mis consejos, vencerás.

—Tus consejos...

—Claro, pequeña, claro... un poco de paciencia y nada más. Con tu primo se siempre sencilla, natural y amable; que vea siempre en ti a la muchacha buena, a la esposa ideal... de lo demás, me encargo yo para felicidad de ambos...

—¡Qué buena eres, tía Sara; y cuánto tengo que agradecerte! ¿Me dejas que me acerque ahora al cuarto de Johnny a preguntarle cómo está?

—¿Lo deseas mucho?

—¡Me da una pena pensar que se siente mal!

—Su padre le acompaña, y luego iré yo a verle; pero si quieres adelantarme...

—Sí... sí, tía Sara... Déjame ir ahora mismo para llegar un momentito antes, acercarme de puntillas y darle la sorpresa... ¿Me perdonas que te deje sola en la mesa?

—Lo único que no puedo perdonarte es que no hayas comido nada.

—Es que estoy triste y estoy impaciente... Déjame que vaya ahora mismo...

—Anda; después te llevaré un vaso de leche a la cama, y te lo vas a tomar entero si no quieres disgustarme.

—Lo que tú quieras, tiíta linda... Te adoro...

—¡Es una chiquilla... una chiquilla angelical! Los amores desganan... Genaro, tráigame ya el asado.

\* \* \*

Solo en su cuarto del hotel, Demetrio de San Telmo ha estado con la frente entre las manos, hundido en el abismo de sus pensamientos, tratando de ordenar el caos de

su alma.

Frente a la ventana abierta no ha visto la noche llegar, ciego por igual al parpadear de los luceros y a las luces multicolores de la ciudad; pero al fin ha levantado la cabeza, pálido y frío el semblante, más dura y audaz la mirada que antes, más apretado el mentón voluntarioso.

—¡Haré lo que tengo que hacer!

Ha ido hacia la mesa encendiendo una pequeña lámpara, y busca en los cajones pluma, sobre y papel, sentándose luego con aquella calma suya que tanto tiene de siniestra.

—¡Una farsa contra otra farsa, una mentira contra un engaño; un falso amor contra otro amor más falso!

Sin que tiemble su mano ha comenzado una carta de amor:

*Verónica, mi alma...*

*Le extrañará a usted el comienzo de esta carta y este lenguaje que usted no espera de mí; pero soy incapaz de expresar mis sentimientos con palabras, más fácil es confiarlo al papel, y a Dios le pido que no aparte usted los ojos de estas líneas... Siga leyéndolas, Verónica, o seré demasiado desdichado...*

\* \* \*

—¿Para mí?

—Sí, señorita. La trajo un muchacho, un mensajero con el uniforme del hotel Palatino; pero dijo que no esperaba contestación.

—Está bien. Gracias... ¡Ah, aguarda! Llévate todo esto.

—Apenas ha cenado, señorita. ¿Se siente usted mal?

—No. Un poco de cansancio... Me acostaré temprano.

La doncella recoge rápidamente la cena casi intacta, que Verónica dejara sobre la mesilla de su cuarto, mientras ella va hacia la butaca y enciende la lámpara de mano, como para leer mejor aquellas líneas, aquella carta, cuyo remitente ha adivinado desde el primer instante.

En el largo sobre con membrete del hotel, la letra ancha y firme delata la fuerte mano que la trazara, aquella mano cuya potencia ciega, cuya fuerza brutal recuerda Verónica con leve sonrisa de enamorada...

—¿No quiere nada la señorita?

—Nada. ¡Ah! ¿Johnny siguió bien?

—No sé, señorita. Ni él ni don Teodoro fueron a la mesa a cenar; pero no oí decir que tuviera nada de cuidado. ¿Quiere la señorita que vaya a preguntar?



—Ya lo haré yo misma esta tarde...

Al quedar sola ha rasgado el sobre de aquella carta; son pocas líneas, pero mientras va leyéndolas, mientras resbalan sus ojos sobre las apretadas palabras, el corazón le late más deprisa, acelerando el ritmo de la sangre...

*Verónica... Si es usted capaz de perdonar lo imperdonable, tal vez podrá excusar mi arretrato de esta tarde.*

—¡Salvaje mío!

*Temo estar muy lejos de ser un hombre de sociedad, de la sociedad de usted, cuando menos, y temo que poco han de servir para mi disculpa, las torpes frases de una carta. Si me hace usted el honor de sostener su invitación de pasear mañana a caballo, le ruego estar junto a la verja lateral un poco antes que los demás.*

*Estaré allí aguardándola, desde media hora antes de la acostumbrada, con la esperanza de que se digne darme la felicidad de escucharme a solas unos instantes.*

*Su más rendido servidor, que besa sus pies y espera su indulgencia.*

*Demetrio de San Telmo*

Como una música de cielo, como un repique de campanas de plata y de cristal, así suena aquel nombre en sus labios, así repercuten aquellas palabras en su alma... Sí; es amor lo que siente; sólo la ilusión divina del amor, sólo la emoción sagrada del amor puede derramar sobre un alma tal torrente de felicidad, y corre hacia la puerta llamando a la doncella...

—¡María! ¡María! ¡María!

—¿Llamaba la señorita? ¿Pasa algo?

—¿Dónde está el muchacho que trajo esta carta?

—Ya le dije a la señorita... Era un mensajero del hotel Palatino. La entregó y se fue. Pero si la señorita quiere enviar a algún criado con alguna contestación...

—No, María. No es necesario... Cuando él no ha mandado aguardar al muchacho...

Ha ido hacia la ventana, aquella ventana sin rejas, hasta la que los gruesos troncos de las enredaderas forman una florida escala, y desde la cual, en aquella noche de calma y entre los mil letreros que rubrican el cielo, entre el millón de luces que parpadean a distancia, busca con ansia, como si pudiera encontrarla, aquella que corresponde a la ventana de otra alcoba, aquélla desde la que tal vez Demetrio de San Telmo esté mirando hacia allá...

—¡No creo una palabra! ¡No creo absolutamente nada!

Teodoro de Castelo Branco se ha puesto de pie, tan alterado por angustia como por la ira. Su noble figura de patricio se yergue indignada, su razón, sus sentimientos, su corazón y su inteligencia rechazan la historia que acaba de oír, como algo que no es posible concebir ni soportar...

—¡Eso no puede ser verdad! Es estúpido que lo hayas creído...

—Escúchame, padre; escúchame... Te juro que mi primer sentimiento fue rechazarlo, te juro que desesperadamente grité: ¡No, no, no lo creo!

—Pues eso es lo único que tienes que seguir pensando. ¡Verónica, una aventurera vulgar! ¡Verónica una mujer liviana!

—¡No es eso, padre! No es eso... Bien pudo caer por amor...

—¿Amor? ¿Amor a quién? ¿A ese tonto de Ricardo?

—Dijiste antes que no era un hombre vulgar. Me has hablado de él como de un perfecto caballero, como de un hombre con todos los atractivos...

—Sí, sí... No puedo negarlo; pero ¿qué tiene que ver eso? Eso no importa para que una mujer honrada, para que una Castelo Branco pierda la cabeza...

—Verónica es una mujer de carne y hueso; no importa que sea una Castelo Branco. ¡Es capaz como todas de sentir y amar, y de enloquecer si un canalla desliza en sus oídos esas palabras que suelen fascinar a las mujeres!

—Nunca creí que Ricardo fuese un canalla...

—Muchas veces se engaña uno. Bien pudiste pensar una cosa y ser otra... ya que tú mismo me has hablado más de una vez de la amistad de Verónica con ese hombre.

—No lo niego. Más que amigo, Ricardo era un familiar, un hombre de la casa...

—Salían juntos a todas partes; juntos y solos...

—Tampoco puedo negarlo. Iban con Virginia casi siempre; pero ella volvía lloriqueando, quejándose con quien quisiera oírla, que no le habían hecho caso...

—¿Quieres nada más claro? Tenían las mismas aficiones, los mismos gustos; pintaban, tocaban el piano, hacían deportes... leían los mismos libros...

—Nada de eso es bastante para acusarlos... Una prueba, dame una prueba... No comprendo que sin una prueba pudieras dejarte engañar.

—¿Qué más prueba que la evidencia?

—¿Quién los vio?

—Virginia...

—¡No es verdad!

—Lo vio con sus ojos, más de una vez, entrar al cuarto de Verónica por la ventana. Me lo ha jurado, me lo ha asegurado llorando... Lo vio muchas veces y calló obligada por Verónica, ¡por miedo y por lástima!

—¡Es absurdo! Es una historia monstruosa y ridícula al mismo tiempo.

—Esa historia monstruosa y ridícula, esa historia que me ha destrozado el alma, es además la más clara explicación a la conducta posterior de Verónica...

—¿Qué conducta?

—La de rechazarme, la de asustarse de mis palabras de amor, la de ofrecerme un afecto de hermana, mientras se refugia en un silencio incomprensible...

—¿Ha sido así?

—Sí... sí... Su conciencia le obliga a rechazarme.

—No puedes afirmar por deducciones...

—No son deducciones. Todo esto tiene un espantoso sabor a verdad. Piensa... piensa... recuerda... Tú mismo me has contado... Que no te ciegue el cariño de padre con que siempre la miraste. Mil veces me diste a entender...

—Supuse que Ricardo estaba enamorado de Verónica. Mil veces le vi con Virginia cuchicheando y supuse que era su confidente, que escuchaba sus quejas y sus penas de enamorado sin esperanza...

—¿Sin esperanza?

—Verónica a veces le trataba mal. Criticaba su falta de ambiciones, se burlaba de su romanticismo... y él tomaba en serio sus bromas.

—¿Bromas?

—Claro... Verónica las usa con todos sus amigos, sin contar con que es una mujer superior; lo bastante sincera para hablar claro, lo bastante audaz para exponer sus ideas sin preocuparse a quien le pueden molestar...

—Sí, sí... todo eso es Verónica; pero en este caso, en este horrible caso, hemos de convenir en que todo era una farsa. Ella lo amaba... Sus burlas eran la máscara con que encubría la verdad de su alma; le amaba y quería obligarle a cambiar, a dejar de ser pobre, soñador, insignificante... y él, por amor a ella...

—¡Calla! Hay alguien detrás de esa puerta. Si es tu madre no debe saber nada. ¿Has oído? ¡Ni una sola palabra! Calla, disimula y abre...

Rápidamente Johnny obedeció a su padre.

—¡Virginia!

—Johnny... Tío Teodoro... Perdónenme; pero las voces de ustedes se oían en el pasillo, se oían bien claro.

Virginia está en la puerta de la alcoba de Johnny y nadie podría hallar un rostro de más dulce y triste expresión que el suyo.

—No hubiera querido que supieras nunca esto, tío de mi alma; pero no culpo a Johnny si ha faltado a su juramento, a su palabra... Está sufriendo tanto...

Teodoro ha hecho un esfuerzo para contenerse, por no traducir en palabras la ira violenta que le sacude el alma. Frente a aquel suave rostro consternado, frente a aquellos ojos azules próximos siempre a empañarse de lágrimas, toda protesta parece injusta y brutal...

—Hice mal en hablarte, Johnny... Hice muy mal. Ya sabía que tú no eras capaz

de cumplir tu juramento, que no ibas a guardar para ti solo lo que te dije, desesperada al verte sufrir por ella... Yo sabía que esta cosa horrible tenía que pasar... ¡Ahora lo sabrán todos, lo sabrá la tía Sara... y Verónica no me perdonará jamás! Yo no debiera perdonarte, Johnny; porque me habías jurado callar, lo habías jurado... ¡Oh, Dios mío... Dios mío!

—No tienes por qué lamentarlo tanto, Virginia. Ni por qué reprocharle a Johnny, que ya tiene bastante sobre su alma. También él tiene mi palabra de caballero, y soy el primero en oponerme a que Sara sepa nada de este escándalo...

—Claro... quieres proteger a Verónica. Eres muy bueno, tío de mi alma... Tía Sara es muy recta y muy justa, y nunca estuvo del todo engañada. A ella no pudo engañarla tu predilecta...

—¡Yo no tengo predilección por nadie! Y no admito que haya nadie más recto ni más justo que yo. Pero precisamente por ser justo y recto necesito saber siempre la verdad y el punto en que se apoyan las denuncias...

—Yo no he denunciado... Yo no acuso a nadie... Si no quieren creerme, no me crean. Si piensan que he mentado, me iré de esta casa... a pedir limosna, a trabajar de criada...

Se ha cubierto el rostro con las manos, un temblor convulsivo parece sacudirla. Profundamente conmovido, Johnny avanza enfrentándose a su padre...

—Tiene toda la razón del mundo; la culpa es mía... Ella no quería hablar... yo la obligué.

—No necesitas defender ni amparar a nadie. Esto es una familia, no un tribunal. Un hogar que fue hasta ahora puro, limpio, honrado y a todos nos importa por igual, que no caiga la sombra de una mancha sobre nuestro nombre inmaculado. Que la carroña y la lepra moral que acabamos de descubrir no puede ser descubierta ni por un amigo ni por un sirviente, y lo que hay en tu conducta de más reprochable, Virginia, no es haber hablado ahora, sino haber callado; cuando debiste confiarme a mí lo que pasaba, cuando aún era tiempo... Yo hubiera remediado ese estúpido daño, yo habría hecho casarse a Ricardo y a Verónica, amparándoles en su debilidad, y corrigiéndoles en su locura...

—Papá...

—Todo esto es para decirles a ustedes que nadie saldrá deshonrada de esta casa, que no habrá un comentario que pueda herirnos ni mancharnos, que nadie corre peligro material, en una palabra... Pero para regular mi conducta moral en lo futuro, para marcar normas a mi alma, ¡necesito saber si Verónica es una mujer liviana, o si tú eres una calumniadora despreciable!

—¡No, tío Teodoro! ¡No!

—La verdad no saldrá de las cuatro paredes de este cuarto; pero aquí la necesito y la exijo. Ve buscar a Verónica, Johnny...

—¿Qué te propones?

—¡Tío de mi alma!

—Que venga aquí inmediatamente, sin que tu madre se dé cuenta de nada. ¡Y delante de ella, palabra por palabra, vas a repetir lo que has dicho a Johnny!

—Tío de mi alma... Yo te juré que es verdad... que vi por mis ojos a ese hombre trepar la ventana del cuarto, que le sentí muchas veces a través de la puerta, que les sorprendí besándose en el jardín, en los paseos a caballo... ¿Para qué iba yo a decir eso? ¿Cómo iba a inventar una cosa tan horrible? Nunca lo hubiera dicho, más que por salvar a Johnny de una mujer que no es digna de él... ¡Te lo juro por mi vida! Por la memoria de mis padres...

—¡Basta! ¿No dudarás después de oírla, padre? Y si lo dudas, yo estoy seguro, absolutamente seguro. ¡No necesito para creerle, absolutamente de nada más!

Se ha enfrentado a su padre, mientras Virginia se prepara para jugarse el todo por el todo... Ha caído retorciéndose en el sofá...

—¡Muy oportuno el ataque de nervios!

—¡Ya la has enloquecido de angustia, papá! Recuerda además que no tienes derecho a hacer uso de lo que te confió. Ella no es culpable; la obligué a que hablara, te lo he dicho cien veces... ¡Virginia! ¡Virginia! ¡Haz algo, papá; ayúdame!

Pero la voz de doña Sara sonó del otro lado de la puerta...

—Abran aquí... Abran...

—¡Lo único que nos faltaba! Abre esa puerta. ¡Entra, Sara!

—¡Johnny, Teodoro! ¿Qué pasa? ¡Oh, Virginia! Hijita de mi alma... Pero ¿qué es esto?

—No alborotes tanto; ¡es un simple ataque de nervios!

—¡Sé perfectamente lo que es, porque hablé con el médico! Tú no sabes lo que tiene, ni te interesa; nunca la quisiste como debiste quererla; pero yo sí... yo sí... Lo único que tienes que hacer es avisarle al médico, ¿me oíste?

—Hay diez criados que pueden hacer eso. ¡Déjame a mí en paz!

—Avisa tú, Johnny. ¡Llama al doctor Andrews inmediatamente! ¡Corre tú, Johnny, te lo ruego!

—Voy enseguida, mamá; cálmate. Iré yo mismo en el auto.

## Capítulo 7

Acomodada entre almohadones del sofá del cuarto de Johnny, mientras criados y doncellas se mueven a su alrededor, obedeciendo las órdenes de doña Sara, Virginia abre los ojos con lánguida expresión de volver a la vida.

—¿Dónde estoy, tía Sara?

—Estás en el cuarto de Johnny... viniste a saber de él y ahora eres tú la enferma. ¿Has tenido un disgusto, verdad? Con Teodoro, ¡seguramente fue con él!

—¡Ay, tía Sara de mi alma! El tío Teodoro no me quiere, y yo le quiero tanto a él...

—¡Hijita querida! ¿Qué te hizo ese viejo cascarrabias?

—Nada, nada... Si la culpa no es de él; la culpa es mía, como siempre... soy muy torpe. Ya sé que delante de él no podemos decir la menor cosa de Verónica...

—Ah, ¿fue por Verónica?

—Hice muy mal, no debo nombrarla siquiera... Se puso hecho una fiera, y lo que dije fue una tontería; pero hice muy mal... Ay, Dios mío, ¿cuando acabaré de aprender?

—No necesitas aprender nada, y no llores más por eso. ¡Estaría bueno! Ya le diré yo a Teodoro lo que hace al caso.

—No, tía Sara, ¡por favor! No discutas con él; me tomará más antipatía de la que me tiene. Por qué no quiero que se disguste nadie...

—¡Por ti me tomo yo todos los disgustos que haga falta!

—No, tía Sara, ¡te lo ruego! ¿Dónde está Johnny?

—Fue por el médico.

—¿Él... él personalmente? ¿Se ha molestado tanto por mí? ¿Ha sido tan bueno?

—Tú te lo mereces todo, y Johnny lo comprende. Me pareció muy disgustado con su padre... Pero cierra los ojos, no te muevas, no vaya a repetirte el mareo...

—Estoy tan débil... como si me fuera a morir... el corazón no me late apenas... No podría resistir otra discusión, otro disgusto... Una palabra dura me mataría sin remedio...

—Nadie va a decirte nada que te desagrade. Ahora mismo, entre Genaro y Esteban, te van a llevar a tu alcoba.

—No tía, todavía no. Aquí estoy bien; y así cuando llegue Johnny...

—¡Ahí lo tienes!

Johnny llega en efecto, triste y malhumorado; pero hay una expresión de lástima en su noble semblante.

—¿Cómo está Virginia?

—Mejor, mucho mejor, hijito. ¿Y el doctor Andrews?

—No lo encontré, ni en la consulta ni en su casa a estas horas. Debe haber ido a alguna parte, a alguna fiesta... Volvía a decirte eso, y a preguntarte qué otro médico podemos llamar mientras él viene; porque le dejé recado en los dos sitios y trataban

de localizarlo por teléfono...

—¡Johnny!

—¿Virginia, estás mejor, nena? ¿Pasó ya?

—Estoy mejor... Pero me siento tan triste y tan débil... ¡Ay!

—Todavía llorando...

—¿Qué le dijo el energúmeno de tu padre?

—¡Mamá!

—Debió regañarla de mala manera... le conozco muy bien.

—Ya le dije a tía Sara que la culpa fue mía exclusivamente... Soy una tonta; tío Teodoro es muy bueno... Que no se vaya a disgustar con él, que no le diga nada. Pídeselo tú también, Johnny... Te ruego que se lo pidas tú también...

—No le diré nada si no quieres; pero por ser tan sufrida y tan buena, no te tratan algunos como debieran. ¿Qué pasó, Johnny?

—Una tontería... nada, ¿verdad, Johnny?

—Efectivamente... papá se disgustó y... y Virginia se asustó de verle.

—¿Dónde está el tío ahora? ¿A dónde fue?

—Se encerró en su despacho.

—¿Solo, o con Verónica?

—Solo, totalmente.

—¡Allí es donde él pasa sus berrinches! No te preocupes más... Se pondrá a leer a los filósofos griegos y saldrá hecho una seda. ¿Quieres llamar a los muchachos para que lleven a Virginia a su cuarto, Johnny?

—Yo puedo llevarla, si ella quiere. Pero no decidiste nada con respecto al médico. Podemos llamar a otro.

—El doctor Andrews es el único que la entiende. Voy a hablarle por teléfono a su enfermera, para que no deje de venir a la hora que sea. Enseguida vuelvo.

Les ha dejado solos. Tierna y débil, Virginia extiende la mano a él.

—¡Johnny!

—¿Estás mejor, realmente? ¿Pasó el malestar?

—Un poquito mejor, pero tengo un dolor muy grande aquí, en el pecho, como si me ahogara... Es el corazón, ¿sabes? Tía Sara no lo sabe, ni quiero que lo sepa.

—¿Estás enferma del corazón?

—No te preocupes de eso; ya el doctor Andrews lo sabe y me cura sin decírselo a nadie...

—¡Pero!

—Yo lo supe por casualidad, y nos pusimos de acuerdo para que tía Sara no supiera. No hables nunca de eso...

—Está bien...

—No quiero que les guardes rencor a tío Teodoro y a Verónica cuando yo...

—¿Cuándo tú, qué?

—Si yo no puedo resistir esa entrevista horrible...

—No es necesario efectuarla, Virginia. Papá tuvo razón al decir que esto no era un tribunal ni una audiencia. Dejaremos las cosas como están...

—Pero tío Teodoro no querrá...

—Ya le hablaré yo luego. Después de todo, si Verónica no me quiere y me lo ha dicho lealmente, no tengo por qué seguir hurgando en su vida pasada, ni pidiéndole cuentas de unos acontecimientos que no me pertenecen...

—Johnny... ¡qué noble y qué bueno eres!

—Callaré y papá también guardará silencio. Los males ya no tienen remedio. Si algún día ese hombre volviera...

—¡No volverá!

—¿Por qué?

—Tengo el presentimiento de que se ha muerto.

—¿El presentimiento?

—La seguridad casi... es más; la seguridad completa.

—¿Cómo?

—Hay un periódico en que aparecen los nombres de los que se mueren por otros estados.

—¿Sabe Verónica que ese hombre ha muerto?

—Ella fue quien me lo dijo y me enseñó el periódico; pero no le hables jamás de esto... Se pondría furiosa conmigo.

—No te preocupes. Probablemente no le hablaré de esto ni de nada en mucho tiempo.

—¡Es lo que te iba a suplicar que hicieras! Johnny, Johnny; eres el hombre más bueno de la tierra, y yo te quiero tanto... tanto...

Ha tomado la mano que él le acerca cubriéndola de ardientes besos, mientras apretados los labios, Johnny traga en silencio su dolor y su rabia.

—¡Verónica para mí es como si hubiera muerto! Eso... ¡como si hubiera muerto!

\* \* \*

—¡Papá!

—Ah, ¿eres tú?

—Vengo a pedirte que me dispenses. Durante unas horas perdí totalmente el control de mí mismo. He estado como loco.

—Lo sé... lo comprendo.

Teodoro de Castelo Branco se ha puesto de pie, apartando sobre el escritorio de madera labrada, del más puro estilo renacimiento, el libro que leía. Es efectivamente uno de aquellos profundos libros filosóficos, en los que su espíritu halla calma y sosiego para afrontar con serenidad las tormentas. Es un gran señor, no sólo



socialmente; su rango espiritual traduciéndose en cada uno de sus gestos, parece dar a su hijo, en aquel instante, la norma de la vida...

—Cualquiera puede perder los estribos un momento. No fuiste tú el único, Johnny. Los perdí yo; con más obligación de contenerme. Pero me alegró ver que ambos parecemos haber vuelto a la razón.

—Sí, papá.

—El golpe ha sido duro, dado el gran afecto que los dos sentíamos por Verónica.

—¿Sentíamos?

—Sí. Nos acostumbramos a mirarla como algo muy nuestro, demasiado ligado a nuestro corazón y a nuestra dignidad; y no, hijo, es un ser humano, independiente, dueña de su vida. No tenemos el derecho de tiranizarla, aunque sí nos quede el de retirarle nuestro afecto.

—Papá... nadie más dolorido, más herido que yo en este asunto. Sin embargo, quisiera pedirte para ella un poco de indulgencia. Yo...

—No... lo que ha hecho no merece nuestra indulgencia.

—¿Crees ya que realmente lo ha hecho?

—He tenido tiempo para pensar despacio muchas cosas, para unir datos y detalles en mi mente y en mis recuerdos. Si lo que ha dicho Virginia es una calumnia, se parece mucho a una verdad por lo menos, y si uno a eso el hecho de haberte rechazado...

—Supongo que es lo único que tengo que agradecerle, ese grito postrero de su conciencia.

—Así es, mirando las cosas fríamente, ¿qué mujer que no ame a otro hombre, puede rechazarte? Para que una muchacha pobre, rechace a un hombre rico, joven, guapo y bueno, tiene que ser por una razón muy poderosa... El amor a otro hombre, o una mancha en su pasado demasiado fea.

—Papá, yo quisiera que dejaras este asunto tranquilo, que no investigases, quisiera poder olvidarme de todo esto, demostrarle que no me importa tanto que no me quiera. Esta tarde me porté como un imbécil, como un tonto delante de todos. ¡Deja que sean mi indiferencia y mi desprecio los que salven mi dignidad!

—Así lo espero.

—Además, hay algo que tú ignoras... Virginia está enferma...

—¿Enferma?

—Sí. Lo de hoy no fue un simple ataque de nervios. Su corazón anda mal.

—¿Cómo lo sabes?

—Los síntomas coincidían asombrosamente con los de un compañero de la Universidad, que padecía del corazón y sufría ataques de esa especie. Murió poco tiempo antes de que yo viniera...

Teodoro ha mirado a su hijo gravemente, con aquella mirada suya fría, inescrutable, que a veces borra de su noble semblante el menor rasgo de indulgencia.

—¡Ya! Eso fue sin duda lo que Sara quiso darme a entender.

—¿Lo sabe mamá entonces? Ella no quiere que lo sepa.

—Es un asunto entre ellas dos y su médico. Nunca intervino mucho en las cosas de Virginia. ¿Está mejor ahora? ¿Pasó el malestar?

—Así parece. Yo mismo la llevé a su alcoba. Mamá y la doncella están al lado suyo.

—¿Y Verónica?

—No ha salido de su cuarto desde que se encerró en él. Parece que dijo a la doncella que iba a acostarse inmediatamente, para madrugar mañana.

—Tenéis paseo a caballo.

—No pienso ir con ella. ¡Bien puede ir sola con Demetrio de San Telmo! Seguramente también cuenta con él.

—Lo invitó en mi presencia... a pesar de la forma grosera en que se portó con ella; le llamó cuando iba a marcharse, recordándole el paseo de mañana.

—Parece ser que los hombres de baja estofa son sus predilectos...

—Nunca lo hubiera creído, ¡pero he de rendirme a la evidencia! ¿Vas a acostarte ya, hijo?

—No; voy a salir, quiero distraerme un rato... Río de Janeiro tiene fama en el mundo entero de ciudad alegre y bulliciosa. Es ridículo pensar que llevo aquí dos meses y no he salido un solo día.

—Es un daño que puedes remediar inmediatamente...

—Peor suerte le cupo al que pagó con su vida el deleite de amarla.

—¿Con su vida?

—Sí; el seductor ha muerto.

—¿Muerto? ¿Dices que ha muerto? ¿De dónde lo sabes?

—Virginia lo sabe por ella, por la propia Verónica.

—¿Quieres decir que ella seguía en comunicación directa con él?

—Parece ser que lo leyó en uno de esos periódicos de provincia, que a veces traen noticias de cuanto pasa hasta en los campamentos de la selva. Guardó el recorte y se lo enseñó a Virginia. Por eso ella tuvo miedo.

—¿Miedo de qué?

—No me lo dijo claro... Creí entender que su miedo era, que al considerarse completamente libre, no vacilara en hacerme su presa. Y si yo te dijera, padre, que es justamente ese detalle, la idea de que Verónica no ha tenido un momento de tristeza, no ha tenido una lágrima para el hombre que murió tratando de amontonar las riquezas que creía necesitar para merecerla, es lo que me ha desengañado de ella más amargamente...

—¡Hijo!

—Sí, sí... Podía perdonarle que por amor hubiera caído, podía perdonarle hasta su miedo a la pobreza; pero que no tenga corazón...

—Comprendo, hijo... comprendo. Nadie mejor que yo puede comprenderte. Pero es preciso que te sobrepongas; lo de irte a divertir un rato esta noche es la mejor idea.

Anda... anda. Piensa que el mundo es muy grande, que hay en él demasiadas mujeres, que un engaño no es toda la vida y que el hombre nació para dominar sus sentimientos, no para hacerse esclavo de ellos. Hasta luego, hijo querido... Quiero verte proceder como un hombre cabal, entero. Como el hombre que eres.

Le ha estrechado la diestra como a un amigo simplemente, borradas las diferencias que el respeto de hijo y la ternura de padre ponen entre ellos...

—Se nos ha destruido un sueño muy bello... Pero no podemos dejarnos abatir por eso. Hubiera querido que mis nietos fueran Castelo Branco dos veces. Sea como sea quiero conocer a mis nietos...

\* \* \*

El sol de Río, claro, ardiente, dorado como un baño de miel sobre la tierra, derrama sus primeros rayos sobre el jardín de los Castelo Branco, cuando destaca en la calle lateral, bordeada de árboles espesos, la arrogante figura de Demetrio de San Telmo. Con uno de esos dolorosos refinamientos del despecho, ha cuidado como nunca de todos los detalles de su traje; la chaqueta de corte impecable le hace más esbelto, pulcramente rasurado su rostro, apenas conserva las huellas de la terrible tormenta moral, que desde la tarde anterior ha sufrido, apenas si una leve crispadura un tanto más amarga, da a sus labios un sello cruel; apenas si parecen más grises, más frías, más como de acero sus pupilas.

—¡Verónica! ¡Pero qué sorpresa!

—Sorpresa ¿por qué? ¿O no fue usted quien escribió esta carta?

Recostada en la verja, más fresca y luminosa que la mañana de fines de primavera, Verónica sonríe mostrando el largo sobre con membrete del hotel; y también ella parece haber puesto un especial cuidado, en su *toilette*.

Los sedosos cabellos, aún húmedos del baño reciente, se esponjan formando el brillante marco negro que tanto realza su perfil de ámbar pálido, la boca parece como nunca fresca; la piel más transparente, más encendida como si el ritmo que acelera su corazón hiciera correr su sangre más de prisa.

Hoy no viste de blanco; negro es el ceñido pantalón de montar, roja como una llamarada la blusa de amplias mangas que sustituye a la chaqueta... Juguetea sus manos con la fina fusta de junco y prendida coquetonamente a los cabellos una enorme gardenia blanca, cuyo aroma se confunde con el de su pelo...

—No esperé que tan temprano, vamos, quiero decir... Me tomé la libertad de rogarle que bajara un momento antes que los demás; pero ni siquiera me atreví a esperar que usted accediera.

—¿No le parece a usted demasiada modestia para un espadachín de su empuje, señor ingeniero?

—¿Aún recuerda el desdichado lance de ayer?

—Todavía tengo hinchada la muñeca.

—Verónica...

—¡Oh, no se preocupe! No ponga esa cara tan seria. Eso no me impedirá obligar a Goliath a correr. Estoy perfectamente... Fue sólo una broma para ver la cara que ponía usted... y no ha podido ser más desolada... De modo que... absuelto.

—Es usted muy buena, muy amable, quise decir. Y también ha sido muy amable esperándome, como le pedí que lo hiciera. Mandé esas líneas al azar, sin hacerme demasiadas ilusiones respecto a la bondad de usted. Pero ya que se ha tomado la molestia...

—¿Y si yo le dijera a usted que fue un placer?

—Sería demasiada gentileza...

—Pues demasiada o no, está demostrada con los hechos. Y si le hubiera usted advertido al muchacho que aguardara respuesta, lo habría sabido desde ayer.

—¿De veras?

—Mandé a la doncella tras él; pero ya se había ido. No quedaba más que venir... Hasta ver su asombro al llegar, pensé que estaba usted demasiado seguro de que yo haría lo que usted me pidiera.

—Apenas me atreví a esperarla, sin embargo. Aún ahora, frente a usted, casi me parece mentira...

—¿Mentira qué?

—Mentira todo. Su presencia, su mirada, el tono de su voz... Cualquiera diría que es usted sincera...

—¿Cómo... cómo?

—¡Oh, perdóneme! No sé expresarme bien. Quise decir... que no merecía tanta cortesía de parte de usted, quien ayer se había portado de un modo tan descortés. Justamente le rogué estos momentos de hablar a solas, para pedirle perdón en la mejor forma que pudiera, y darle las gracias también por haberme librado del desaire de su tío y de sus amigos, indignados con tanta razón...

—¿Quiere usted que dejemos ya lo del asalto a esgrima? Me recuerda un momento muy malo para mi carrera deportiva; una derrota en toda regla...

—No...

—Sí. En eso sí no hay lugar a duda de ningún género. ¿Sabe usted que el botón de su florete arrancó casi totalmente el adorno de mi chaqueta? ¿Sabe usted que todavía no sé como pude defenderme de una estocada en plena cara? Es usted asombrosamente fuerte, y desconcertantemente violento... Hubo un momento en que me dio miedo...

—¡Por Dios!

—A usted solo se lo confieso... Me dieron miedo sus ojos, Demetrio. Me miraron de un modo tan extraño; como si me odiase usted intensamente...

—¡Qué tontería!

—¡Qué descanso oírle reír y decir eso: qué tontería! Sí... Fui una tonta temiéndole... Usted no sería capaz de hacerme ningún daño. Es una cosa extraña; pero desde el primer momento tuve la impresión de que junto a usted, una mujer está protegida siempre...

—Una afirmación muy amable...

—Diga usted mejor, muy sincera.

—Le gusta a usted alardear de franqueza...

—Me gusta mostrarme como soy, frente a mis verdaderos amigos. ¿No me da las gracias? Le considero a usted el primero de ellos... ¿Estoy equivocada?

—¡Por Dios, Verónica!

Ha enrojecido conteniéndose. Lejos de ella, en la soledad de su alcoba, que fácil le parece lo que tiene que hacer, pero frente a aquellos ojos, de mirada luminosa, cerca de aquellos labios tersos y frescos, ¡qué terrible la lucha de su alma! ¡Qué insoportable aquella angustia, que toma frente a ella apariencia de invencible timidez!

—Bien... Ya sé que no puedo hacerle preguntas difíciles... ¿Quiere que nos sentemos? Hay un banco detrás de aquellos arbustos. Podrá usted decirme todo lo que, según su carta, tenía que decirme...

—Son tantas cosas...

—Pues empecemos... Venga... ¿No se está mejor aquí?

—Estupendamente... Conoce usted a fondo todos los rincones de este jardín.

—No es extraño viviendo, como quien dice, en él.

—Ya.

—Adoro las flores. Aquí me hago la ilusión de estar en pleno campo, en pleno bosque algunas veces... Si yo le dijera que tengo bastante de primitiva... Me hace muy feliz el contacto con la naturaleza.

—Con la naturaleza de jardín... Veredas de arena, arbustos recortados, insecticidas administrados oportunamente... Sí; convengo en que es muy grata esta naturaleza, y bastante distinta de las selvas de Matto Grosso, por ejemplo...

—¿Y si yo le dijera a usted que me gustaría ir a la selva?

—Tendría que reírme.

—Por lo visto, no me cree usted capaz de soportar ninguna molestia; pero se equivoca totalmente... Con una razón sentimental yo sería capaz de soportarlo todo.

—¿Qué dice?

—No me asustaría la selva... Sería capaz de acompañar a ella, a mi esposo, por ejemplo, si es que fuera constructor de caminos y puentes...

—¿De veras?

—¿Duda de mi palabra?

—No. Me complace extraordinariamente oírla. Creo que tiene suficiente amor propio para sostenerla...

—¿Amor propio nada más? Eso no lo haría por amor propio, sino por amor ajeno...

—¡Verónica!

—¿Qué quiere decirme, Demetrio?

Se ha acercado más a él, asomándose a las pupilas grises, que un instante se han nublado, como si la voluntad de Demetrio desfalleciera; aquellas pupilas que le han hablado de amor tantas veces, y que ahora huyen de las suyas, demasiado atormentadas, mudas en el dolor de su horrible confusión de sentimientos. Con verdadero esfuerzo Demetrio se pone en pie...

—Ya deben haber bajado los demás... ¿No cree que deberíamos hacernos presentes?

—¡Oh! Olvidé decirle que los demás no vienen.

—¿Cómo?

—Johnny no se sentía muy bien ayer, como usted sabe. Y Virginia se enferma con frecuencia; pero no creo que sea nada serio porque aún no ha llegado el médico y tía Sara lo manda a buscar a la menor molestia que ella siente.

—Para usted no usan tantos cuidados, ¿verdad?

—Por fortuna tengo una salud excelente. ¿Quiere usted que llame ya al mozo de cuadra?

—No. Un momento... Puesto que no hay prisa, tal vez pudiera decirle a usted, algo de lo que es preciso que le diga...

—Estaba dispuesta a escucharlo hace un momento...

—Sí; ya lo sé... perdóneme... Soy un necio. Mucho menos dueño de mis emociones de lo que imaginé... Pero es preciso que le diga, es preciso que le hable claramente. Yo no sé que concepto le merezco, Verónica...

—¿No lo sabe de veras?

—Verónica...

—Demetrio... En este instante me parece usted un niño, y es tan extraño mirar como a un niño a un hombre como usted... Me parece que desea y que teme, que duda y que tiembla... ¿No le he dado ejemplo de sinceridad? ¿No le estoy mostrando mi corazón y mis sentimientos? Esto es una locura, Demetrio; una santa locura de la que estoy tan enferma como usted... ¿Sigue callando? ¿Tendré que decirlo yo también? ¿Tendré que ser yo la que diga?

—No Verónica. Lo diré yo... He soñado... Deseo... Anhelo...

—¿Qué? ¿Qué?

—¿Quiere usted ser mi esposa?

—¡Demetrio!

Le ha echado los brazos al cuello, ha acercado a los suyos los dulces labios ardientes... Demetrio de San Telmo vuelve a sentirse loco, ciego, y une la suya a aquella boca, paladeando la hiel de su propio corazón en lugar de las mieles de aquel beso...

## Capítulo 8

Los lugares más importantes y más concurridos de Río, vieron cruzar, gallardo jinete y esplendida amazona, a Demetrio de San Telmo junto a Verónica de Castelo Branco. Murmullos, cuchicheos, comentarios, miradas de admiración y miradas de envidia, y al fin, cuando el sol alzándose en lo alto del cielo color de turquesa derrama sus rayos más ardientes, cascada de oro derretido sobre la ciudad, Sultán y Goliath emparejan sus pasos junto a la verja de la mansión de los Castelo Branco, y ganan acelerando el ancho sendero enarenado...

—Hasta aquí, Demetrio.

—¿Me permites ayudarte?

—¡Desde luego!

—¡Genaro, Genaro! Por favor, hágase cargo de los caballos...

El mozo de cuadra ha acudido solícito mientras Verónica, entregadas las riendas, sonríe a Demetrio de San Telmo...

—Hoy se han portado maravillosamente.

—Les hicimos correr poco. Me hubiera gustado cansarles...

—No quisiste que llegáramos hasta Copacabana.

—Temí que se nos hiciera tarde para regresar.

—Estoy segura que aún no son las doce; tiempo sobraba.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Deseaba complacerte... Me pareció que tenías un deseo especial de pasear por la ciudad.

—Así es; por los lugares más concurridos de la ciudad. ¿Te molesta que te hayan visto a mi lado?

—¿Molestarme?

—¿No temes a los comentarios?

—¿Por qué he de temerlos? Soy absolutamente libre y dueña de mi voluntad...

—Te han visto algunos de tus amigos, hombres que seguramente te han pretendido...

—Sí; nos vio Julio Estrada...

—¿Fue tu novio?

—Yo nunca tuve novio, Demetrio.

—¿De veras?

Han dado unos pasos hacia la casa buscando la sombra de los grandes plátanos. Verónica se recuesta en el añoso tronco del más próximo al camino central, mientras Demetrio clava en ella su mirada dura, imperiosa, interrogante.

—¿De verdad? ¿Estás segura de lo que dices?

—¡Claro que estoy segura! ¿Por qué no había de estarlo? Siempre me preguntas como si dudara de todo lo que digo...

—Efectivamente... dudo.

—Pues haces mal. Cuando me conozcas mejor, sabrás que no miento jamás.

—Una afirmación que suena muy bien...

—Pero en la que no crees por lo visto. ¿Sabes que tomas a veces un aire y una mirada inquisitorial?

—Que te molesta mucho, ¿verdad?

—No sé que contestarte. De ti, mucho, mucho, no me molesta nada; pero...

—¿Pero qué?

—Me gusta más cuando me miras de un modo más suave, cuando tus ojos me hablan de la ternura de que tan avaros se muestran tus labios...

—¿Mis labios?

—Sí; no es un reproche; pero hemos estado juntos toda la mañana, y aún no me has dicho lo que me hice la ilusión de oír tantas veces... Claro que los lugares por donde andábamos no se prestaban mucho, pero en fin...

—¿Qué era lo que deseabas oír de mis labios?

—Si te lo digo yo, ya no tiene gracia.

—Creo que te lo he dicho todo antes...

—Sí, en cuatro palabras. Me has preguntado si quiero ser tu esposa... ¿pero acaso me has dicho que me amas?

—Supongo que eso es bien fácil deducirlo.

—Claro. Por fortuna soy pobre de solemnidad, nadie puede hablarme en la forma que tú lo has hecho sin amarme, porque sólo amor puede llevar a un hombre a casarse conmigo.

—La deducción es exacta... amor, sólo amor... Hay cosas que no necesitan preguntarse.

—Pero que resulta maravilloso oírlas. ¿No lo sabes, Demetrio? Te daré buen ejemplo, Demetrio, amor mío, ¿tanto trabajo te cuesta decirme que me amas? ¿Es preciso que sea yo quien te lo diga una y cien veces, hasta que a fuerza de escucharlo aprendan tus labios a decir palabras de amor?

—¡Verónica!

—No te esfuerces, ya veo que no te salen. Harías menos esfuerzo horadando un túnel con tus propias manos, o quitando a paletadas una montaña, pero no importa, te comprendo, te adoro, y tal vez por ser como eres te quiero más...

—Verónica...

—Ya irás cambiando; estoy segura que irás cambiando, y aunque no cambies será igual. Te quiero como eres; creo que te quise desde el primer instante, cuando al volverme te vi en la puerta del despacho de mi tío, mirándome como deslumbrado...

—¡Deslumbrado! Has dicho la palabra exacta, como frente a un abismo de fuego en el que presintiera que iba a consumirme, a desaparecer, a ser aniquilado...

—¿Aniquilado? Dices cosas extrañas...

—Olvídalas...

—Es una solución muy fácil que me ofreces siempre que no comprendo tus



palabras. ¿No sería más sencillo explicármelas?

—No hay nada que explicar, no vale la pena. ¿Quieres que entremos a la casa? Tal vez sería conveniente que hablase hoy mismo con don Teodoro de Castelo Branco.

—No Demetrio, hoy no.

—Después de habernos exhibido juntos en los lugares más concurridos de Río, me parece lo más correcto de mi parte... a menos que desees conservar tu libertad, que te moleste la idea de tener un novio oficial, que quieras ocultarme.

—¿Por qué se te ocurre esa idea tan desagradable? ¡Ocultarte, ocultarte! ¿No sabes que soy feliz? ¿No sabes que quisiera gritarle al mundo entero que te amo?

—¿Por qué quieres entonces que calle?

—Por unos días solamente, hasta por unas horas, quizá. Dame tiempo de preparar el ánimo de mi tío, de hablarle a Johnny de algo que para él será doloroso, de no hacer daño con nuestro amor a los que me quieren, a los que me ampararon dándome su cariño... ¡Déjame no ser una ingrata!

Verónica ha apoyado su mano ligera, fina mano color de ámbar, en el hombro de Demetrio, mientras una infinita dulzura pasa por su semblante, deteniéndolo acaso en el ansia de saborear su presencia unos minutos más, acaso de arrancar a sus duros labios las palabras de amor que tanto anhela escuchar de ellos, acaso con la esperanza de asomarse un poco más al alma apasionada y huraña de la que son ventanas los grandes ojos grises.

—¿Ingrata? ¿Te preocupa la idea de parecer ingrata?

—No tanto de parecerlo, como de serlo, Demetrio. ¡Johnny me ama! ¡Oh, no pongas esa cara! Supongo que te disgustará, pero no hay razón para ello. Me quiere desde antes de que tú llegaras. Y si considera que le han robado lo que tenía ya por suyo...

—Te tenía ya por suya... Bueno es escucharlo de tus propios labios.

—Celoso mío... no me mires así. Me amaba, y con la santa confianza del que ama, confundía con amor mi afecto fraternal. Seguramente le parecía absurdo que yo pudiera rechazarle...

—Y tú, ¿por qué no le amas?

—¿Vuelves a hacer preguntas tontas? A menos que sientas la necesidad de oírme responder que al corazón no se le manda, y que da la pequeña casualidad que quiero a otro, menos amable, menos galante, que vale para mí más que el mundo entero...

—¡Verónica!

A pesar suyo se ha conmovido, mientras Verónica continúa con tierna sonrisa...

—Perdóname si el retrato no es muy halagador; pero con frecuencia no mereces nada más. Eres tan exigente, tan desconfiado, que a veces me pregunto: ¿cómo puedes amarme, si tienes de mí una idea tan lamentable?

—Perdóname, Verónica. Soy un hombre extraño. Pero si tú supieras como anhelo hacerte mía, llevarte lejos de aquí, estar donde sólo seamos tú y yo frente a frente,

hacer que me adores, que me idolatres.

—¿Para idolatrarme tú también?

—Para sentir que me perteneces, que eres mía nada más...

Casi rudamente ha vuelto a estrecharla en los brazos temblando de una emoción extraña, y hay tanto fuego en sus pupilas y hay tal pasión en aquel beso con que ha aprisionado los labios de Verónica, que los grandes ojos negros se cierran como saboreando un éxtasis soñado.

—¡Demetrio! Mi amor, mi vida...

—Verónica... ¿Eres capaz de amar?

—¿Y eres capaz tú de preguntármelo? ¿No lo ves? ¿No lo palpas? Si apenas has hablado, si nada has tenido que hacer para que este amor mío se te ofrezca sumiso. Si todo en mí debe hablarte de mi amor. Más que mis palabras, mis gestos, mis miradas... Demetrio ¿por qué parecen siempre interrogarme tus ojos?

—Tal vez porque me parece mentira que tú puedas amarme...

Le ha besado la mano casi ceremoniosamente. Luego, un deseo de huir, de alejarse, se clava en él con ansia insoportable...

—Hasta la tarde.

\* \* \*

—¡Oh, Virginia! ¿Estabas ya levantada? ¿Te sientes mejor?

—A la vista salta... Muy contenta debes venir esta mañana cuando estás tan amable.

—Sí. He dado un espléndido paseo.

—¿Sola?

—Con Demetrio. Demasiado lo sabes, puesto que has estado mirando desde esa ventana.

—¡Qué penetración! ¿Cómo pudiste verme si estaba la cortina echada?

—Las cortinas de encajes son tu especialidad; nos conocemos desde hace años, Virginia...

En el recodo que forman tres ventanales que caen desde el amplio *hall* sobre los jardines laterales, Verónica ha encontrado a Virginia; una bata de seda sobre las ropas de cama, zapatillas silenciosas y los largos cabellos rubios sueltos sobre la espalda. Sería realmente un conjunto angelical, sin aquella burlona expresión, sin aquella sonrisilla perversa, que asoma a sus labios casi siempre que queda solas con Verónica...

—Te advierto que no he sido yo sola a notar tu coloquio bajo los árboles... Genaro y la doncella te estaban espiando; te lo digo para que si llega a oídos de los demás, no pienses que les he ido con el cuento. ¿Qué, se te ha declarado el ingeniero

San Telmo ya?

—Sí. Se me ha declarado, y hablará muy pronto con el tío Teodoro. No tendrás que resistir mucho la tentación de ir con el cuento a tía Sara... Puedes decírselo si te da la gana.

—Ya sabes que con ella no hay cuidado... Está deseando que te cases con quien sea y que te largues... La pobre no te soporta; no sé por qué será...

—Podría responderte muchas cosas; pero no quiero discutir esta mañana contigo; ni contigo ni con nadie... Me siento demasiado feliz. Tus insidias no me hacen daño. ¡Qué gran coraza es la felicidad!

—¿Te sientes realmente dichosa?

—Sí, Virginia. ¡Si tú supieras hasta qué punto ser dichoso da ganas de ser bueno!

—¿De veras?

—Todo nos parece distinto. ¡Qué fácilmente perdonamos todas esas pequeñas ofensas que en los días grises nos amargan la vida! ¡Con qué generosidad quisiéramos repartir nuestra felicidad a manos llenas! ¡Que todo el mundo sonriera, que todo el mundo sintiera como siento yo, en esta mañana maravillosa que el sol entero se me ha metido en el pecho!

—¿Y todo... por Demetrio de San Telmo?

—¿Te parece mentira?

—Supongo que habrás puesto todo tu amor propio en conquistarlo.

—No se trata de conquista. En este caso, creo que sería más exacto decir que la conquistada soy yo... ¡Su amor me fascina! ¡Me envuelve! ¡Me penetra hasta la médula de los huesos! ¡Corre como mi sangre por las venas! ¡Me hace latir el corazón más de prisa!

—Ya... lo que llaman locura de amor.

—¿Te ríes? ¿Te burlas? ¿Te sorprende? Nunca quisiste a nadie, Virginia, ¿verdad?

—¿Qué?

—Sí. Nunca quisiste a nadie. Y yo, ahora, por primera vez siento el deseo de que hablemos con franqueza; porque he pensado de repente, sintiendo yo el amor, que acaso tu enfermedad tenga remedio.

—¿Mi enfermedad? ¿Qué dices?

—Tienes el corazón duro... el alma seca... Viviste sólo para tu egoísmo... Finges, engañas, mientes... Tu avaricia no tiene límites... Eres pobre y anhelas la riqueza... Eres altanera y te finges humilde, para que te soporten junto a sí los soberbios... No sabes disfrutar de ningún bien, porque el bien de que otro disfruta es el único que tú quieres.

—¡Verónica, me estás insultando!

—Te estoy diciendo la verdad, por primera vez. ¡Te estoy hablando como a un ser humano! Como hermana, como amiga; como algunas veces, quien sabe con que intención, me pediste tú que lo hiciera. Virginia tú eres desgraciada, el mal que haces no te da dicha de ninguna especie; por eso es que sigues aferrada a tus pequeñas

maldades, a tus actitudes mentirosas, a tu mundillo de falsedades que al fin de cuentas ¿qué es lo que puede darte? ¿Un vestido nuevo? ¿Unos muebles más caros? ¿Una alhaja o un regalo cualquiera? ¿Una sonrisa más de tía Sara? ¿Tú crees que vale la pena arrastrarse como un gusano por cosas tan pequeñas?

—¡Pero qué estás diciendo! ¿Cómo te atreves?

—¿A ser sincera? ¿A hablarte con el corazón en la mano? Porque la felicidad me hace sentirme tan buena, tan valiente, tan fuerte, ¡que hasta a ti soy capaz de quererte! ¡De darte el mejor de los consejos: ama, Virginia! Ama sinceramente, entrega el corazón a un amor verdadero, quiere a un hombre con toda tu alma, no para ser feliz, sino para tratar de hacerlo dichoso a él, ¡y tu propia felicidad será el premio!

—¡Basta! ¡Basta! ¿Qué te crees?

—Creo que acaso quieras a Johnny realmente, y que él es tan digno de ser amado...

—¡Calla!

—El camino de su corazón está libre para ti... No te estorbo, ve por él... ¡Sé feliz y acaso llegues a ser buena!

—¡Basta... basta! ¿No me estás oyendo? ¿Quién eres tú para hablarme como lo haces? Recogida, pordiosera... ¡Hija de un cualquiera que no tienes que estar en esta casa, donde yo estoy con todos los derechos!

—¡Virginia!

—¡Malvada, maldita! Maldita sí... Te odié siempre... ¡Y ahora vienes a tirarme a Johnny como si fuera una piltrafa que se le da a un perro!

—¡Virginia! ¿No has comprendido? Estás loca...

—¡Te odio, te odio! Te he aborrecido desde niña, y muy pronto te he de ver como yo quiero; arrojada de todas partes, despreciada como la última ramera...

—¿Qué? ¿Qué?

—Como las mujerzuelas con que te criaste junto a tu padre...

—¡Cállate!

—¡Tu padre el borracho, el tramposo, el ladrón!

Verónica no ha resistido más... Su mano se alza para caer furiosamente, una y otra vez sobre las mejillas de Virginia, que grita como si la matasen...

—¡Tía Sara!

La señora Castelo Branco ha aparecido en lo alto de la escalera y corre hacia ellas...

—¿Qué, qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—¡Tía Sara de mi alma!

Llorando como una niña se ha arrojado en los brazos de doña Sara, cuya mirada va furiosa hacia Verónica...

—Hija de mi alma, ¿qué te han hecho? ¿Qué le has hecho?

—La he abofeteado porque ofendió la memoria de mi padre.

—¿Qué?

—¡Ay, tía querida, quiero morirme! ¡Y me moriré!

—Pero ¿cómo te has atrevido a eso? ¡Eres una infame, una abusadora! ¡Tu proceder con esta niña enferma es canallesco! ¡Pero te juro que no quedarás impune, porque soy capaz de...!

—¡Quieta! ¡No sigas por ese camino vergonzoso y lamentable!

Teodoro de Castelo Branco ha sujetado la mano de Sara, alzada ya sobre Verónica. Mientras Johnny más pálido aparece también...

Verónica se ha vuelto a él, pálida, temblorosa, desconcertada...

—¡Tío Teodoro! Es que usted no sabe lo que me ha dicho... Es que usted no sabe...

—¡Pudiste pensar que Virginia está enferma! Pudiste recordar que bajo este techo ha sido una norma inalterable la decencia y el mutuo respeto.

—¡Tío Teodoro!

—No sé lo que te ha dicho, ni quiero saberlo. Sé que tu conducta lamentable y detestable no debe volver a repetirse mientras estés en esta casa. Esta casa debe merecer un enorme respeto, y no podré perdonarte si vuelvas a faltar a él.

—Yo...

—¡Hazme el favor de irte a tu cuarto y ahorrarnos el disgusto de verte en la mesa!

\* \* \*

Como una autómatas ha entrado Verónica en su alcoba. Aún no puede pensar, no acaba de comprender. Las piernas casi no la sostienen. Una insoportable opresión en la garganta y en el pecho parece ahogarla y va hacia la ventana buscando el aire que le falta... buscando la razón que no encuentra.

—¡Todos contra mí, tío Teodoro también! Como si me despreciara, como si me odiara... ¡Dios mío! ¿Pero qué es esto? ¿Por qué, por qué?

A la pregunta dolorosa, no halla respuesta su alma contristada, y vuela el pensamiento como pájaro que escapara a los barrotes de su jaula...

—¡Demetrio! ¡Mi Demetrio! ¿Por qué no estoy al lado tuyo? ¿Por qué no estás aquí para devolverme esa dicha tan pura que pusiste en mis manos y que se ha ido de pronto... no sé como, no sé por qué?

## Capítulo 9

—¿No baja la señora?

—No lo sé, señor. ¿Quiere que suba a preguntar?

—Suba y dígame que la estamos esperando para sentarnos a la mesa, y que me agradaría muchísimo que Virginia viniera también.

—La señorita Virginia ha vuelto a acostarse, y la señora mandó llamar al médico...

—Está bien. De todos modos haga lo que le he dicho, y ordene al pasar que sirvan el almuerzo.

Don Teodoro de Castelo Branco ha reprimido con esfuerzo un gesto de disgusto, mientras Johnny apura de un sorbo la segunda copa de *vermouth*.

—¿Por qué no suspendes el recibo de esta tarde, papá?

—Esos recibos son tradicionales en esta casa... Me extraña que no lo recuerdes. Nunca se suspendieron sino por causas verdaderamente graves. No creo que la escena de hace una hora, por desagradable que sea dé suficiente motivo para que nuestras costumbres se alteren.

—¡Es absurdo, crispante, lo que ha ocurrido! Razón tenía Virginia en temer a Verónica.

—Sí, la teme... Sin embargo, la busca y la desafía.

—¿Crees que es cierto lo que dijo Verónica? ¿Consideras capaz a Virginia?

—Ya no sé de lo que es capaz nadie, hijo de mi alma. La vida me ha deparado últimamente tan amargas sorpresas...

—Sí papá, pero...

—Calla. Ahí llega tu madre.

—A Virginia le ha dado otro ataque... ahora estaba mejor y la dejé con la doncella. ¿Por qué no subes a ver si la convences de que tome alguna cosa, Johnny? Esa criaturita se nos va a debilitar hasta el último extremo, apenas prueba bocado... Y con disgustos como el que esa malvada acaba de darle. Te aseguro que no se me pasa la rabia, estoy que la sangre me hierve... ¿Para qué demonios me sujetaste la mano?

—Ya era bastante lo que había ocurrido. No era preciso seguir dándole a los criados el espectáculo vergonzoso de otra escena de éstas.

—¡Siempre defendiendo a Verónica!

—Creo que hoy no puedes decir eso.

—Te limitaste a mandarle que se nos quitara de delante, ¡con lo que la librate de que yo le tirara algo a la cabeza! La trataste demasiado bien, sin embargo estoy segura que te pesa como si hubieras cometido una injusticia...

—Bueno, mujer; ya está bien.

—No está bien. Está rematadamente mal. La pobre Virginia tiene marcados en la cara los cinco dedos de ésa, bueno, no sé como calificarla.

—¿Quieres dejar ya ese asunto?

—No lo dejo; ¡quiero saber hasta cuándo tenemos que estar soportando a la tal Verónica, si es posible consentir que trate a Virginia de esa manera!

—No lo ha consentido; estoy absolutamente seguro de que no volverá a ocurrir nada semejante.

—¡Si me dejara llevar por mis impulsos, la ponía en la puerta de la calle inmediatamente!

—Basta, Sara; te supliqué antes que diéramos por terminado el desagradable incidente...

—Lo cual es magnífico para Verónica, y no hay derecho. Mira si tendré razón que ni siquiera Johnny la defiende.

—Yo, mamá...

—Johnny prefiere no meterse en nada, y hace muy bien. Vamos a la mesa.

—Una niña delicada, enferma... Es un abuso incalificable.

—¿No basta mi promesa de que no volverá a repetirse nada parecido?

—¡Es que no puedo yo sufrir su presencia! Después de lo de hoy, es que no puedo...

—Yo hallaré solución al problema; pero sin escándalo, sin que tengamos que escuchar los comentarios de la gente...

—¿De veras? ¿Consentirías en enviarla a cualquier otra parte fuera de aquí?

—Lo deseo tanto como tú puedas desearlo.

—¡Teodoro de mi alma! Por fin una vez en la vida estamos de acuerdo. ¿Buscarás a quién mandársela, a quién endilgársela?

—¡Sí, Sara; te lo prometo!

\* \* \*

—¡María... María!

—¿Llamaba la señorita?

—¿Están ya en la mesa?

—Sí, señorita...

—¿Y Verónica?

—En su cuarto, señorita; no ha salido de él.

De un salto con aquella agilidad felina con que se mueve a veces, Virginia ha dejado la cama arrojando a un lado la colcha de seda. Nerviosamente va de un lado a otro de la estancia, la rabia enciende sus pupilas y sus puños se cierran como si pretendiera estrujar en ellos a la que desde niña le obsesiona, encendiendo su hoguera de rencor y de envidia.

—¡Ojalá no saliera nunca más de allí! ¡Ojalá se quedara muerta!

—¡Señorita!

—¡No irás a repetirle mis palabras a nadie, chismosa!

—¡Señorita, yo!

—Como lo hagas le diré a mi tía que te entiendes con el portero, que te vi la otra noche...

—¡Señorita!

—Y te pondrá en la calle, porque ya sabes que la mujer del portero es ahijada suya, y le diré muchas cosas tuyas que sé también...

—¡Pero señorita!

—Ahora silencio, y tráeme la comida pronto. Quiero acabar antes de que tía Sara regrese... ¡Vuela, idiota!

—Sí, señorita... Ya va, ya va...

—¡Espera! ¿Le hablaste al médico?

—Sí, señorita. Le dije que no viniera hasta después de las nueve.

—Bien. Ahora tráeme de todo, una botella de jerez también, del de mi tío, ¿sabes? Ya sabes dónde lo guarda.

—¡Pero no quedan más que seis botellas! Van a notar la falta.

—¡Ya le echarán la culpa a alguno de los criados nuevos... Vuela!

—¡Voy, señorita!

—Y no hables demasiado porque te costará caro. ¡Anda!

De un empujón la ha hecho cruzar el umbral de la puerta, cerrándola después. Luego, sigilosamente, saca del bolsillo de su pijama una llave pequeña y la hace funcionar en la cerradura del mueble próximo a la cama... Un grueso texto de medicina, marcado en varias páginas, absorbe su atención durante unos momentos. Concienzudamente parece estudiar los síntomas de una dolencia, luego lo cierra y una breve sonrisa aparece en sus labios.

—Verónica, maldita, te has dado el gusto de abofetearme; pero lo vas a pagar muy caro... Por esto, por esto, ¡perderás a Demetrio también!

\* \* \*

Son las seis de la tarde. Un cuarteto de cuerdas ejecuta amenizando el suntuoso té, y como siempre en cada fiesta, la más florida sociedad de Río llena los amplios salones de la vieja mansión señorial, orgullo del aristocrático barrio, donde aún parecen soñar con el pasado, las sombras de la antigua corte brasileña.

Vestida de azul claro, peinada y arreglada con el mayor esmero, Virginia espía desde su atalaya favorita: la rotonda de cristales, donde su vista domina por entero el concurrido salón y la amplia terraza del frente.

—¿Te sientes bien, hijita?



—Mucho mejor, tía; no te preocupes por mí, no te inquietes...

—No hubiera querido que te levantasas sin que antes te viera el médico...

—El doctor Andrews siempre viene con retraso, tiene tantos enfermos.

—Ya sé que no fue culpa tuya; pero hubieras podido esperar...

—Ya sabes que el tío Teodoro se disgusta si hay recibo y no estamos en él.

—Siempre pensando en los demás, hijita; pero tu salud es lo primero. Si no te sientes bien, te vuelves a tu cama tranquilamente. ¿Vienes ahora al comedor conmigo?

—Si no te importa, preferiría quedarme aquí...

—Está bien; como quieras... Ya te mandaré a Johnny a hacerte compañía.

Al quedar sola, Virginia va rápidamente hacia los cristales... Espía con ansia la entrada de la gran escalera, y al fin cuando una alta y arrogante figura, destacando de los demás, avanza hacia la puerta, levanta la mano llamándole...

—¡Ingeniero! Ingeniero San Telmo...

—Virginia... ¿Me llamaba usted?

—¡Oh, dispénsame! Me sentí mal de pronto. ¿Quiere ayudarme a llegar hasta aquel sofá?

—¡Con mucho gusto! ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?

—¡Ay, qué mal me siento!

—¿Pero cómo se levantó estando enferma? Porque está enferma desde esta mañana... ¿Quiere que llame? ¿A quién? ¿Acaso a doña Sara?

—¡No, no!

—¿A Verónica entonces?

—¡Verónica sería capaz de darme veneno!

—Bueno... a eso no sé que contestarle... ¿Entonces?

—No llame a nadie. Acompañeme nada más un momento. Se me pasará enseguida, como otras veces, no es nada. ¿Verdad? Tengo las manos heladas y si no fuera por el colorete, me vería más pálida que una muerta...

—Le repito que no comprendo. ¿Por qué ha hecho el esfuerzo de dejar su cama?

—No tenía más remedio... Verónica se ha negado a ayudar a tía Sara; no la encontrará usted hoy en el comedor, seguramente...

—¿Verónica? Pero yo creo...

—No vaya usted a decirle una palabra, se pondría furiosa otra vez. Hemos tenido un disgusto espantoso, tremendo...

—¿Ah, sí?

—¡No puede usted hacerse una idea! Verónica es una fiera. Dispénsame, usted tiene una gran simpatía por ella y yo no quiero ofenderla delante de usted, le he perdonado tantas cosas... La de hoy es más difícil... ¡Fue horrible!

—¿Qué está usted diciendo?

—No debiera decirle nada... Me da vergüenza. Vergüenza por ella... ¿Creerá usted que ha llegado a pegarme?

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Y usted consintió?

—Es mucho más fuerte que yo, ¿qué puedo hacer?

—¡Realmente es el colmo!

—No vaya usted a decirle que yo se lo dije. ¡Me odiaría más, me haría la vida imposible! A veces Verónica me da miedo; yo creo que está loca...

Va a continuar, pero la voz de Verónica suena cerca y Virginia palidece asustándose, esta vez de verdad.

—Por ahí viene. No quiero que me vea hablando con usted; me lo ha prohibido. No quiero que tía Sara se disguste si vuelve a maltratarme. No le diga que me ha visto, se lo ruego. Nos veremos más tarde...

Ha desaparecido con su portentosa agilidad, mientras Verónica llega por el otro lado.

—¡Oh, Demetrio!

—Buenas tardes, Verónica...

—¡Demetrio! ¡Gracias a Dios que has venido! ¡Tenía tanta necesidad de verte!

—¿Tuviste algún disgusto?

—Sí. Pero no hablemos de eso. ¿Para qué? Son cosas que quiero olvidar... Lo único importante es que estás delante de mí, que estrecho tus manos, que puedo asomarme a tus pupilas para ver en ellas la lealtad de tu corazón. Lo único importante es que te quiero, y me quieres. Hoy necesito que me lo digas, no una, sino muchas veces. Necesito el amparo de tu amor, la alegría de tu amor, y la fe en la vida que tu amor me da. Demetrio, mi Demetrio... El día entero me lo he pasado mirando hacia el hotel, enviándote mensajes con el pensamiento, pidiéndote que no tardaras demasiado... Tenía tal ansia de oírte hablar, de mirar tu sonrisa, de apoyarme en tu brazo tan seguro, tan fuerte...

—También es fuerte el tuyo, Verónica... Podrías ser una reina de Amazonas, parece siempre que no necesitas de nadie...

—No lo creas. Hoy necesito de toda tu ternura, de todo su afecto... Sonríe, mi Demetrio. ¿Por qué estás tan serio?

—Me dices que has tenido un disgusto. No creo que ése sea motivo para sonreír.

—Sonrío porque ya estás aquí; tú, el único que puede borrar todas mis amarguras con una sonrisa, con un beso. Mi Demetrio...

Ha alzado la cabeza como ofreciendo la fresca rosa de sus labios; pero antes de que Demetrio llegue a ella, antes de que sus labios rocen aquellos rojos y tersos que por él tiemblan, aparece Teodoro de Castelo Branco...

—Buenas tardes, ingeniero San Telmo... Le esperábamos por la puerta principal; es la costumbre en las casas decentes de Río de Janeiro...

Su voz suena cortante, casi agresiva, mientras Demetrio se separa vivamente de Verónica; más herida aún que él, por aquel tono y aquellas palabras...

—Supongo que también será la costumbre en San Paulo; pero como usted parece haber vivido la mitad de su tiempo en plena selva...

—¡Tío Teodoro!

—No esperé verte aquí, Verónica.

—¿Eh?

—Creí que esta tarde no te permitiría salir de tu cuarto la jaqueca.

—¿Quieres que vuelva a él?

—No es necesario puesto que ya te sientes mejor. Confío en que podrás atender a los invitados y ayudar a tu tía como siempre...

—Sí, tío.

—En el comedor está.

—Bien...

—Despídete del ingeniero San Telmo.

Más que en las palabras corteses hay una orden en la mirada imperativa, fija en Verónica con una dureza que nunca usara para con ella. Pero el alma altiva de la muchacha se rebela, relampaguean sus ojos negros, se eleva con nobleza su altiva frente, y hay toda una dulcísima promesa en la expresión con que se vuelve al ingeniero San Telmo...

—Te ruego que me aguardes, Demetrio. Volveré dentro de un momento.

—¡Verónica!

—Apenas haya terminado de ayudar a mi tía en lo que ella quiera... Con permiso.

—Bien, ya veo que han llegado las cosas al más lamentable de los extremos. ¿A qué hora recibió usted su invitación para venir a esta casa, ingeniero San Telmo? No recuerdo haberla firmado.

Demetrio ha hecho un verdadero esfuerzo para contenerse, respondiendo con seca cortesía bajo la dura mirada del dueño de la casa...

—Podría responderle, repitiéndole las palabras de su hijo Johnny, al que seguramente desea usted desautorizar en este momento; pero prefiero ventilar este asunto con él, señor Castelo Branco.

—No deseo que mi hijo Johnny se mezcle en nada de eso, y le hago la justicia de pensar que no es usted culpable más que a medias. Vino usted por sugerencia de Verónica...

—Pensé que la señorita de Castelo Branco estaba en su casa, que no tomaba atribuciones ni derechos excesivos al recordarme que hoy era la tarde de recibo de ustedes, y si es a eso a lo que se refiere, la explicación es clara, don Teodoro.

—¿Y si yo le rogara que saliera usted de esta casa?

—Sería una ofensa que no podría perdonarle a nadie, más que a usted.

—¿Puedo saber por qué razón me la perdonaría?

—Porque las apariencias me condenan.

—¿Apariencias? Creo que cuando llegué hace un momento, su actitud era bastante incorrecta.

—Quiero presentarle mis excusas por ello, y aclarar mi conducta. Ya sé que antes debería haberlo hecho, y le aseguro que esta mañana mi primer impulso fue

acercarme a usted. Por sugerencia de Verónica, como usted dice, que quería ser ella la que hablase primero, deje las cosas para luego; pero ya veo que no lo ha hecho, o que sus palabras han sido acogidas con desagrado...

—No lo ha hecho. Asuntos de familia impidieron...

—Sé que ha habido un disgusto y lo lamento... Espero no haber sido yo la causa...

—En modo alguno.

—Lo celebro, ya que las circunstancias me obligan a hablar inmediatamente. Señor Castelo Branco, deseo casarme con su sobrina. Indíqueme la hora en que puede recibirme mañana para expresarle a usted mis pretensiones y manifestarle mis sentimientos.

—¿Qué está diciendo?

—Sé que son impropios la hora y el momento; pero no quiero que este mal entendido se prolongue. Deseo hacer cuanto antes mi esposa a la señorita de Castelo Branco, y tengo la conformidad de ella.

—¿Para casarse?

—Por parte de ella no hay inconveniente, y será un honor darle a usted cuantos informes requiera respecto a mi persona, y cuantas informaciones desee. Ahora, si aún desea usted que abandone su casa...

Cortando sus palabras, doña Sara surge en la puerta. Su expresión es de franca y simpática acogida.

—¡Oh, ingeniero! Si estaba usted aquí. Ya lo habíamos echado de menos...

—A sus pies, doña Sara...

—¿Qué tarde de calor, verdad? Es el peor verano en diez años, ¿no le parece?

—Cuando usted lo afirma...

—Verdad... No tiene usted la suerte de haber nacido en nuestro Río... Supongo que estará deseando tomar algo fresco. Vaya hacia el comedor; Verónica se ocupa de los invitados... Vaya...

—Muchas gracias, doña Sara; espero la última palabra del señor Castelo Branco.

—Vaya usted al comedor, puesto que la dueña de la casa lo desea, y recuerde que mañana le aguardo en mi despacho a las tres.

—¡Muchas gracias; me honraré en ser puntual! Con permiso de ustedes.

Se ha marchado. Doña Sara se vuelve interrogante a su marido:

—¿Qué pasa? ¿Qué quieren decir esas caras y ese tono solemne?

—Soy yo el que podría preguntarte, ¿qué pasa para que te muestres tan amable con ese hombre, y para que te haya cambiado el humor de esa manera?

—Verónica me ha pedido perdón por primera vez en su vida.

—¡Ah! ¿Sí?

—Y me ha rogado, casi con lágrimas en los ojos que intervenga contigo en favor de su ingeniero... El amor le ha cambiado el metabolismo, a lo que parece.

—Su ingeniero... ¿Te dijo eso?

—El muchacho viene con la mejor intención. Quiere casarse inmediatamente y es de las primeras familias de San Paulo...

—Por lo visto tú estás muy conforme...

—No te lo niego. Siempre vi en Verónica a un verdadero peligro para Johnny.

—¿Qué?

—No es la mujer que una madre quisiera para su hijo único. Buen provecho le haga al ingeniero San Telmo.

—Por lo visto todos están de acuerdo.

—Y yo conforme contigo por primera vez. Al fin se te ha caído la venda de los ojos, estás viendo a Verónica tal cual es. Hoy me dijiste que consentirías en sacarla de esta casa, y yo te digo, mejor que mandarla fuera, levantando la ola de chismes y de comentarios que surgiría irremediablemente, es aprovechar la ocasión de casarla...

—¿Con San Telmo? Un hombre que no sabemos quién es...

—¡Bah! Tonterías, ella le quiere, y él está dispuesto a cargar con ella, sabiendo que no tiene dinero. Su desinterés es absoluto, según me dijo Verónica. Creo que no podríamos encontrar un candidato mejor que éste...

Don Teodoro ha bajado la cabeza sin responder. A pesar de su desilusión, de su enojo, no ha arrancado aún a Verónica de su afecto y es como si su instinto paternal presintiera el peligro que representa para Verónica, Demetrio de San Telmo. Todo cuanto hay en él de oscuro, de sombrío, de extraño y siniestro, se le presenta terminante y claro...

Recuerda su amargura, su retraimiento, su feroz actitud durante el asalto de esgrima, y mueve la cabeza con gesto negativo, como defendiendo el último reducto de su conciencia...

—No puedo fiarme del capricho de ella, ni de tu afán por verla fuera de esta casa. Tengo que ver con calma las cosas, tengo que pensar mucho antes de resolver...

—Mientras más lo pienses, más lío te haces. Todo está perfectamente, hasta el propio Johnny ha dado un cambio maravilloso. Hace dos o tres días que no se acerca a ella, y en cambio con Virginia no puede estar más amable ni más cariñoso. Aprovecha este momento...

—Ya veré lo que hago.

—¿Para qué lo citaste mañana a las tres?

—Me pidió hora para pedirme la mano de Verónica...

—Pero ¿cómo no me dijiste eso? Debías haber empezado por ahí. ¿Lo quieres más correcto, más decente y más caballero?

—La situación en que le encontré aquí, junto a Verónica, no admitía otra actitud. Un instante más y se hubieran besado tranquilamente, donde cualquiera podía verlos. Supongo que eso ya no te parecerá tan correcto ni tan decente...

—Ay, Teodoro, ¡los tiempos cambian! La juventud se enamora en este siglo de distinta manera; en vez de cartitas y ramos de violetas, optan por los abrazos y los besos. La culpa debe ser del cine.

—De quién sea, no lo sé; pero prefiero que no entren en mi casa esas costumbres tan modernas.

—Pues por eso, hombre, por eso... Que se casen y se larguen tranquilamente. Nuestra misión estará cumplida y ya no nos queda sino asegurar la dicha de nuestro Johnny con ese ángel de Virginia...

—Pero...

—Le quiere ella, le quiere desde hace mucho tiempo, y ésa sí que me gusta para él; ésa sí que es dulce y buena... ¡La criatura más inocente, la mejor muchacha de la tierra!

\* \* \*

Entrando en el lujoso comedor, aún no invadido por la gente, Demetrio se ha acercado a Verónica.

—¡Oh, Demetrio! ¿Te avisó tía Sara?

—Muy oportunamente, es, además, la primera vez que se muestra verdaderamente amable conmigo y nunca en mejor ocasión que cuando don Teodoro me estaba poniendo en la puerta de la calle.

—¿De veras?

—Sin ningún miramiento. La antipatía fue espontánea desde el primer momento.

—Mi tío es muy bueno, no puedes imaginarte lo bueno que es y que ha sido conmigo, hasta hoy al menos.

—¿Hasta hoy?

—Ha cambiado de repente, y no acierto a comprender por qué, a menos que sea por ti.

—¿Por mí?

—Deja ver si puedo explicarme bien. Mi tío nunca ha simpatizado con ninguno de mis pretendientes...

—Ah...

—Siempre deseó casarme con Johnny.

—Un deseo muy de agradecer...

—Un deseo que yo agradezco con toda el alma, por eso te pedí esta mañana un poco de tiempo, quería evitar rozamientos, disgustos, quería impedir también que sufieras por mí ningún desaire, ninguna molestia...

—Cualquier cosa que se sufra por ti, está bien empleada. No soy de los que creen que puede alcanzarse un objetivo sin dificultades y tropiezos; acepto de antemano el precio que tenga que pagar por conseguir lo que deseo.

—¡Cómo me satisface oírte hablar así! Pensamos lo mismo en tantas cosas, Demetrio, y me sirve de tanto tu ejemplo. Después de oírte ya no me importa a mí

también pagar el precio que sea, soportar repulsas y disgustos, pasar por la pena de ver a tío Teodoro tan distinto conmigo. Es como si de pronto hubiera dejado de quererme, de estimarme, de creer en mí...

—En el disgusto de esta mañana le dio la razón a Virginia, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que mi disgusto fue con Virginia?

—Bueno... lo supongo. Es la que suele pagar los platos rotos...

—¡Virginia! ¿Qué dices?

—Contigo al menos.

—¡Qué equivocado estás! Virginia es de las que hieren silenciosamente.

—Y tú de las que abofetean.

—¿Eh? ¿Quién te dijo?

—Me lo imagino; entra en tu tipo, como dices tú algunas veces; y tratándose de una infeliz como Virginia...

—Virginia no es una infeliz.

—Supongo que pretenderá algunas veces cobrar su silencio. Pero tú eres de las que saben imponerse.

—No sé a que silencio te refieres. Virginia no tiene nada que callar por cuenta mía, nunca fuimos amigas.

—¿Nunca le hiciste confidencias?

—Empieza porque no tengo confidencias que hacer. Mi mayor defecto es el exceso de franqueza. El disgusto de esta mañana comenzó por eso, porque fui demasiado franca, porque mostré el alma desnuda a quien no era capaz de comprenderme; pero ya te he dicho que lo olvidemos. Lo único que me duele es la actitud de tío Teodoro, y la de Johnny también.

—¡Ah, Johnny!

—En toda la tarde no se ha acercado a mí un momento...

—¿Lo sientes mucho? ¿Lo lamentas mucho?

—Debería decirte que no, ya que pones esa cara de celoso; pero no sería sincera y ni por complacerte quiero dejar de serlo. El afecto y la estimación de Johnny son cosas que estimo enormemente...

—¡Pues tendrás que vivir sin ellas!

—¿Qué?

Le ha mirado sorprendida de su brusquedad y él sigue hablándole con la sombría pasión de otras veces...

—Porque vivirás para mí solamente, porque voy a ser un avaro de tus sonrisas, de tus miradas; hasta de tus pensamientos; porque he soñado encerrarte en círculo de hierro y de fuego de donde no puedas escapar, como no se escapa del infierno.

—Si son tus brazos ese círculo... tu infierno será mejor que la gloria.

Le ha tomado las manos apasionadamente, mientras Demetrio vacila, rota la voluntad al contacto de aquellas manos suaves y cálidas.

—¡Verónica!

—¡Por favor, no vayas a besarme en este momento! Nos están observando desde la puerta del salón... allí están Johnny y Julio Estrada...

—Mis predecesores...

—¿Por qué dices eso? En el camino de mi corazón nadie te ha precedido... ¿Te ríes? ¿No me crees? Detesto a los celosos, ¿te enteras? Pero no hay amor sin celos; tengo que perdonarte al fin y al cabo y me consuela pensar que tengo toda la vida para convencerte... Nunca quise a nadie antes que a ti. ¡Eres el primero y serás el último, Demetrio!

\* \* \*

—¡El primero, el primero! ¿Oíste eso, Ricardo? Si algo queda vivo en nosotros después de la muerte, en el pobre cementerio de Matto Grosso han debido estremecerse tus huesos...

Demetrio otro vez está en el cuarto del hotel. Pasaron las horas de la fiesta, veloces y ardientes, y ahora está solo frente al tumulto de sus recuerdos. Aún le parece llevar grabada en las pupilas la imagen de Verónica; aún en sus manos está el perfume de ella, aquel perfume fresco, primaveral a que trasciende toda, la más bella muchacha de Río de Janeiro.

Y ahora el retrato de Ricardo está frente a él, aquel viejo retrato de los días de estudiante, en que parece más joven, más ingenuo; más soñador, más indefenso, aquel retrato frente al que resulta más monstruosa la acción que encendió en él el terrible anhelo de la venganza; aquel retrato que de repente también le enfurece, como si le abrasara una extraña llamarada de celos.

—¡Tú la tuviste en tus brazos! Fue tuya; sí; estoy seguro de eso... habrías tenido que ser de piedra o de hielo, para resistir, estado franca su ventana; la ventana de esa alcoba por la que entraste tantas veces. ¡Y qué podría importarte exponer la vida, pensar que podías estrellarte al caer, si al final estaba ella, si te aguardaban sus labios y sus brazos! ¡Ahora no me sorprende que enloquecieras!

Ha arrojado con rabia el retrato sobre la mesa, para buscar otro; el que hace sólo unas horas recibiera, el retrato de ella, puesto en sus manos con tierno pudor de enamorada, y tiembla mientras sus ojos la contemplan. El inmóvil cartón parece cobrar vida, los ojos negros casi relampaguean, la roja boca sonrío a la vez tentadora y exquisita...

—¡Sería un retrato como éste, aquél a quien hablabas durante noches enteras, Ricardo! Fue frente a esta imagen que inmolaste la vida, ¡como frente a una divinidad todopoderosa y cruel! ¡El primero! ¡El primero... tú sí fuiste el primero; y como te envidio en este momento!



## Capítulo 10

El último invitado se ha despedido de los Castelo Branco... Como siempre que el recibo se prolonga hasta las primeras horas de la noche, no se ha servido cena; pero los principales miembros de la familia toman juntos un bocado antes de retirarse a sus habitaciones. La mesa está cubierta de los más delicados fiambres, que doña Sara saborea con deleite, encantada de la distraída actitud de su esposo.

—¿No tomas nada, Teodoro?

—Le pedí a Genaro otra taza de café. No es bueno comer mucho de noche con el calor que está haciendo.

—Si siguieras mis teorías, te sentirías muy bien y pesarías treinta libras menos; pero no es cosa de discutir por eso.

—¿Tú tampoco comes nada, Virginia?

—Sírreme un poco de galantina y otro poquito de jamón, y la pechuguita de aquel pollo frío, pero la pechuguita solamente... No sé qué me pasa que no puedo pasar bocado. Si el tío Teodoro me regalara un poquito de su jerez...

—Naturalmente. Genaro, tráele una botella...

—No sé que le pasa a mi jerez que desaparece. Alguien se lo bebe...

—A Verónica le gusta mucho... Dice que es el único vino que le gusta realmente.

—¿Dónde está Verónica?

—Me dijo que no tenía ganas de comer. Le dolía un poco la cabeza y salió al jardín a despejarse... Supongo que hay que dejarla con sus extravagancias. Sin contar con que puede estar apenada contigo.

—Verónica nunca se apena... Estuvo encantada toda la tarde en el comedor, con Demetrio de San Telmo; habrá comido de todo seguramente.

La mirada de don Teodoro se ha alzado en mudo reproche a su sobrina, mirando luego a Johnny con afectuosa inquietud...

—Tú eres el que no ha probado bocado, Johnny.

—No tengo deseos, papá. Aún no me encuentro bien.

—Un vaso de jerez te vendrá divinamente. Cédele un poco la botella, Virginia...

—Oh, sí... naturalmente. No me había dado ni cuenta que me la habían puesto delante.

—No quiero nada. A mí también me duele algo la cabeza. Ha sido una tarde de calor y de ajeteo, son detestables estos recibos a los que viene tanta gente. Con permiso de ustedes...

—¿Vas a salir?

—Julio Estrada me espera en el casino. Quedé de ir enseguida y ya debe estar impaciente. Con tu permiso, mamá...

—¡Hijo... al menos dame un beso!

—Sí, mamáita... Buenas noches... Hasta mañana...

La mirada de todos le ha seguido hasta la puerta; Johnny cruza el *hall* muy

despacio y luego se detiene indeciso un momento; como si luchara consigo mismo. Al fin gira sobre sus talones y va decidido hacia la puerta que sale a los jardines laterales...

Con ansia creciente va recorriendo los senderos, escudriñando los rincones oscuros, estremeciéndose cada vez que cree distinguirla, y al fin, se detiene bruscamente junto a aquel mismo banco de piedra, semioculto entre los arbustos, donde Verónica dijera su amor a Demetrio.

—¡Verónica!

—¡Johnny! Sí, soy yo. Acércate. ¿Cómo pudiste dar conmigo?

—No salí a buscarte.

—Debí suponerlo, pero ya que la casualidad te ha traído aquí, ¿quieres sentarte un rato y que charlemos?

—Yo...

—Si no te molesta mi compañía...

—¿Por qué habría de molestarme?

—No sé... Pero hace días que no sé muchas cosas.

—¿Cómo?

—Johnny... ¿Por qué no te sientas?

—¿Para qué?

—Para hablar con calma... Es necesario, indispensable, que tú y yo hablemos como los grandes amigos que fuimos, como los hermanos que aspiro a que sigamos siendo.

—Hermanos...

—No me rechazarás como hermana, Johnny... Me darías el disgusto más grande de mi vida, no comprendiéndome. Yo sé que es duro, que es difícil; pero sé también que si hay alguien sobre la tierra capaz de comprenderme, tienes que ser tú, Johnny... El comprensivo, el sincero, el generoso...

—¡El imbécil!

—Johnny, ¿por qué dices eso?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Yo, si yo que no te he ofendido ni con el pensamiento; que he sido contigo leal y sincera como nadie, que por nada de este mundo hubiera querido hacerte sufrir, y que en medio de la alegría de mi amor, no tengo más pena que la de tu frialdad y tu despego.

—¿Mi frialdad, mi despego? Creo que exageras... No creo haber cambiado tanto.

—Has cambiado totalmente. Eres otro para mí desde aquella noche... más exactamente, desde aquella tarde del asalto de esgrima, en que no quisiste siquiera cruzar conmigo tu florete... ¿Por qué, Johnny? ¿Por qué?

—Por nada... No ha pasado nada.

—Fue por él, ¿verdad? Por Demetrio... Ese día me di yo cuenta de que le amaba...

—¡Pero!

—Déjame hablar, no me interrumpas. Es preciso que hablemos francamente... No quiero que pienses que he sido desleal, que no he apreciado lo muchísimo que vale el amor que me ofreciste, que no me hubiera considerado la mujer más dichosa de la tierra al haber podido corresponder a él... Pero es el destino quien decide estas cosas.

Vistas fríamente, resultan absurdas, incompresibles; vivimos rodeados de afectos agradeciéndolos, correspondiéndolos, pensando que nuestra vida está en ese círculo familiar que nos rodea, y un día, de pronto, llega un hombre, un hombre cualquiera que no sabemos quién es ni de donde vino, y sentimos que tiene más fuerza que todo el pasado, que con una sonrisa, con una mirada nos roba el corazón, se apodera de nuestra voluntad, de nuestra conciencia, que por seguirle lo dejaríamos todo...

Sería monstruoso, si no fuera la misma ley de la naturaleza quien nos mandara a hacerlo, y es esa ley inexorable, la misma que hace crecer los árboles, la misma que mueve las moléculas, que hace encrespase el mar y girar los astros... la que me hizo amar a Demetrio de San Telmo.

—¡Verónica!

—Tú lo comprendes Johnny, ¿verdad? ¿Verdad? Tú lo comprendes y me perdonas...

—¿Le amas realmente?

—Sí, Johnny.

—¿Sin ningún dolor, sin ningún remordimiento? ¿Sin derramar una lágrima por los que pudieron haber cifrado en ti toda la felicidad de este mundo?

—¿Tú, Johnny?

—No hablo de mí.

—¿De quién entonces? No irás a pensar que ese tonto de Julio Estrada...

—No hablo de Julio Estrada.

—Entonces, no te entiendo.

—No me entiendes. No quieres entenderme... es mejor quizás.

—¿Quieres explicarte?

—¿Para qué? Me has dicho que eres feliz y con eso debe bastarme. Me has pedido que te perdone por no haber correspondido a mi amor. No tengo nada que perdonarte... No poder amar no es un delito; el delito consiste en fingir que se ama por ambición, por interés, por deseo de dominio malsano...

—Pero en mí no puedes haber visto nunca nada de eso...

—Para mí no... Has sido leal rechazándome. Y supongo que tengo que agradecerlo.

—Johnny...

—Si era eso todo lo que querías saber, ya está logrado.

—No quiero que me guardes rencor.

—No te lo guardo. ¿Tienes algo más que pedirme?

—No, Johnny; nada... Si hubiera encontrado tu corazón, tu noble corazón, te

habría suplicado que intervinieses con tío Teodoro en favor de Demetrio.

—En favor de Demetrio... ¿o en favor tuyo?

—Bueno... de los dos. En este caso los intereses son comunes.

—No lo creo. Al contrario...

—¿Por qué dices eso?

—Porque no creo en la sinceridad de tu amor por él.

—¡Johnny! ¿Estás loco?

—No te creo capaz de amar a nadie, y el mayor favor que le has hecho a un hombre jamás ¡es el que me hiciste a mí rechazándome!

Ha echado casi a correr tras sus duras palabras, mientras ella trata de detenerlo desconcertada.

—¡Johnny, Johnny!

Ha corrido tras él unos pasos deteniéndose al verle ganar ya la verja lateral; llevándose las manos a las sienes, donde la angustia parece golpear, y otra vez el nombre amado, aquél a quien todos la impulsan en su desvío, sube como único consuelo a sus labios...

—¡Demetrio! ¡Parece que fuera un crimen amarte! Un crimen que nadie me perdona. Pero no importa; te amo... ¡Te amo!

\* \* \*

—¡Demetrio!

—¡Verónica! ¿Qué haces aquí?

—Aguardándote...

—¿Pasa algo? Tu tío acaso...

—Mi tío está en su despacho, supongo esperándote... Aunque todavía no son las tres, y Johnny le acompaña.

—¡Johnny!

—Se encerraron juntos después de almorzar. Me lo dijo María, porque yo no fui a la mesa, ¿sabes?

Es en la entrada principal del palacio de los Castelo Branco, y mientras el portero cierra la ancha verja que Demetrio acaba de franquear, Verónica le ha tomado de la mano para llevarle a través de floridos vericuetos, casi hasta el pie de la escalera de mármol, donde un surtidor desgrana el fresco encaje de sus aguas sobre el cuerpo desnudo de una estatua.

—Aquí no nos verán, podemos hablar.

—Otro de tus rincones secretos.

—Es absurdo; lo comprendo... Te parecerá muy incorrecto lo que hago; pero es que no sé lo que pasa... Todo se ha vuelto para mí tan extraño en esta casa...

—Sin que tú adivines la causa, ¿verdad?

—Sólo una puede ser: nuestro amor...

—Ah...

—Nunca fuiste santo de la devoción de mi tío, y en cuanto a Johnny, ¿no sabes hasta qué punto me siento atormentada! ¡Es otro, otro! Anoche me habló en una forma de la que nunca le creí capaz...

—Anoche...

—Ya tarde, cuando se fueron todos. Salió al jardín por casualidad, quise explicarle, pensé que entendería lo que es nuestro amor, que podía ganarle para nuestra causa, pero es inútil. Está ciego de despecho y de celos...

—¿Ah sí? ¿Qué te dijo?

—De ti nada malo. Al contrario...

—Pero ¿qué te dijo?

—¿Para qué repetir la locura de unas palabras que sólo la cólera pudo poner en su boca? No hay que darle más importancia de la que tiene.

—Tú eres quien se la estás dando.

—Yo, sí... A pesar mío; pero es que fue algo tan extraño...

—Repítelo...

—Recuerdo más el sentido que la frase, pero era algo así como que está dispuesto a ayudarte, en contra mía...

—Johnny es un perfecto caballero...

—Nunca lo he dudado, pero ¿qué tiene eso que ver?

—Como pocos noble y leal...

—Te entiendo menos que a él, Demetrio.

—¿De veras no crees que haya nada que él pueda decir a su padre a favor mío y en contra tuya?

—Bueno, como no sea alguna alusión sutil a mi falta de dote... pero en Johnny es inconcebible y además imperdonable.

—Tú misma le diste siempre mucha importancia al dinero.

—Es cierto, lo confieso. Antes de enamorarme lo consideraba algo primordial.

—Johnny ha tomado tus ideas al pie de la letra.

—Mis ideas se desvanecieron la primera vez que me besaste en los labios. Entonces comprendí que todo era secundario fuera de esta embriaguez divina del amor...

—¡Verónica! Verónica, si fuera verdad...

Demetrio ha vuelto a tomar las manos de Verónica, en un repentino ademán ardiente, apasionado; olvidado por un instante de todo lo que no sean sus propios sentimientos, aquel borbotón de emoción sincera que sube a su garganta impulsándolo hacia aquella mujer.

¿Será verdad su amor? ¿Será posible que un sentimiento sincero haya podido cambiar aquel corazón duro, frío y orgulloso para Ricardo? Si ella al menos hablara,

si confesara la verdad, si no tratara de engañarlo...

Pero aquella mirada limpia, ingenua casi, aquella constante interrogación frente a todas sus alusiones, lo que él supone un decidido propósito de callar, de fingir, de disimular con la más admirable de las farsas, paraliza de repente sus sentimientos, ahoga su voz en la garganta, le hace erguirse de nuevo, frío, calculador, decidido a continuar su propósito siniestro.

—Demetrio...

—Nada, déjame y perdóname; hablaremos después. Tu tío me aguarda.

—¡Espera!

—Es ya la hora.

—Faltan unos minutos... No sé lo que me pasa, Demetrio; pero tengo miedo.

—Serás mía pese a todo lo que se oponga. ¡Ven!

—No, no sería correcto que llegásemos juntos, podría disgustarse tío Teodoro aún más de lo que está. Yo daré la vuelta, subiré por el otro lado, y creo que me pondré a rezar para que Dios te ayude en tu empresa.

—No, Verónica; no reces.

—¿Por qué?

—Tal vez conmigo no seas tan dichosa como sueñas... ¿No se te ha ocurrido pensarlo alguna vez?

—No acostumbro pensar tonterías tan grandes.

—Ahora sí son los tres, voy a...

—¡Espera! ¿Cómo sé el resultado de la entrevista? ¿Dónde, cuándo te veo?

—Supongo que tu tío te la dará enseguida.

—¿Y si no lo hace?

—Te enviare un mensajero.

—¿No puedes venir tú mismo? ¿Acercarte al fondo del jardín por la reja? Allí el follaje es muy espeso, te aguardaré, iré hacia allá apenas te vea salir de la casa. ¿Me complacerás, Demetrio?

—Será portarnos como dos chiquillos; pero puesto que lo desees, lo haré.

—¡Que Dios te lo pague, vida mía!

—No vale la pena... Hasta después.

Se ha ido muy de prisa, huyendo de la emoción que lo envuelve, con un miedo repentino de hablarle de amor y de ternura, de olvidar locamente su juramento, y los ojos de Verónica le contemplan cruzando la terraza, duro, firme, altanero, más fuerte a cada paso cuanto más se aleja de su lado...

\* \* \*

—Papá; son casi las tres... Dentro de unos minutos estará aquí San Telmo...

—Ya lo sé. He dado la orden de que me avisen en cuanto llegue para hacerle pasar.

—Viene a pedirte la mano de Verónica.

—Naturalmente.

—¿Qué vas a responder, qué actitud vas a guardar frente a él?

—Cuál puede ser, sino la que ordena mi rectitud y mi caballerosidad; de acuerdo al mismo tiempo con la más estricta justicia.

—La justicia puede tener distintos aspectos, según desde donde la miremos.

—No lo niego; pero en esencia sólo es una, que bien distingue cualquier alma honrada lo malo de lo bueno, pese a toda la filosofía y a todos los sofismas.

Don Teodoro de Castelo Branco se ha puesto de pie, un poco impaciente frente a las apremiantes preguntas de su hijo. Están solos en el amplio despacho, pero por la pequeña puerta de cristales que comunica con el comedor, se ve cruzar a veces una sombra inquieta, alguien espía tras ella, aunque padre e hijo, demasiado embebidos en sus pensamientos, no se hayan dado cuenta; son los ojos interrogadores, los pasos leves, el oído siempre atento de Virginia.

—¿Tomaste informes? ¿Sabes algo concreto de Demetrio de San Telmo?

—Tuve la suerte de que vinieran a mis manos. Supe anoche por causalidad, que uno de los dueños del Banco Brasileiro había estado al frente de la Sucursal de San Paulo durante muchos años. Esta mañana fui a verlo, y me dio un informe amplísimo...

—¿Ah, sí?

—Con toda la experiencia del mundo y de la vida, me equivoqué. Tuviste razón al afirmar que Demetrio de San Telmo es un caballero. Al menos, hasta ahora lo ha sido; quedó huérfano siendo casi un niño, hizo su carrera con grandes esfuerzos, y creo que tiene un hermano o un medio hermano, a quien ayudo mucho también. Mi amigo no recordaba el nombre; pero no creo que importe para nada eso.

—Desde luego.

—No hay ninguna tacha de honor ni de educación ni en él, ni en los suyos...

—No puedo negar que los informes son buenos... Pero ¿qué hará con Verónica? ¿Dónde la llevará? No creo que tú hayas podido retirarle de la noche a la mañana tu afecto, no puede ser que no te importe, que su suerte te sea indiferente...

—Porque no me lo es, he tomado todos esos informes. Anoche estaba dispuesto a decirle que no, rotundamente; hoy he pensado que tal vez no tenga derecho si ella, como parece, le quiere.

—La falta de Verónica será imperdonable para un hombre como Demetrio. Si algún día llegara a averiguarla, la rechazará brutalmente. Lo considero capaz hasta de matarla, y ella no es de las que confiesan. Anoche habló conmigo, habló como si fuera inocente, como si nada temiera, y estoy seguro que sostiene la misma actitud frente a Demetrio.

—Lo he pensado y lo he temido yo también, y si llegara el caso, cumpliré con mi

deber.

—¿Qué quieres decir?

—Si ese hombre la hace su esposa, será sabiéndolo todo; es nuestro deber para con él y también una forma de protegerla a ella; aunque sea doloroso, aunque parezca cruel, aunque me cueste el más amargo momento de mi vida, le hablaré claramente, pero... abre esa puerta. Alguien toca.

Un criado ha aparecido con gesto solemne.

—El señor Demetrio de San Telmo.

—Que pase. Y tú, Johnny, déjame.

\* \* \*

—Adelante, San Telmo. Hágame el favor de sentarse. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias.

—Ha llegado usted muy puntualmente...

—Conozco lo elemental de los deberes sociales, aunque por desgracia, en esta casa las circunstancias me han hecho cometer tonterías que le dan a usted pleno derecho a dudarlos...

—No se preocupe de eso, han sido efectivamente tonterías, en fin, dejémoslo. Le libraré de decirme el objeto de su visita, puesto que los dos lo conocemos perfectamente, y le diré con toda franqueza, que empleé las horas que median entre el momento de concertar esta cita y el de realizarla, en tomar informes de usted.

—Traía para usted una lista de las personas que pudieran informarle.

—¿Entra en ella el subgerente del Banco del Brasil?

—No, ciertamente. Tuvo ciertas diferencias políticas con mi padre, y me temo que lo que él pueda decir de mí...

—Los informes que me ha dado son excelentes, me satisface que pertenezcan a alguien que está fuera de esa lista. ¿Quiere dármele de todas maneras?

—Aquí tiene...

—Bien...

—Son gentes con quienes he trabajado; no tengo amigos íntimos ni familiares próximos...

—Es usted muy competente en su carrera; eso lo supe siempre. Ya sé que cuenta con ella y con su ánimo de trabajar. Además...

—Puedo enseñarle los papeles de una mina de oro en Matto Grosso.

—Ah...

—Hágalos examinar por un experto. Aquí los tiene.

Ha puesto en sus manos un rollo de documentos que el señor de Castelo Branco examina atentamente antes de opinar.



—Entiendo algo de minas... Así, por encima veo que su hallazgo es importante... Pero la tiene a medias con otro propietario...

—El cincuenta por ciento pertenece al hombre que en la actualidad la explota. El primer puñado de pepitas de oro que sacaron de ella, me ha producido varios miles de *contos de reis*...

—Ya lo veo, ya lo veo... Es usted rico, y esto sí es para mí una verdadera sorpresa. Debo decirle que de todas maneras mi sobrina llevará al matrimonio dinero propio.

—¿Cómo, qué?

—Jamás pensé en casarla sin dote, no lo habría hecho de ninguna manera; pero se trata además de un delicado asunto de familia, que ni aun mi esposa conoce y que ella ignora totalmente.

—¿Asunto de familia?

—El padre de Verónica era primo hermano mío, me hizo favores que valen infinitamente más que el dinero; el duelo que le costó la vida fue salvaguardando mi honor políticamente.

—¿Qué dice usted?

—Deshizo una torpe calumnia forjada contra mí por uno de esos envidiosos, que son como reptiles, dejando su baba venenosa sobre la huella de todos los que siguen el camino recto...

—Ah...

—Una verdadera conspiración de canallas. Mi primo, Roberto de Castelo Branco les salió al paso. La deshizo con su prestigio y su energía; luego, con un pretexto cualquiera, desafió al peor de todos ellos.

—¿Y fue muerto él en el duelo?

—Castigó al miserable, lo dejó marcado en la cara para siempre; pero recibió una herida de la que murió poco tiempo después...

—Lamentable...

—No puede usted imaginarse hasta qué extremo. Era el hombre más noble y más generoso que he conocido; tal vez por eso sus finanzas estaban tan deplorablemente desordenadas que, hecha la liquidación general, aún hubo que pagar algunas deudas, que se saldaron, naturalmente... Y Verónica vino a esta casa como hija propia...

—¿Eh?

—Un tercio de mi fortuna será para ella cuando yo muera, y el día de su matrimonio la dotaré como corresponde... ¿Frunce usted el ceño? No parece satisfacerle...

—No me satisface en absoluto. Si estuviera en mi mano rechazar ese dinero...

—De ninguna manera. Lo único que le pido es que guarde silencio hasta el día de la boda. Mi esposa y yo tenemos grandes diferencias de criterio, ella detestaba al padre de Verónica, tenido por la oveja negra de la familia, y lo hacía responsable de algunas calaveradas de mi juventud. Durante muchos años acaricie la idea de casar a

Verónica con Johnny, hubiera sido una gran dicha, pero aparte de la inclinación de ella hacia usted, hay algo duro y cruel, lo más doloroso de cuanto tengo que decirle; pero lo considero un deber de hombre y de caballero.

En el pasado de mi sobrina hubo una locura, algo que por fortuna no ha trascendido en modo alguno al público, y que sólo tres o cuatro personas sabemos: ella quiso locamente a otro hombre, tal vez yo me considero culpable por haberlo introducido en mi casa como a un familiar, dándole una confianza que no merecía; pero es preciso que usted sepa que ella...

—¡Ni una palabra más, señor Castelo Branco! No quiero saber eso, no me importa. El pasado de Verónica no me interesa; olvídelo usted como yo lo he olvidado, y permítame hacerla mi esposa inmediatamente.

Brusco, rotundo, como si no le fuera posible escuchar por segunda vez de labios de nadie, una acusación contra Verónica, Demetrio ha cortado la frase que con tanto esfuerzo asomaba a los labios del señor de Castelo Branco.

No, no hubiera podido oírlo otra vez... Odio, amargura, cólera profunda, y más hondo, más quemante, más imperativo que nunca, su loco deseo de venganza...

—Agradezco en lo que vale su sinceridad y su nobleza, don Teodoro; pero de eso ni una palabra más.

Conmovido, con gran esfuerzo, el señor de Castelo Branco responde.

—Gracias, ingeniero San Telmo. Con toda el alma he deseado ver en usted esa actitud, ese gesto que habla bien alto de su amor por Verónica. La quiere usted con toda su alma, ¿no es eso?

Se ha acercado hasta apoyarle la mano en el hombro con gesto casi paternal. Sus ojos altivos se han dulcificado extrañamente...

—¿La quiere usted mucho?

—Sólo una condición he de poner, y es indispensable que usted acceda a ella, porque es lo único que me justifica a mis propios ojos. No recibiré un centavo de dote... No admitiré absolutamente nada...

—Pero no se trata de usted, sino de ella. No tiene usted derecho a desposeerla de lo que en justicia le corresponde...

—Ya ha visto usted que soy rico. Si Verónica es mi esposa, será dependiendo de lo que yo pueda y quiera darle...

—Pero ¿por qué?

—Usted mismo puede hallar respuesta a poco que piense en la revelación que no le he permitido hacerme. Quiero que nunca, ni ella, ni usted, ni nadie, pueda pensar que me llevó a esta boda más interés que el que me inspira la persona de ella, y en esto sí no puede haber dudas ni equívocos, esto tiene que ser claro como la luz del día.

—Le comprendo perfectamente... Pero no podré aceptar su condición si Verónica no la acepta...

—La aceptará.

—Muy seguro está usted de su amor.

—Tal vez menos de lo que quisiera. Pero considero indispensable someternos a esa prueba...

—¿Qué no está usted seguro?

—Perdóneme que no le dé a sus palabras una respuesta concreta. He sufrido lo bastante para desconfiar de todas las mujeres, y en este caso, sus propias palabras de hace un momento, son el mejor y el más doloroso de los ejemplos.

—No quisiera tener que confesarle que tiene razón; pero en justicia estricta, no puedo negársela.

—¿Acepta pues?

—Después de hablar con Verónica, naturalmente... Y sólo en lo que respecta a la dote. No modificaré el testamento con el que mi hijo Johnny está absolutamente conforme. Mi herencia se hará en tres partes iguales: una para Sara, otra para Johnny; la tercera corresponde a Verónica... Pero esto no lo sabrá nadie, aparte de él y usted, hasta el día de mi muerte.

—Que Dios retrase muchos años, señor Castelo Branco...

—Si Verónica es para entonces la esposa de usted, como creo, será cuestión de ustedes aceptar o rechazar mi herencia.

—La rechazará. La devolverá a Johnny que es a quien corresponde realmente.

—Deje su respuesta para entonces, mi joven amigo. Y hablemos de algo más urgente. Antes dijo que deseaba casarse enseguida...

—Si usted no se opone.

—No entra en nuestras costumbres. Lo menos que se considera decoroso en Río, entre gentes de nuestra clase, son seis meses de noviazgo...

—Seis meses son una eternidad...

—¿Le parece? Lo discutiremos con la propia Verónica esta noche, de sobre mesa...

—¿Esta noche?

—Le esperamos a usted a comer. Antes nos reuniremos en el salón y daré oficialmente la noticia a mi esposa, a mi hijo y a ella. Servirán a las ocho... Desde las siete le aguardamos a usted. Probablemente estarán también algunos amigos de confianza. Correspondiendo a su deseo, le daremos a todo la mayor rapidez compatible con el buen tono.

—Yo me atrevería a suplicarle que abreviara el plazo a un par de meses. Es lo más que mis asuntos en Matto Grosso me permitirán estar fuera...

—Puede usted ir y volver. Un poco de ausencia no le hace daño a ningún amor sincero; más bien lo afirma y lo moldea... Ya sé que saber esperar es una ciencia que la juventud se niega a aprender. Pero yo insisto en enseñársela...

—¡Don Teodoro!

—Esta noche hablaremos...

—No me deja más camino que retirarme... y volver.

—Ésta es mi mano, ingeniero San Telmo. Ha duplicado usted mi estimación durante la media hora que hemos estado juntos...

—Gracias... Con permiso de usted.

\* \* \*

—Papá...

—Johnny... ¿Pero estabas ahí?

—Perdóname si me quedé rondando tu puerta; pero estaba ansioso por saber...

—He dicho que sí.

—¡Ah!

—Racionalmente no había nada que oponer. San Telmo es un caballero, un hombre decente y ella le quiere...

—¿Le dijiste?

—Era mi deber. Su única condición relacionado con eso, es rechazar rotundamente la dote de Verónica.

—Ya...

—A la noche se arreglaran detalles. Le invite a comer. Me atrevería a rogarte que no faltaras a la mesa, aunque sé que preferirías no estar presente. Es un deber penoso, como la mayor parte de los deberes; si no te sientes con fuerzas, puedes dar un pretexto, pero te agradecería que no lo hicieras...

—Está bien padre, comprendo.

—Ahora dispénsame. Necesito hablar con tu madre y con Verónica.

Se ha ido dejándole solo... Johnny ha dado unos pasos desorientado; sin rumbo atraviesa el despacho, empuja la puertecilla de cristales, sale al comedor, donde al sentir sus pasos, Virginia abandona su puesto de observación en la ventana del jardín, para llegar inquieta hasta él...

—Johnny... Johnny... Estás muy pálido... ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—Nada.

—No me digas que nada. Parece que estuvieras enfermo. Tienes las manos heladas... ¡Tiemblas!

—¡Oh, déjame!

—Johnny querido, sufres horriblemente. Dime lo que tienes... Es por ella, ¿verdad? Por ella. Porque han venido a pedirla. Tío Teodoro accede, ¿verdad? ¿Accede? No le dijo nada, le dejó engañado...

—¿Por quién tomas a mi padre, Virginia? El dolor más grande de su vida ha sido hablarle claro al ingeniero San Telmo, y sin embargo yo sé que lo ha hecho.

—Entonces ¿no se casan?

—Sí, se casan. Se lo dijeron y no le importó. ¿Entiendes? Se ha limitado a

rechazar su dote, para que ella no pueda pensar nunca que nada que no fuese amor le ha llevado hasta ella. No le importa el pasado, creo que no quiso ni oírlo siquiera...

—¡Es un tonto y un hombre sin dignidad!

—No digas eso. Tiene una dignidad distinta; más alta, más fuerte que la nuestra. La quiere, la quiere y se sabe amado, idolatrado por ella... Ha nacido para triunfar, para disipar los fantasmas... ¡Quién fuera como él!

—Le envidias...

—¡Sí, sí... Quisiera pensar que le odio; pero no es odio, es envidia; son celos, rabia y vergüenza de ver que ha sido más fuerte, que me la ha arrebatado de las manos! ¡Y que no sé todavía como puede vivirse sin ella!

—Johnny... Johnny...

—No puedes comprenderme. Ni tú ni ninguno de los que me rodean... ni mi padre siquiera. Ella sí me comprendería si yo fuera capaz de decírselo a ella... Su alma sí sabe de las pasiones sin nombre, de las tormentas en que naufraga la razón; ella sí tiene sangre en las venas.

—¡Johnny!

—¡Déjame! ¡Déjame!

Se ha ido sin querer escucharla; pero por el lado opuesto aparece la noble figura de Teodoro.

—¿Qué le pasa a Johnny?

—Se fue para su cuarto. Está muy triste... ¡Es horrible lo que Verónica le atormenta!

—¿Verónica? ¿Estaba ella aquí?

—Claro que no estaba, me refiero a su recuerdo; a lo que sufre cuando piensa en lo que Verónica le ha hecho... Ella ni siquiera se da por enterada... Ahora mismo se fue corriendo para el fondo del jardín...

—¿Qué?

—La pobrecita debe estar impaciente, y él seguro que dará vuelta para encontrarse con ella y hablar a través de las rejas.

La mirada de Teodoro se ha endurecido, su rostro toma una fría expresión de desprecio. De arriba abajo contempla a la mujercita linda y frágil como una muñeca, y le vuelve la espalda desdeñosamente.

Una bocanada de hiel sube a los labios de Virginia.

—¡Viejo imbécil! ¿Cuándo querrá el diablo que te mueras?

\* \* \*

Verónica y Demetrio han llegado casi al mismo tiempo al lugar de su cita, allí donde la gran verja de bronce se alza más de dos metros firmemente empotrada en el

muro de piedra, protegiendo el fondo del jardín, que más parece por aquel lado un bosque florido y espeso.

Las manos trémulas de ella han aprisionado las de él; los ojos buscan con angustia la respuesta del rostro enigmático que está frente a ella; aquellos ojos grises que tanto preguntan y tan poco responden; aquellos labios sensuales que el dolor y la amargura afinan, haciéndolos crueles.

—¿Malas noticias? ¿Se niega? ¿No te dio el consentimiento?

—La mejor noticia del mundo para mí; accede...

—¡Demetrio de mi vida!

—Había tomado informes por su cuenta. No me opuso ningún inconveniente...

—¡Demetrio mío! ¡Soy la mujer más feliz de la tierra! Pero ¿es posible que llegues a decirme eso sin que te brillen los ojos, sin que rías y cantes y enloquezcas, como enloquezco yo de felicidad?

—¡Verónica!

—¿Por qué no hablas? ¿Por qué no puedes inventar palabras nuevas? ¡No importa! ¡Mi vida, mi alma! ¡A mí también me parecen pobres las palabras que te estoy diciendo, porque el lenguaje, comparado con lo que siento, es tan pequeño!

Demetrio no acierta a responder, siente una angustia como si le estallara en el pecho... y es un alivio cuando los pasos de Don Teodoro suenan muy cerca...

—Espera... creo que vienen. Me voy.

—Aguarda. Será el jardinero, no es preciso.

—Debo irme.

—Efectivamente, ingeniero San Telmo...

—¡Don Teodoro!

—¡Tío Teodoro!

—Tengo el don de llegar inoportunamente... Pero más vale que sea yo, después de todo, y no un sirviente poco cuidadoso en repetir las cosas y en darle un sentido que espero que no tengan...

—Perdone nuestra incorrección, señor Castelo Branco. Le rogué a Verónica que me viera después de la entrevista con usted.

—Muy caballeroso como inútil. Fui yo quien le rogué que viniera. Estaba demasiado impaciente...

—No te faltaban motivos de inquietud, conociéndome como me conoces; pero supongo que ya te habrá tranquilizado el ingeniero San Telmo.

—Tío Teodoro, perdóname... ¡Le quiero tanto, tenía tanto miedo! Has estado tan extraño conmigo últimamente, como si no me perdonaras que le quisiera, como si me odiases por haberle dado mi corazón; por haber traicionado tu sueño...

—Te equivocas. No soy de los que pretenden marcar pautas al sentimiento. Me conformo con sostener inflexiblemente las del honor, no perdonando ni transigiendo con ninguna infracción a ellas...

—No sé que tratas de decirme, tío... Pero si le das a esta cita inocente un sentido

que no tiene...

—Dejemos esta cita inocente. En realidad me alegro mucho de volverlos a encontrar a los dos a solas. Antes, cuando hablé con el ingeniero San Telmo, me negué a que la boda se hiciera con la rapidez que él pretendía...

—Ah...

—Fue un error. El señor San Telmo estaba en lo cierto. No tienen por qué esperar. Esta boda no tiene por qué ceñirse por los cánones de otras, sus circunstancias son extraordinarias...

—¿Por qué?

—Por... mil detalles, entre otros, la prisa del ingeniero San Telmo en ir a cuidar de sus intereses. Acaso ha olvidado decirte románticamente que es condueño de la mina más importante de oro, descubierta en Matto Grosso en los últimos treinta años.

—Demetrio... ¿es cierto eso?

—Puesto que lo oyes de mis labios, no creo que puedas dudar.

—No, tío, desde luego; pero es que me parece un sueño de *Las mil y una noches*. Nunca pensé...

—¿En el oro de Matto Grosso? Pues sí, existe... En el infierno verde de la selva un hombre puede hacerse millonario en unas semanas, mientras cientos de ellos pierden la vida...

—El ingeniero San Telmo quiere llevarte en su próximo viaje. No puede estar ausente más de dos meses. El viaje toma casi dos semanas. Las dificultades de aquí podrán solventarse en tres...

—¿Tres semanas?

—Para formalidades y papeles... ¿Estás dispuesta a casarte dentro de un mes, Verónica?

—¡Estoy dispuesta a casarme esta noche!

—Te casarás dentro de un mes... Hablaré con mi abogado inmediatamente. Hasta la noche, San Telmo...

—¡Un mes! ¡Es asombroso! ¿Y es tío Teodoro quien ha dicho eso? ¡Un mes... treinta días!

—Treinta eternidades van a parecerme... Un mes para ser mía, mía totalmente... Allá en el infierno verde, en la maraña de la selva...

Le ha atraído a la reja besándola con un beso de fuego, mientras los ojos de Verónica se cierran y una paz infinita, una felicidad sin nombre inunda su alma, pura y apasionada, ingenua y ardiente.

## Capítulo 11

—¿No es hora de hacer un brindis por los desposados?

—Iba a proponerlo... Debemos beber por la felicidad de Verónica y de Demetrio...

La cena había resultado casi solemne. A despecho de la abundancia de los cocteles y las copas de champán, ingerida una tras otra silenciosamente, Johnny no había podido romper el peso de aquella tristeza que le abrumaba. Julio Estrada, más diplomático, sonreía, ocultando su despecho.

Virginia ensayaba gestos angelicales; don Teodoro cumplía con sereno esfuerzo el deber de ser cortés; Demetrio callaba como aplastado por una angustia sorda... Sólo doña Sara, sinceramente alegre, y Verónica, creyendo vivir la dulzura de un sueño, parecían libres del espeso ambiente...

—Muy dichosa tiene que hacer usted a Verónica, Ingeniero, para que le perdonemos el que se la lleve tan lejos...

—Matto Grosso es el fin del mundo, efectivamente.

—Me han dicho que los paisajes son preciosos, y las selvas que cubren casi el estado, una verdadera belleza...

—Si no fuera por los tigres y las serpientes... —apuntó Virginia malévola.

—Me temo que haya serpientes en todas partes, señorita, hasta con el disfraz humano.

—Está usted muy sutil hoy, ingeniero San Telmo, aunque supongo que debe sentirse el hombre más dichoso de la tierra...

—Efectivamente, así es...

Demetrio ha alzado la cabeza casi involuntariamente para responder a Johnny, cuya voz suena por primera vez desde que comenzó la cena. Ha tomado lo suficiente para que su rostro parezca algo alterado, para que brillen sus ojos extrañamente, para que el rencor haga amargo y despectivo el pliegue de sus labios, aunque su voz suena firme, cortante, plena de ironía hiriente.

—Una mina de oro que poner a los pies de una bella mujer. Todo un sueño romancesco... Comprendo la preferencia de Verónica por los hombres que han logrado su fortuna en la selva...

—¡Johnny!

—El ingeniero San Telmo es todo un triunfador, papá... Brindemos por él...

—Sí, sí... brindemos —dijo nerviosa doña Sara.

—Es un hombre sin prejuicios; de los que pasan por encima de todo por lograr lo que quieren... Otro brindis por el hombre moderno, sin prejuicios arcaicos... ¡Capaz en tierra ajena de comprometerse en quince días y casarse en un mes. Hay que ser valiente!

—¡Johnny!

—El señor San Telmo es admirable por todos conceptos... Me encantaría que



tuvieras tú esa decisión para casarte, hijo mío...

Aquellos noviazgos largos que se usaban en mi tiempo, son detestables, lo digo por experiencia...

—No lo creas, mamá... Eran muy convenientes. Alargaban la ilusión y disminuían el riesgo... ¿No te parece, Verónica?

—El riesgo no existe con una dama de la casa de Castelo Branco, es una garantía de honor, el apellido de ustedes...

—¿Lo cree sinceramente, Demetrio?

—La broma me parece de muy mal gusto, Johnny —apuntó don Teodoro.

—En ese caso, dispénsenme todos... Era sólo por ver si Verónica nos daba una muestra de su mordaz ingenio.

—¡Johnny!

—No te molestes, querida... Tu primo Johnny ignora que desde hace un momento, desde el reconocimiento oficial de nuestro compromiso, soy yo quien responde por ti, y tendrán que contentarse con las muestras de mi ingenio, si es que lo tengo.

—¿No les parece mejor tomar la última copa de champán y pasar al salón para que nos sirvan el café? Podemos hacer un poco de música si quieren... ¿Tocarás el piano, verdad, Verónica?

—Puede que el señor San Telmo quiera sustituirla en eso también.

—Por desgracia, en eso sí no puedo; pero usted sí. He oído decir que tiene más de músico que de ingeniero. Hará más escalas que caminos y puentes...

—Creo que tiene razón. Nuestra carrera en teoría es muy bella; pero la práctica resulta repugnante muchas veces, porque los puentes, las carreteras y las represas se fabrican en lugares donde no hay agua, donde no hay medios de transporte, donde los pantanos con sus peligros y sus enfermedades hacen miserable la existencia... Hay que vivir entre salvajes, entre gentes groseras, en campamentos de gitanos o en barracas malolientes, donde no quedan más consuelos que los naipes y el aguardiente...

Doña Sara trató de reír...

—Una cosa como de película... Muy divertido...

—No, divertido no, madre... horrendo... Y aún por mí solo podría soportarlo; pero pensar que debo arrastrar a una mujer a las selvas de Matto Grosso, por ejemplo...

—Una mujer que ama no necesita ser arrastrada. Es feliz en medio de todo eso que has descrito por malo que sea. Le basta con la satisfacción de cumplir su deber de esposa, con la felicidad de estar al lado del hombre que ama, y con el orgullo de saberlo lo bastante capacitado, lo bastante fuerte para vencer a la naturaleza. Creo, como tío Teodoro, que tu broma es de mal gusto... Y sin ánimo mordaz, con el corazón en la mano te digo, que por venir de ti me duele y me hiere... Pero no importa; y sé que en esta vida todo tiene su precio... ¡Y pago el que me pidan por la

felicidad de ser la esposa de Demetrio!

—¡Verónica!

—¿Una copa más de champán dijiste, tía Sara? Pues sí. Brindemos... ¡Por Matto Grosso! ¡Por la selva inhospitalaria, por el infierno verde! Tal vez para mí sea el paraíso. Bebe Demetrio; bebe Johnny...

—¡No, Verónica! ¡Yo no bebo!

Ha estrellado en el suelo, a los mismos pies de Verónica, la copa rebosante de champán, alejándose después. Rojo de ira, Demetrio va a ir tras él; pero la mano de don Teodoro le detiene.

—¡Por favor, San Telmo!

—¡Señor Castelo Branco, la conducta de su hijo!

—Por favor, espere un momento. Escúcheme. Mi hijo está trastornado, enfermo, y usted que ya es casi nuestro pariente, tenga la generosidad de perdonarlo.

—Su ofensa hiere a la mujer que va a ser mi esposa...

—Verónica le perdonará también... Estoy absolutamente seguro. Y ahora, con el permiso de ustedes voy con él...

—Pero...

—Atiende a nuestros invitados, Sara. Excúsenme un momento...

Se ha ido detrás de su hijo, mientras la mano de Verónica se apoya en el brazo de su prometido.

—Yo también te suplico que tengas calma, Demetrio. Tiene que estar loco, efectivamente.

—Loco de celos, de despecho. Loco por ti, ¡por ti!

—¡Demetrio!

—Por favor, Demetrio, cálmese... Esto es horrendo. Mi pobre hijo está trastornado, ha bebido más de la cuenta. ¡No sé como pueden pasar estas cosas en mi casa! Les aseguro que estoy enferma. Acepte mis excusas por él...

—Las excusas deben ser para la señorita de Castelo Branco, a quien su hijo ha tratado indignamente...

—¡Demetrio!

—Sí, Verónica. Tú, tú eres la ofendida; pero ahora, buenas noches. Permítanme librarlos de mi presencia...

Se ha ido, mientras doña Sara también furiosa, se vuelve a Verónica.

—¡Es el colmo! Pero la culpa es tuya, Verónica... ¡por casquivana, por coqueta!

—¡Tía Sara!

—Si no hubieras levantado de cascos a mi hijo, no hubiera pasado nada de esto. ¡Ahora quién sabe las consecuencias! ¡No gana una para disgustos!

Ha salido del comedor, seguida por Virginia que sonríe satisfecha, mientras Julio Estrada se aproxima a Verónica.

—Por favor, Verónica, cálmese... Y si de algo puede servirle el más humilde de sus amigos en estos momentos...

—¡No deje solo a Johnny, sería espantoso un duelo!

—Soy más que su amigo... Al verla sufrir, comprendo que soy su esclavo, su siervo... Haré lo que me pida Verónica, y con mi propia vida si es preciso evitaré el lance que usted teme...

\* \* \*

Apenas Verónica ha entrado en su cuarto, ha vuelto a salir; se ahoga entre aquellas cuatro paredes. Su corazón apasionado, sincero, colmado de pesadumbre, parece impulsar la sangre por sus venas demasiado de prisa.

Todo le es odioso de repente en aquella alcoba, donde ha pasado días tan tristes: la amargura de su orfandad, la incompreensión, la injusticia de su tía que tantas veces la confinara allí como en una celda de castigo; por faltas imaginarias o sin importancia, que exagerara la malicia de Virginia... Hasta el macizo palacio de los Castelo Branco le pesa hoy como la lápida de una tumba, y ha buscado en el jardín amigo, refugio y escondite desde los días de su infancia, mundo de fantasía de su juventud soñadora, en aquel banco donde Demetrio la besara por primera vez, su corazón de enamorada busca disculpas a la conducta de él, para recibirlas con quejas dulcísimas...

—Estás celoso, mi Demetrio. Sólo así puedes haberme mirado como lo hiciste. Celos... celos... Yo sé que por ellos me harás llorar muchas veces; eres imperioso, quieres sentirme como una esclava... Me imaginas indomable, altanera... Si supieras qué poca cosa me siento junto a ti... Te seguiría como un animalito, comería el pan de tus manos, pasaría los días a tus pies mirándote trabajar y pensar y disponer... y hasta olvidarte de mí... Con idolatrarte me bastaría.

Se ha cubierto el rostro con las finas manos color de ámbar y en el sueño que finge su ardiente fantasía, besa el recuerdo de aquellos labios, duros, imperiosos, ardientes; labios que la subyugan, que la fascinan, sinceros en su pasión torturada, a la vez amargos y dulcísimos...

—Eres malo... eres cruel, Demetrio. Si no estuviera segura de cómo me amas, no podría perdonarte, ¡no podría!

\* \* \*

—Deja la botella... ¡Déjala aquí!

—Por favor, Johnny... ¿No te parece que ya hemos bebido bastante?

—¡Déjame que beba hasta que pierda el sentido!

Han pasado las horas, y es en el propio bar del hotel Platino, donde por fin Estrada, cumpliendo la promesa hecha a Verónica, ha encontrado a Johnny y lucha inútilmente por sacarlo de allí...

—¿Por qué no vamos un rato al casino?

—Es aquí donde quiero estar, ¡aquí! Demetrio de San Telmo no ha subido a sus habitaciones... Desde aquí lo veré cuando llegue a dormir...

—¿Quieres decirme qué te propones?

—Hablarle en otro sitio que no sea mi casa; con mi padre, con mi madre delante, con Virginia colgada del brazo... Con Verónica delante de mí. Quiero verle a solas.

—Recuerda que fuiste tú quien le mortificaste con tus ironías, quien le hiciste saltar en tu propia casa...

—¿Yo? ¿Yo? Mira, déjame; no quiero discutir... ¡Déjame solo! Te lo suplico...

—No te dejaré, y es demasiado tarde para que sigas aquí... Tu familia está inquieta, no tienes derecho a portarte así. No te ha ocurrido nada que justifique...

—¡Tú qué sabes! Qué sabes tú de lo que es sentirse desgraciado frente a un hombre feliz, que sonríe, que es dichoso, y que esa felicidad te la ha robado a ti, ¡a ti! ¡Oh! ¡Mira! ¡Mira!

Al volverse bruscamente ha visto un rostro conocido. El bar está desierto a aquellas horas; pero en la mesa más apartada, en el rincón más escondido, Demetrio de San Telmo, solo, silencioso, sombrío, bebe como él, vaso tras vaso de *whisky*.

—¡Estaba aquí! ¡Quién sabe desde cuando estaba aquí!

—¡Johnny!

—¡Déjame solo, Julio!

Ha ido hacia él sin que Estrada pueda evitarlo. Una risa amarga, incontenible le sube a los labios...

—¡Aquí está el hombre feliz! ¡El dichoso comprometido!

—¿Eh?

—Pidiéndole como yo, consuelo al *whisky*... ¡Qué gracioso! ¡Qué divertido! ¡El hombre feliz! ¡Brindemos por su dicha!

Ha apurado de un sorbo el vaso de *whisky* que llevaba en la mano, y luego queda mirando el rostro sereno y sombrío de Demetrio de San Telmo, que clava en él, sin responderle, la fría mirada de sus ojos grises...

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no brinda?

Demetrio se ha puesto de pie muy despacio, mucho ha bebido; pero poco puede el alcohol contra aquellos nervios de acero, contra aquella cabeza dura y firme, contra aquella alma sacudida por una tempestad de pasiones, donde la fuerza del espíritu parece arraigarse con su más profunda, con su más invencible raíz...

Johnny tambaleándose ha llegado hasta él.

—¿Por qué no brinda?

—Si no hubiera usted bebido hasta un extremo lamentable, tal vez le respondería...

—¿Quiere decir que soy un borracho inmundo?

—Si hubiera querido decirlo lo hubiera dicho. Y me hubiera atendido a las consecuencias, sin importarme cuales pudieran ser...

—¡Por supuesto! Ya no recordaba que es usted un famoso espadachín... Probablemente habrá pensado en batirse; pero tenga la seguridad de que ese duelo no sería un asalto de salón, ni tendría usted a una mujer por contrincante. ¡Me tendría usted a mí, a mí!

—¡Johnny!

—¡Déjame!

—Déjele usted, Estrada... No hay el menor peligro. No logrará pelear conmigo.

—¿Y si le escupiera a usted la cara, ingeniero San Telmo, y si le abofeteara?

—¡Johnny!

—No lo hará. No lo hará, ¡porque si lo hiciera no podría esperar al duelo; en ese mismo instante le costaría la vida!

—¡Por favor, ingeniero San Telmo!

—No te preocupes, son baladronadas de nuevo rico...

—¡Johnny!

—¡No me hará el favor de arrancarme la vida! El favor, sí; el favor. ¿Por qué no lo hace, si ha destrozado usted ya cuanto en ella valía?

—Está usted loco...

—¿Por qué tenía que venir usted a Río? ¿Por qué tenía yo que introducirle en mi casa? ¿Por qué tenía que atravesarse en mi camino?

—Si estuviera usted en sus cinco sentidos comprendería, que no es de mí de quien viene la desdicha...

—¿Pretende usted escudarse con ella?

—No me escudo con nadie, señor mío. Soy responsable de cada una de mis palabras, de cada una de mis acciones, y hubiera bastado una actitud de usted en su propia casa, para que fuese yo quien le abofetease si no pensara cuánto tiene que sufrir para tomar una actitud tan ridícula...

—¿Qué? ¡Suéltame, Julio! ¡Suéltame!

—¡No he de soltarte! Basta ya... Tiene razón San Telmo, todo esto es ridículo, y tú no sabes lo que haces ni lo que dices... Tenga usted la bondad de salir, San Telmo... le ruego que salga de aquí.

—¡Es usted un cobarde si se marcha!

—¿Qué?

—Un cobarde, sí. Lo digo, lo repito... ¿Qué espera para responder a mis injurias?

—¡Que sea usted, no el alcohol quien las dicte! Que sepa usted al menos, lo que dice.

—Se perfectamente lo que digo. No tartamudeo, no me tiemblan las manos, ni los pies; no he de retroceder ni de huir, no he de volverme atrás.

—Soy yo quien no daré un paso hacia el terreno a que usted quiere llevarme; no

responderé a sus injurias, no se batirá usted conmigo... Demasiado veo que su único deseo es hacer imposible mi boda con Verónica, y en esa boda he cifrado todas las ansias, todo el empeño de mi vida...

—¡Mentira! ¡Usted no puede quererla como yo!

—Si hubiera tenido que aguardar años... Si hubiera tenido que rastrear por los caminos las huellas de Verónica Castelo Branco, lo hubiera hecho. Si me hubiera sido preciso arrancarla a la fuerza a los brazos de ustedes, habría sido lo mismo... ¡Nadie, oiga usted bien; nadie hubiera podido impedir que mi propósito se cumpliera! Y cuanto usted diga; y cuanto usted haga, será lo mismo; me casaré con Verónica dentro de un mes, o mañana mismo si usted me obliga...

Su recio puño ha caído sobre la mesa, sus ojos grises relampaguean como el acero que se agita para herir. Se alza su altiva cabeza con duro gesto de desafío, mientras Johnny le contempla, herido a través de las tinieblas del alcohol por aquella voz, en que el amor parece tomar su más amargo sentido.

—Sé perfectamente que usted no puede comprenderme; pero me es absolutamente lo mismo.

—No... No puedo comprenderlo. Y a una mujer a la que quiere usted así, como parece querer a Verónica, como pretende decírnoslo, la arrastra usted a las selvas de Matto Grosso... ¡Es absurdo, inverosímil!

—No la arrastro. Ella quiere ir...

—¡Por amor a usted!

—Tal vez también le gusta el oro de mi mina... ¿No sabe usted que es ambiciosa? ¿No sabe que sueña con ser rica, muy rica? ¿No sabe que eligió libremente este camino? No soy yo el rival que le ha arrebatado a usted la dicha; su destino, Johnny, su propio destino más piadoso tal vez de lo que usted imagina.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que usted ha entendido. No necesito repetírselo. Y ahora, aunque me llame usted cobarde, voy a darle la mayor prueba de valentía que he dado frente a nadie... Voy a irme sin decirle que usted sí es un cobarde...

—¡Demetrio! ¡Esa palabra!

—La negaré si la toma usted como pretexto para un desafío... No le he ofendido, he soportado sus injurias; seguiré soportando cuanto sea preciso. Esta batalla para usted está perdida, perdida; pero a veces ganar es perder... No me envidie haber ganado a mí...

—¡Demetrio! ¡Demetrio!

Demetrio se aleja tan de prisa que los entorpecidos pies de Johnny no pueden seguirlo; el vapor del alcohol le nubla la vista, sus manos se extienden como si pretendiera sujetar al que ya se ha ido; y al fin cae, perdidas las fuerzas, en brazos del amigo que acude a sostenerle.

—Johnny... Johnny... Vámonos de aquí... ¡Ah, don Teodoro! Llega usted a tiempo... Creo que es Dios quien le envía...

Teodoro de Castelo Branco ha cruzado el bar con paso decidido, y mientras ayuda a sostener a su hijo, mira con inquietud las desiertas mesas del bar, y al único mozo que a esas horas sirve allí respetuosamente detenido junto al mostrador...

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Tranquilícese usted. Le encontré aquí cuando ya había bebido lo suficiente para caer diez veces. No tiene nada más que el *whisky*...

—Estaba demasiado impaciente para poder esperarlos en casa...

—¿Pero, cómo supo que estábamos aquí?

—Conozco un poco a mi hijo... Estaba seguro de que rondaría el hotel Palatino, de que buscaría a Demetrio de San Telmo...

—Así ha sido.

—¿Se han encontrado? ¿Se han visto?

—Sí.

Johnny está de bruces sobre la mesita, inmóvil, insensible, y Julio mide la angustia en la mirada que el señor Castelo Branco le dirige...

—Estaba solo. En aquella mesa del rincón; allí fue donde hablaron... Nadie les ha oído más que yo, y apenas les han visto. No se preocupe demasiado... El ingeniero San Telmo ha estado muy comedido, aunque también me pareció que había bebido enormemente... Cuando usted apareció me disponía a llevar a Johnny a su casa.

—Lo llevaremos entre los dos ahora mismo. Hazme el favor de darle al mozo una buena propina y de pedir un auto de alquiler.

—¿No trajo usted el suyo?

—Me pareció preferible que ninguno de los criados de casa se enterase de los detalles de este asunto. Además, el chofer estaba ya dormido, hubiera tenido que hacerle levantar y no valía la pena.

—Conseguiré un taxi ahora mismo.

—Johnny... hijo mío... ¡Johnny!

Solo con su hijo, don Teodoro ha sacudido inútilmente el cuerpo caído sobre la mesilla y su cabeza se mueve con dolor y disgusto...

—¡Pobrecillo!

\* \* \*

Demetrio ha subido hasta su cuarto del hotel Palatino, ha cerrado las puertas, las ventanas, y se siente como perseguido, como torturado por el imposible anhelo de huir de sí mismo. El alcohol que no ha logrado embriagarle parece correr por sus arterias golpeando sus sienes y una especie de angustia nueva, desconocida, se le clava en el alma como el dardo más hondo, más agudo y más fino.

—Por amor, por amor está dispuesta a seguirme... Lo dijo al propio Johnny. ¡Me

quiere! ¡Me quiere a mí! Odió a Ricardo, pero me quiere a mí... Lo perdió, lo impulsó a la muerte, no tuvo compasión; pero a mí, a mí está dispuesta a seguirme, a compartir mi vida... ¿Será posible?

Si fuera así, si fuera así cometería yo un crimen... ¡Oh, no! ¡Calma, calma! No se trata de mí. Yo no existo, yo no vivo, yo soy sólo el instrumento de la Providencia, el aliento del hombre para siempre dormido en los pantanos de Porto Nuevo... ¡Por él! ¡Es por él cuanto hago, cuanto haré cuando llegue el día! ¡El día de la venganza! ¡Juré vengarte, Ricardo, hermano mío! ¡Juré vengarte! ¡Y te vengaré por encima de mí mismo! No habrá remordimientos, no habrá dudas, no puede haber perdón o habré pisoteado tu propia sangre y habré renegado de mí mismo...

Ha ido bruscamente hacia la ventana que cerrara al entrar, abriéndola de golpe, sobre el panorama de la ciudad dormida... Ya por el Este un tenue fulgor sonrosado anuncia el día, ya clarea el cielo sobre el que se recortan los edificios, y la colina donde se alza el barrio más aristocrático de Río...

—¡Dios mío! Dios mío... Dame las fuerzas que necesito para seguir... No permitas que la compasión, que la piedad estúpida se apoderen de mí. Debo seguir, tengo que seguir...

Se ha apretado, con las manos que tiemblan, las sienes febriles; el futuro es un negro túnel sin salida; el presente el ardiente dolor de una llaga viva; pero una voluntad de acero domina sus instintos y como otras veces, busca papel y pluma en aquella mesilla...

—Es preciso escribir... Borrar la mala impresión de hace unas horas... ¡Cena de desposorios! Cena de bodas antes de un mes... Y luego... ¡Luego la selva! Ya no habrá que fingir... ¡Ya no será la gloria y el infierno juntos, será el infierno nada más, el infierno definitivamente!

Nerviosamente se ha puesto a escribir mientras crujen sus dientes, mientras la mano izquierda se crispa sujetando el papel y ríe el alma desesperada, ríe de sí misma...

—«*Verónica... Amor mío...*». ¡Amor mío... amor mío! Verónica... Verónica... ¡Verónica! ¡El infierno, sí; el infierno para ti y para mí!



## Capítulo 12

—¡Ay, señorita! ¡Mire usted qué rosas! Son una verdadera belleza... y tan temprano... O dieron la orden desde anoche, o el mensajero ha tenido que estar esperando en la puerta, para que abrieran la florería. Están frescas como si las acabaran de cortar y hay que ver el perfume que tienen.

Los párpados de Verónica se han alzado con esfuerzo; pero parecen iluminarse sus pupilas al percibir la maravilla de aquellas rosas, que las manos solícitas de la doncella sacan de la caja, extendiéndolas un poco sobre la colcha que cubre el lecho...

—Su novio de usted es una maravilla, señorita Verónica.

—¿Quién las trajo?

—¿Quién había de ser? El mensajero del hotel, que como de costumbre se marchó corriendo...

—¿Las flores solamente?

—Y este sobre cerrado para usted. Perdóneme la señorita que me lo guardara en el bolsillo; pero como a veces la señorita Virginia se empeña en enterarse de todo, y hoy se levantó al amanecer...

Verónica no mira ya las flores. Le ha faltado tiempo para rasgar el largo sobre blanco, bebiendo con avidez más que leerlas, aquellas palabras que Demetrio escribiera para ella...

—¿Quiere la señorita que le traiga el café?

—No... Ahora no. Ahora vete.

—¿Pongo las flores en agua?

—No me hables ahora, ya las pondré yo luego.

—¿Vuelvo entonces dentro de un ratito?

—Haz lo que quieras; pero ahora déjame...

La doncella ha ido a la puerta sonriente y desde allí se vuelve para ver henchirse de satisfacción el rostro de Verónica, brillar sus ojos negros y al fin, en impulsivo arranque, besar aquellas letras...

—Demetrio... ¡Mi Demetrio! ¿Cómo no perdonártelo todo si eres divino?

\* \* \*

—¡Teodoro! Teodoro, ¿estás ahí?

—Aquí estoy, pasa.

—No has subido a la alcoba un momento. ¿No te has acostado?

—Tiempo habrá de descansar...

Son las primeras horas de la mañana y doña Sara está en aquella biblioteca donde

Teodoro de Castelo Branco se ha encerrado horas enteras.

—¿Le pasa algo a Johnny? ¡Habla!

—Johnny descansa; pero hay muchas cosas que poner en orden...

—¿Qué pasó anoche? ¿Peleó con Demetrio, volvieron a encontrarse? ¡Esa maldita Verónica!

—¡Calla! Ya no hay peligro de nada. Bien puedes quedarte tranquila y dejarme en paz, que ya tengo bastante.

—¿Que no hay peligro? ¿A dónde fue Johnny anoche?

—Por ahí, a tomar unas copas, una escapada sin consecuencias, de las que hacen todos los muchachos. Julio Estrada fue con él y evitó que ocurriera nada desagradable.

—¿No peleó con Demetrio? ¿No provocó el rompimiento con Verónica? Conozco a Johnny lo bastante para saber que lo único que desea es impedir esa boda.

—Es indudable, pero no lo hará.

—¿Hablaste sobre eso con él?

—Hablé sobre todo lo que había que hablar. Le propuse irse al extranjero.

—¡Magnífico!

—Pero no ha aceptado.

—Debes obligarlo, imponerte.

—No será necesario. Johnny me ha dado su palabra de honor de permanecer tranquilo.

—¡Uy, no te fíes demasiado!

—Porque no me fío estoy combinando una partida de caza en la finca de Julio Estrada. Entre él y otros amigos se lo llevarán por unos días; luego prolongarán las cosas dos o tres semanas, proyectarán más tarde una excursión a la laguna y espero combinarlo todo para que Johnny no esté de regreso hasta el día mismo de la boda de su prima, a la que no podría dejar de asistir sin levantar grandes comentarios...

—Que comente la gente lo que le de la gana; pero que no vaya a fallarnos Demetrio, que Verónica no vaya a darse cuenta de lo que pierde con perder a Johnny, porque de la voluntad de nuestro pobre hijo no espero nada. Verónica lo tiene fascinado...

—No la verá más, sino vestida de novia...

—Pero ¿llegará a vestirse de novia? Mira que la forma en que se fue anoche el tal Demetrio, no fue nada tranquilizadora...

—La única que podía corresponder a la incorrección de Johnny, pero ya veremos de remediarlo.

—¿Por qué no lo invitas a almorzar?

—¿Hoy?

—Cuanto antes mejor. Haré luego servir el café en la rotonda de cristales, tú te irás a tus cosas como siempre, y yo veré la forma de arreglarlo para que se quede solo con Verónica un buen rato, y ya ella se encargará de engatusarlo otra vez...

—¡Sara!

—Son novios oficiales. No sé que tiene de particular. Anda, envíale unas líneas antes que salga... ¡Ay, Verónica, creo que si por fin te veo casada, voy a bailar en tus bodas como cuando tenía veinte años!

\* \* \*

—¡Demetrio!

—Buenos días, Verónica; buenos días a todos, y gracias por su amable invitación, doña Sara...

El plan de doña Sara comenzaba de un modo excelente. Más linda que nunca, vestida totalmente de blanco, dos rosas prendidas sobre el escote, Verónica aguarda a Demetrio en el *hall*.

—Temo llegar demasiado temprano...

—De ninguna manera, llega usted a su casa; sólo que tendrá que perdonarnos un ratito, porque Johnny no se encuentra bien y el doctor le ha recomendado que hoy no se levante. Teodoro tiene un sin fin de cosas que hacer, y yo debo disponer algo por allá adentro, pero les enviaré a Genaro para que les sirva unos cocteles...

—No se moleste, no es necesario...

—Vendrán perfectamente. Todavía tardaremos un buen rato en almorzar. Virginia salió esta mañana a su misa y a sus obras de caridad y vendrá tarde: pero estoy segura que Verónica le atenderá con el mayor gusto del mundo... Queda usted en su casa.

Les ha dejado solos y una sonrisa extraña asoma a los labios de Demetrio.

—Es una maravilla la discreción de la señora Castelo Branco...

—Ha cambiado lo bastante para parecer otra persona. Tengo que pensar que Virginia no faltó a la verdad...

—¿En qué?

—En nada. Dejemos a los demás. ¡Casi me parece mentira verte aquí de nuevo! ¡Anoche pasé los momentos más amargos de mi vida!

—Ya te pedía perdón en mi carta...

—En la que, como de costumbre, no esperabas contestación. ¿Tan seguro estabas de que yo tenía que perdonarte?

—Bueno...

—Tan seguro, como de que había de aguardarte en la puerta que me indicabas la otra vez que me escribiste de la misma manera.

—No es eso.

—Sí es eso, señor engreído, señor fatuo; estás absolutamente seguro de mi amor... Bien puedes estarlo. Dicen que no es nada bueno entregar así el corazón como yo te lo estoy entregando; que para ser realmente amado hay que dejar un

granito de duda en el fondo de la copa en que brindamos nuestro amor; pero el verdadero cariño no sabe de cálculos. Te quiero, te quiero y no te doy el trabajo de que te esfuerces en adivinarlo... Te lo digo con cada uno de mis gestos, lo proclamo con el corazón, con los labios...

—Verónica... ¡Verónica!

—Cuidado, éste no es un buen lugar para besarte... ¿Quieres que le pidamos un *high-ball* a Genaro?

—Quiero que me digas una cosa con absoluta, con terrible sinceridad.

—¿Terrible nada menos?

—Nada menos. Necesito saber si tu amor...

—¿Si mi amor, qué?

—Nada... Creo que iba a preguntar una gran tontería. Nos vendrá bien el *high-ball*, encárgalo...

—Sobre todo a ti; no tienes buena cara. ¿Bebiste anoche?

—Un poco... tal vez demasiado.

—Ven. Te prepararé algo mejor que el *high-ball* aunque no lo mereces. Ya sé que bebiste por causa mía, por causa de tus celos, de tu desconfianza...

—¿Desconfianza?

—Sí. Dudas de mi amor, dudas de mí, no sé por qué. Tus ojos me lo dicen tan claro... No los vuelvas hacia otro lado; son leales... Me hablan de tu desconfianza, de tus recelos... Pero también me hablan de tu amor, y es una compensación ya que eres tan poco elocuente con palabras...

—¡Verónica!

—Mi Demetrio, ¡no lo preguntes más! Sí, es a ti, a ti sólo a quien amo... Johnny es como un niño, como un hermano un poco niño, y cruel algunas veces. También lo he perdonado, aunque me ha causado una decepción bien amarga; le creé más noble, menos violento en su despecho...

—Johnny te ama.

—Ya lo sé; pero su amor no justifica esa forma de comportarse. Ya sé que anoche le hablaste noblemente...

—¿Anoche? ¿Quién te dijo?

—Julio Estrada. Yo fue quien le rogué que fuera detrás de Johnny.

—Ah, sí... ¡Querías evitar que habláramos!

—Naturalmente; quería evitar un disgusto entre ustedes. Piensa que es mi corazón que está entre los dos.

—¿Tanto te importa un pretendiente desdeñado?

—¿Por qué hablas en ese tono injusto? Johnny ha sido hasta ayer lo mejor de esta casa, y ésta es la casa de los míos, de los que llevan mi sangre, representan todo lo que he tenido hasta que tú llegaste a mi vida, para hacerme olvidarlo todo; pero no hasta el extremo de no tener sentimientos... A veces no te entiendo, Demetrio.

—Y yo, a veces, temo entenderte demasiado.

—¿Qué quieres decir?

Están en el extremo del *hall*, allí donde los muebles forman un rincón más apacible, más íntimo, y hay un silencio de soledad total en la enorme casa, aquella soledad que doña Sara se ha encargado solícita de proporcionar. A los ojos oscuros de Verónica parece asomarse entera su alma, y tiembla el corazón de Demetrio, otra vez herido por aquel fino dardo de remordimiento, que ya en la madrugada traspasara su alma, sacudiéndole en un intenso anhelo de volverse atrás.

—¡Verónica!

—Demetrio ¿qué te pasa? ¿Acabarás de hablar francamente? ¿Acabarás de explicarme?

—Sí; creo que debo hablarte, creo que debo darte una última oportunidad...

—¿Cómo, cómo?

—De salvarte.

—¿De salvarme? ¿Salvarme de qué?

—Johnny te ama.

—Ya lo sé, ya lo hemos dicho cien veces... ¿Pero qué tiene que ver Johnny?

—Se casaría contigo si tú rompieras nuestro compromiso.

—¿Demetrio, qué estás diciendo?

—Y también te quiere Julio Estrada, ¡no lo niegues!

—No lo niego. Me quiso y me quiere, es mi amigo leal. De ése sí no tengo queja de ninguna clase; pero él sabe perfectamente que nunca le amé ni le amo; como no quiero a Johnny, como no quiero a nadie más que a ti Demetrio, a ti que en lugar de apreciar mi amor pareces empeñando en desconfiar de él, en atormentarme sin razón y sin causa.

—¡Verónica!

—Todos los disgustos, todos los pesares, todos los sinsabores que me han venido por quererte no me importan: es el precio que pagué por tu amor y lo pago con gusto, porque sé que vale más, infinitamente más... ¡Pero el que tú también me envuelvas en dudas y en desconfianzas, el que tú también parezcas considerar como un delito que yo te ame, eso es lo que no entiendo, lo que no puedo soportar, lo que me obliga a rebelarme! ¡Basta, Demetrio, basta, esto es ya demasiado!

—Escúchame, Verónica...

—Hace una hora que te estoy escuchando. Di de una vez ya lo que sea, por malo que sea, será mejor que éste no entenderte.

—He recibido malas noticias de Matto Grosso.

—¿Cómo?

—Yo, naturalmente, nunca pensé que fuéramos allá más que por una temporada, por un par de meses; pero las noticias que tengo son desastrosas.

—¿En qué sentido? Acaba...

—La mina no es lo que creíamos, el oro no está más que en las capas superficiales...

—¿Bien, y qué?

—Por lo tanto, no soy rico.

—Lo siento por ti, Demetrio de mi alma.

—¿Por mí nada más?

—Nada más. Te habías hecho ilusiones, acaso tenías grandes proyectos. Probablemente anhelas vivir en Río de Janeiro o en San Paulo...

—¿Y tú no?

—Yo no había pensado en nada.

—Pues es preciso que pienses, Verónica; y ésta es la última oportunidad de que te hablaba. He luchado mucho conmigo mismo; pero me atrevo a suplicarte, sí, que no la dejes perder. ¡Tú no debes casarte conmigo!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Enloquecido, celoso, borracho, Johnny dijo algo anoche en que tenía razón; te arrastro a una existencia de lucha, de amargura, de peligros, de enfermedades! Tú no tienes idea, no tienes la menor idea de lo que es aquello, y ni siquiera tendremos la riqueza. Soy un hombre pobre, solemnemente pobre, con el que tendrás que compartir la vida en su forma más dura...

—¿Y sólo por eso quieres que no me case?

—¡Tienes cien oportunidades de una vida mejor! Mira que yo no debería haberte hablado como lo hago, mira que éste es sólo un momento de debilidad... mira que después no podrás escapar...

—¿Escapar de tus brazos? Demetrio, no deseo escapar. Si eso es lo que te preocupa, si eso es sólo lo que te atormenta, ya puedes echar tus preocupaciones a un lado... ¿Es que no entiendes las palabras? Te quiero, te quiero; voy a ser tu esposa, ¡voy a ir contigo donde tú vayas!

Un abrazo dulcísimo les ha unido. Un largo beso junta sus bocas como sellando aquel divino pacto de amor; pero su dulzura roza apenas los labios de Demetrio, y la herida duele más hondo en su corazón...

—¡Verónica!

—¿Qué quieres, mi vida?

—¡Dime la verdad! Contéstame francamente, y te juro que te creeré sólo a ti. ¿Tú has querido a alguien?

—Como a ti a nadie.

—¡Piénsalo, no contestes así! Yo sé que como a mí no has podido querer a nadie, porque estás dispuesta a sacrificarte, porque no te importó pensar que yo era pobre, porque no te importa saber a qué sitio voy a llevarte, y eso significa que estás sintiendo por mí algo que nunca habías sentido...

—¡Así es, Demetrio; al fin lo entiendes! Yo no sabía lo que era el amor. Creo que el amor llegó contigo, que sólo para ti podía nacer en mi corazón...

—Y si yo no hubiera venido a Río, ¿te hubieras casado con Johnny?

—Probablemente sí. Mi situación me obligaba a hacerlo; ya te he dicho...

—Me dijiste que te hubieras casado con Johnny... Sin embargo, no lo querías.

—Con amor, no.

—Pero hubieras jurado amarle, y en ese caso habrías mentido.

—No hay que llevar las cosas a ese extremo... Engañarse a sí misma no es mentir. Quien no ha sentido el amor, puede pensar que ama, cuando sólo siente una simpatía, una atracción, un afecto familiar...

—Y creyendo que querías, ¿te has engañado antes?

—Debo confesarte que sí.

—¿Más de una vez?

—Acaso. No me mires así, soy mujer. Si me obligas a hablarte con franqueza completa, no puedo menos de confesarte un poco de coquetería, un poquito de vanidad...

—¡Ya!

—Nunca pretendí ser una santa, Demetrio; ni te pido a ti que seas un hombre sin defectos, como eres te admito.

—¡Como soy!

—Te perdono tu brusquedad, tu desconfianza, tus manías, tu afán de interrogarme como si quisieras excavar hasta el fondo de mi vida y al mismo tiempo temieras y desearas encontrar algo horrible...

—¡Verónica!

—Es así; no creas que no lo he comprendido, pero paso por todo porque sé que me quieres. ¿No puedes tú pasar también por cualquier cosa que no esté del todo bien en mí, solamente por la seguridad de mi amor, por saber que te quiero como ninguna mujer te ha querido? ¡Que nadie podría quererte más, porque el más no existe! ¡Demetrio, mi Demetrio!

—Sí, sí...

La ha estrechado en sus brazos, desesperado, trémulo, enloquecido, entre su odio y su amor, impulsado como por una locura sin remedio que la hace separarla para clavar intensamente en sus grandes ojos negros las inquisitivas pupilas grises.

—¡Tú lo has querido! Seguiremos juntos; cuanto soñé un día se realizará hasta el fin...

—¡Sí, mi Demetrio; conquistaremos juntos la riqueza y la dicha!

\* \* \*

—¡María, María!

—La mandé a un recado... ¿Qué se te ofrece, hija?

—Buenos días, tía Sara...

—Buenos días, tienes una cara magnífica. Se conoce que te sienta la dicha.

—Gracias, tía Sara; es usted muy amable conmigo...

Un tanto sorprendida, Verónica mira el rostro sonriente y afable de doña Sara, mientras ajusta la sencilla bata de casa sobre sus ropas de dormir. Son apenas las siete de una mañana espléndida, y el ardiente sol de Río entra a raudales por las ventanas abiertas.

—¿Para qué querías a María?

—Oí ruido y bocinas en el patio... Cuando me asomé a la ventana ya se habían ido... Quería preguntarle que pasaba. Hasta me asusté un poquito...

—Pues no hay por qué asustarse. Fueron los amigos que vinieron a buscar a Johnny para la cacería, y la señora Estrada que pasó personalmente a recoger a Virginia.

—¿A recogerla?

—Sí. También es de la partida... A última hora la madre y las hermanas de Julio decidieron ir a la finca, invitando a dos o tres amigas de confianza. La señora Estrada me habló también de ti; pero respondí naturalmente que no podías ir. Supongo que te parecerá bien...

—Desde luego, tía, pero me hubiera gustado agradecerle su atención yo misma...

—Ya le darás las gracias cuando vuelva, si te queda tiempo y fuerzas entre tiendas y modistas... Ya verás, ya verás que días nos esperan.

—Justamente, tía, ¡me parece que todo eso es demasiado! ¡Quién sabe en cuantos años no podremos vivir en Río! ¿Para qué una fiesta de esa naturaleza?

—Deberías agradecer y callar; pero ya que me obligas te diré que nos importa mucho a tu tío y a mí, que todo el mundo sepa que te hemos tratado como a una hija. Y ahora, ven conmigo; verás qué modelo más divino de traje de novia te he escogido. Se disputarán para sacarte en primera plana todas las revistas.

\* \* \*

—Verónica...

El humo del cigarrillo de Johnny ha escrito un nombre sobre el cristal de la ventana... Está solo al fondo del enorme *hall* de la casa de campo de los Estrada; apoyada la frente contra el vidrio donde una vez más ha escrito el nombre amado, aquél que parecen repetir los mil ruidos del silencio campestre, aquél que pintan para él las ramas de los árboles, destacándose sobre el cielo gris...

—Es inútil, es inútil...

Rabiosamente su mano ha borrado el nombre escrito... Y rápidamente se vuelve al percibir tras sí un paso levísimo...

—¡Virginia!

—¡Oh, Johnny querido! ¿Te asusté?



—Llegaste de puntillas... ¿Por qué andas siempre como un fantasma?

—Es mi modo de andar. Sentiría que hasta el no querer hacer ruido, hasta el no querer molestar a nadie con el ruido de mis pasos, fuera algo que te pareciera mal en mí.

—Perdóname, Virginia. Es que estoy nervioso, malhumorado... No sé lo que me pasa ni lo que quiero. Además, lo menos que podía imaginar es que estabas aquí. Creí que te habías ido con todos a la cacería.

—¿Para qué había de ir? Los tiros me ponen nerviosa y me dan mucha pena los animalitos...

—Eres muy sensible.

—Demasiado. Tanto que a veces llego a lo ridículo. Sin contar con que tenía otra razón: la mejor de todas, la única positiva; tú tampoco ibas a la cacería...

—Eso no es razón de ninguna clase. Supongo que habrás venido como todo el mundo a divertirme.

—¿Y tú? ¿Tú, Johnny? ¿A qué has venido?

—Demasiado sabes que por complacer a papá.

—¿Y por alejarte de ella un poquito? ¿Cómo no haces por olvidarla? ¡Pobre Johnny! Si pensaras que nunca te ha querido, que cualquier extraño ha sido para ella más que tú, ese tonto amor que le tienes se acabaría enseguida.

—¿Y quién te ha dicho que no se ha acabado?

—Mi pobre Johnny... Acabas de escribir su nombre en el vidrio, con el humo de tu cigarro.

—¿Me espiabas?

—Te veía, que no es lo mismo. Como te veo a todas horas... Como te vi anoche beber vaso tras vaso de *whisky*, y ahora mismo ¿no es un vaso lo que tienes ahí?

—Sí. Un vaso vacío.

—Lo has llenado y lo has vaciado varias veces desde que los demás se han ido...

—¿Cómo lo sabes?

—Perdóname, Johnny, pero hace mucho rato que estoy ahí... Y me preocupa tanto verte tan triste. Yo no sé lo que daría porque fueras feliz. Johnny querido, si en mi mano estuviera, si por hacer yo el más grande de los sacrificios, lograra que cambiaran las cosas. Que Verónica fuera como tú creías, que Demetrio de San Telmo no existiera, que Ricardo Silveira tampoco hubiera existido, yo...

—¡Basta, basta! ¡A veces parece que gozas revolviendo el puñal en mi herida!

—¿Pero qué te hago yo, Johnny querido? Estás trastornado, la tomas conmigo... ¡Dios mío, que desgraciada soy!

—¡No llores!

—No lloro, ¡pero te quiero tanto, Johnny mío!

—¡Calla, calla! ¿No comprendes que voy a perder la razón? ¡Que no quiero ver a nadie, ni siquiera a ti! ¡Dame esa botella, déjame que beba! ¡Que busque la inconsciencia, que olvide! Como si pudiera olvidar que para que sea de otro, para

perderla irremisiblemente, no faltan más que veintiséis días...

\* \* \*

Veintiséis días... Para Verónica han pasado como en un torbellino. Tiendas, zapatero, sombrerero, modistas, ropa interior, trajes de noche, de tarde, de mañana, montañas de ropa de cama, lencería, objetos de arte que son empaquetados en cajones, como para adornar un palacio, y el continuo agobio de doña Sara comprando a manos llenas inútiles chucherías...

—¡Estoy rendida!

—Ya te lo dije; pero te sobrará tiempo para descansar en el pueblo ese donde te va a llevar tu marido... allí todo ha de ser muy tranquilo, y el comercio no podrá compararse con el de Río. Por eso he querido que lleves de todo.

—Hay para cuatro novias y cuatro casas, tía.

—Nunca es malo que las cosas sobren. Pero aquí está ya tu tío...

Teodoro ha aparecido, en efecto, en la puerta del saloncito íntimo, con expresión tan grave y pensativa, tan disgustada y tan amarga, que Verónica se ha estremecido, y como en otro tiempo la pregunta brota ingenua de sus labios juveniles...

—Tío Teodoro, ¿ha pasado algo?

—Nada que pueda interesarte a ti. Para tú boda todo está listo. El ingeniero San Telmo vino conmigo y te está aguardando en el *hall*...

—¿Demetrio?

—Anda... Traje con él unos papeles que es necesario que firmes. No le hagas esperar que aún tiene que hacer muchas diligencias...

—Voy enseguida, tío...

Ha salido triste y silenciosa mientras doña Sara pregunta a su marido.

—Teodoro, ¿le pasa algo a Johnny? ¿No va a venir para la boda?

—Sí. Esta misma tarde estarán todos aquí.

—¿Entonces?

—Hablé por larga distancia a la finca... Pedí con él; pero estaba metido por los montes en una cacería y fue Virginia quien me atendió.

—¿Cómo está mi palomita?

—A lo que parece, allí ni se acuerda de sus padecimientos, en cambio Johnny...

—¿Johnny, qué?

—Su estado de ánimo no mejora. Dice Virginia que ha estado bebiendo todos los días... Es preciso arreglarle el viaje a Europa, lo más lejos posible.

—¿Separarnos de él otra vez?

—Será por su bien.

—Mañana saldrá Verónica de esta casa, y con ella se irán las penas de nuestro

hijo. No lo mandes al extranjero, Teodoro, te lo suplico, déjalo aquí. Aquí es donde va a encontrar el consuelo de una mujer buena, cariñosa, digna de él; un verdadero ángel...

—Si te refieres a Virginia, te diré que nunca fue mi ideal para Johnny...

—¡Éstas son tus injusticias! ¿Qué te ha hecho la pobrecita, qué pena le debes a ese ángel?

—No lo sé.

—Pues yo sí sé que nos ha dado ternura y cariño. Yo sí sé que hará feliz a Johnny, no Verónica como tú querías...

—Dejemos a Verónica.

—Ya veo que has pasado de un extremo a otro; ni tanto ni tan calvo, y sé que todo es porque se casa con Demetrio y no con Johnny; como sé que el ingeniero tampoco es santo de tu devoción, pero en mi vida vi un hombre más oportuno.

—Puede que sí. Oportuno u oportunista...

—¿Por qué lo dices, si ni siquiera te ha aceptado la dote de Verónica?

—No sé; pero ese Demetrio de San Telmo no me inspira confianza, no sé por qué. Hay algo en él que me recuerda los tigres en acecho...

\* \* \*

Las ardientes manos en las de Demetrio, los ojos fijos en aquel rostro varonil, que ha llegado a ser el mundo para ella, Verónica ha vuelto a caer en aquel éxtasis que embriaga su vida.

Cuando está frente a él, todo se desvanece en torno suyo, como si nada tuviera importancia más que su gran amor, como si el mundo entero se le hubiera vuelto pequeñito, tan pequeñito que cabe entero en aquellos duros ojos grises, tan pocas veces tiernos, tantas veces apasionados, siempre interrogadores e inquisitivos...

—¿Y ahora te vas?

—Por desgracia hay mucho que hacer todavía. Nunca pensé que casarse fuera tan difícil.

—¿Te quejas? Yo hubiera querido que las cosas fueran más sencillas; pero es para complacer a tía Sara y al tío Teodoro, según ella me dijo.

—Ella en cambio asegura que es para complacerte a ti.

—¿Eso te dijo?

—No te preocupes, no tiene importancia... Al fin y al cabo, todos quedaremos complacidos... Una boda del gran mundo, el acontecimiento social de la temporada... La mejor sociedad bajo las naves de la catedral; el pueblo en las calles en cordones interminables. Como para ver pasar una boda de príncipes, y tú, la más bella mujer de Río bajo el sol más brillante de la tierra... Así soñé esta boda, y así

será... ¡Así se harán realidad todos mis sueños!

—De qué extraño modo lo dices...

—Mañana serás mía... ¡Mía!

## Capítulo 13

—¡Tía Sara!

—¡Virginia, mi palomita!

—¿No viene Johnny contigo?

Es la mañana misma del día señalado para la boda. Nerviosos, impacientes, Sara y Teodoro han corrido al *hall* al sentir la bocina del auto que deja a Virginia allí, y bajo el arco del comedor, Verónica se detiene, paralizada de angustia al oír la respuesta de Virginia...

—Johnny no hubo forma de que quisiera venir conmigo.

—¿Cómo?

—¿Qué dices?

—Julio Estrada y él se han quedado en la finca, pero Julio me dijo que venían enseguida.

—¡Menos mal! Después de todo, hasta es preferible.

—Hubiera sido muy buena hora de venir también él. La boda es a las tres y son las diez y pico.

—¡Los hombres en un minuto se visten! Tú en cambio tienes que probarte tu traje, hijita. Lo trajeron ayer y está lindísimo, vas a parecer una mariposita azul con tu gran sombrero de muselina.

—¿Ya sabe Verónica que voy a ser la primera de sus damas de honor?

—Todavía no se lo he dicho, pero para el caso será igual; no es ella la que manda aquí. ¡Oh, Verónica, me oías!

Verónica ha llegado en efecto, amable y pensativa como está desde unos días... y casi sonriente responde a Sara.

—Por casualidad, tía; pero no has dicho nada que yo ignore. Ni soy la que manda, ni he dispuesto nada para mi boda. Tú misma elegiste todas las damas de honor, y ya suponía yo que elegirías a Virginia. Lo único que me sorprende es que ella haya aceptado.

—¿Te sorprende que no sea capaz de guardarte rencor por lo que le hiciste?

—Me sorprende que quiera formar parte del cortejo de la hija de un estafador, de un ladrón, como según ella fue mi padre...

—Verónica, ¿qué dices?

—Perdóname, tío Teodoro, y tú también, tía Sara. Ésas fueron las palabras de Virginia.

—¿Mías?

—¿No te acuerdas ya?

—¿Cuándo pude yo decirte una cosa semejante? ¡No lo creas, tío, no lo creas, tía! El tío Roberto está muerto, y es una falta de caridad hablar mal de los muertos, hayan sido lo que hayan sido. Yo no soy capaz de decir eso de nadie y menos... y menos del pobre tío Roberto...

—¿Eres capaz de negármelo en la cara, Virginia?

—¡Verónica querida, no te pongas así. Me entendiste mal, me oíste mal! Yo... ¿tú me crees, verdad, tía Sara? ¡Te juro que no dije eso, te juro que es mentira!

—No necesitas jurármelo, hijita; nunca lo creí. Por un momento pensé que Verónica había cambiado, que era lo bastante feliz para dejar de ser un momento rencorosa y mala, ¡pero ya veo que no es así!

—¡Rencorosa y mala!

—Es la verdad, aunque me duela decírtelo el último día que estás en esta casa. Ven conmigo, Virginia...

—¡Ay, tía querida!

—No llores. No merece una sola de tus lágrimas. Quiera ella o no quiera, irás a la boda de dama de honor, y estrenarás tu lindo vestido. No vamos a ponernos en evidencia delante de la gente, ya que gracias a Dios es el último día. ¡Ven, Virginia!

—Tío Teodoro, pero has oído, ¿has visto?

—He visto y he oído, y veo por desgracia que no se acaban las escenas lamentables en esta casa. Hasta el último día tenías que traer la discordia, Verónica.

—¿Yo? ¿Y es usted quien me lo dice, tío?

—Con todo el dolor de mi alma, ya que te traje a ella pensando que serías aquí como la mejor de las hijas, ya que un día soñé que fueras la madre de mis nietos...

—¡Tío!

—Un tonto sueño que se ha desvanecido... No quiero hacerte inútiles reproches, me falta el tiempo para defender a lo único que en este mundo quiero todavía: a mi hijo.

—¡Tío Teodoro!

—Voy a ver si logro una comunicación telefónica con la finca.

—No hace falta, don Teodoro.

—¡Julio!

Julio Estrada está allí. Su mirada llena de simpatía va hacia Verónica...

—Acabo de dejar a Johnny en la puerta de su cuarto. Ya mandé decir con Virginia que veníamos enseguida.

—Gracias Julio, voy a verlo ahora mismo...

Muy pálida, apoyada en el respaldo de una silla, como si temiera que se doblasen sus rodillas, Verónica ha quedado silenciosa e inmóvil. Tras seguir con la vista al anciano que se aleja por el largo pasillo, Julio Estrada se acerca a ella solícito.

—Perdóname si soy indiscreto; pero oí las últimas palabras de tu tío... Estás pasando un momento duro, amargo...

—Creo que es inútil negarlo, a ti al menos...

—Éste debía ser, sin embargo, el día más dichoso de tu vida...

—Lo es, en lo que se refiere a Demetrio. Ya sé que por él, por quererlo, todos se han puesto contra mí. Es como pagar en sangre el derecho de su cariño; pero no importa, con sangre y con lágrimas se pagan todos los grandes derechos en la vida; a

costa mía lo estoy aprendiendo... es duro; pero sé resistirlo.

—Ya sé que eres fuerte y valerosa; pero aun siéndolo, a veces hace falta un apoyo, un amigo...

—Tendré el apoyo de Demetrio para siempre.

—Espero que sí. Sé además que es lo bastante celoso para que no te permita admitir el mío, aunque de todo corazón te lo ofrezco.

—De todo corazón te lo agradezco, Julio.

—Johnny no quería venir... Casi a la fuerza lo he traído para que te sintieras más tranquila.

—¡Con toda el alma te lo agradezco, Julio!

—No tienes nada que agradecer. Hoy es el último día que me das el placer de servirte. Mañana estarás lejos, y serás la esposa de un hombre que merecerá la muerte si no es capaz de hacerte feliz.

—Seré feliz, Julio.

—Quisiera estar tan seguro como tú misma. Sé que no es de buen gusto discutir ese punto contigo, y sé que mis palabras van a parecerte inoportunas, necias, oficiosas; pero no puedo por menos de decírtelas... Verónica, yo siempre seré tu amigo.

—Lo sé, Julio.

—Pase lo que pase, en cualquier momento, en cualquier circunstancia recuerda esto: siempre seré tu amigo. Y ahora adiós... Creo que casi es hora de que comiences a vestirme... ¡Te veré en la iglesia donde Río de Janeiro va a darse cita para ver a la más linda de sus mujeres en el más precioso traje que una mujer puede vestir! Hasta la vista.

\* \* \*

—¡Verónica! ¿Verónica, estás lista?

—Sí, tío; pasa...

La más bella muchacha de Río ha terminado de vestirse de novia completamente sola. Ni aun las manos humildes y solícitas de la doncella han podido servirle, constantemente reclamadas por doña Sara y por Virginia.

Ella misma se ha calzado las sandalias de raso, ella misma ha prendido el velo y la corona sobre sus cabellos negríssimos, pero jamás estuvo más bella... Un mate palidez de gardenia en las suaves mejillas, lavados los ojos por unas lágrimas furtivas que su soledad y su abandono le han hecho derramar, la boca encendida, porque por encima de sus tristezas, por encima de los contratiempos y de las mezquindades amontonadas contra ella en ese momento supremo de su vida, es la novia enamorada que va al altar con el alma henchida del más puro fuego...

—Estás lindísima...

—Gracias, tío.

—Aquí está tu ramo... ¿Te gusta?

—Sí.

—El coche aguarda.

—Pues vamos, tío.

—Hay algo que quisiera decirte...

—Dime...

—Antes te hablé en un tono desagradable y lo siento. No hubiera querido hacerlo el último día. Estaba nervioso a causa del retraso de Johnny, me ha preocupado horriblemente estos días la actitud de mi hijo...

—También a mí.

—Quiero creer que en el fondo no eres mala...

—¿Qué dices?

—Quiero decir, que te duele verlo sufrir.

—Pero tío ¿has dudado siquiera un momento?

—Déjame acabar de decirte lo que debo decirte. Tenemos poco tiempo, hace un rato que todos se han ido. Tu tía te aguarda al pie del altar junto al hombre que va a ser tu marido, tus damas están ya en la puerta de la iglesia, toda la ciudad espera por ti...

—Supongo que es demasiado honor para mí...

—Es lo que mereces por tu posición, por tu rango, por tu apellido. Ventajas de posición y de nombre que deben pagarse con sacrificios. Si una vez lo olvidaste...

—¿Qué dices... olvidarlo yo una vez?

—No quiero decirte nada que te hiera ni que te mortifique... Si hay algo ofensivo en mis palabras olvídalos, y... piensa que me he expresado mal sin querer.

—¡Es que no comprendo lo que quieres decirme!

—No quería más que darte un consejo, el que me considero obligado, ya que un día prometí a tu padre que serías para mí como una hija.

—¡Ah!

—Elegiste libremente al hombre que va a ser tu marido. Espero que tu lealtad hacia él dure como tu vida.

—De eso puedes estar seguro, tío; no mi lealtad, mi amor. Viviré para hacerle feliz...

—Es lo que quería pedirte, ¡y que seas tú también muy feliz!

—¡Tío Teodoro!

—¡Hija mía!

Ha hecho un esfuerzo para contener la emoción próxima a desbordarse, el impulso casi irresistible de decirle todo lo que piensa, todo lo que siente; de buscar a toda costa el corazón de aquella criatura, pero se alzan frente a él los viejos prejuicios, recuerda la palabra de honor empeñada, recuerda todo Río frente a la



catedral; la sociedad, el pueblo, el camino de flores, por el que ha de cruzar con aquella novia a la que acaso trastornará demasiado una confesión tardía, el Obispo vestido de oro, y se limita a besarla en la frente como avergonzado de sí mismo.

—Es muy tarde. ¡Vamos ya, hija!

\* \* \*

La muchacha más linda de Río cruza ya el camino de nardos y azucenas que se le antoja de repente sendero de espinas...

Si Teodoro de Castelo Branco hubiese hablado, si la apretada red de la mentira, que pudo haberse roto, hubiera saltado en pedazos con una palabra, ella no estaría allí; pero dos manos pequeñas y diabólicas apretaron el nudo, y la mariposa azul de rostro angelical, sonríe viendo el rostro ceñudo de Demetrio de San Telmo, el rostro helado y frío de Teodoro, el pálido rostro de la novia que siente cernirse sobre ella un peligro invisible...

Ya está frente al altar, ya se alza solemne la mano del Obispo, y Demetrio de San Telmo se aproxima...

—Demetrio de San Telmo y Molina, ¿quieres por esposa a Verónica Angélica de Castelo Branco?

—Sí.

—Verónica Angélica de Castelo Branco, ¿quieres por esposo a Demetrio de San Telmo y Molina?

—Sí.

—Tómense las manos. Yo os uno en matrimonio en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...

Se ha cerrado el círculo. La red de acero y seda se aprieta sobre ellos, y la muchacha más linda de Río, bajo las blancas galas de su traje de novia es como una mariposa de trémulas alas exquisitas, a quien clavara implacable, atravesándole las entrañas, el aguijón de acero de su triste destino.

\* \* \*

—¡Johnny!

—Sí... Yo no fui a la Iglesia, no pude ver tu boda; pero no puedo dejar que te vayas sin hablar contigo...

Verónica ha cambiado sus galas de novia por un traje sencillo, el más sencillo de cuantos permitiera doña Sara a su suntuosa canastilla, y están en la puerta de la que

fuera su alcoba de soltera...

Abajo, en los grandes salones del palacio de Castelo Branco, la fiesta de sus bodas llega al momento más brillante... Más que nunca se ha reunido allí la mejor sociedad de Río. Corre el champán y a través de sus rubias burbujas, todos envidian la suerte de aquel mocetón alto, recio y sombrío, que sigue siendo un extraño allí...

Los ojos de Verónica le han descubierto a través de la baranda ya en traje de viaje, impaciente, nervioso; pero Johnny está allí, frente a ella, con los labios crispados en gesto amargo y los ojos inmensamente tristes...

—Me apenó mucho no verte en la Iglesia, Johnny... Todo cuanto has hecho últimamente me ha apenado muchísimo...

—¿Qué podré decir yo de ti, Verónica?

—No dirías nada que no fuera una injusticia.

—¡Estoy enfermo... enfermo de despecho y de rabia!

—Johnny... hermano querido...

—Hubiera querido poder ocultar mis sentimientos, poder bailar y reír, como ríen y bailan otros que también te quieren o te han querido.

—Johnny... Johnny...

—Quisiera ser como ese hombre de acero, duro, inflexible, que ya es tu marido, como ese ladrón que te llevará para siempre lejos de aquí. Ladrón, sí...

—¡No sigas! ¡No sigas o no podré seguir escuchándote!

—Pero si no le ofenden mis palabras, si no puedo ofenderle... ¿No te das cuenta de que soy un pobre diablo, que hablan por mí los celos y la envidia?

—Johnny...

—Sólo quiero decirte una cosa... Que si ese hombre no te hace feliz...

—¡Johnny, por favor, calla! Estás como loco, has bebido...

—He bebido; pero no estoy diciendo nada que no sea la verdad.

—¡Calla! ¡Demetrio! ¡Es Demetrio!

—¿Por qué he de callar? La verdad siempre debe decirse...

—Demetrio...

—Perdónenme si he subido a interrumpirles. Me di cuenta desde abajo que el señor Castelo Branco ni siquiera está correctamente vestido...

—¿Qué?

Pálido, despeinado; una bata de casa sobre le camisa, Johnny tiene todo el aspecto de un enfermo. Pero ante los ojos grises de mirada cortante y fría, se yergue con orgullo, endureciendo las facciones, serenándose de repente y perdiendo su aspecto de niño lloroso, para enfrentarse a él también duro y firme.

—Demetrio de San Telmo... Usted ha ganado la partida... No deseo alzar la voz ni dar un escándalo. Ella le quiso y usted saltó por todo para conseguirlo.

—Señor mío...

—No me interrumpa, escúcheme hasta el fin... Sé que he perdido, y aun cuando he dado muestras lamentables de no saber perder, no quiero tener la cobardía de no

saber rectificar, aunque sea en el último momento...

—Johnny...

—No te asustes, Verónica... No va a pasar nada. Dentro de unos minutos tú saldrás de aquí y él será tu dueño absoluto... y no tendré el derecho de mirarte siquiera si él te lo prohíbe; pero todavía estás bajo este techo, todavía soy un hombre de tu familia y como él quiero hablarte, no como el triste enamorado que no supo defenderte a tiempo, para después llorar por ti...

—Johnny, por Dios... Estamos llamando la atención. Todos miran hacia arriba...

—Nadie impedirá que te diga lo que tengo que decirte. Y lo que tengo que decirle a él, a usted, sí, ingeniero San Telmo; hombre feliz. La felicidad de Verónica está en sus manos, usted es responsable total de ella... Si la hace usted desgraciada, yo sabré pedirle cuentas, ¡y responderá usted de la vida de Verónica con su propia vida!

—¡Basta, Johnny, basta!

—A ti sólo tengo que decirte una palabra, una sola: perdóname. Cuanto he dicho, cuanto he hecho, cuantas cosas han podido herirte, perdónalas por piedad a este amor mío...

Se ha inclinado besando su mano con movimiento rapidísimo y luego se aleja por el largo pasillo... Un instante después don Teodoro y doña Sara también están arriba, él llega primero...

—Verónica, Demetrio... ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Nada, don Teodoro... Johnny se despedía de nosotros... Se disculpaba de no haber podido ir a la iglesia, por encontrarse enfermo, y trataba de asegurar con los más fuertes votos la felicidad de su prima. Verónica, como ve usted, se ha afectado bastante... Es duro ver romperse los lazos de familia; son bien tristes las despedidas...

—¿Qué ha pasado, Verónica?

—Lo que ha dicho Demetrio, tío. Johnny me ha pedido perdón, y me ha demostrado tal interés por mi felicidad, que me ha conmovido... Pero no me ha dado tiempo a contestarle... Dígale usted en mi nombre que le quiero como a un hermano, y que rezaré todos los días de mi vida, porque sea feliz...

—¿Qué pasa? Está llamando la atención esta reunión aquí arriba... Me parece que deberíamos ser todos un poquito más discretos... No deberías olvidar, Verónica, que todo el mundo tiene los ojos puestos en ti, y te están viendo secarte las lágrimas...

—No te preocupes, tía... Mis indiscreciones en el palacio de los Castelo Branco terminan en este momento... además, aun las novias felices, suelen secarse algunas lagrimitas...

—Tú no tienes ningún motivo para no ser una novia feliz. Vamos, ven... Baja para que te despidas. A pesar de todo, Virginia está deseando darte un beso...

—No, tía... Saldremos por la puerta del jardín. Allí nos está esperando nuestro auto, ¿verdad Demetrio?

—Sí. Pero si tú prefieres...

—No, perdóname, tía Sara... pero el beso de Virginia es más de lo que puedo resistir. ¡Adiós tío Teodoro!

Se ha echado en brazos de Teodoro, que la estrecha extrañamente conmovido. Luego, la nobleza de su alma desborda en una honda mirada sincera hacia su tía...

—Gracias por todo, tía Sara... Tal vez algún día pueda pagarle lo mucho que le debo, y hacer que piense usted distinto de mí...

—Me alegraría en el alma hijita... De todos modos te deseo la mejor suerte del mundo. Y a usted también, ingeniero.

—Gracias, señora... Pero no creo en la suerte; creo sólo en el destino, en el implacable destino...

Han salido sin ser vistos... El auto rueda por las populosas calles de la gran ciudad que el sol en poniente pinta de rojo y amarillo.

Rendida por las duras emociones, la cabeza de Verónica se abate sobre el hombro de Demetrio, que permanece inmóvil, sin valor para rechazarla, conteniendo desesperadamente el deseo de estrecharla en sus brazos, de envolverla en sus besos dulcísimos, como un sediento detenido frente a una fuente envenenada, maldiciendo en silencio su destino...

## Capítulo 14

—¡Corre! ¡Corre! Te espera el padrecito...

—Ya va... Ya va... Por mucho que uno corra siempre se muere el mismo día...

El indio de la raza tupí, alto, macizo, oscuro como tallado en caoba vieja, ha seguido sin alterar su paso a la jovenzuela indígena, que cruza la plaza desde los embarcaderos del río, hasta la humilde iglesia bautista, de madera pintada de blanco, junto a la vivienda del pastor, de adobe y carrizo, poco más espaciosa que las casas de los indios...

—El padrecito tiene prisa... mucha prisa... Me mandó que te esperara a la orilla del río y que te llevara corriendo a hablar con él. ¡Mueve los pies, viejo caimán, o no tendrás propina!

El indio tupí ha seguido su marcha, sin alterarse, hacia la casa del reverendo Williams Johnsson, mirando a la indita con cierto deleite en las oscuras pupilas.

—El padrecito tiene un buen trabajo para ti. Pero se lo dará a otro si no te das prisa.

El indio tupí se ha detenido para mirar socarronamente el río, dejado atrás ya casi cincuenta varas; el río ancho, de aguas profundas, de verdes orillas sombrías, donde su larga piragua, atada al embarcadero, parece un trasatlántico entre botes y canoillas...

—Ninguno puede hacer mi trabajo aquí...

—¡Padrecito! ¡Padrecito! ¡Traje al indio Iguazú, padrecito! Tú, espérate en la puerta, no manches el piso...

—Mis pies están limpios... y bien puedes tú limpiarlo si yo mancho el piso.

—¡Vaya! ¡Al fin!

El reverendo Williams Johnsson ha aparecido en la puertecilla que separa su sala de la Iglesia vecina. Nada parece haber cambiado en él; el negro chaleco cerrado, la ropa cepillada con esmero, pulcramente afeitado el blanco rostro y los serenos ojos claros y azules que parecen fijarse en todas las cosas con bondad e interés...

—Desde ayer esperábamos que llegase usted por aquí. Pase y siéntese. Soy el reverendo Williams Johnsson y necesito contratar un viaje de importancia.

—Estoy bien de pie, padrecito... Y mi piragua está en el río. Podemos salir cuando tú digas.

—No soy yo quien voy a hacer ese viaje, sino un amigo.

—Tu india no me dijo, pensé que eras tú el viajero.

—Se trata justamente del patrón de Ayesha, que no está contratada conmigo, sino con el socio del señor Botel.

—¿El dueño de la mina grande?

—Sí. El hombre a quien tienes que ir a buscar a Cuyabá, es condueño de la mina. Hace tres días recibí una carta anunciándome que venía y es necesario que salgas inmediatamente en busca de él. Dicen que tu piragua es la más grande de las que

circulan por el río...

—No hay otra piragua como la mía, padrecito.

—Es justamente lo que quiero. Necesito además que la acondiciones del mejor modo posible; mi amigo viene con su esposa...

—¿Una mujer blanca?

—¿Qué estás diciendo, padrecito? ¿Viene casado el amo Demetrio?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No es cosa que te incumbe, Ayesha; pero debes alegrarte de que sea así. Habrá en el *bungalow* una señora, una verdadera dama que te enseñara las costumbres de Río de Janeiro, que son las de todos los países civilizados; eso será muy bueno para ti... Y no vuelvas a interrumpirme.

Bajo la mirada severa del pastor, la indita ha retrocedido, mientras una leve sonrisa de ídolo, contrae apenas el duro rostro del indio tupí.

—El padrecito dirá dónde busco a su amigo.

—Debes aguardarle desde el martes, desde el lunes si es posible, en el embarcadero que está junto al hotel San Pedro. Tengo preparada una carta que le darás en nombre mío, y puedo adelantarte la cantidad que necesites... ¿Sabes leer?

—Un poco, padrecito... En el hotel San Pedro recogí hace cinco meses a un viajero que vino para aquí. Era rubio como tú, pero más alto, y parecía muy triste... En el viaje de vuelta volví a llevarlo a Cuyabá.

—Es el mismo. Se llama Demetrio de San Telmo. Su esposa viene con él y supongo que traerán equipaje suficiente para que tengas que amarrarle una balsa a tu piragua...

—Lo haré todo como dices. No necesito que me adelantes el dinero... Tu amigo me dio buena propina. Hasta la vista, padrecito...

Ha salido. La mirada del pastor se vuelve inquieta hacia la jovenzuela indígena, que alza la frente con gesto rebelde...

—¡Si el patrón Demetrio viene casado, no quiero servirle!

\* \* \*

Auto, avión, tren... y al fin, aquel pequeño barco de río con ancha rueda de madera, que se interna sobre el inquieto lomo de las aguas a través de Matto Grosso, hasta la capital, primitiva y agreste, que tiene el mismo nombre del río...

—Pasado mañana estaremos en Cuyabá...

Verónica se deja caer rendida en una de las sillas de extensión de la exigua cubierta... Desde el momento de su boda ha vivido como en un torbellino, sin tiempo apenas de comer y pensar. Sin detenerse en ninguna parte, como si aquella loca fiebre

con que Demetrio la sacó de la iglesia, salvando el camino de nardos y azucenas, corriera aún en las inquietas venas del ingeniero San Telmo...

—Siento mucho que el viaje te resulte fatigoso; pero no hay otra manera de hacerlo.

—No es un reproche, pero con un poco de menos prisa...

—No podemos perder las oportunidades. Los transportes salen a fecha fija. Este barco, por ejemplo, tardará dos semanas en volver a pasar rumbo a Cuyabá.

—¿No podíamos haber pasado dos semanas deliciosas en Itapura, por ejemplo? ¿O en aquel hotelito de San Carlos, donde apenas nos detuvimos para comer?

—Quiero estar cuanto antes en Porto Nuevo.

—Ya lo sé... Pero no se casa uno más que una vez, Demetrio...

—Está bien... Dispénsame.

—¿Te disgustas?

—No.

—Ven acá, siéntate a mi lado un momento. ¿Te has dado cuenta de que apenas hemos hablado, desde el día que nos casamos?

—Lo siento. Mi posición no me permite mandar poner un vagón especial al tren, ni fletar un avión para nosotros solos.

—¿Y quién te pide nada de eso, Demetrio? Ahora te pido que te sientes a mi lado un momento...

—Tengo que ver dónde han puesto el equipaje.

—En el camarote, probablemente... Lo has dejado reducido a dos maletas; no creo que eso deba preocuparte...

—También por eso tengo que pedirte que me dispenses... No es posible viajar, a través de la selva, con cuarenta baúles, como si fuéramos una compañía de gran espectáculo o un circo ecuestre.

—No he discutido nada de eso. Supongo que no tardarán demasiado los últimos bultos especialmente, que es donde está lo más indispensable, los que quedaron en San Carlos...

—Supongo que contarás entre lo más indispensable, un par de trajes de *soire*, cajas de guantes, medias de seda, pañuelos de encaje...

—Bueno... No tengo una idea de como será Porto Nuevo; pero si sigue reduciéndose la importancia de las poblaciones, como hasta ahora, a medida que nos alejamos de Río de Janeiro, puedo suponer que no necesitare trajes de *soire*.

—La única mujer blanca que hay en Porto Nuevo está casada con un borracho habitual, que la insulta y le pega casi diariamente, y que es al mismo tiempo el único médico en varios cientos de leguas a la redonda...

—¿Qué sociedad más desagradable! Supongo que estás bromeando...

—Supón lo que quieras...

—Una pequeña venganza a las alusiones de Johnny, la noche de la cena de nuestro compromiso... Lo comprendo perfectamente; pero también tú debes recordar

que yo no tomé parte en esas alusiones...

—¡Oh, no, por supuesto! Recuerdo que brindaste por Matto Grosso, por la selva... por el infierno verde...

—Y por tu amor, Demetrio...

Le ha tomado la mano y Demetrio de San Telmo se estremece, como si el suave roce le causara una quemadura. Cae la tarde esplendorosa, solemne sobre el paisaje inmenso; el sol dora con sus últimos rayos las apretadas selvas como un muro grandioso y sombrío que sólo la cinta brillante del agua detiene. Los escasos viajeros se han apartado de ellos, un poco asustados de la superioridad que demuestran su aspecto y sus maneras. Están como solos frente a la naturaleza...

—Demetrio, ¡qué extraño te has vuelto!

—Extraño, ¿por qué?

—Llevamos tres días juntos y nunca te he sentido más distante... Vamos como dos fugitivos, huyendo sin mirarnos...

—Verónica... por Dios.

—Comprendo, comprendo... Hemos hecho un viaje con una rapidez sorprendente, no hemos descansado un minuto ni de día ni de noche... ¿Es posible que no hayas tenido tiempo para pensar que en estos tres días ni siquiera me has dado un beso?

—¡Verónica!

Sus manos se han crispado sobre la baranda; la mano de Verónica vuelve a resbalar sobre la de él con su tibio roce de nardo y seda; su perfume, aquel tibio perfume primaveral, llega hasta él mezclado con el olor húmedo y salvaje del bosque, del río; apenas se escucha el canto melancólico de los pájaros al atardecer y el rumor levísimo del agua.

La puerta del camarote está a pocos pasos de ellos y la noche avanza, apagando las nubes, encendiendo los luceros sobre el pálido cielo...

—Verónica...

—Mi Demetrio... Sé que nuestras últimas horas en Río fueron amargas para ti; sé que estás preocupado por los asuntos de tu mina, sé que esa boda fastuosa, desproporcionada para nuestra posición te ha molestado enormemente...

—No es eso.

—Sí, es eso. Además, las últimas palabras de Johnny, la desagradable escena de despedida, la frialdad de mi tío, el ambiente que se nos volvió hostil de repente... No sé, no sé... Comprendo, creo entender al menos tu extraño estado de ánimo... Pero ya pasó todo, ahora estamos solos, con nuestra vida, que es sólo nuestra y que será lo que nosotros queramos hacer de ella: gloria o tormento, cielo o infierno... Demetrio...

Le ha echado los brazos al cuello, le ha besado con beso irresistible, beso de miel y fuego que enciende la sangre en las venas de Demetrio...

—Olvídate de todo, menos de este divino momento...



Suavemente han llegado a la puerta del camarote... Demetrio siente que su razón vacila; pero su alma agazapada de tigre en acecho, se alza de pronto como la fiera herida por un latigazo brutal...

—¡No! ¡No!

—¿No qué?

—Nada. Estoy muy nervioso... tú debes estar rendida... Descansa... Duerme... ¡Y dispénsame!

Ha huido, ciego, enloquecido, sintiendo vacilar su voluntad por primera vez en la vida...

Ha bajado las estrechas escalerillas, ahora está en la cubierta inferior, donde se amontonan los haces de leña y los bultos sobrantes, y cuelgan las mugrientas hamacas de los marinos; donde las aguas turbias del río están tan cerca, que le bastaría inclinarse para tocarlas con la mano, donde la orilla a cuyo lado se ha acercado el navío para remontar la corriente, parece que pudiera alcanzarse de un salto, allí se siente más fuerte... más duro, más invencible, mientras una amargura ardiente desborda de su alma, oscureciendo los sentidos...

—¡Pronto lo sabrás todo! ¡Pronto no será necesario fingir! ¡Pronto podré decirte que te odio! ¡Porque estaremos solos, con tu conciencia, con tu pecado, y con mi martirio!

## Capítulo 15

Toda la noche aguardó Verónica entre las cuatro paredes estrechas de aquella cabina de madera pintada de blanco... Triste y menguada cámara nupcial para la más bella mujer de Río... Toda la noche espió en el silencio los pequeños ruidos, las aguas del río, el lejano canto de los marineros, el rumor de la selva, sordo, inmenso, en que a veces destacaba el chillido del loro o el rugido del tigre...

Toda la noche contempló el cielo oscuro, poblado de luceros inverosímiles, que fue aclarando hasta dejar ver la luz del día... y con él, los ruidos sordos en la cubierta, el movimiento de los hombres... Arrodillada sobre la litera miró por la ventanilla... Amanecía... La capital de Matto Grosso amontonaba sus casas blancas y sus techos de tejas sobre limpios playones amarillos. La voz del contraмаestre sonó muy cerca...

—¡Pasajeros... Cuyabá a la vista! Preparados para desembarcar.

Luego un paso conocido y una mano cerrada que golpeaba en la puerta del camarote, mientras la voz de Demetrio llegaba a través de las maderas mal unidas...

—Verónica... Verónica... En media hora estaremos frente a Cuyabá... Haz el favor de vestirme...

\* \* \*

Han desembarcado... Un nativo alto, recio, macizo, uno de esos indios de la raza tupí, trabajadores silenciosos, lleva las maletas delante de ellos hasta un viejo caserón de mampostería, del más puro estilo colonial... Gruesas columnas, portales anchísimos, viejos techos de tejas que abruma las antiguas vigas...

Verónica ha seguido a Demetrio sin replicar, silenciosa, impasible, extrañamente fría tras la triste noche de a bordo. Se siente sola, inmensamente triste, pero el único reproche que su corazón le grita para el hombre adorado, humilla demasiado su orgullo de mujer y de esposa.

—En el hotel San Pedro puedes descansar... y comer lo que gustes. Yo voy a llegarme hasta los muelles, ya debe estar esperándonos Iguazú, el indio...

—¿Iguazú?

—No sé si es un mote, su nombre o su apellido... Se trata de un indio tupí que tiene una hermosa piragua. Es el transporte más seguro para remontar el río hasta Porto Nuevo...

—¿Una piragua? ¿En una piragua hemos de ir?

—¡Un plato fuerte! Una aventura que espantaría a cualquier mujer que no fuese tú; pero desde luego, te queda el recurso de no querer ir y regresar desde aquí tú sola a casa de tus tíos...

—¡Demetrio!

Verónica clava en Demetrio sus ojos encendidos y aprieta los labios para contener el torrente de palabras que acude a ellos... ¡Con qué violento impulso le gritaría que nada le espanta ni le asusta de todo aquello más que él, su expresión ceñuda, su mirada sombría, la sonrisa glacial que crispa sus labios!

Por un instante piensa que él sólo desea someterla a una prueba horrible, que en su desconfianza y en sus celos quiere medir hasta dónde llegan su ternura y su amor... Y esa idea le da fuerzas para seguir y para buscar a su vez el recurso de una suave ironía.

—Pienso que podemos descansar los dos en el hotel San Pedro... Anoche creo que no has dormido, a menos que lo hicieras sobre un haz de leña o en la hamaca de algún marinero...

—¿Qué dices?

—Simplemente lo que me imagino... No tengo idea de dónde pasaste la noche...

—Tendrás que acostumbrarte a que pase las noches y los días donde mejor me plazca, y sin tener que darte explicaciones...

—¿Ah, sí?

—Comprenderás que no pude salir del barco y que en él no hay *cabarets*, ni tabernas, ni garitos. Pasé la noche al aire libre porque el calor era insoportable.

Ha querido hablar en tono de disculpa... Tan grave y triste es la expresión en los ojos de Verónica... Luego, como arrepentido, la toma bruscamente del brazo.

—No vamos a pasarnos la mañana parados aquí... Entremos al hotel. Todo el mundo nos mira...

\* \* \*

—No está mal este cuarto, ¿verdad?

—¡No!

—Aprovéchalo, necesitas descansar y dormir. Durante los días que pasemos en la piragua, habrá que hacerlo en forma muy incómoda.

—Me lo imagino...

—Creo que te advertí...

—No repitas más eso, ¡no me he quejado de nada! Tampoco es preciso que me recuerdes que prometí seguirte donde quiera que tú fueras... Sé cumplir lo que prometo y sostener mis juramentos. Los que te hice a ti, y los que pronuncié ante el altar, que no se me han olvidado todavía... ¿Los recuerdas tú?

—No sé a qué puedas referirte...

—A la Epístola de San Pablo, tiene palabras muy expresivas.

Demetrio ha enrojecido... pero nada responde. ¿Qué puede responder? Aún

recuerda cuando aquellas palabras, dichas por el obispo, le hirieron penetrando en su alma como finos cuchillos, y ahora es ella quien las repite, en aquel amplio y destartado cuarto del hotel San Pedro, con cuatro balcones sobre el embarcadero del río, con viejos muebles de Viena, con ancho lecho colonial y verdes persianas discretamente corridas... como invitando al amor o al descanso. Sobre una mesa el succulento desayuno que apenas han probado: leche, chocolate, pollo frío, pan dorado y caliente, y una gran bandeja con las exquisitas frutas del país.

—Bien... Te dejo. Si el indio está en el muelle seguiremos viaje hoy mismo.

—¿Sin comer ni dormir?

—Creo que sobran los manjares y puedes descansar hasta las cinco o las seis, que será la hora de salida.

—Yo sola...

—La mujer de un hombre pobre no puede esperar tenerlo junto a ella todo el día, colmándola de mimos y de tontas galanterías...

—Y la mujer de un hombre enamorado, ¿qué puede esperar de él? ¿Desapego, frialdad, grosería?

—¿Grosería has dicho?

—La palabra es dura. Pero por desgracia empieza a cuadrarle a tu conducta, Demetrio... ¿Qué te pasa? ¿Quieres acabar de decírmelo?

—No tengo nada que decirte.

—¡Demetrio!

—¿Qué?

—¿Demetrio... qué te he hecho yo?

—¿A mí? Absolutamente nada, querida...

—Demetrio mío...

—Por favor, prefiero el tono de antes. Que protestes, que me echés en cara mis groserías...

—¿Prefieres ese tono a mi ternura? ¿A mi amor? ¿A mi anhelo desesperado de hacerte feliz, aun a costa mía?

—Nunca vi nada más insensato que el empeño de hacer a otro feliz.

—¡Demetrio!

—En el mundo nadie es feliz... Que opinarías tú de un hombre que hubiera sacrificado los años más floridos de su adolescencia y de su primera juventud para darle carrera a un hermano más joven, para prepararlo a ser feliz en la vida, y que después de tantos desvelos con la obra concluida, ese hermano fuera impelido a la desesperación más negra, a los vicios más repugnantes, tal vez al suicidio... ¿Qué pensarías?

—Me parece un caso horrible, lamentable; pero no comprendo qué tenga que ver con nosotros.

—¿No comprendes? ¡Cuándo dejarás de ser hipócrita!

—¡Demetrio! ¿Qué dices?

—Tu cara de asombro es perfecta. Demuestras la inocencia más exquisita.

—Pero ¿estás loco?

—No, por desgracia, dicen que los locos son mentes que huyen, que se inhiben a una realidad demasiado dolorosa; yo no he podido romper esos lazos. Mi realidad está aquí, aquí...

—Pero Demetrio, por amor de Dios... Si tú no estás loco, harás que yo lo esté. ¡Ten al menos piedad de mí!

—¡Piedad de ti! No, querida... La piedad está totalmente eliminada de todos mis programas... Y ahora déjame... Necesito ver si ha llegado el indio...

—¡Demetrio!

Demetrio no ha vuelto la cabeza. Se aleja muy de prisa por la ancha galería bordeada de helechos y malangas, y Verónica le mira irse conteniendo el anhelo de correr tras de él, de obligarle a oírlo, de arrancarle la clave del enigma, que cada instante crece en torno suyo, más denso, más envolvente, más horrible...

\* \* \*

Muelle abajo, muelle arriba, Demetrio busca inútilmente: canoas, botes, balsas, docenas de pequeñas embarcaciones primitivas atadas a los postes o surcando la mansa corriente del río, el viejo barco que les ha traído, ahora silencioso y abandonado de sus tripulantes; playones amarillos cubiertos de chozas de paja, lavanderas vestidas, nada que pueda parecerse a la larga piragua ni al cuerpo musculoso y fornido de Iguazú...

—¡Maldito indio! ¿Por qué rayos no estará aquí?

—*Monsieur* San Telmo... *monsieur* San Telmo...

—¿Qué, quién?

La voz, con acento peculiar, que ha sonado a sus espaldas, haciéndole volverse rápidamente, no le es del todo desconocida. La ha escuchado otra vez hace algún tiempo, como también recuerda haber visto a aquel hombre, alto, grueso, de rubicundo rostro satisfecho, con perilla y pequeño bigote engomado; con altas botas de cuero y abierta camisa blanquísima, que se acerca a él sonriente y solícito...

—*Monsieur* San Telmo, *bonjour*... Buenos días y felicidades... Enhorabuena, *mon* amigo... Belot... *monsieur* Belot... Es mi apellido. ¿No me recuerda?

—Sí, sí... Me parece que sí...

—Dos veces honró usted el hotel San Pedro con su presencia. No lo he olvidado aunque iba usted muy deprisa... Yo nunca olvido a un viajero distinguido... Pero está usted magnífico, *mon* amigo... Un poco más delgado tal vez... Es natural, la felicidad... espiritualiza, ¿no se dice así?

—¡No sé a que puede usted referirse, señor Belot!

—¡Oh, caramba! ¡Qué modesto! ¡Y qué reservado! ¿Por qué no me hizo pasar un telegrama diciendo que venía usted casado? Le hubiéramos preparado una habitación digna de la señora San Telmo; le hubiéramos alfombrado de flores el camino...

—¿Qué dice?

—Oh, *monsieur*... ¡es usted el hombre más feliz del Brasil!

—Por favor, señor Belot...

—Cuando ustedes llegaron yo dormía... No he aprendido a levantarme temprano ni aun en las selvas del Brasil... Mala costumbre de los años en que fui *chansoniere* en los buenos *cabarets* de París... Tiempos dorados de bohemia... Hace veinte años y no los he olvidado todavía... Pero déjeme decirle; no me había levantado y no les vi... Ni vi a *madame* San Telmo... ¡Maravillosa, preciosa, única! Perdón, *mon* amigo, pero desde que salí de París no había visto una mujer así...

—¿Y puede saberse dónde la ha visto?

—Alce la cabeza, *mon* amigo... allí...

—¡Ah!

Efectivamente, bastante más cerca de lo que esperaba, apoyadas las manos en la baranda de uno de aquellos balcones que dan sobre el río, perdida la vista como siguiendo un pensamiento lejano, está Verónica de Castelo Branco, y un movimiento involuntario estremece a Demetrio, mientras *monsieur* Belot sonríe...

—¿Criolla?

—Natural de Río de Janeiro.

—Pero usted no estaba casado cuando pasó por aquí... Un hombre casado con una mujer como *madame* San Telmo, no podrá tener esa cara tan triste que usted traía...

—Sus galanterías para mi esposa son excesivas, señor Belot... Pero efectivamente, no estaba casado.

—¿Cuándo logró esa dicha?

—Hace cinco días...

—¡Oh, *mon Dieu*! ¡Pero si esto es magnífico! ¡Viaje de novios... viaje de novios a Cuyabá!

—A Porto Nuevo. Apenas aparezca el transporte que he encargado, seguiremos río arriba...

—¿Porto Nuevo? ¡Pero usted no va a llevar a *madame* San Telmo allí!

—Sí, señor Belot... Allí es donde están mis intereses, y allí es donde vamos a vivir.

—¿Y ella ha consentido?

—¡Me parece que salta a la vista!

—¡Oh, caramba! ¡*Madame* San Telmo no es sólo la más linda mujer del Brasil, sino la más valerosa y más decidida!

—¿Quiere usted dejarme en paz, señor Belot?

—¡Oh, *mon* amigo! Tiene usted los nervios de punta... En estos climas todo el

mundo acaba por padecer del hígado. Yo me he salvado gracias a que no bebo agua. Tengo mi bodega admirablemente surtida... Sauternes, Borgoña, coñac... y *champagne* francés legítimo... ¿Me permite enviarle inmediatamente una botella bien fría a *madame* San Telmo?

—Será una molestia excesiva...

—De ninguna manera; estaré honradísimo si me permite ponerme a sus pies.

—Mi esposa está cansadísima; mi intención es seguir viaje inmediatamente...

—¿Pero está loco? Es un viaje horrible...

—Lo sé de sobra, puesto que lo hice dos veces. Si el maldito Iguazú hubiera aparecido, ya estaríamos en la piragua.

—Parece que hubiera usted hecho un pacto suicida con *madame* San Telmo...

—¿Cómo?

—Calme sus nervios, *mon* amigo; su indio aparecerá cuando le de la gana, que es cuando aparecen los indios, y usted entretanto debe permitirme que presente mis respetos a la señora San Telmo.

—Tenemos mucha prisa.

—Por mucha que tenga, no podrá remontar nadando el río... Sea razonable. En este clima no puede vivirse tan deprisa. Vea cómo están sus nervios por tomar las cosas así...

—¡Señor Belot!

—Calma, un poquito de filosofía... Daré las órdenes convenientes para que busquen a su Iguazú, o a otro indio que sirva para lo mismo. Usted no conoce a estas gentes... déjemelo a mí. Y volvamos al hotel entretanto; usted no puede prohibirme que ofrezca una cena a *madame* San Telmo. Y a usted, esposo feliz, tiempo le queda de pasar trabajos remontando el río...

Le ha tomado del brazo arrastrándole consigo... Y Demetrio se deja llevar como un autómatas; casi le parece preferible no tener que estar solo con Verónica, frente a su cuerpo de venus criolla, frente a sus rojos labios encendidos, frente a sus grandes ojos que la angustia hace parecer más negros, más profundos, más ardientes y tristes; como si más que nunca tuvieran la fatal atracción de los abismos.

## Capítulo 16

El comedor del hotel San Pedro, pequeñas mesitas que se extienden por las cuatro amplísimas galerías que circundan al ancho patio colonial, tiene esa noche un extraordinario sello de alegría... La orquesta típica llena el aire con las alegres notas de la machicha.

Los camareros, pulcramente vestidos de blanco, circulan entre las mesas adornadas con flores exóticas, y en una de ellas, discretamente separada de las demás por arecas de fino talle y anchas hojas frescas de malangas gigantes, Verónica sonríe, correspondiendo con esfuerzo a la cortesía de su anfitrión, que por cuarta vez llena las copas de *champagne*.

—¿Qué maravillosa casualidad ha podido impulsarla a usted a estas tierras salvajes, *madame* San Telmo? Todo el *champagne* de Cuyabá me parece poco para celebrarlo.

—¿Le llama usted casualidad a mi boda, señor Belot?

—No, por cierto, ¿no me lo perdonaría usted, verdad, *mon* amigo? Pero ya proclamé esta mañana al verlo que era usted el hombre más dichoso del Brasil. Apenas puede creerse la suerte de usted... ¿Qué puede importarle estar en la selva, si la presencia de *madame* San Telmo transformaría una cabaña de adobes en el más bello hotel de la avenida de la Ópera? ¿Me permite usted un brindis más en su honor, *madame*?

—Creo que ya es suficiente...

—Iba a decirlo. Su *champagne* es excelente, *monsieur* Belot, pero no hay que abusar de él.

—Usted puede decirlo, *mon* amigo. Cuando nos levantemos de esta mesa, seguirá usted en la gloria; pero a mí no me quedarán más que los sueños que el *champagne* pueda proporcionarme... Ignacio... Ignacio. Destapa otra botella, del reservado para mí naturalmente...

—Por favor, basta...

—*Madame* San Telmo... Un poco de piedad para este pobre desterrado francés, a quien ha llenado usted de todas las nostalgias de su París...

—No exagere más, se lo ruego...

—¿Exagerar? Apenas puedo expresar lo que siento... Su belleza exquisita, su distinción, su elegancia la hacen a usted digna de ser francesa.

—Rindo el debido homenaje a sus compatriotas, *monsieur* Belot; pero si hay una mujer esencialmente criolla y nuestra, ¡es Verónica!

Su puño se ha cerrado sobre la servilleta, su expresión es tan dura, tan agresiva, que el cumplido toma un aire de desafío, de reto; pero *monsieur* Belot parece estar en el mejor de los mundos... y sonríe...

—Verónica... Un bellísimo nombre; fuerte, cálido, digno de una mujer como usted. ¿Cómo era su apellido de soltera, *madame* San Telmo?



—Castelo Branco.

—¡Oh! ¿Qué me dice usted? ¿De los Castelo Branco de Río de Janeiro? ¿Emparentada con don Teodoro, el banquero?

—Sobrina.

—Oh, *mon Dieu*, entonces también era algo de usted el famoso capitán Roberto de Castelo Branco, el de la gran campaña a favor de las tribus del Alto Amazonas, ¡el que murió en un famoso duelo!

—Era mi padre.

—¡Oh, *madame* San Telmo! Todavía este viejo parisién conserva su olfato. La raza no engaña, la buena sangre no miente. Me bastó verla para darme cuenta de que es usted realmente una gran dama... Realmente, *monsieur* San Telmo, usted debe ser un mago, un taumaturgo, un hipnotizador, sólo de esa manera se comprende...

—Basta, *monsieur* Belot; sus cumplidos tienen un límite, y creo que ya está usted pasándose de él...

—¡Demetrio!

—Déjame.

—¡Un momento, *mon* amigo!

—Basta. Le agradecemos infinitamente su cena, su *champagne*, sus amabilidades; pero es hora de retirarnos... Verónica está muy cansada.

—Oh, desde luego... y se cansará hasta la muerte en este horrible viaje en piragua que ha dispuesto usted.

—Señor mío...

—Ya sé que tiene muy mal genio, es una lástima que funcione tan mal su hígado; pero la verdad debe decirse siempre, pese a quien pese, duela a quien le duela; es mi sistema. Sirve más *champagne*, Ignacio...

—Le ruego que no se empeñe en detenernos...

—Sólo la última copa... Su prisa es muy disculpable, *monsieur* San Telmo; pero es que yo necesito hacerle un ofrecimiento. Dentro de dos semanas podré disponer de una hermosísima lancha de motor que he encargado a la capital desde hace mucho tiempo. En ella *madame* San Telmo podrá hacer el viaje con relativa comodidad.

—No puedo entretener dos semanas mi viaje. Le agradezco infinito su amabilidad; pero mañana a primera hora seguiremos para Porto Nuevo. Si el indio Iguazú no está aquí con su piragua, contrataremos otra cualquiera.

—No será nada fácil. En mi transporte harán el viaje en la mitad del tiempo, y sería un gran honor tenerlos quince días en el hotel San Pedro, organizaríamos para usted fiestas típicas, paseos a la laguna, una excursión al cerro de los Colibríes, desde donde se divisa uno de los paisajes más bellos de la tierra, y absolutamente todo por mi cuenta, como un homenaje mío particular, a la hija del valeroso capitán Castelo Branco que tanto hizo por el Alto Amazonas...

—¿En qué idioma necesito decirle a usted que seguiremos viaje mañana, sea como sea?

—Oh, oh, en ninguno más; está bien claro, desastrosamente claro y verdaderamente incomprensible en un hombre tan feliz como usted.

Demetrio se ha puesto de pie, incapaz de soportar aquella tortura por más tiempo. Su copa de *champagne* cae volcada sobre el mantel, mientras Verónica lo mira con angustia, y la toma del brazo bruscamente.

—Vamos, Verónica.

—Un momento. Quiero agradecer sus atenciones a *monsieur* Belot, y presentarle mis excusas en nombre tuyo.

—¿Qué estás diciendo?

—No se moleste, *madame* San Telmo; no vale la pena.

—Saldremos para Porto Nuevo donde sea.

—Excuse un olvido; su indio Iguazú llegó esta tarde...

—¡Eh! ¿Qué?

—Debe estar en la cocina... Ordené que también a él le dieran bien de comer en honor de *madame* San Telmo... Puede usted hablar con él cuando quiera...

Demetrio ha vacilado un momento; pero su mano se aprieta un poco más al brazo de Verónica.

—Le veré después que te haya dejado en tu cuarto, querida... ¿Nos excusa usted, señor Belot?

—Por supuesto, ¿qué remedio me queda? Antes permítame testimoniar a *madame* San Telmo que en Cuyabá tiene un amigo: Francisco Belot, para lo que usted guste mandar...

—Gracias... Nosotros estaremos en Porto Nuevo...

—No me olvidaré de ir a presentarles mis respetos, apenas disponga de mi lancha motor.

—Buenas noches.

Demetrio salió del comedor, llevando a Verónica lo más deprisa que era posible hacerlo, dentro de las normas de la corrección más elemental. Rápidamente suben la amplia y vieja escalera, abriendo bruscamente la puerta de la alcoba, cuyo aspecto ha cambiado totalmente.

—¡Pero qué cantidad de flores... es sorprendente! ¡Y qué flores, Dios mío! Orquídeas, rosas, gardenias, mariposas.

—En esta región la mayor parte de ellas son silvestres.

—Pero es mucha la gentileza de *monsieur* Belot...

—Lo bastante para trastornarte en un momento.

—¿Qué dices, Demetrio?

Verónica se ha erguido respondiendo a la provocación que las palabras de Demetrio encierran; pero él sigue...

—Supongo que estarás contenta... Hasta el corazón de la selva te sale un caballero andante a la palestra...

—¡Demetrio!

—Voy a hablar con el patrón de la piragua... Acuéstate y duerme porque saldremos al amanecer...

Otra vez Demetrio se ha ido abandonándola, dándole lamentablemente a entender que no piensa acercarse a ella; pero Verónica no pronuncia ya su nombre, no da un paso tras él, no se mueve... Ha sentido caer sobre su corazón una capa de hielo que cripa en gesto amargo sus frescos labios, que vela con el velo sutil de las lágrimas sus grandes ojos negros... Con gesto de desaliento se ha dejado caer en uno de los sillones de Viena que forman estrado en la amplísima habitación...

—*Madame* San Telmo...

—¡Qué!

La puerta ha quedado entreabierta y en el hueco que forman las gruesas hojas reforzadas, está la figura bonachona y amable de *monsieur* Belot.

—*Madame* San Telmo... ¿Puedo entrar un momento?

—Pero señor Belot...

—No se alarme... Dejaré la puerta abierta. Sin contar con que soy lo bastante viejo para ser casi padre de usted...

—Amigo mío...

—Perdóneme esta aclaración impertinente; pero supongo que *monsieur* San Telmo volverá enseguida y no quisiera perder tiempo...

—El señor San Telmo no volverá hasta el amanecer.

—¡Oh, no, increíble!

—Pase y tome asiento si lo desea... Creo que me es indispensable hablar con alguien en este momento.

—Yo también lo creo, *mon Dieu*... Olvidado tomar el café en la mesa; me permití ordenar que se lo trajeran hecho especial para usted...

—Es usted demasiado amable.

—Oh, no, no lo crea. Tonterías, detalles sin importancia, es lo que he podido hacer por usted... Me será tan ¿cómo diría yo?, tan grato poder servirle de veras...

—Ya lo ha hecho.

—Todavía no, pero le aseguro que estoy bien dispuesto. Si *monsieur* San Telmo me lo permitiera, yo podría aminorarle en un cincuenta por ciento las molestias de ese viaje a la selva, porque Porto Nuevo no es más que un caserío, una aldea entre dos pantanos, un lugar muy poco apropiado para usted.

—Le ruego que a eso no vuelva usted a hacer alusión siquiera. Demetrio ha dispuesto que sigamos viaje al amanecer y así lo haremos.

—Es usted una mujer admirablemente sumisa, *madame* San Telmo.

—No lo crea, nunca fui sumisa, ni aun a los que más amo sé someterme, si tratan de imponerme algo por la fuerza...

—¡Oh, desde luego! Eso es natural y lógico en un carácter tan noble, como a primera vista se adivina que es el de usted... Pero acepta usted sin replicar condiciones que muy pocas mujeres de su clase aceptarían.

—No se trata de aceptar condiciones, sino de imponerlas, y fui yo quien rogué, quien exigí a Demetrio que me permitiera acompañarle a cualquier parte a donde él fuera... Él no quería que nos casáramos enseguida. Pretendía que yo debía renunciar a él, sólo porque su mina no era lo que pensó en el primer momento...

—¿Su mina? ¿Tiene *monsieur* San Telmo una mina en Porto Nuevo?

—La mitad de una mina; pero últimamente no recibió buenas noticias...

—Me extraña mucho... Últimamente he oído hablar de los riquísimos yacimientos de unas minas de oro, halladas cerca de Porto Nuevo; la región es fantásticamente rica... Pero no es lugar para mujeres ni para la mayor parte de los hombres. Yo vine atraído por esa leyenda y preferí quedarme en Cuyabá, hacerme hotelero y conservar mi piel... aquí está su café... Permítame que yo mismo lo sirva en un momento... Trajeron dos tazas, pensaron que tal vez usted tuviera la amabilidad de invitarme y yo la osadía de aceptar...

Verónica ha sonreído a pesar suyo; aquel hombre jovial, bonachón, galante y rubicundo, le parece un ángel caído del cielo, frente a las tenebrosas puertas de la selva...

—Naturalmente que le invito, amigo mío... ¿Cuántos terrones?

—Los que usted quiera...

—Es el colmo de la amabilidad...

—Oh, no. Estoy seguro que usted es una de esas mujeres que saben poner en todo la cantidad exacta...

—En eso sí se equivoca usted...

—¿Acaso pone demasiada ternura, demasiada pasión, demasiada vehemencia en cuanto anhela?

—¿Es brujo para saberlo, *monsieur* Belot?

—Tengo canas, *madame* San Telmo... He visto mucho a los hombres y a las mujeres; por eso me atreví a afirmar desde el primer momento que era usted una criatura excepcional...

—¡Demetrio!

Silenciosamente, sin dejar oír sus firmes pasos, Demetrio está en la puerta; apretados los labios que en vano quieren sonreír, brillantes los ojos que van en son de desafío, desde el bello pálido rostro de Verónica, hasta el rubicundo semblante de *monsieur* Belot, que se ha puesto de pie desplegando toda su habilidad de hombre de mundo.

—Aquí tiene usted a *monsieur* San Telmo... Ya le dije que no podía tardar mucho. Las conversaciones con los nativos suelen ser muy breves. Su esposa temía que usted tardara demasiado...

—Nunca fue miedosa... Y el hotel San Pedro es un establecimiento seguro, según creo.

—Segurísimo... Es lo que vine a asegurarle, al mismo tiempo que me permitía ofrecerle una taza de café al estilo de Matto Grosso. Como la sacó tan bruscamente

de la mesa, no tuvo tiempo de tomarlo allí...

—Creí que ya nos habíamos dado las buenas noches en el comedor, señor Belot.

—Efectivamente; pero me tomé la libertad de subir al ver que salía usted. Es tan injusto que una dama tan joven y tan bella, tenga que pasarse las horas sola, encerrada entre cuatro paredes... Pero no se moleste ni se preocupe; quería también ver personalmente si habían cumplido el encargo de colocar las flores que encargué...

—Hasta la exageración, señor Belot...

—Tiene usted treinta años escasos, *monsieur* San Telmo; cuando tenga cincuenta comprenderá que a una dama como su esposa, hay que ponerle alfombras de flores para que sus pies no pisen lo duro de la tierra.

—Sus palabras son dignas de un poeta... ¡Qué lástima que viva usted encerrado en este rincón agreste, y en este siglo de electricidad y acero! Hubiera hecho el gran papel en la corte de María Antonieta, y en la guillotina, después.

—Oh, no... No soy un aristócrata, soy un simple burgués; pero sé distinguir de entre los falsos el diamante verdadero. Y ahora sí, *au revoir*, buenas noches... Y a sus pies, *madame* San Telmo...

—Buenas noches y muchas gracias por todo.

—Todavía no hay por qué darlas... Pero no olvide que es mi mayor deseo servirla en cuanto pueda, como le dije antes... A sus pies, *madame*...

Se ha ido. Demetrio se vuelve a Verónica con gesto violento.

—¿Puede saberse por qué regresó ese majadero?

—Creo que él mismo lo ha explicado con creces...

—Por no dejarte en evidencia no lo trate como se merece, ya que supongo que entró en esta habitación con permiso tuyo...

—Las puertas estaban abiertas... y tiene bastantes años para ser mi padre...

—Nunca me he fiado de paternidades de esta especie. Por eso volví sobre mis pasos...

—Ah, fue por eso.

—Vi bajar al camarero, que venía de dejar el servicio de café y me informó sin yo preguntarle siquiera.

—Ah...

—Me parece absolutamente incorrecto que lo recibieras en mi ausencia.

—Está en su casa; somos sus huéspedes...

—Huéspedes de pago, en un hotel para viajeros. Nada de eso nos obliga a soportarlo si su compañía es desagradable.

—Para mí no lo era.

—Es un imbécil, un viejo verde, fatuo, engreído, con ribetes de filósofo barato.

—Le juzgas muy duramente. Me parece un buen hombre, y sobre todo, un hombre amable. Hace tanto bien a veces una sonrisa, una palabra buena; cuando está uno desastrosamente solo...

—¿Te quejas?

—No, ¿para qué? ¿Quieres darme un cigarro?

—Nunca has fumado.

—Ahora empiezo... Supongo que no te parecerá terriblemente incorrecto también; que no les negarás a las mujeres el derecho de fumar, como les niegas el de preguntarle a su esposo, dónde ha pasado una noche entera, en que le ha aguardado en vano...

—Verónica...

—Pero no te preocupes, ya he entendido que no debo preguntarlo más y no lo haré. Cuando te fuiste pensé que no volverías hasta la hora de tomar la piragua, y supongo que una vez despedido *monsieur* Belot, te volverás a marchar tranquilamente.

—Pues te equivocas totalmente... No pienso volver a salir del hotel. Si el viejo Belot está espiando mi salida para volver, se llevará un buen chasco.

—Algo más que agradecerle a *monsieur* Belot... No me dejarás sola por miedo a él.

—Yo, ¿miedo?

—¿Prefieres que diga que son celos?

—¿Yo celos? ¿De ese imbécil? ¿De ese viejo caimán como seguramente le dirán los indígenas? No, Verónica, siento quitarte la ilusión si halaga tu vanidad; pero no tengo celos, jamás los he tenido, jamás los tendré...

—Pues si he de serte sincera, la idea de que los celos te hacían sufrir, es lo único que me permite perdonarte ciertas actitudes...

—Pues no me las perdones si no quieres... Para mí será exactamente igual.

—¿Estás tratando de decirme que no te importo nada?

—Estoy tratando de demostrarte que no todos los hombres son en tus manos simples monigotes, tristes muñecos con los que juegas, trastornándoles los sentidos, enloqueciéndoles, arrancándoles el corazón para echarlos a un lado después...

—¿Qué estás diciendo, Demetrio?

—O para atarlos a tu falda, para que te sirvan de lacayos o alabarderos, como Julio Estrada, o de perro del hortelano, como el pobre necio de tu primo Johnny...

—¡Demetrio! ¿Cómo te atreves a hablar así de ellos y de mí misma? ¿Qué es lo que has llegado a suponer?

—Creo que me he expresado bien claro. Ahora no digas que no me entiendes...

—No. Ahora no quiero entenderte. Ahora no quiero pensar que estás diciendo lo que sientes; prefiero imaginar que tienes el placer de torturarme no sé porque, y que buscas las palabras más crueles, las comparaciones más amargas, los nombres con que más puedas herirme, para echarme en cara faltas que no he pensado nunca cometer...

—No, Verónica... No he pronunciado aún el nombre que más puede herirte.

—¿Cuál es? ¡Dilo! Di de una vez lo que sea... Supongo que ésa sería la causa de tu actitud incomprensible, de tus modales de carretero...

—¡Verónica!

—Y no sólo conmigo; con todo el mundo desde que salimos de Río de Janeiro, con los mozos, con los empleados, con los compañeros de viaje, con los encargados de las agencias, y ahora con este pobre *monsieur* Belot, que no ha cometido más crimen que portarse conmigo amablemente...

—Algo más que amabilidad significa todo. El café, el *champagne*, las malditas flores... ¿Acaso atiende así a todos los viajeros?

—Razón de más para agradecer la distinción...

—Distinción, conmigo no será seguramente. Dos veces pasé por este hotel sin que siquiera me mirara la cara; ahora te vio a ti y todo es distinto. Todo son amabilidades y reverencias... Menos mal que en Porto Nuevo no hay hoteles, ni *chansoniere* retirados, ni pretendientes desdeñados convertidos en perros fieles... allí estarás sola conmigo; sola, ¿entiendes? ¡Completamente sola! Sin que nadie se interponga estúpidamente para defenderte.

La ha tomado con furia de los brazos, apretándola con el mismo afán de un abrazo ardiente, y están tan cerca sus bocas que Demetrio San Telmo no puede resistir y la besa...

—¡Demetrio!

La besa enloquecido, ciego; la besa muchas veces, como si quisiera sorber la vida entera de aquellos labios, rechazándola desesperado después...

—¡Soy un cobarde! ¡Soy un imbécil!

—¡Demetrio!

La he empujado bruscamente haciéndola caer sobre el ancho lecho, y da un paso hacia ella impulsado por la pasión que arde en sus venas; pero se detiene de pronto como podría detenerse antes de cometer un crimen...

—¡No! ¡No! ¡No serás tú la más fuerte!

—¡Demetrio! Pero ¿qué haces Demetrio?

Los pasos de Demetrio se alejan tras haber cerrado con llave la puerta y ella golpea inútilmente aquella puerta cerrada.

Piensa que sería muy fácil gritar, pedir auxilio, reclamar de *monsieur* Belot el favor que hace poco le ofreciera; pero aún arden en sus labios los besos de Demetrio, aún piensa que sólo un arrebató de celos pudo obligarlo a obrar de tan extraña manera. ¡Le ama tan ciegamente, le ha entregado de tal modo su corazón y su voluntad! Dos lágrimas ardientes ruedan por sus mejillas y los pies vuelven a llevarla hasta el lecho donde bruscamente la arrojará él...

—¡Qué terrible y extraño es tu amor, Demetrio!

## Capítulo 17

Sobre la paz del pueblo dormido, como sonoras gotas de bronce, deja caer sus campanadas el reloj de la torre de la iglesia.

Demetrio está de regreso en el cuarto del hotel San Pedro, horas enteras ha vagado como un loco por las calles desiertas, por los muelles, por los anchos playones de arena que forman la orilla del río, hasta que el latir de su sangre se ha amansado en sus venas, hasta sentirse totalmente dueño de sí... para poder volver...

No hay luz en la alcoba. Por los simples balcones abiertos penetra la suave claridad lechosa de la estrellada noche tropical, millones y millones de luceros se extienden como apretado velo de diamantes cobijando la tierra.

—Verónica...

La ha llamado en voz muy baja, pero ella no responde, duerme, se ha quedado dormida tras no sabe cuántas horas de amarga angustia, sin quitarse la ropa, tal como se dejara caer cuando salió Demetrio. El perfecto perfil sereno, cerrados los párpados, como abrumados por el peso de espesas y oscuras pestañas, plegados los labios en un gesto doloroso y tierno. Así dormida parece más joven, como una niña, como una adolescente, los cabellos: una negra y brillante cascada sobre la almohada blanca. La mano de Demetrio se estremece del deseo de acariciarla, tiembla en el anhelo de hundirse en aquella sedosa madeja que adivina tibia, perfumada... y al fin se detiene sobre la almohada, palpando la humedad de las lágrimas que ella vertiera.

—¡Ha llorado, ha llorado! ¡Y qué! ¡Juré hacerla llorar, juré cobrar cada lágrima de Ricardo en lágrimas de ella! Debe sufrir como sufrió él. ¡Debe morir como murió él!

Sus puños se crispan desesperadamente, es una vida lo que debe, pero la idea de que ella muera es intolerable, ¿podría acaso vivir sin ella?

—¿Por qué he de amarte tanto, mujer maldita? ¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Las cuatro! Pronto estará aquí el amanecer...

Alguien ha golpeado la puerta, despertando a Verónica, que clava en Demetrio los grandes ojos aún llenos de sueño.

—¿Quién es?

La voz sumisa de Iguazú suena a través de la puerta...

—Patrón Demetrio...

De mala gana, Demetrio abre la puerta y la oscura cabeza del indio aparece como tallada en caoba vieja...

—¿Qué quieres, Iguazú?

—La piragua dispuesta, patrón Demetrio. Es la hora de salir...

—Sonó una campana... ¿Qué hora es ésa?

—Las cuatro y media, reina blanca.

—¡Eh! ¿Qué estás diciendo?

—Perdona, patrón Demetrio; tu mujer blanca es como una reina.



—No creo que tengas que dar tú la opinión sobre eso... Vete a tu maldita piragua y aguádanos. Dentro de media hora saldremos. Lárgate.

—Enseguida, patrón Demetrio, quería decirle a tu mujer blanca que en la piragua puse un toldo para ella.

—Gracias, Iguazú.

—¡Vete de una vez!

—Como mandes, patrón Demetrio.

Se ha ido silenciosamente. Demetrio contiene su ira con esfuerzo.

—¡No cabe mayor insolencia!

—¿Por qué? ¿Qué ha dicho ese infeliz para que te enfurezcas?

—¡Él no tiene por qué dirigirte la palabra!

—¿Ni tiene que preocuparse de que el sol me queme un poco menos, verdad?

—No tiene por qué meterse en lo que no le importa, ni hacer cosas que no se le ordenen, ni por qué replicar, ni por qué mirarte...

—Hasta un indio tupí, puede tener a veces un rasgo de caballero.

—¡Que los guarde para sus mujeres, a las que seguramente tratará a latigazos!

—¿Es la costumbre en Matto Grosso?

—Sí.

—Empiezo a comprender por qué te agrada tanto esta región.

—No comprendes nada pero muy pronto sabrás a qué atenerte.

—Te aseguro que lo estoy deseando. Es bastante duro sentirse tratada como reo, sin tener la menor idea del delito que se ha cometido.

—¿De veras no tienes la menor idea? ¿Tan dormida, tan muerta está tu conciencia?

—Supongo que no me querrás hacer responsable de la desdichada actitud de Johnny, ni de lo que él y Julio Estrada hayan podido decirte por su cuenta y riesgo...

—No soy tan estúpido para culparte de eso; pero sí me ha servido tratarles y verles, para medir hasta qué punto puede tu influencia hacer perder la razón a un hombre, para ver hasta qué extremo los doblegas, los embaucas, los fascinas, con sólo una sonrisa... y a veces, hasta sin ella...

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que no les habrás sonreído al indio, ni al francés; ¡pero les ha bastado con verte!

—¿Y eso es lo que me reprochas? ¿Lo que me echas en cara como un crimen? ¿Tengo yo la culpa...?

—Sigue, acaba la frase, pregúntame si tienes tú la culpa de ser la muchacha más bella de Río de Janeiro, como han dicho todos los periódicos cursis y todas las revistas adulonas, ¡alfombras del dinero de los Castelo Branco!

—¿Es eso lo que pensaste al leerlos? Qué lástima que no me lo dijeras en Río...

—Para no casarte conmigo...

—Probablemente...

—Me alegro que empieces a estar arrepentida...

—¿Qué?

—Tuviste la ocasión; peor para ti si no la aprovechaste a tiempo. Bien claro te lo dije: sálvate.

—Sí, sí, me lo dijiste; ¿pero de qué manera? Estrechándome en tus brazos, sofocándome con tus besos... hablándome de tu amor, de tu pobreza... Entonces eras otro; eras el hombre capaz de hacerte adorar por una mujer sincera; el hombre a quien se podía seguir hasta el corazón de la selva, con quien se podía compartir todo: infortunios, vicisitudes, pobreza, hasta la frialdad y la desconfianza de las gentes... Y no vacilé en compartirlo todo contigo, porque te amaba, Demetrio, loca, ciega, confiadamente, y así puse en tus manos mi corazón y mi vida, como se confían a los hombres a quienes quieren, las verdaderas mujeres; como se confía cuando se ama... y tú, tú...

—¿Yo qué? ¿Me he comportado como un canalla, como un bárbaro?

—No, simplemente, como un imbécil.

—¡Verónica!

—Mucho más según estoy temiendo.

Demetrio ha apretado los puños, un estremecimiento de rabia le sacude, y al mismo tiempo una especie de salvaje placer, al verla erguirse frente a él, como la famosa tarde en que cruzaron los floretes, y como entonces, siente el ansia desesperada de herirla, de destruir aquella belleza, de atravesar con golpe de muerte, no el brillante corazón de raso bordado sobre el blanco peto, sino el corazón sincero, ardiente y generoso de aquella mujer.

—¡Muy pronto te convencerás de lo contrario! Imbéciles fueron los desdichados de que hasta ahora has dispuesto... ¡De ahora en adelante seré yo el que mande, el que ordene, y tú la que obedezcas de buen grado o por fuerza!

—¿Por fuerza? ¿Te enseñaron ya los indios sus procedimientos?

—¡Tienes diez minutos para estar lista! Aguardaré en la puerta. Saldrás de aquí sin cruzar una palabra con nadie.

—Bajo la amenaza de un revólver, secuestrada.

—¡Bajo la amenaza de un escándalo! Puedes darlo si quieres, es lo único que te libraría de mí definitivamente. Grita, pide el auxilio de *mister* Belot. Seguramente será lo bastante galante para llevarte en su lancha motor hasta Río de Janeiro; pero desde luego, irás sola, ¡él tendrá que pagarme con su vida el precio del pasaje!

—¡Demetrio! ¿Serías capaz? ¿A ese extremo pueden arrastrarte los más estúpidos celos?

—¿Celos? Pues bien, sí, puede que sean celos... Celos de los ojos que se encienden al mirarte, de las miradas que resbalan sobre tu cuerpo, de las torpes palabras de galantería que te envuelven, de las flores que pretenden deshojar a tus pies... ¡De estas malditas flores, sí, de éstas!

Ha estrellado contra el suelo jarrones y floreros, pisoteando rosas y orquídeas,

mientras Verónica le mira inmóvil...

—Ya está la alfombra de que habló *monsieur* Belot, para que camines sobre ella sin sentir la dureza de la tierra. También pondremos alfombra de flores en la piragua, y remos de oro para impulsarla, como a la barca de Cleopatra en el Nilo... ¿Te agrada eso? ¿Era así como esperabas viajar?

—¿Estás loco, Demetrio?

—Pues no viajarás así, sino a mi lado, sujeta a mí, bajo la presión de estas manos que no han de soltarte tan fácilmente, ¡porque eres mía, mía, mía!

Loca, ciega, desesperadamente la he estrechado en sus brazos ahogándola bajo el fuego de sus besos, para soltarla luego casi sin aliento.

—Vístete enseguida... ¡No tenemos tiempo que perder!

\* \* \*

—¿Vamos?

—Vamos.

Inesperadamente *monsieur* Belot aparece en el hueco de la escalera, acercándose rápidamente.

—Buenos días, *madame* San Telmo... Hace cinco o seis años que no me levanto a una hora semejante; pero no podía dejarles marchar sin despedirme de ustedes...

—¿Para qué se ha molestado usted? Es muy amable, pero...

—Molestarme llama usted al placer de verla aunque sea sólo un instante... El desayuno está servido en la misma mesa que usaron abajo, *monsieur* San Telmo. Ya que han dormido mal, al menos coman bien...

La fina mano color de ámbar, se ha apoyado en el brazo que el francés le ofrece, y mientras se alejan juntos por la amplia galería, Demetrio ha apretado las mandíbulas, cerrando los fuertes puños hasta contener la brutal explosión de sus celos.

Muy despacio, dominando sus nervios, forzando el pausado gesto de serenidad, va al fin tras ellos mientras piensa.

—Diez días, ocho tal vez; poco más de una semana solamente... Será el último plazo.

El último plazo para estar solo con ella, allá en el *bungalow* de la montaña; entre el cielo inhospitalario y la selva inmensa...

\* \* \*

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!

La piragua remonta el Cuyabá trabajosamente. El ancho río de aguas profundas y verdosas, extendido como una serpiente de acero que surcara el corazón de la selva...

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!

En el embarcadero, junto al viejo edificio colonial de su hotel, quedó la figura galante y cordial del viejo *chansoniere* saludando con su casco de corcho, abierta sobre el pecho la fina camisa de seda, la sonrisa en los labios gruesos y sensuales, degustadores de todas las delicias de la tierra, la nostalgia en los ojos que han visto el florecer de cincuenta primaveras y saben el arte de detenerse sobre las cosas bellas.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!

A la voz de Iguazú los remeros se mueven con ritmo igual, mientras Verónica entrecierra los ojos admirables...

Cada golpe de remo, los seis hombres vuelven la cabeza para mirarla y hay un fulgor siniestro, llama que se aviva al calor del deseo en los brillantes ojos de obsidiana...

\* \* \*

No había sido preciso avisar al doctor Botel. Apenas Iguazú echó las sogas sobre los palos del embarcadero, entre las dos docenas de nativos que se acercaron perezosamente para mirar con rostros impasibles el desembarcadero, se acercó casi tambaleándose, la barba crecida, el cabello revuelto, azotándose con el grueso rebenque las altas botas llena de barro y apretando la vieja pipa de cerezo entre los dientes ennegrecidos.

—Buena prisa se ha dado usted, San Telmo... No era necesario correr tanto, su oro está seguro, en lo que a mí respecta por lo menos...

Apoyándose en los recios hombros del indio, Verónica ha saltado también a las mal unidas tablas del embarcadero, y avanza muy despacio, observando con curiosidad y repugnancia a aquel hombretón de tan tosco aspecto, en que apenas quedan rasgos del profesional y del caballero.

—Supongo que le habrá a usted metido prisa ese demonio de clérigo, con fantásticos cuentos sobre los filones nuevos.

—¿Filones nuevos?

—¿No sabe usted nada? Entonces, buena sorpresa tengo para usted... Más grande que la que nos dio con su casamiento... ¡Canario! ¿Es ésa la señora San Telmo?

Demetrio ha hecho un nuevo esfuerzo por dominar la situación, por parecer tranquilo y sereno; quisiera callar las palabras de Botel brutales e indiscretas. También él ha sentido una oleada de repugnancia, aún más honda que la que le atormentara la primera vez, frente al triste aspecto de aquel puñado de casuchas, entre los dos pantanos donde el río se pierde, con la triste colonia allá lejos, donde se alzan

los mal pintados *bungalows*; también él tiene que hacer un esfuerzo para estrechar la mano que Botel le extiende...

—Por lo menos hay que reconocer que tiene buen gusto... ¡Qué demonio, hizo bien! Por perras que sean las mujeres es mejor que estar solo en este infierno...

Verónica está ya frente a Botel; sus brutales palabras la han herido como una injuria personal, sus mejillas enrojecen violentamente.

—No hay que asustarse, supongo que conocerá usted las ideas de San Telmo, que son las mías también. No somos partidarios de las mujeres...

Verónica ha buscado con angustia a Demetrio; pero antes que el rostro ceñudo y sombrío, tan indignado en aquel instante como el de ella, sus ojos tropiezan con la frente despejada, con las rasuradas mejillas, con el perfil austero, con los ojos azules, limpios, bondadosos, serenos, como un claro cielo sin nubes, del reverendo Williams Johnsson, que se inclina ante ella...

—¡A sus pies, señora San Telmo!

—¡Eh!

—Soy el reverendo Williams Johnsson... y es para mí un verdadero placer ponerme a sus órdenes desde este momento...

—Muchas gracias...

—Amigo San Telmo, cuánto gusto de volver a verle...

Se han estrechado las manos largamente, en silencio; sinceramente conmovido el joven pastor protestante, extrañamente turbado Demetrio de San Telmo, como si los ojos interrogadores que se fijan en él encerraran una especie de acusación, un vivo llamado a sus remordimientos... El reverendo se apartó dando paso a Adela.

—La señora Botel vino conmigo ¿la recuerda usted?

—Como no recordarla... ¡A sus pies, señora Botel! Para mi esposa será un gran placer y una gran enseñanza conocerla a usted...

—¡Para mí es la mayor de las sorpresas! Me la imaginaba a usted joven, bella, atractiva, pero lo es infinitamente más de cuanto había llegado a imaginarme. ¡Cuánto gusto señora San Telmo!

Los ojos de Demetrio espían con ansia el rostro de Adela... ¿Reconocerá en Verónica a la mujer del retrato? Sus ojos asombrados, los cumplidos que torpemente tartamudea, la visible turbación que Verónica le produce, ¿serán acaso indicios de que la recuerda?

—¿Podemos llegar un momento hasta su casa, reverendo?

—Iba a invitarles a descansar en ella. La verdad es que han llegado casi sorprendiéndonos... Pero de cualquier modo haremos todo lo posible para que la primera noche en Porto Nuevo no sea desagradable para ustedes...

—Venga conmigo, señora San Telmo, supongo que nos haremos amigas por ser las dos únicas mujeres blancas que hay en el pueblo. Mi nombre es Adela, y le ruego que me llame por él sin ceremonias de ninguna especie...

—Adela... ¿Usted es la esposa del médico?

—Sí... Justamente mi Jaime estaba por aquí; pero no sé que se ha hecho...

Ha buscado con cautelosa mirada entre el grupo de nativos que forman semicírculo alrededor de ellos; pero ya la repulsiva figura de Botel ha tomado el camino de la taberna.

—¿Y el médico es el señor que salió a recibarnos?

—¡Dios mío! Confío en que no habrá cometido con usted ninguna inconveniencia... A estas horas no suele estar en sus cabales... No le tome usted en cuenta nada de lo que diga... aquí los hombres beben para evitar la malaria, y hay que ser benévolas con ellos. Pero vamos a casa del reverendo, ¡ése sí es un santo! El paño de lágrimas de todo el mundo... ¡Ya verá usted!

La ha tomado del brazo alejándose con ella, siempre en continua y amable charla; mientras el pastor vuelve a mirar con atención más profunda el sombrío y ceñudo rostro de Demetrio...

—¿Cansado de tan largo viaje? ¿Preocupado por su joven esposa? ¿Enfermo?

—No, reverendo...

—¿Una inconveniencia de Botel?

—¡Sí! Con Verónica...

—¡Al llegar apenas! Por Dios, es imperdonable. Pero a estas horas suele estar absolutamente ebrio... Comprendo perfectamente su disgusto de usted...

—Supongo que después de todo, es preferible que Verónica vaya enterándose como es Porto Nuevo.

—Puede contar conmigo en todo momento... Para tratar de hacerle menos penosa su estancia en este lugar, a donde francamente me parece heroica su decisión de seguirle a usted...

—¿Y no halla usted también heroica a la señora Botel?

—Aprecio su abnegación, desde luego; pero es bien diferente...

—¿Por qué? No creo que un hombre como usted encuentre que una mujer tiene derecho a todo sólo por ser bella.

—Poco entiendo de mujeres, amigo mío, pero de almas, sí entiendo; y la que se asoma a los ojos de su esposa, es sincera, generosa y valiente.

—¿Le ha bastado a usted un apretón de manos, un saludo para saber todo eso?

—Aparte de que del poco tiempo que le traté a usted, aprendí a apreciarle lo suficiente, para estar seguro de que no haría usted una elección indigna; la señora San Telmo, sólo por serlo, tiene para los que nos llamamos amigos de usted, una carta de garantía moral...

—Muy amables sus palabras, reverendo. ¿Me permite un momento para ocuparme del equipaje?

—Oh, no. Déjelo... La señora Botel puso a mi disposición dos de sus mejores sirvientes... Ellos lo harán por usted. En cuanto al indio Iguazú, ya llegará hasta mi casa a recoger su dinero. Le daremos un buen vaso de *whisky* en pago de haberles traído tan deprisa y tan bien... Fue una gran idea la del toldo sobre la piragua,

supongo que se las ingeniaria usted de las más hábiles maneras para hacer menos penoso el viaje a su esposa...

—Todo fue iniciativa de Iguazú, él es quien ha cuidado a Verónica durante todo el viaje, relegándome a mí a la balsa de las maletas...

El reverendo Johnsson ha reído jovialmente...

—¡Magnífico! Es la primera vez que sé de las galanterías de un indio tupí. Algo extraordinario tiene su esposa, amigo San Telmo... Estas gentes primitivas tienen un olfato especial para ello. Creo que le regalaré al indio Iguazú una botella entera de *whisky*... Pero ¿qué le pasa?

—Quisiera ver a Botel un momento...

—¿Para qué? Es demasiado pronto para tener una pendencia... Ya le verá mañana, cuando usted esté descansando y él sereno.

—Sólo pensaba pedirle que me aclarara algo referente a unos filones a que hizo alusión al saludarme.

—Yo le informaré a usted, puesto que tengo todos los datos, y algo más contundente, amigo mío... Las talegas de oro que escrupulosamente Botel me ha ido entregando.

—¿Talegas?

—Bueno, taleguillas, pero son cuatro. Deslumbrador, asombroso; es usted por lo menos cinco veces más rico de lo que pensaba... Será muy grato poder anunciárselo a la señora San Telmo, ¿verdad?

—No... Le ruego que de esto no le diga usted una sola palabra a Verónica.

—¿Cómo? Pretende usted ocultarle...

—Sólo por unos días, y para bien de todos... Le suplico que en este asunto me secunde sin preguntarme...

—Por mí no hay inconveniente; pero debo advertirle de que todo el pueblo lo sabe... Me temo que los comentarios se extiendan ya por toda la provincia... Hace muchos años que no se descubre una mina de oro como la de usted... La señora Botel está trastornada de alegría.

—Un momento, reverendo... ¿La señora Botel había visto muchas veces el retrato que mi hermano tenía en el *bungalow*? Aquel retrato de mujer, de la mujer por quien halló la muerte... ¿No es verdad?

—Supongo que lo habría visto muchas veces, puesto que iba diariamente a casa de su hermano. Pero ¿por qué me hace usted esa pregunta extraña?

—Por nada, reverendo... Excúseme y vamos a su casa. Tengo empeño en que Verónica no sepa de nuestras riquezas, hasta un momento determinado y por mi propia boca.

—Le reconozco íntegro el derecho de darle la sorpresa... ¡Vamos allá!

\* \* \*

Aturdida, desconcertada, rendida por el largo y penoso viaje, algo mareada por la charla de la señora Botel, Verónica cruza el ancho espacio que separa los embarcaderos de la casa del pastor protestante.

Ha visto la taberna, las chozas miserables de los nativos, la iglesia triste y pobre, el fango de lo que apenas puede llamarse calle, los pantanos verdosos a lo lejos, y al fondo, la pequeña colina donde se alzan los *bungalows* de los mineros.

—Tomábamos el té en el momento en que ustedes llegaron... Le hará muy bien beberse una o dos tazas, mientras llega la hora de comer de verdad...

Han entrado en la sala del reverendo, el ambiente estrecho, humilde, casi miserable oprime tristemente el corazón de Verónica, demasiado cansada, sin embargo, para no utilizar el primer asiento que halla a su paso.

—Aquí hay también galletas y un poco de mermelada...

—Gracias, no tengo deseos... El té solo me caerá mejor.

—No es muy bueno el del pobre reverendo, ya le he prometido encargarle unas cuantas latas del mejor té, y auténticas galletas inglesas. Es lo más que puedo esperar que mi esposo me deje hacer por él... Usted en cambio, señora San Telmo, podría convencer al ingeniero para que le arreglase la iglesia y la casa... y le trajesen algunos muebles un poco más cómodos...

—¿Cómo?

—El reverendo gasta toda su asignación en ayudar a los más pobres... para sí no reserva apenas nada; apenas dispone de las comodidades que le proporcionan algunas buenas almas, y ahora que tanto ustedes como nosotros podemos hacernos en un año millonarios...

—¿Qué está usted diciendo?

—Es claro que ustedes mismos no lo saben... Han sido descubiertos dos filones riquísimos en nuestra mina. Si antes eramos ricos, ahora lo somos diez veces más... ¡Ya verá! Ya verá las taleguillas de oro que el pastor les tiene guardadas...

—¿Dice usted que siempre fuimos ricos?

—Bueno, desde que Ricardo descubrió la mina cambió el panorama...

—¿Ricardo? ¿A qué Ricardo se refiere usted?

—¡A cuál voy a referirme, si no es al hermano de su esposo... Ricardo Silveira!

—¡Ricardo Silveira! ¿Ha dicho usted Ricardo Silveira?

—Bueno... no comprendo por qué se sorprende tanto...

—Ricardo Silveira ¿hermano de Demetrio?

—Medios hermanos, para ser más exactos. Supongo que sabrá usted mejor que yo, que eran hermanos sólo de madre...

—¡Imposible! ¡Increíble! ¡Ricardo y Demetrio... hermanos!

Se ha vuelto a dejar caer en su asiento, comprimiendo las sienes con las manos temblorosas, hundida el alma en un caos de interrogaciones, de dudas, de ansiedades; pero los firmes pasos de Demetrio y los suaves pasos del reverendo Johnsson



resuenan ya en la puerta. Con movimiento rápido Verónica toma a Adela por los brazos.

—No siga usted hablando de esto delante de Demetrio. Quiero que me lo diga todo a solas. ¡Más tarde! Ahora, por favor, ¡calle usted!

## Capítulo 18

—Está usted rendida, es absurdo que hayan hecho el viaje con esa rapidez vertiginosa.

El reverendo Williams Johnsson se ha acercado a Verónica como atraído por una fuerza irresistible, tras mirarla un rato fijamente. Inmóvil, ahogada la voz en su garganta, agrandadas las pupilas, la joven esposa de Demetrio vuelve con esfuerzo del caos interior por donde su alma navega, al haber quedado sola frente al reverendo, mientras Demetrio busca un pretexto para hablar a solas con Adela...

—Nunca pensé que pudiera venir tan rápidamente. Para hacer ese viaje con un mínimo de comodidades, necesitaban por lo menos un mes.

—Tuvimos que atender a la prisa de Demetrio, y a su inquietud por la angustiosa situación económica porque atraviesa la mina...

—¿Eh?

—Supongo que alguien le escribió dándole malas noticias. La carta llegó justamente la víspera de nuestro casamiento.

—¿Que alguien le escribió?

—Demetrio pretendía suspender la boda, aplazarla indefinidamente. Comprenderá usted que no iba a consentir que regresase solo a Matto Grosso, sólo porque su prisa aumentara un poco mis molestias...

Verónica se ha puesto lentamente de pie clavando la mirada en las azules pupilas del reverendo, a quien la obligación de guardar silencio turba y desconcierta, y enrojece como un colegial cuando la alusión de Verónica se hace más directa.

—No comprendo quién pudo tener interés en darle una falsa noticia de su ruina...

—Verdaderamente no creo que nadie hiciera eso... ¿Con qué objeto? ¿Para qué?

—Es lo que yo digo: ¿Con qué objeto? ¿Para qué ocultarle los ricos filones, para qué decirle que se había agotado el mineral, cuando la verdad es que la mina está produciendo diez veces más de lo que se esperaba de ella?

—Le ha dicho a usted la señora Botel...

—Muy poca cosa, le pedí que se callara al llegar Demetrio. ¿Sabe usted si alguien le envió a Río de Janeiro una noticia falsa?

—Nadie le ha escrito mas que yo dos veces, y con las noticias absolutamente exactas. Lo de los filones nuevos el propio San Telmo lo ignoraba hasta hace unos minutos que se lo dije... Me rogó entonces que guardara silencio con usted para darle él mismo la sorpresa.

—¿Le rogó?

—Precisamente. Era una alegría que tenía perfecto derecho a disfrutar. Le prometí callarme y no lo he hecho, nunca he servido para hilvanar una mentira, y sabiendo todo, me parece una tontería... En fin, no sé; temo que piense usted mal de su esposo, no puedo creer que él entendiera mal mis cartas...

—Yo tampoco, creo que las entendió perfectamente. Soy yo la que no entiendo...

—¿No entiende qué?

—Nada... Tomemos nuestro té, y puesto que prometió usted callar a Demetrio, haga como si nada me hubiera dicho. De modo que ¿esa mina la encontró Ricardo Silveira?

—Demasiado tarde, para su desgracia.

—¿Tarde? ¿Dónde está él?

—Ya sabrá usted que quedó en Porto Nuevo para siempre...

—¿Cómo?

—Hemos cuidado lo mejor posible su tumba. Supongo que ahora ustedes le harán erigir un panteón más apropiado, o trasladarán a San Paulo sus restos...

—¿Ricardo Silveira está muerto?

—¿Pero no lo sabía usted? Demetrio no le dijo... ¡Tal vez ha querido evitarle el relato de sus penas, tan hondas, tan desgarradoras! Nunca olvidaré su expresión desesperada frente a la tumba de su hermano, en nuestro pobre cementerio, la misma tarde en que se fue. Pensé que era justamente su gran dolor, su enorme pena lo que había hecho que usted, al compadecerlo, lo amara, accediera a casarse con él inmediatamente y emprendiera este viaje que tan desagradable debe ser para una mujer de su educación y de su refinamiento... Pero si usted no sabía nada, no acierto a comprender. Traté muy poco al señor San Telmo, pero pensé que era uno de esos hombres leales, sinceros, a quienes se conoce profundamente desde los primeros días...

—Leal, sincero... ¡También yo lo pensé!

—¿Y no sigue pensándolo aún?

—Su *whisky* es estupendo, reverendo Johnsson. Estoy segura que no hay nada parecido en la taberna del pueblo...

Demetrio y la señora Botel están ya en medio de la sala, evitando a Verónica el esfuerzo de responder. Y por la puerta de la cocina se escurre, buscando su rincón acostumbrado, la grácil figurilla de Ayesha.

—Si has descansado ya, Verónica, podemos emprender la marcha a nuestra casa. Pronto será de noche y el *bungalow* queda bastante lejos.

—¡De ninguna manera! Esta noche cenarán con nosotros.

—Sería desconsiderado darle tantas molestias... Usted no nos esperaba esta noche.

—Es igual. Haremos lo posible por ofrecerles algo aceptable por lo menos. Cuento con la generosidad y con la amabilidad de la señora Botel.

—¡Por supuesto! Mandaré traer de mi casa lo que sea necesario.

—Su casa está al lado de la nuestra... ¿a qué obligarla a enviar nada desde tan lejos?

—Pero se ve que la señora San Telmo está rendida.

—No, reverendo... Soy más fuerte de lo que usted cree. Tiene razón Demetrio. ¿Dónde están nuestras maletas?

—Los indios las llevaron directamente hasta la nueva residencia.

—Entonces, vamos.

Demetrio la ha mirado con sorpresa. Su expresión extraña, su ademán resuelto, el vivo relámpago de decisión y de soberbia que arde en sus pupilas negrísimas, son para él señales de tormenta, y siente una especie de placer malvado, de alegría infernal. Al pensar que ella lo ha adivinado todo al fin, que se acerca el momento de declararse cara a cara la guerra.

—No nos queda, pues, más que emprender la marcha a nuestro palacio...

—Descanse aún un rato... Tome usted al menos otra taza de té, señora. Tal vez entretanto aparezca uno de mis sirvientes, mi cocinera al menos, para que les atienda, ya que no podemos contar con Ayesha...

Ha vuelto la mirada buscándola, pero la jovenzuela color de bronce se oculta más en su rincón, logrando pasar inadvertida. Verónica bruscamente se pone de pie.

—¡Gracias por su hospitalidad, reverendo! Espero que mañana nos veremos.

—Será para mí un honor que no pueden negarme, el acompañarles hasta el cerro.

—Yo, naturalmente, también voy con ustedes... Les enviaré de mi casa la cena.

—No será preciso que nadie se moleste. Si quiere hacer algo por mí, deme otro vaso de *whisky*, señora Botel.

—Y a mí también...

—¿Cómo?

—¿Qué?

—Según estoy oyendo es la única forma de vivir en Matto Grosso. Procuraré hacerme cuanto antes al ambiente.

—¿Estás loca, Verónica?

—¿Por qué? ¿Tienes un cigarrillo?

—No.

El pastor ha buscado en sus bolsillos rápidamente.

—No sé si los míos serán de su agrado...

—Muchas gracias; para mí cualquiera es bueno, soy fumadora nueva.

—Un trago de *whisky* no creo que le haga daño, a nadie le hace daño tomar alguna vez...

Los cuatro han apurado el vaso hasta el fondo. Con furiosa avidez Demetrio; venciendo su repugnancia el reverendo Johnsson; divertida Adela; mezclando el trago ardiente con la sal de sus lágrimas, la triste mujer que espera ver derrumbarse el último reducto de sus ilusiones, ver hundirse convertidos en polvo sus sueños... Pero aún logra decir:

—¡Por Matto Grosso! ¡Por el infierno verde!

\* \* \*

El sol se ha puesto hace ya mucho tiempo... La última luz indecisa del atardecer flota con infinita melancolía sobre la espesa maraña de la selva inmensa... La pequeña caravana que forman los San Telmo y sus acompañantes, alcanza ya la triste colina donde se alzan los *bungalows* de los mineros...

Uno abandonado, destartado, arrancadas las ventanas y las puertas, con agoreras aves de rapiña sobre el techo en desplome. Otro pintado chillonamente, y el más alejado de todos, el más pobre, el más pequeño, adecentado apenas por el generoso esfuerzo de Adela y el reverendo Johnsson, es aquel frente al que se detienen.

—¿Es aquí? Veo que se han tomado ustedes demasiadas molestias.

—Hemos hecho lo poco que se ha podido.

—¡Muchas gracias, señora Botel!

—Nada de señora Botel. Ya le he pedido que me diga simplemente Adela.

—Podías tú rogarle que te llamara también simplemente Verónica.

—Desde luego...

—¿Verónica es su nombre? ¡Qué raro y que bonito! Pues trato hecho. Ya saben ustedes que en regiones como éstas, no se eligen los amigos porque sean más o menos agradables, sino porque viven más cerca. Hasta después... Luego les mandaré la cena. No deje de mandarnos a ese diablo de Ayesha si aparece por fin, reverendo, y usted trátela como se merece, San Telmo... Estas gentes no entienden de blanduras... ¡Ay, si mi marido la tomara por su cuenta! Adiós... Adiós...

Se aleja sin dejar de charlar, mientras el pastor se dirige a Verónica pidiendo una disculpa para ella...

—La señora Botel es una excelente mujer, y me atrevo a suplicarle que la mire con indulgencia, señora San Telmo...

—No la necesita, reverendo. Es una persona sencilla y sincera a la que sólo tengo cosas que agradecer.

—Una expresión que la honra. Algo muy grato en los labios de usted... Pero buenas noches; ahora sí que no puedo detenerme más, y digo como Adela; mándenme en lo que pueda servirles.

Ha echado a andar muy deprisa, como si arrancarse del lado de Verónica le costase un violento esfuerzo, mientras las sombras bajan envolviéndolo todo en su tristísimo manto de tiniebla y silencio. Tras una larga pausa, Demetrio se acerca muy despacio a su esposa, y habla al fin haciendo un esfuerzo...

—Verónica...

—¿Qué?

—Me parece que ya es hora de que deshagas las maletas, abras unas latas y prepares algo para la cena.

—¿Cómo?

Verónica se ha estremecido como si no entendiese el sentido de las palabras de Demetrio. Ha quedado en el portal mientras las sombras envuelven la colina y se encienden allá abajo, junto al río, las tenues lucecillas de las lámparas de petróleo y

acetileno. No ha pisado aún el interior del bungalow, piensa que va a ahogarse allá dentro, bajo el techo bajísimo, entre las mal pintadas tablas de las paredes... Falsamente fría, fija su mirada en él; pero no le responde, mientras él continúa tranquilamente...

—Bastante molestias le hemos dado ya a la señora Botel. Más vale que nos arreglemos como sea. Tal vez un día de éstos aparecerá nuestra sirvienta... No creo que te sirva para nada; pero alguien le pagó un año por adelantado, y por lo menos es alguien a quien echar la culpa cuando yo vuelva de la mina y no tengas la comida a tiempo.

¡Ah! ¿Piensas emplearte como minero?

—Emplearme no; pero esa mina, buena o mala, es lo único que tengo.

—A medias con Botel.

—Sí, ya lo sabes.

—¿Fue él quien te escribió diciendo que la mina era un desastre y que estaba arruinado?

—Bueno...

—¿O fue el reverendo Williams? No me parece que sea capaz un hombre como él, de mentir tan descaradamente...

—¿Cómo?

—Parece una persona decente el pobre reverendo, muy poco flexible para complicidades como las que tú pretendes de él.

—Te habló de la mina.

—Le hablé yo, y no me negó lo que yo ya sabía: que mentiste, que mentiste absurdamente la víspera de nuestro matrimonio al decirme que eras pobre, que sólo podías ofrecerme una vida de trabajos y miserias; la vida que yo acepté, porque te amaba, porque estaba ciega...

—Aceptación de la que, naturalmente, estás bien arrepentida ya...

—¿Es eso lo que deseas? ¿Es eso lo que estás buscando desde que salimos de Río de Janeiro? Exasperarme, enloquecerme, ¿obligarme desesperada a romper el lazo que nos ata?

—¡No lo romperás tan fácilmente!

—¿Ah, no?

—¡No! ¡No! Ahora sí que no podrás hacer lo que te de la gana. Río de Janeiro está bien lejos. Con tu Julio Estrada y tu Johnny de Castelo Branco decidido a servirte de cancerbero, ¡aun después que has destrozado su corazón!

—Por lo menos era un caballero.

—¿Y yo no lo soy?

—Al menos no lo pareces.

—Pero siquiera soy un hombre, un hombre con el que no jugarás a tu capricho.

—¡Los hombres, los verdaderos hombres no engañan ni mienten como tú lo has hecho... quién sabe con qué propósitos tenebrosos, para arrastrar a una mujer

engañada al matrimonio primero, y luego al corazón de la selva!

Verónica ha dado un paso hacia la puerta. A la luz tenue y amarilla de la lámpara de petróleo, el rostro de Demetrio es demasiado trágico, demasiado siniestro, tal vez un movimiento de instinto natural, de legítima defensa la lleva a apartarse; pero como adivinando sus sentimientos, él ha saltado hasta la puerta cerrándola por dentro.

—¡No! Es muy pronto para que tengas miedo... Es muy pronto para que salgas corriendo.

—Ni pensé correr ni he tenido nunca miedo...

—Ya sé que eres la hija de un héroe. ¿Te obliga el apellido, verdad? Ese apellido que llevas tan orgullosamente...

—Supongo que no pretenderás también ofender mi nombre.

—No faltaría más: ni tu nombre, ni a tus ilustrísimos parientes...

—Buenos o malos los reconozco al menos. No oculto como una vergüenza a un hermano, lo bastante generoso para nombrarte su heredero.

—¿Qué? ¿Lo sabías? ¿Lo sabes? ¿Sabes que soy hermano de Ricardo Silveira y todavía me dices que no comprendes?

—¿Qué es lo que tengo que comprender?

—¿Sabías que éramos hermanos? ¡Y todavía preguntas, hipócrita, embustera, y todavía finges ese gesto de asombro, esa mirada ingenua... maldita, maldita!

—¡Demetrio!

—Maldita, sí; ¡basta ya de callar y de fingir, y de mentir yo también! ¡Te odio! ¡Te odio!

—¿Eh?

—¡Te odié siempre!

—Siempre... ¿Has dicho siempre?

—Desde que supe tu nombre maldito, desde antes que mis ojos te vieran, y tu voz de sirena sonara en mis oídos enloqueciéndome...

—¿Me odiabas cuando llegaste a Río?

—¡Sí!

—¿Me odiabas la noche que nos vimos por primera vez?

—¡Sí!

—¿Me odiabas cuando me hablaste de tu amor?

—Nunca te hablé de mi amor.

—¡Es cierto, es cierto! Pero me pediste que fuera tu esposa, me estrechaste en tus brazos, me hablaste de tu ansia loca, desesperada por llamarme tuya, me dijiste que tenerme contigo era tu único anhelo...

—No mentí al decir eso. Anhelaba, deseaba, loco, desesperado, este momento. ¡El momento de decirte que te odio!

—Pero mentías al besarme... ¡Mentías al jurar frente al altar que me querías por esposa y compañera! ¡Mentías a Dios, a los míos, al mundo entero! Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué te casaste conmigo, Demetrio?

—¿No lo comprendes? ¡Para vengarme! ¡Cualquier precio era bueno con tal de conseguir eso!

—¿Pudiste ser tan canalla?

—¡Canalla tú!

—¿Qué?

La mano de Verónica se ha alzado abofeteándolo furiosamente, mientras Demetrio trata en vano de sujetarla... Forcejean, ruedan las sillas por el suelo. La lámpara de petróleo ha caído desparramando su líquido ardiente. Y un empujón brutal derriba a Verónica casi sobre el fuego.

—¡Verónica!

Su frente ha chocado contra un mueble y brota la sangre bajo los negrísimos cabellos. Mientras súbitamente estremecido Demetrio cae de rodillas alzando la desmadejada cabeza...

—¡Verónica! ¡Verónica!

La sangre corre entre sus dedos; los ojos negros se han cerrado...

—¡Verónica! ¡Verónica! ¡Contesta!

\* \* \*

—¡Señora Botel! ¡Señora Botel! ¡Patrón Botel! ¡La casa se quema, la casa del patrón Demetrio se quema!

Espantada, ahogándose por la loca carrera en que salvara el corto trecho que separa el *bungalow* de Demetrio del de los Botel, Ayesha ha cruzado la ancha galería alarmando a los Botel con su aspecto...

—¡Se quema la casa! ¡Se quema!

—¡Jesús, María!

—¡Rayos! ¡Pues es verdad...! ¡Mira eso!

—¡Estaban peleando! Yo estaba fuera... Oía los gritos del patrón Demetrio. Él no quiere a la mujer blanca y de pronto las llamas. ¡Se queman! ¡Se queman!

Adela y Botel se han puesto de pie corriendo hacia la galería... Arde en efecto, con vivas llamas, el *bungalow* distante sólo doscientos metros de la casa de ellos. Sacudiendo la modorra del alcohol Botel contempla, como atontado, las ardientes lenguas amarillas y rojas, y las nubes de chispas que saltan como penachos bajo el cielo negro.

—¡Salva a patrón Demetrio, señor Botel! ¡Que no se queme! ¡No han abierto la puerta! ¡Salva a patrón Demetrio!

—¡Ya va, ya va!

—¡Ayesha! ¡Corre, corre! ¡Llama a la gente! ¡Cubos de agua! ¡Pronto! Lleven las hachas... ¡Trae las mantas, Ayesha!



Han corrido. La casa de los San Telmo es ya una sola llama... A los gritos de Botel los nativos hacen vanos esfuerzos...

—¡Pronto, hay que echar abajo la puerta!

No ha sido preciso cumplir la orden de Botel. La puerta se ha abierto, arrancadas cerraduras y pestillos y en su marco que iluminan las llamas y el humo ennegrece, surge Demetrio llevando en los brazos el desmayando cuerpo de Verónica...

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Está herida! ¡Hay que atenderla a ella, doctor Botel! ¡Déjelo todo, venga, venga!

\* \* \*

—¡Doctor... doctor... esa sangre! ¡Esa sangre que sigue saliendo!

—¡Quiere dejarme en paz, demonios! ¿Cómo quiere que la atienda si no me deja?

Sobre un sofá de la sala de los Botel, pálida y helada, brotando aún la sangre entre los negrísimos cabellos, Verónica no ha recobrado aún el sentido mientras junto al doctor Botel, dominándose apenas, tiznado el rostro y chamuscados los cabellos, Demetrio tiembla de angustia y rabia, viendo los dedos de Botel, entorpecidos por el alcohol, moverse rudos y lentos sobre la herida abierta.

—¡Sus manos no están limpias, doctor Botel!

—¿Y qué? ¿Va a enseñarme mi oficio, ingeniero?

—¡Doctor Botel!

—Su mujer no va a morir por esto. La herida es superficial... ¿No está viendo? Una cortadura en la piel. Está atontada por el golpe y sofocada por el humo. Tráele un vaso de coñac, Adela...

—¡Pero doctor!

—¡Estamos en Matto Grosso! Aquí no creemos en la antisepsia, y sabemos que el coñac es mejor que el suero.

—Pero...

—Si no me deja en paz, dejaré que la atienda usted...

Demetrio se ha contenido con esfuerzo. La señora Botel se acerca tímida y afable...

—Aquí está el coñac... Venga conmigo, ingeniero... Usted también necesita atenderse... ¿No se da cuenta que tiene este brazo chamuscado?

—¡Qué más da!

—Venga conmigo... se lo ruego.

—Vaya, hombre vaya... Y tome mi primer receta: cuando una mujer se enferma, no hacerle caso ni preocuparse, o la enfermedad durará más de la cuenta...

—Tengo aquí un ungüento que es maravilloso para las quemaduras... ¡Qué barbaridad! ¡Qué mala suerte! Mira tú que quemarse la casa en su primera noche de

estar en Porto Nuevo...

Le ha llevado hasta el comedor y lo prepara todo rápidamente, dando órdenes oportunas...

—Siéntese aquí, apoye el brazo en esta mesa... Ayesha... corre a mi cuarto, dile a mi doncella que te dé dos toallas limpias y un poco de alcohol... ¿Quiere usted también un trago de coñac? Le vendrá divinamente...

—Sí.

—Aquí mismo hay... En esta casa basta con estirar la mano para tropezarse con una botella. Siempre me pareció mal en Jaime; pero a veces viene bien... Beba...

—Gracias... ¿habrá acabado ya el doctor?

—Calma, siéntese. Tiene aún que coserle la herida.

—¿Sin anestesia? ¿Él solo?

—Tiene una gran práctica... Es en lo que más se ha ejercitado desde que estamos en Matto Grosso. Y no dolerá. Verónica por fortuna está desmayada, y si vuelve en sí en ese momento, le hará beber el coñac para reanimarla... Él sabe hacer bien estas cosas; lo sé por experiencia.

—Ingeniero San Telmo... ¿Qué es lo que ha pasado?

—¡Oh, Johnsson!

—Buenas noches, reverendo...

—¿Dónde está la señora San Telmo? Me dijeron que estaba herida...

—Mi marido la está atendiendo.

Muy pálido, como si la violenta carrera con que ha subido a la colina hiciera de repente su efecto, el pastor ha buscado el apoyo de una silla, mientras sus ojos interrogantes se fijan en Demetrio...

—¿Quiere decirme lo que ha pasado, San Telmo?

—Me parece que usted ha podido verlo...

—Desde la plaza del pueblo se ve el incendio, en efecto... Su *bungalow* no es más que una hoguera... ¿Qué hizo usted para quemar la casa?

—Supongo que no pensará que lo hice de intento...

La ronca voz de Botel tronó desde la sala...

—¡Adela! ¡Ven con una venda!

—Voy enseguida, estoy acabando de curar al ingeniero.

—Yo iré.

El pastor ha aprovechado la ocasión de correr junto a ella y se detiene con angustia, al ver el rostro pálido de Verónica mal apoyado en una almohada empapada de sangre...

—Señora San Telmo, ¿se siente usted muy mal?

—No puede sentirse muy bien en este momento. Pero es más valiente que muchos hombres.

—Pero ¿cómo ha podido ocurrir esto?

Hábilmente, con la suavidad más exquisita, las manos del reverendo Williams

vendan la dolorida cabeza, mientras Botel le acerca a los pálidos labios el vaso mediado de coñac...

—Bébase el resto de un solo trago, y luego a descansar. Mi mujer se ocupará de prepararle aquí una buena cama, donde acabará de reponerse durmiendo.

—Ya está. ¿Duele un poco menos?

—Tiene que doler; pero una mujer así da gusto...

El pastor ha cambiado el mojado almohadón por uno seco, ha aflojado su cinturón, le ha quitado las botas de montar que aún conserva puestas...

—¿No tiene usted una manta?

—Ahí está una, échese la y déjela tranquila. No la obligue ahora a hablar ni a responder. Cierre los ojos, señora San Telmo. Tengo que confesarle que me tiene sorprendido. Es la primera vez que cuido sin gritos y sin aspavientos a una maldita mujer.

—¡No conozco nada más abominable que su modo de hablar, doctor Botel!

—Calme los nervios reverendo y venga a echarse un trago. Está usted más pálido que ella.

El reverendo Johnsson se ha alejado unos pasos del sofá, donde Verónica cierra los ojos efectivamente; pero apenas traspasa la puerta antes de entrar en el comedor donde la señora Botel acaba de curar a Demetrio, su mano detiene con firmeza al doctor Botel, ahora despejado por las emociones.

—¿Qué clase de herida es la que ha sufrido la señora San Telmo?

—Contusión y desgarradura. Puede habérsela hecho al caer con la punta de una silla, con la esquina de una mesa, con el filo de un mueble cualquiera, no lo sé. Ellos estaban peleando.

—¿Qué dice usted?

—Eso dijo la india que vino a avisarnos del fuego. Supongo que se le habrá ido la mano al amigo San Telmo...

—¿Qué?

—Es todo un hombre, su mujer parece caprichosa, insolente y bastante pagada de sí misma.

—¿Insinúa que San Telmo ha sido capaz de golpearla?

—Nunca me he metido en las disputas de marido y mujer. Y como soy lo bastante viejo para darle un consejo a usted, a pesar de toda su sabiduría, le diré que no lo haga usted tampoco, porque en estas cosas el único que pierde es el que se mete... Vamos al comedor, tengo un coñac de primera...

Williams Johnsson ha enrojecido de indignación, de ira; una rabia violenta enciende de repente su sangre joven. Desde la puerta mira un momento la exquisita figura de la mujer tendida en el sofá; ahora abatida, inmóvil como una mariposa con las alas golpeadas, como una flor tronchada por el frágil talle que abate la corola contra el suelo...

—¡Si ese hombre hubiera sido tan canalla, merecería la muerte!

\* \* \*

—¡Ajá! Ya está su brazo. Menos mal que es el izquierdo. Con la pomada que le he puesto en dos o tres días estará bien... Puede apoyarlo en este pañuelo que le estoy atando al cuello, si lo deja colgando se inflamará y tardará en curarse más tiempo. También lo sé por experiencia.

—Se toma usted demasiadas molestias por mí, señora Botel.

—Absolutamente. Lo que siento es no poder atenderlos como quisiera. Ahora mismo voy a hacerle acomodar a Verónica una buena cama en el cuarto de los roperos. Yo por mí les dejaría con gusto mi propia alcoba; pero mi Jaime es tan particular...

—¿Qué estás diciendo de mí? ¿No puedes hablar una palabra sin traerme y llevarme en tu maldita lengua?

Al entrar Jaime Botel, Demetrio se ha puesto de pie, y su mirada interrogadora y ansiosa se fija en él.

—¿Puedo entrar a ver a mi mujer?

—Por el momento déjela. Ya el reverendo se encargó de acomodarla entre almohadones, y de abrigarla bien, envolviéndola como a un bebé... El maldito se da más maña que una enfermera. Estos tipos tiernos, mantequillosos, caballerescos, son los que echan a perder a las mujeres...

A tiempo de responder, el pastor aparece en la puerta.

—¿Hablaban de mí?

—Nada de particular... Alababa sus habilidades como enfermero. ¡Acaba de servir el coñac, imbécil!

Ha dicho bruscamente volviéndose a su mujer que obedece.

—Es que no alcanza.

—Trae otra botella...

—Para mí no hace falta. Este vaso de agua será suficiente...

Lo ha bebido despacio, como buscando en el fondo la calma que necesita para permanecer sereno; luego, su mirada acusadora, endurecida de indignación, va al rostro de Demetrio.

—La señora San Telmo me parece muy abatida. Necesita grandes cuidados, es lamentable que la ley no castigue la cobardía de ciertos sujetos que no vacilan en abusar de su posición y de su fuerza, frente a una pobre mujer.

El rostro de Demetrio se ha endurecido hasta parecer de piedra, sus mandíbulas se aprietan con furia, sus ojos relampaguean, pero sus labios permanecen cerrados, apretados; mientras la mano de Ayesha se apoya en su brazo con tibia suavidad insinuante...

—Patrón Demetrio... Ayesha te llevará al cuarto del patrón Botel para lavarte y

cepillarte tus cabellos... Anda... Ven...

—¡Déjame!

Sale solo, furioso, mientras Botel ríe burlonamente...

—¡Buena puntería! Sus flechas dan en el blanco, reverendo. ¿Qué pasa, Adela?

—Con permiso de ustedes, voy a ocuparme de la habitación de Verónica.

—Usted también puede irse a descansar si quiere, doctor Botel. Yo me quedaré junto a la señora San Telmo.

—Como usted quiera...

El reverendo ha vuelto junto a Verónica. ¡Qué hermosa está aun en aquel instante! Cerrados los párpados bajo el peso de las pestañas espesas y negrísimas, entreabiertos los labios frescos, palpitante el seno bajo la respiración fatigosa, y una de las finas manos color de ámbar, la mano que abofeteó a Demetrio, fuera de las oscuras mantas como una extraña flor de pétalos de seda...

—Si sólo es una criatura, Señor ¿cómo puede tu suprema bondad permitir esto?

## Capítulo 19

—Patrón Demetrio... patrón Demetrio...

—¿Eh, qué?

—La señora Botel dice que vayas a tomar café a su casa.

Demetrio ha sacudido la cabeza, clavando los ojos en el rostro moreno de la india, como si despertara de un letargo, como si por primera vez la estuviese mirando.

Es el amanecer y a su luz imprecisa destaca la figurilla grácil con los collares de plata y corales, con la ceñida túnica de colorines, con las largas trenzas negrísimas colgando sobre la espalda, con las torneadas piernas morenas y los perfectos brazos de tanagra...

—La señora Botel...

—¿No sabes quién es?

—Claro que lo sé. Pero te dije antes que me dejaras en paz.

—Es ella quien me mandó llamarte. Toda la noche has estado mirando arder tu casa, toda la noche sin descansar ni alimentarte. Vas a enfermar, patrón Demetrio...

—No. No hay peligro, no voy a enfermarme.

El sitio donde se alzara el *bungalow* que fue de Ricardo Silveira, es sólo una extensión cubierta de cenizas humeantes, de maderas ennegrecidas y pobres objetos domésticos chamuscados.

—¿Por qué estás tan triste por un poco de maderas viejas, por un poco de ropa quemada? La señora Botel y el padrecito dijeron que tú eras muy rico... y hay cuatro saquitos llenos de oro para ti, muy bien guardados en la casa del reverendo.

—¡Oro! ¡Oro! ¡Maldito oro!

—¿Maldito?

—Sí. Maldito; porque hay que comprarlo con sangre y con lágrimas. Por él se venden las conciencias y se cometen las peores infamias, y por él una mujer...

—¿Una mujer, qué?

—Nada. ¡Vete y déjame! ¡Déjame en paz!

—¿Debo decirle a la señora Botel que te deje en paz?

—¡No! No tienes por qué repetir mis palabras. Dile que estoy muy agradecido; pero que no quiero nada.

—Está bien, patrón Demetrio...

—Aguarda. Tú vienes de la casa de los Botel, ¿verdad?

—Sí, patroncito...

—¿Qué hacen?

—El doctor Botel ronca con la boca abierta en su hamaca de la galería...

—¿Cómo?

—Él nunca duerme en su cuarto. La señora descansó un rato y ahora acaba de levantarse y me mandó que te buscara.

—¡Entonces han dejado sola a Verónica!

—No, patrón... Tu mujer blanca duerme y el padrecito no se ha movido de su lado.

Demetrio ha apretado los labios sin responder. Pero como si adivinara cuánto cruza por su atormentada imaginación, la suave adolescente se acerca más...

—¿Peleaste también con el padrecito, patrón Demetrio? ¿Tienes celos de que él cuide de tu mujer blanca?

—¿Qué estás diciendo, imbécil?

—No te enojas con la pobre Ayesha, sólo quiere ayudarte. ¿Dónde vas a ir si peleas con el padrecito y no te gusta la casa de Botel? ¿A la taberna acaso?

—Puede ser que me instale en la taberna. Será la única manera de resistir los días que me aguardan.

—La señora Botel quiere ayudarte, patrón; y Ayesha será tu esclava... ¿Quieres que te traiga algo de comer aquí mismo? No me digas que no; voy a buscarlo...

—¡No, déjalo... Ayesha! ¡Ayesha!

Ha dado unos pasos tras la muchacha que huye sin escucharle; pero se para en seco. Tras el grupo de arbustos chamuscados, la figura alta, delgada y noble del reverendo Johnsson, surge dirigiéndose a él, con paso sereno y reposado...

—Buenos días, ingeniero San Telmo... Me alegro de encontrarle. Temí que hubiera usted dejado al pueblo y que me fuera preciso entrar a la taberna a buscarle...

—Ya veo que tiene usted un alto concepto de mi persona. Me coloca en el mismo plano despreciable que al doctor Botel.

—Bueno... si juzgamos las conductas por comparación...

—Resultado más despreciable que él, ¿verdad?

—No he dicho tanto, ingeniero San Telmo...

—De nada sirve no decir las cosas con palabras, cuando se dejan traslucir con la claridad del cristal, cuando se insinúan con gestos y miradas...

—Está usted muy nervioso. Comprendo y lamento su estado de ánimo... Cualquier hombre en su lugar se sentiría peor que usted.

—¡Sigue insinuando!

—Me estoy refiriendo a su casa quemada, a la poca ropa y utensilios de que disponían, inutilizados definitivamente. La pérdida en metálico es miserable y usted es un hombre inmensamente rico... Cada una de las taleguillas de oro que guardo para usted, representan un valor de más de cincuenta mil dólares, y son cuatro... Sin contar con que la mina sigue produciendo. Cuando examine usted los papeles...

—No me interesa nada de eso, reverendo...

—Pensé que era lo único que lograría interesarle, ya que ni siquiera me ha preguntado usted como sigue su esposa...

—¡No es a usted a quien tengo que preguntárselo! Cuando quiera saberlo me dirigiré al médico, en cuyas manos la he dejado...

—¡Oh, por supuesto! Un facultativo de toda confianza...

—¡Reverendo Johnsson!

—Su esposa está mejor. No sé por qué me imagino que le interesa saberlo más de lo que quiere demostrar. El... accidente; llamémosle así...

—¡No hay otra manera de llamarlo!

—Quiero pensar que no miente; sería demasiado canallesco, demasiado despreciable...

—¡Basta! ¡Si piensa que su condición de clérigo le va a librar de una respuesta adecuada a sus insolentes palabras, se equivoca totalmente, Johnsson!

—Jamás pensé en ampararme en mi condición de clérigo para nada. Y en este instante, ingeniero San Telmo, puedo asegurarle que es la primera vez que quisiera estar libre de los votos que me atan...

—¿Qué haría usted sin ellos?

—Responderle yo, de una manera adecuada.

—¿Por qué no lo hace?

—Porque mis votos están intactos, y ni puedo ni debo, ni quiero dejar que el hombre hable, cuando la palabra del pastor hace tanta falta...

—¿A mí? Permítame usted que me ría... ¡Ni siquiera fui bautizado en su religión!

—Ya lo sé. Es usted tradicionalmente católico. Frente a un sacerdote católico juré sus votos al casarse; conozco perfectamente el texto y el espíritu de las palabras con que se ligó usted a Verónica de Castelo Branco, y puedo asegurarle que su conducta no está de acuerdo con ellas...

—Puede ser. Pero no estoy dispuesto a escuchar sermones, ¡ni católicos ni protestantes!

—¿Y a escuchar al hombre a quien trató usted como amigo, cuando llegó aquí la primera vez solo y desesperado? ¿A oír al amigo que recogió los últimos suspiros y las últimas palabras de su hermano?

—¡Oh, calle!

—Demetrio, rara vez me equivoco al juzgar a un hombre, y usted no es un canalla...

—¿Qué?

—Perdóneme. Le hablé con demasiada sinceridad... Quise decir que el hombre que llegó hace cinco meses a Porto Nuevo, el que recogió en este *bungalow* los más tristes recuerdos, el que lloró al lado mío, frente a la tumba de su hermano, no es el hombre capaz de tratar de la manera que usted lo ha hecho a una criatura como Verónica de Castelo Branco... ¿Qué razón terrible, qué circunstancias han podido cambiarle así, Demetrio?

—Inconcebible, absurdo, ¿verdad? Pero era, sin embargo, preciso que existiera el uno para que el otro pudiera nacer; del corazón desesperado del hermano surgió el hombre sin entrañas, sin más religión que el odio, ¡sin más anhelo que la venganza!

—¡Demetrio!

—¡Es la verdad! La terrible, la espantosa verdad... Confórmese con ella como he tenido yo que conformarme; soy un hombre maldito, un corazón podrido de odio, por



el que nada pueden hacer la religión ni la amistad... perdóneme, reverendo Johnsson y déjeme tranquilo. Es el único favor que he de agradecerle si me lo hace.

En vano ha tratado de detenerle. Demetrio corre ya colina abajo, y tras un momento de vacilación, el reverendo Williams Johnsson marcha también hacia el pueblo con paso apresurado.

\* \* \*

—¿Está usted mejor, Verónica?

—Mejor, sí... muchas gracias.

Al abrir los ojos Verónica ha hallado muy cerca a la señora Botel; está inclinada sobre el sofá donde Verónica ha pasado la noche, sosteniendo en sus manos hacendosas una taza de caldo...

—Acabo de preguntar a mi Jaime y me ha dicho que ya podía usted empezar a alimentarse. Voy a darle yo misma este caldo con la cuchara, para que vaya recobrando las fuerzas.

—Oh, gracias...

Verónica ha hecho un esfuerzo para sonreír... Hay tanta sencilla e ingenua bondad en el rostro de Adela Botel, que se siente menos sola, menos abandonada, cuando aquella mujer de rostro vulgar y manos toscas le sonríe con una especie de complicidad fraternal...

—Los hombres todos son una calamidad... Sobre todo cuando vienen a Matto Grosso... La selva los vuelve demonios, les enciende la sangre. ¡Qué noche, Dios mío! Pero en fin, ¿para que hablar? Del *bungalow* de ustedes no queda más que un montón de cenizas...

Adela Botel va a continuar pero unos firmes pasos suenan acercándose sobre las tablas.

—¡Jaime!

—¿Cómo estamos, señora San Telmo? Mejor, ¿verdad? Ya tiene usted otra cara... ¿Tomó su alimento?

—Sí, doctor... gracias.

Recién afeitado, con camisa limpia y libre de las nieblas del alcohol, Jaime Botel parece mucho menos repugnante, mucho menos agresivo y brutal; ha recobrado cierto aire de facultativo, se notan en él los pocos rasgos de hombre de carrera que conserva, tras diez años de selva, de alcohol y de barbarie...

—El pulso marcha bien, aunque un poco débil. Perdió bastante sangre y hay que reponerla... Ya le daré instrucciones a Adela de lo que debe usted comer y tomar mientras este aquí hospitalizada...

—¿Quiere decir que no puedo levantarme?

—Ni hoy ni mañana. Hasta que le quite los puntos tiene que estarse quieta, y después, ir con calma...

—Es que yo necesito...

—Necesita curarse. En su casa por lo pronto no hay nada que hacer, puesto que no hay tal casa.

—Pero es preciso que yo baje al pueblo, que hable con el reverendo Johnsson, con las autoridades, con el indio de la piragua.

—Su marido se encargará de todo eso. Son cosas que no es usted, sino él quien ha de arreglarles.

—No son sus asuntos, sino los míos los que tengo que resolver.

—¡Quieta! Diga lo que quiera, pero sin moverse... ¿Quiere buscarse otra hemorragia? ¡Vaya un genio! Es usted una fierecilla... Buen trabajo para San Telmo será domarla...

—¡Doctor Botel!

—Pórtese bien y será mejor para todos. Que entren esos holgazanes... ¿Sabe usted que por su causa he retrasado dos horas mi salida para la mina? No piense que eso lo hago yo por nadie; pero me gustan las tigresas... Bueno... Hasta la tarde.

—¡Es el colmo!

—Cálmese... cálmese... No se disguste por nada, se lo ruego. Le hará daño. Mi Jaime es así, ésa es su manera de hablar; pero le aseguro que tiene el mayor interés en curarla y que siente por usted la mayor simpatía.

—¿Qué está usted diciendo?

—Lo conozco demasiado. Cuando él no bebe no es tan malo y sabe ser amigo y cumplir su palabra. Vamos... aquí están ya los hombres que han de llevarla. Jaime me dio permiso para que le pusiera a usted la mejor cama. Dormirá, descansará... es lo que necesita: descansar. Claro que todo esto es bien pobre para una Castelo Branco...

—¡Una Castelo Branco!

—Cuando recién casada estuve en Río, estuve a ver el palacio; es la casa más linda de toda la colina, de mármol blanco con esos jardines tan maravillosos... ¿Vivía usted precisamente en ese lugar?

—Sí, Adela... precisamente.

—Es usted sobrina de don Teodoro, su sobrina predilecta... Justamente anoche, hojeando unas revistas viejas, al cambiar las cosas de los armarios para arreglar el cuarto, la vi a usted retratada... Hay dos páginas con retratos. Está usted a caballo, está usted vestida de baile y también con un traje de esos de jugar a la espada, al florete... de esgrimista, ¿verdad?

La cinta del recuerdo ha girado en el kaleidoscopio de su mente, reviviendo escenas pasadas.

Por un instante Verónica olvida el *bungalow* de los Botel, la presencia humilde y cordial de Adela, los dos indios altos, recios, como estatuas de bronce que aguardan impasibles junto a ella para trasladarla, y cree ver los jardines, las fuentes, las

soberbias paredes de mármol, el pabellón de la sala de armas, y aquel famoso asalto a esgrima en que había visto el odio asomarse a las grises pupilas de Demetrio...

Era cierto, la aborrecía, la odiaba; su amor y sus besos habían sido una farsa, la indigna farsa de que se había valido su odio, ese odio para ella inexplicable, para arrancarla del lado de los suyos, para envenenar el corazón de Johnny, para enajenarle el afecto de Teodoro de Castelo Branco, para hacer de ella lo que era, en el fondo de las selvas de Matto Grosso: la esposa maltratada, propiedad exclusiva y privada de un hombre brutal.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente peor? ¿Le duele más? Mi Jaime me dejó unas pastillas para que las tomara si el dolor aumentaba... Desde luego, son un poco narcóticas, tendrá mucho sueño después de tomarlas...

—Démelas, Adela... Por unas horas, más me vale olvidar... ¡Castelo Branco... Johnny... Pobre Johnny! ¡Si tú supieras!

\* \* \*

Si Verónica no sólo recordara, si su mente en un salto prodigioso pudiera en realidad volar al palacio de los Castelo Branco, lo hallaría bien distinto. Ahora no hay música en sus salones, no se extiende la larga mesa cubierta de manjares bajo los dorados techos del comedor, no corre el *champagne* servido por las manos hábiles de criados de librea...

Están silenciosos los jardines, apagadas las luces del piso alto; y en el ala derecha, toda la vida parece concentrarse en las tres piezas que forman el apartamento privado de Johnny; el saloncito donde algunos amigos aguardan; el despacho donde los mejores médicos de Río se reúnen para celebrar una consulta, la alcoba donde tendido en el lecho, consumido, adelgazado, quemado por la fiebre que lleva muchos días, el heredero de la ilustre casa lucha a brazo partido con la muerte.

—Teodoro... ¿salieron ya?

—Todavía dura la consulta. Pero el doctor Ortega acaba de hablarme.

—¿Dan esperanzas?

—Sí. Hoy dan esperanzas... al fin... ¡Al fin!

Don Teodoro se ha dejado caer en el asiento, mientras Sara le apoya en la cabeza abatida la temblorosa mano... Están en el extremo de la alcoba de Johnny, lo bastante cerca del lecho junto al que vela una enfermera, para no perder uno solo de los movimientos del hijo amado, lo bastante lejos para poder hablar libremente...

—¿Qué te dijo Ortega?

—Es un amigo, además un gran médico; para él no es un secreto el gran disgusto, la terrible pena que ha sufrido Johnny, y a ella atribuye la mayor parte de la enfermedad...

—Desde luego que tuvo un gran disgusto; pero si no se hubiera puesto a beber como un loco no hubiera sucedido nada de esto.

—¡Quién sabe... quién sabe! No es que yo quiera disculparlo; pero el golpe fue demasiado para él...

—Parece mentira que con un ángel como Virginia al lado...

—Él amaba a Verónica.

—¿Y qué? Con un poco de voluntad se manda el amor a paseo.

—¡Qué fácil es decirlo, Sara! Johnny hubiera sido muy feliz casado con Verónica...

—No lo creo. Buen provecho le haga al ingeniero San Telmo.

—¿Y no ha habido ninguna noticia de ella?

—Hasta ahora nada. ¡Ingrata!

—Salió de aquí tan tristemente... Últimamente fui con ella duro e injusto.

—Yo no vi que hicieras nada de particular. Además, es absurdo que te preocupes de nada estando Johnny como está... ¿No tenemos bastante con él?

—Un dolor no acalla a otro. ¡Y están tan ligados en mi corazón Johnny y Verónica!

—¡Ya lo sé, ya lo sé! Pero lo que pasó, pasó... Lo que no tiene remedio es tonto empeñarse en que siga atormentándonos. Yo sé que Verónica era una hija para ti; pero hija o sobrina, se casó y se fue. Nos queda Virginia, ese ángel de Virginia. ¡Si Dios quisiera que el corazón de Johnny se inclinara a ella!

—Deja al pobre corazón de Johnny reponerse. Mira, parece que despierta. ¿Quieres dejarme a solas con él?

—Sí; me iré un rato con la pobre Virginia. Está tan triste y tan preocupada con la enfermedad de su primo que ni come ni duerme. A veces temo que ella también caiga enferma; esto es, que se empeore de su mal...

—Su enfermedad es bastante extraña; también le hablé de ella al doctor Ortega...

—¿Y qué te dijo? ¿Que está muy malita?

—No. Al contrario... ya hablaremos después. Ve con ella si quieres. Johnny está despierto.

—Háblale, y piensa que enamorarse de otra mujer es lo mejor que podía sucederle...

Ha salido.

Don Teodoro se ha acercado a la cama donde los grandes ojos de Johnny se abren reconociéndole...

—Papá...

—Aquí estoy, hijo... ¿Te sientes mejor?

—Creo que sí.

—¿Te duele la cabeza?

—Ahora muy poco, casi nada...

—Creo que lo peor ha pasado ya, hijo de mi alma. Hace un momento he estado

hablando con el doctor Ortega y acabo de tranquilizar a tu madre también...

—Sí... mamá... ¿Dónde está? Quiero verla.

—La verás después... y a Virginia también. Todos han estado pendientes de ti.

—¿Y Verónica? ¿Ha habido carta, telegrama? ¿Dónde está... cómo está?

—Las noticias de Matto Grosso tardan en llegar...

—¿Cómo?

—Todavía no hace ni tres semanas completas que se fueron. Deben estar en el camino aún...

—Telegrafía a Cuyabá. Pasa telegrama a todos los hoteles...

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué? ¿Qué?

—Nada, hijo... Ahora hay que esperar la respuesta, y pensar por el momento en otra cosa...

—¿Otra cosa?

—Otra cosa que no sea Verónica, hijo de mi alma.

—Ya no la quieres, ya no te importa nada de ella...

—Me importa más de lo que yo mismo quisiera. Pero son cosas que no tienen remedio. No pienso abandonarla, siempre me hallaré dispuesto a hacer por ella lo que sea, pero hay que tener paciencia, no sea que con nuestro afecto exagerado disgustemos al señor San Telmo...

—Hablas de él como si importara más que nadie.

—Importa para ella. Por favor, Johnny, no sigas aferrado a esa idea, haz un esfuerzo, piensa que tú eres lo único que tu madre y yo tenemos... Eres el último de los Castelo Branco, tu vida es preciosa... Ayúdanos a defenderla.

—¡Papá!

—Olvida a Verónica... trata de amar a otra mujer, de soportarla al menos. Dicen que un amor es lo único que cura otro... Busquemos la forma de que esto sea. Vive, hijo... No te entregues a ese estado de ánimo peligroso, que no te llevará sino al más triste de los finales. Si algo como padre puedo pedirte, si alguna consideración te merece tu madre también... ¡Oh, Virginia!

La puerta se ha abierto tan suavemente que ninguno de los dos la ha sentido y el fino cuerpo de Virginia se ha deslizado silenciosamente; ha oído las últimas palabras de Teodoro; toda ella está vibrante, tensa, recogida en sí misma como la fiera dispuesta a saltar sobre su presa. Pero su expresión cambia, bajan los párpados como ocultando los ojos tímidamente, y sonrían los labios con el más dulce de los tonos...

—Perdóname... Me dijeron que Johnny estaba mejor... y he corrido para acá sin darme cuenta. Llevo tantas noches sin dormir por él. Perdóname Johnny... ¡pero no puedo estar sin verte!

—El doctor Ortega encargó que Johnny no se fatigara. Llamaré a la enfermera y lo dejaremos un rato con ella.

—Yo la llamaré si tú quieres, tío. Puedes ir con la tía Sara entretanto...

—Papá, prométeme avisarme cuando sepas algo de ella.

—Así lo haré.

Le ha dejado solo un instante; pero apenas desaparece, Virginia vuelve a acercarse muy despacio.

—¿No te importa que me quede contigo un momento? La enfermera está ocupada.

—No es preciso que te molestes...

—No pongas esa cara de angustia, no te hablaré si no quieres; pero al menos déjame estar al lado tuyo... Es tan triste que no quiera saber de nosotros la persona a quien adoramos, el hombre por quien vivimos únicamente...

—¡Virginia!

—Ya sé que nada fastidia tanto como un amor que no se comparte. Yo no pretendo que me quieras, Johnny; pero al menos, déjame quererte...

—Virginia, por piedad...

—¡Johnny! ¡Mi Johnny; nadie te quiere como yo, nadie vive para ti como yo estoy viviendo...! Mi Johnny, mi amor; perdona este dolor, esta pena, estas lágrimas... perdóname el quererte como te quiero y no saber conquistar tu corazón...

## Capítulo 20

—¡Una botella de *whisky* y un vaso... pronto!

Demetrio ha entrado en la taberna, a esas horas desierta. El mozo medio adormilado, deja la escoba con que comenzara a barrer; para atender al insólito pedido.

—¡Pronto! Mueve los pies, maldito haragán...

—Habla usted como el propio doctor Botel, Demetrio.

—Reverendo Johnsson... ¿usted aquí?

—Perdóneme que le haya seguido a pesar de sus palabras de hace un momento...

Usted me pide que le deje en paz como el único favor que puedo hacerle...

—Si eso le dije, ¿por qué no lo hace?

—Es lo que estoy tratando de hacer. Quiero, debo ayudarle a buscar la paz de su alma...

—Basta, reverendo, no soy de su rebaño...

—Para la oveja que más se aparta de él, guarda el pastor sus mejores desvelos.

Venga a mi casa, Demetrio; beberá cuanto quiera, pero al menos no me obligará a darle a mis fieles el lamentable ejemplo de estar aquí.

—¿Por qué no se va?

—Nunca sin usted, Demetrio.

—Está bien, voy a complacerle; voy a ir con usted; pero no se imagine que creo en su santidad.

—Yo tampoco creo... no hay santos en mi Iglesia.

Han cruzado la plaza, han entrado en la salita del reverendo... Como un león enjaulado va de un lado a otro Demetrio, y al fin se asoma a la galería para mirar con ansia la colina, donde sólo dos *bungalows* han quedado en pie, la que fuera casa de Ricardo es sólo una columnilla de humo elevándose sobre el liso terreno.

—Excepcionalmente tomaré con usted.

—¿Es el mismo *whisky* de anoche, verdad? Con el que brindó Verónica por Matto Grosso... ¡por el infierno verde! Espero que ya no tenga humor para levantar el vaso...

—Usted tampoco... el brazo izquierdo al menos. ¿Por qué se quitó el pañuelo? Las quemaduras tardarán más en sanar si no lo apoya...

—¿Le importa mucho eso?

—Aunque usted no lo crea, me importa.

—¡No mienta! Le importa saber que pasa con Verónica, le importa saber por qué me casé con ella, le importa saber por qué la traje a Matto Grosso. Pues bien, va usted a saberlo... le responderé con las mismas palabras que a ella; la hice mi esposa porque la odiaba, la traje a Matto Grosso para realizar la venganza que había jurado...

—¿Qué... qué? ¿Qué dice usted?

—Venganza no; castigo... Castigo tan justo, tan certero, ¡que está justificado por cruel que parezca!

—¿Justificado?

—Sí, sí, y ¡no crea que fue tan fácil hacerlo!

—¡Ya me lo imagino!

—Pero por lo que usted piensa; se oponían muchas cosas: mi caballerosidad, mi hombría de bien, mi compasión humana, mi conciencia...

—¿Tiene usted todo eso?

—¿Qué?

Su único puño sano se ha cerrado con rabia como para caer sobre el rostro del reverendo; pero la mirada azul se fija en él con un frío valor sin jactancia ni desafío...

—Usted puede golpearme si lo desea. Mi condición de clérigo, como usted dice, me imposibilita para defenderme. Será para usted tan sencillo, tan fácil como golpear a una mujer.

—¡Reverendo Johnsson!

—Hágalo... ¿qué le detiene?

—Tal vez lo mismo que me impidió golpearla a ella; porque no la golpeé; me limité a sujetarla cuando ella se lanzó sobre mí como una fiera, y al rechazarla para que no repitiera la ofensa intolerable de abofetearme, cayó contra la mesa.

—Ah... ¿fue eso?

—Fue eso... fue así. No crea que lo digo para excusar mi brutalidad. Ni tiene excusas ni estoy tratando de buscarlas. La rechacé como un loco, la empujé brutalmente, soy un bárbaro, un salvaje, ¡tan salvaje y tan cruel como ella merecía que fuera!

—Ella... ella... No siga hablando en ese tono absurdo. Qué ha podido hacer contra usted esa criatura... ¿En qué podía ofenderle?

—¡Usted no la conoce!

—Me ha bastado unos minutos de hablar con ella para conocerla. Toda ella respira honradez, dignidad, nobleza.

—Es una dama... una gran dama: educación exquisita, modales y desenvoltura de clase superior, belleza extraordinaria, elegancia soberbia, todo eso lo ha visto usted en unos minutos, todo eso le ha deslumbrado a usted, y no me sorprende. Tan deslumbrado, tan ciego, tan estúpidamente subyugado como usted, estaba yo a los diez minutos de conocerla; pero cuando la verdad brotó, cuando el barro infecto se dejó ver entre las flores del pantano, la odié más furiosamente de lo que la había amado... y cuanto más he estado junto a ella, cuanto más he comprobado sus falsas perfecciones, cuanto más seductora, cuanto más exquisita, cuanto más irresistible me parece, más grande y más desesperado es mi odio, ¡porque mayor veo su crimen!

—¿Su crimen? ¿Qué está usted diciendo?

—Por esa mujer, por esa exquisita, por esa maravillosa mujer, arruinó su vida mi hermano Ricardo, por ella vivió como un condenado, ¡por ella murió como un perro!



—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Imposible!

—Cierto... cierto... aunque parezca imposible... ¡Completamente cierto!

—¿La mujer que arruinó la vida de Ricardo?

—Sí... la aristócrata que le fascinó, que le puso por condición hacer fortuna antes de acercarse a ella. La que le envió a Matto Grosso sin compasión para su juventud, para su inexperiencia, para su amor ingenuo y confiado y la que al fin no vaciló en escribirle, rechazándolo definitivamente cuando hecho un guiñapo por las enfermedades y el alcohol, alcanzaba ya la riqueza... ¿No cree usted que esa mujer merece lo que he hecho?

—¡Un momento... un momento! ¿Cómo supo eso?

—¡Por desgracia no hay lugar a la menor duda!

—¿Le ha confesado ella?

—¡No! Naturalmente que no... esas cosas no se confiesan.

—¡Entonces!

—Ya le dije a usted que estaba bien seguro. ¡Lo escuché de labios de la que fue su confidente!

—¿Cómo? ¿Qué?

—Alguien que la conocía mejor que nadie, vendió su secreto.

—¿A usted?

—No... a otro desdichado.

La historia dolorosa brota impetuosamente de labios de Demetrio. Ya no calla nada... ¡ya no quiere callar nada! Sus dudas, sus angustias, sus ansias, sus recelos, las duras luchas con su alma, la farsa de su ruina. La boda fastuosa cuando ya no era posible retroceder.

—Desdichado...

—Me compadece... ¡Ahora me compadece!

—Pero no porque le juzgue menos culpable... Justicia o venganza... su crimen es el mismo de todas maneras.

—¡Pues lo hice, y no me arrepiento!

—No diga eso... Demasiado sé que se arrepiente. Lo estoy viendo sufrir, padece más aún que cuando vino hace cinco meses... ¡El sabor de la venganza ha sido bien amargo para usted!

—¡Cumpló el juramento hecho sobre la tumba de mi hermano!

—¡Está bien! Por suerte o por desgracia, las cosas han llegado a último extremo. Han caído las máscaras y ustedes son ya enemigos francamente. El falso sacramento se ha roto. Si me lo permite, dispondré todo para que la señora San Telmo vuelva a Río de Janeiro...

—¿Qué está usted diciendo?

—Supongo que gestionara el divorcio... Aún más, la anulación del matrimonio religioso a que tiene perfecto derecho.

—¡Verónica de Castelo Branco no volverá a Río de Janeiro!

—¿Pretende usted retenerle después de lo pasado?

—No la dejaré volver a Río, donde otros hombres la esperan... donde otro matrimonio pueda hacerla dichosa... ¡No, no! Su vida y la mía están atadas definitivamente... para mí no habrá tregua, no habrá paz ni descanso. ¡Pero no la dejaré, no se irá tranquilamente, riéndose de mí después de todo!

—¡Está usted completamente loco!

—¡Que me lo suplique ella misma, si quiere... que se arrastre a mis pies, que llore; que me demuestre su arrepentimiento, que compre con lágrimas y humillaciones su libertad! ¡Sólo entonces la dejaré!

—¿Es su última palabra? ¿Debo proponérselo en su nombre a ella?

—¿Desde cuando es usted el abogado de Verónica? Le prohíbo decirle una palabra de nada de esto... ¿Lo oye usted, Johnsson? ¡Se lo prohíbo! Si da usted un solo paso en favor de ella, si le habla usted de esta conversación, le juro que me la llevaré de Porto Nuevo... aún más lejos. ¡La arrastraré río arriba... la llevaré al fondo de la selva... hasta que acabemos los dos de una vez!

—¡Está bien! Usted gana, porque dispone de la fuerza, y estamos en un medio bárbaro, donde nadie me ayudará contra usted... el más rico minero de cien leguas a la redonda. Tendré que cruzarme de brazos para que no consume usted un crimen más grande; pero no lo haré sin decirle que su conducta, por estúpidamente cruel, merece todo mi desprecio...

—¡Reverendo Johnsson!

—¿Qué... qué? ¡Pégume de una vez!

—No... ni a los clérigos ni a las mujeres. Ni ella ni usted lograrán llevarme hasta ese extremo... ¡Pero tampoco me harán ceder! ¡Ella es mía, me pertenece y la conservo!

El pastor le ha visto alejarse sin una palabra, sin un gesto; apretando los labios, cerrando los puños hasta clavarle las uñas en la piel; mientras la imagen de Verónica pasa por su mente, como la triste imagen destrozada de aquel imposible sueño de su amor primero...

\* \* \*

De pie en el marco de la puerta de aquel cuarto de los armarios que indicara Botel, Demetrio lleva largo rato inmóvil. Se ha lavado la cara y cepillado los cabellos, ha aceptado la camisa limpia que la señora de Botel le ofreciera, y ahora contempla con intensa amargura la pálida y bellísima mujer que cerrados los ojos, vendada la frente, parece ausente de cuanto le rodea...

—¿Estás mejor, Verónica?

Los ojos negros se han abierto. Un relámpago de ira cruza por ellos y la amargura

de los labios se disuelve en un gesto de desprecio...

—¡Estoy perfectamente... todavía no has logrado matarme! Tu venganza está incompleta... ¿por qué no aprovechas este momento? ¿Por qué no me matas ahora, Demetrio? Es preferible acabar de una vez...

—No soy un asesino, ¡no deseo tu muerte! Si la hubiera deseado, la ocasión era bastante propicia; me hubiera bastado con dejarte desmayada en el *bungalow* ardiendo y salvarme yo solo.

—¿Me echas en cara que te debo la vida? Puedes estar seguro que preferiría haberla perdido a debértela...

—Ya lo sé. Eres lo bastante soberbia para pensar y sentir de esa manera; pero no estoy echándote nada en cara. Trato solamente de defenderme de una acusación excesiva, aunque en realidad no entré a nada de eso, entré sólo a saber de tu salud y tengo la recomendación del doctor Botel de no permitir que te agites ni te disgustes...

—¡Qué considerados... qué amables y qué corteses se han vuelto de pronto tú y ese doctor Botel en cuyas manos me has puesto!

—No hay otro médico en toda la región, y mal que bien tenemos mucho que agradecerle.

—Ya lo sé; estamos bajo su techo... Vivimos gracias a la compasión que ha permitido a su mujer tenernos. Supongo que estarás satisfecho...

—¿Yo satisfecho?

Ha ido a responder bruscamente; pero la señora Botel se acerca ya visiblemente agitada...

—Perdóneme... perdóneme... pero Verónica no debe moverse. Por favor, vuelva usted a acostarse en las almohadas, Verónica. Si recayera usted, Jaime me echaría la culpa a mí, estoy segura. Cuídese por mí, Verónica, se lo ruego...

Blandamente la señora Botel la ha vuelto a acomodar en las almohadas, mientras Demetrio sale apresuradamente.

—Déjeme, señora Botel, déjeme... ¡que acabe su obra de una vez! Es una fiera...

—No lo creo... Las fieras no sufren por cosas de éstas, y él sufre como un condenado. ¿Es que no lo ve usted?

—¿Pretende usted que lo compadezca?

—Tal vez si se esforzara usted en comprenderlo...

—¡Comprenderlo! ¿Pero qué otra cosa deseo? Comprender, saber por qué... ¡por qué!

—Cálmese, se lo ruego. Tengo el presentimiento de que se le van a arreglar a usted todas las cosas... Por lo pronto, supe por Ayesha que el ingeniero había estado buscando al indio Iguazú para hablar con él...

—¿Ayesha? ¿Quién es Ayesha?

—Una indita joven, bastante inteligente, aunque una verdadera calamidad. Se supone que es la sirvienta de ustedes, porque Ricardo Silveira le pagó adelantado un año de sueldo...

—¡Ricardo Silveira!

—Su pobre cuñado alejó a todo el mundo con sus arrebatos y sus borracheras; sólo el reverendo Johnsson y Ayesha, esa indita que acabo de nombrar, estuvieron a su lado hasta el último momento. Cuando quiere puede ser muy útil, pero rara vez quiere.

—Antes habló usted del indio Iguazú, Adela...

—Efectivamente; era lo que quería contarle; pero no sé donde tengo la cabeza. Su marido le hizo una porción de encargos. Hace una hora salió a toda prisa para Cuyabá, y volverá con la balsa llena de encargos. Parece ser que el ingeniero se ha decidido a proporcionarle a usted un hogar decente...

—¿A mí un hogar? ¿Junto a él... aquí?

—Bueno... Él dice que va a explotar la mina personalmente, para eso hace falta vivir en Matto Grosso.

—¡Él puede vivir en el infierno, si quiere! Yo saldré de aquí apenas pueda ponerme en pie.

—No creo que la deje ir el ingeniero San Telmo... pero ya hablará usted de eso cuando se ponga buena.

—¿Quiere darme papel y pluma? ¿Puede proporcionármelos? Necesito escribir a Río de Janeiro.

—¿Por qué no espera a sentirse mejor? Será inútil que escriba inmediatamente. Hasta que vuelva la piragua no habrá forma de enviar su carta al correo de Cuyabá. Dos días para bajar, ocho para volver... total: diez días. No tiene usted prisa de ninguna especie.

Las manos de Verónica cayeron otra vez sobre la colcha, con gesto de inmenso desaliento. No era sólo Demetrio de San Telmo, era luchar contra la selva, tan áspera, tan hosca, tan impenetrable como él...

## Capítulo 21

—Johnny...

—¿Qué, papá?

—Noticias de Verónica. Te prometí traerlas apenas llegaran, y cumplo con mi palabra como siempre.

—¿Carta... telegrama? ¡Déjame ver!

Los ojos ansiosos de Johnny se han abierto a la sombra de las hondas ojeras. Todo él se ha estremecido trémulo de dichosa impaciencia. Está recostado entre los almohadones de su lecho, limpio ya de fiebre, en plano de franca mejoría según los médicos, manteniendo aún en zozobra el alma de aquel padre que parece vivir exclusivamente para él.

—Las noticias son indirectas, pero inmejorables. Un largo telegrama del dueño del hotel San Pedro...

—¡Ah!

—Un tal *monsieur* Belot, sujeto muy amable desde luego. Me informa que Verónica y San Telmo estuvieron allí sólo un día y continuaron viaje el martes de la semana antepasada; lo cual indica un viaje increíblemente rápido...

—¿Viaje a dónde?

—Directamente a Porto Nuevo, el lugar más cercano a la mina de San Telmo. La comunicación de Cuyabá a ese lugar se hace por medio de balsas, piraguas y otras embarcaciones de remos. No es de extrañar que las cartas tarden varios meses...

—¿Y ese *monsieur* Belot les vio? ¿Habló con ellos?

—Claro hijo, puesto que pasaron un día en su hotel. Parece muy satisfecho de que yo le haya teleografiado y se pone a mis órdenes incondicionalmente... Pero ya no debemos tardar en tener noticias directas de Verónica...

—Un lugar al que sólo puede irse en piragua, en canoa de remos...

—Ella eligió su destino, hijo mío, y es seguramente dichosa al compartir la suerte del hombre a quien quiere. Recuerda que me prometiste hacer un esfuerzo para olvidarla, tener voluntad, ser fuerte... Y ahora, hijo, quisiera hablarte de Virginia.

—¿Tú también? Mamá me habla de ella cada día, y ella misma...

—Ya sé que no ha tenido empacho en confesarte su amor ingenuo... me lo ha dicho tu madre, y te confieso que estaba muy lejos de ser el ideal de mujer que para ti me había forjado...

—Tu ideal y el mío eran el mismo, padre...

—Quisiera que tuvieras la misma entereza que yo para sufrir el desengaño, para resignarte a lo que no tiene remedio...

—Tal vez algún día me resignaré.

—No de ese modo ambiguo... efectivamente, probándolo con hechos.

—¿Con hechos?

—Déjame explicarte. Una de las razones por la que no deseaba que mis nietos

tuvieran a Virginia por madre, era su salud delicada. Siempre la tuvimos por una enferma... Últimamente he hablado mucho de ella con el doctor Ortega. Él estima que en su corazón no hay lesión alguna...

—¿Ah, no? Me alegro, papá... me alegro por mamá y por ella.

—Alégrate también por ti mismo, y ponme atención. Parece que son sus nervios los que están alterados, los que le producen el raro fenómeno de hacerle sentir los síntomas de una enfermedad que no tiene.

—¿Cómo?

—El asunto es bien claro: Virginia está enferma de amor por ti... Ya ves, cuando tú languideces porque una mujer no te quiere, hay otra que a su vez enferma por el amor que no le tienes...

—Yo la quiero como un hermano, papá.

—Tal vez; pero no lo eres, y ella está muy lejos de sentir por ti los mismos sentimientos. Ella te quiere como mujer, no quiere vivir si no es para quererte...

—Sí, papá; comprendo... Pero deja que pase más tiempo...

—No hay prisa de ninguna especie. Te dejo descansar y pensar. Mientras, voy a darle a tu madre las noticias que tenemos. Volveré luego con ella.

Solo en su alcoba, Johnny ha hecho un gesto de profundo desaliento. Perdida Verónica, nada le importa ya, sólo una honda compasión por sus padres, cuya ansiedad y preocupación le atormenta... sólo una blanda lástima por la jovenzuela de grandes ojos claros, de modales tímidos, de dorados cabellos, que como él enferma por un amor que se le niega.

\* \* \*

—¿Mejor, verdad? Mucho mejor... no hay más que verle la cara...

—Efectivamente... asombrosamente mejorada.

—Mi Jaime es un gran médico, aunque no soy yo la llamada a alabarlo.

Verónica, sentada entre almohadones, una venda mucho más ligera que en días pasados, parece recobrase por minutos, gracias a su prodigiosa vitalidad...

Los grandes ojos más profundos y tristes, tienen ya el brillo del fuego interior que siempre la animara, los labios han vuelto a ser frescos y rojos, como flor perfecta, como fruta bien sazónada. Sin esfuerzo alguno se ha sentado en la cama, poniendo atención a los ruidos que llegan desde la galería.

—¿Quién da vueltas allá afuera? ¿De quién son esos pasos?

—¿De quién han de ser? De su Demetrio. Va desde la orilla de la ventana hasta la esquina, lo menos cien veces todas las mañanas... hasta que mi Jaime sale de hacerle la cura y le dice cómo está. Entonces se marcha a vigilar las obras de arreglo del otro *bungalow*.

—¿El otro *bungalow*?

—Es tan grande como éste, y arreglado por una persona que sabe, quedará magnífico. ¿Quiere que lo llame para que él mismo le explique?

—¡No! No lo llame.

—Como cosa mía...

—Como cosa de nadie. ¡No quiero verlo, no me interesa!

—Está bien, como quiera...

—¿Ya se ha marchado?

—No... está parado en la esquina de la galería, tomando el café que le lleva Ayesha. Le advierto que si no fuera por esa criatura se hubiera muerto de hambre, porque no hay forma de que se siente a la mesa a alimentarse como Dios manda...

—Tengo ganas de verle la cara a la tal Ayesha. ¿Por qué no entra a limpiar este cuarto, si como dice usted es nuestra criada?

—Los nativos de la raza de Ayesha son bastante particulares.

—¿Quiere usted hacerme el favor de salir a la galería y llamar a Ayesha?

—No creo que logre nada, pero lo intentaré. ¡Ayesha! ¡Ayesha! La señora San Telmo te llama... ¡Ayesha! ¿No le digo? Ha salido corriendo disparada...

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Necesitas algo?

Demetrio ha entrado en el cuarto apresuradamente, fijando la mirada ansiosa, primero en Verónica, luego un instante en la señora Botel, para volver luego a aquel rostro que tan ardientemente deseaba mirar, sobre el que sus pupilas se agrandan como queriendo sorber la imagen anhelada... Los ojos sedientos de la belleza de Verónica a pesar suyo brillan de placer al mirarla.

—¿Qué hace falta traer? ¿Para qué llamabas a Ayesha?

—Verónica tenía curiosidad por verle la cara. Le hemos hablado tanto de la tal Ayesha y es un tipo tan particular...

—Efectivamente, es muy curioso... a lo mejor tiene buena memoria la muchacha. No hay que olvidar que fue criada de mi hermano Ricardo...

Su mirada se ha vuelto dura y penetrante espiando el rostro de Verónica, impasible ahora bajo la máscara de fría dignidad.

—A veces, las gentes más humildes tienen rasgos de fidelidad emocionantes.

—Mi querido San Telmo, déjese usted de fantasear con la tal Ayesha. ¡No es más que una fresca y una malcriada! Pero Dios mío, ya debe estar mi Jaime al llegar para curarla. Voy a preparar las pinzas y los vendajes, a lo mejor hoy mismo le quita los puntos...

—Adela...

—Vuelvo en seguida... Aprovechando ahora que está usted tan bien acompañada. Se ha ido dejándolos solos. Durante unos instantes se miran silenciosamente y al fin Verónica habla en su tono de amargo sarcasmo.

—No es necesario que te sacrifiques; puedes volver a tus paseos...

—¿Desairando la buena voluntad de la señora Botel? ¿Afirmando mi fama de

marido desconsiderado y brutal...?

—Supongo que es la fama que deseas tener, la fama que te satisface.

—Tal vez, y tú estás encantada con tu papel de víctima...

—¡Yo no estoy haciendo papel de ninguna clase!

—Ya sé que has mandado a buscar al reverendo Johnsson, que ha tenido el buen sentido de buscarse algo que hacer unos cuantos kilómetros río arriba, y que aún no ha acudido a tu llamada.

—Ya veo que vives espiándome.

—Jamás he descendido tanto; pero como sigues fuera de la realidad del lugar en que habitamos, voy a recordarte que en estas casas de madera se oye todo lo que se habla.

—Sobre todo cuando se coloca uno debajo de una ventana abierta, escuchando cuanto ocurre en el interior de un cuarto.

—El cuarto a que te refieres es éste, es el que los Botel nos habían destinado a los dos. Por no molestarte he puesto mi hamaca en la galería. Supongo que no pretenderás mandarme a dormir bajo los árboles.

—Me interesa muy poco el lugar en que duermas, y en cuanto a tu famoso cuarto, muy pronto lo tendrás para ti solo.

—¿Qué?

—Hoy me quitarán los puntos... Desde mañana quedará Adela libre de la responsabilidad de cuidarme, me quedaré sola e iré a donde se me antoje, donde me plazca...

—Perdóname que te haga volver a la realidad. En Porto Nuevo, aparte de las casas particulares, no hay más lugar para huéspedes que los altos de la taberna, y ya puedes imaginarte la clase de hombres y sobre todo de mujeres, que suelen hospedarse en un lugar semejante.

—No pienso quedarme en Porto Nuevo.

—Yo sí. Tu deber es acompañarme.

—¡Mi deber... mi deber! Terminarás por hacerme reír, tan estúpidamente hablas...

—¡Verónica!

—Estúpidamente, sí; con una jactancia, con una vanidad insoportable; como si fueras el dueño del mundo entero, como si la yerba tuviera que pedirte permiso para crecer y los astros para girar. Supongo que habrás caído en la locura de creerte un semi Dios, gracias a las talegas de oro que el esfuerzo de otros te han regalado...

—¡Verónica!

—¿Qué pasa? ¿No tienes bien dispuesto el paladar para saborear verdades amargas?

—¡Piensa en las que yo pudiera decirte, si no hubiera resuelto tener la fiesta en paz!

—¿Por qué no me las dices? Comienza; estoy deseando escucharte... ¿Qué tienes



que echarme en cara? ¿Algún fracaso político de tu partido... alguna hazaña de mi padre que perjudicaba tus intereses, o los de tu familia? Si no es de algo así, no sé de qué tengas que tomar en mí venganza.

Demetrio ha sonreído con sonrisa tan feroz, tan cruel y amarga, que desfigura las nobles facciones de su rostro, dándole la expresión de un endemoniado. A pesar suyo Verónica se ha estremecido, ha temblado; pero su orgullo es más fuerte que su miedo, más fuerte aún que la extraña lástima que aquel gesto de desesperación le produce, y mirándole fijamente calla, calla, hasta que de labios de él brotan las palabras en torrente impetuoso, mojadas de la hiel de sarcasmo.

—¡Qué maravillosa actriz! Es una lástima que te hayan perdido los escenarios del mundo... ¡Pero no te voy a dar el gusto de que puedas negarme tu infamia!

—¡Demetrio!

—Perdóname... también me había hecho el propósito de no insultarte, de permanecer impasible esperando tu arrepentimiento...

—¿Mi arrepentimiento? No tengo nada de que arrepentirme.

—¡Sigue! ¡Sigue encastillada, peor para ti! Pero oye mis últimas palabras: para salir de Matto Grosso, para recuperar tu libertad, para que un divorcio rompa la maldita cadena que nos ata, tienes que reconocer tus faltas, tienes que humillarte delante de mí, tienes que llorar y que suplicar, porque sólo por lástima, sí... por lástima, seré capaz de perdonarte.

—¡Ingeniero San Telmo, por favor! Pensé que iban ustedes a reconciliarse... además, ahí está el reverendo Johnsson, dice que Verónica lo mandó a buscar... Yo... yo...

—Dígale que pase.

Adela sale muy nerviosa, mientras Demetrio se vuelve a Verónica una vez más...

—Ahí lo tienes. No ha resistido más que dos días tu llamada; pero no ha de servirte de mucho lo que ese infeliz logre ayudarte... No hay más camino para salir de aquí; acabo de señalártelo: ¡El arrepentimiento, la humillación, la expiación por el dolor y las lágrimas! Algún día llegará, más tarde o más temprano... doblegaré tu soberbia, pisotearé tu orgullo satánico. Y ahora, recibe a tu reverendo Johnsson, ¡que buen provecho te haga!

Ha salido violentamente del cuarto, mientras Verónica se incorpora en brusco ademán de saltar del lecho.

—Es el reverendo, Verónica... por favor, cálmese.

—¿Me mandó usted llamar, señora San Telmo?

—Sí, reverendo... perdone que me haya atrevido a molestarle.

—No hice sino cumplir con mi deber, y aquí estoy para servirle si en algo puede usted necesitarme...

Frío, forzosamente sereno, circunspecto hasta resultar huraño, Johnsson permanece de pie junto al lecho de Verónica sin apenas mirarla.

—La escucho, señora San Telmo...

—Reverendo Johnsson... No quisiera abusar de su bondad, no quisiera traer más dudas, más dolores, más angustias a su alma. Demasiado comprendo lo que sufrirá usted en un medio como éste, sin más ley que la fuerza ni más razón que la brutalidad. Demasiado considero y calculo lo que debe ser luchar solo aquí contra todas las fuerzas del mal; pero usted es el único a quien puedo dirigirme... el único hombre civilizado en cientos, en miles de kilómetros a la redonda. No puede sorprenderle pues que me atreva a reclamarle su ayuda y su apoyo...

—Ya sé que me hace usted un gran honor confiándome sus penas.

—No es eso lo que quise decir, reverendo; probablemente me he explicado mal, o me he equivocado al juzgarle... Si es así, retiro todas mis palabras y...

—No, Verónica... por Dios... señora San Telmo, quise decir; tenga la bondad de perdonarme.

—Prefiero oírme llamar Verónica... Verónica de Castelo Branco... es el nombre que me dio mi padre, el que quiero llevar siempre, devolviendo el que me han prestado.

Sus ojos se han llenado de lágrimas, con esfuerzo ahoga el sollozo que acude a su garganta, y aquel dolor compartido en silencio, penetra hasta el fondo del alma del pastor, haciéndole balbucear...

—Señora San Telmo...

—No me llame más así...

—Así es sin embargo como debo de llamarla. Es su nombre y lo será por muchos años.

—No, reverendo... Estoy decidida a que no le sea más. Para eso lo he llamado. Es preciso que yo salga de Porto Nuevo; que llegue por lo menos hasta Cuyabá... De allí hay telégrafo, hay medios de transporte. Es una población al menos... Un lugar en que podría hacerse algo, en que no seré un mueble, un objeto, en que hay autoridades, leyes, un poco de justicia...

—¿Pretende usted que la ayude a escapar?

—No, reverendo... No sería un procedimiento digno de usted ni de mí.

—Tal vez fuera el único camino sin embargo...

—¿Qué está usted diciendo?

—Hablo desde el punto de vista de las realidades de la selva. Escapar sería duro, sería difícil, se correrían mil riesgos; pero es lo único que podría intentarse...

—¿Lo único, dice usted? Pero es que huyen los criminales, los culpables... ¿Qué piensa usted de mí, reverendo Johnsson?

—Absolutamente nada, Verónica... No se trata de lo que yo piense sino de lo que se pueda lograr.

—Usted era amigo de Demetrio...

—Era... ha empleado usted la palabra exacta.

—¿Quiere decir que ya no lo es?

—Sigo considerándolo un hombre honrado, aunque equivocado, violento,

implacable...

—¿Implacable en qué? ¿Le habló él de su venganza? ¿Le dijo qué tenía contra mí?

—Sólo sé que no está dispuesto a dejarla marchar.

—Ah, no, ¿verdad? Entonces, sus palabras de antes, de hace un instante, cuando usted entraba, no eran sólo un arrebató de cólera; son como todo en él, ¡una infamia premeditada!

—Le ruego que se calme.

—No puedo calmarme.

—Pone usted su salud en peligro...

—¡Mi salud... mi vida... de bien poco valen!

—¡Verónica, no me importa lo que haya pasado! Soy su amigo de usted, lo seré siempre... Estaré a su lado contra todo y contra todos, no me importa afrontar la cólera de Demetrio San Telmo... que me persiguiese, que me matase... Pero no es contra mí contra quien él amenaza descargarla, es contra usted, Verónica. Si ve que trato de ayudarla, se enfurecerá más. Me ha dicho que la arrastraría hasta el fondo de la selva, y bien sé de lo que es capaz un hombre desesperado...

—¿Desesperado? ¿Ha dicho usted desesperado?

—Porque él... él a pesar de todo, la ama. La ama.

—¿Que me ama?

—Hay amor en el fondo de su odio; si no lo hubiera no sería éste tan fuerte, tan implacable...

—Su odio...

Los dedos trémulos oprimen las sienes; en la herida mal cerrada el latido de la sangre es como el golpear de un martillazo; pero su ardiente corazón indomable parece erguirse como la fiera acorralada, disponiéndose para el combate.

—Dice usted que está desesperado, ¡yo creo que está loco, reverendo Johnsson!

—No lo está. Según él mismo dice, por su desgracia... Su furia es como un vendaval que pasa desgajando los árboles, como un torrente que todo lo arranca. Sólo lo que se dobla, lo que se humilla, lo que no es capaz de oponerle resistencia saldrá con vida de sus manos.

—¿Qué trata de decirme?

—Repito las palabras, que según parece, también le dijo a usted. Él necesita verla humillada; no la perdonará si no logra usted mover a compasión su alma. Sus súplicas y sus lágrimas serán el único camino para que él le otorgue la libertad.

—¿Mis súplicas? ¿Mis lágrimas? ¿Pero por qué tengo yo que llorar y suplicar?

—Se dará por satisfecho si usted lo hace. Hallará un pretexto frente a su propia conciencia para faltar al juramento de vengarse...

—¿Juró que tomaría venganza en mí?

—Sí, Verónica... Me ha prohibido hablarle de esto; pero antes de conocerla, antes de ir a Río, había jurado ya esa venganza.

—¡Pues que la cumpla! Si su soberbia incalificable le ha arrastrado a constituirse en juez de alguien a quien no había visto jamás, que cumpla su juramento, ¡que termine su venganza!

—Verónica, yo le suplico que no tome usted esa actitud.

—Es la única compatible con mi propia dignidad. Y también con mi amor... Sí, reverendo Johnsson, porque Demetrio de San Telmo ha sido amado por mí como ninguna mujer amó nunca a hombre alguno, ¡con el primer amor de mi alma!

—¿El primero?

—Tal vez pude engañarme que había querido antes; pero no, no era cierto. Mi corazón despertó para él, y todo el mundo fue distinto para mí después que le hube amado. Todo se derrumbó, ambición, vanidad, conceptos de la vida, ese anhelo tan humano de hallar la dicha fácil. Al quererle, lo acepté todo: la renunciación, la pobreza, el trabajo, el alejamiento de los míos, la lucha por la existencia en el medio más hostil, más miserable, y él... él...

Ha erguido altanera su perfil de medalla, una decisión inquebrantable brilla en sus ojos negros y arde en sus encendidos labios...

—¡Dígale usted a Demetrio que acepto su reto; que me quedo en Porto Nuevo, a su lado, compartiendo su vida! ¡Que no lloraré, que no suplicaré; que no logrará jamás verme humillada, y que él será quien tenga que pedirme un día por compasión, que salga del hogar, del infierno donde tanto empeño tiene en sujetarse!

## Capítulo 22

Demetrio ha salido con paso apresurado del *bungalow* de los Botel; marcha muy deprisa sin darse cuenta de hacia donde camina, atormentado sólo por el rabioso anhelo de huir.

—Patrón Demetrio... Patroncito...

—¿Eh, qué?

Muy cerca de él, de entre las hojas enormes de una planta tropical ha surgido la cabecita oscura y fina de Ayesha. Sobre la piel color de barro cocido, tienen un resplandor metálico los ojos mongólicos y brillan como pulpa de coco los dientes blanquísimos...

—¿Tú sabías que yo me había escondido aquí? ¿Viniste a buscarme, patroncito?

Sin responder, sin mirar apenas a la chiquilla que se acerca insinuante y zalamera, Demetrio se ha sentado en una de las altas raíces retorcidas, enjugándose con las manos el sudor que empapa su frente y sus mejillas...

—¡Es insoportable!

—¿Te molesta calor, patroncito? Ayesha tiene algo fresco para ti... Espera... espera un poquito.

—Por favor, déjame...

—Nunca comes... ¡Siempre estás rabioso y triste por esa maldita mujer blanca!

—¿Qué has dicho?

—No dije nada patroncito, pero tú sufres y Ayesha sufre contigo...

—Sufrir... sufrir... ¿No es acaso el destino de todo lo nacido? Pero oí perfectamente lo que dijiste... No vuelvas a nombrar así a mi esposa, ¿entiendes?

—¿Te enojas conmigo, patroncito? Yo no lo quiero.

—Ya lo sé. Pero hablarás de ella con el respeto debido, o te despediré definitivamente.

—Sí, patroncito. Pero eres malo con la pobre Ayesha... pobre Ayesha que tanto te quiere a ti.

—¿Quererme?

—Sí. Más que quise a patrón Ricardo todavía.

—¿Quisiste a Ricardo?

—¿No te acuerdas? Antes, cuando estuviste aquí, que todavía no te habías casado con mujer blanca, te lo dije. Yo cuidaba de él; su ropa, su comida, su *whisky*...

—¡Su *whisky*!

—A veces le llevaba frutas... como éstas que te he traído a ti. Y él comía; cuando no había bebido mucho, comía, cuando no, sólo pedía *whisky* y gritaba como loco... y tiraba frutas a cabeza de Ayesha si ella no corría. Pero era bueno conmigo. Y me ponía mano sobre cabeza y me miraba con sus ojos tan grandes y tan tristes. Me gustaría que tú hicieras lo mismo... Esta mano tan fuerte...

Se ha apoderado de la ancha y tostada mano de San Telmo, acariciándola con sus

finos dedos de niña... después, ella misma la coloca sobre su cabeza y sonríe con íntima delicia...

—Pesa tanto como un cesto lleno de ropa. ¿Con esta mano rompiste cabeza de la mujer blanca?

—¿Estás loca? ¿Qué dices? ¿De dónde sacas eso? ¿Quién te lo dijo?

—Nadie me dijo, patroncito. No me mires así. Ayesha no quiere que te enojés; quiere estar contigo. Tus botas tienen barro... ¿las limpio?

—Deja...

—Las limpio mientras comes tus frutas, patroncito... ¿Ni siquiera tienes sed?

—Sed, sí.

—Bebe agua de este coco... Es dulce y fría como río en madrugada. Bébela toda. Así. ¿Verdad que te sientes mejor?

—Sí.

—Vas a enfermar tú también si no te cuidas. Nunca duermes y siempre caminas. Si ahora quieres dormir yo cuidaré de que no se acerque ningún animal dañino. ¡Patroncito, te lo suplico! Oye una vez siquiera a pobre Ayesha...

Demetrio ha mirado a la india. Acaso es la primera vez que realmente la mira; tan fresca, tan joven como una de esas frutas que rechaza su falta de apetito... ¡Qué inútil para él sin embargo! Sus cuidados le molestan, su presencia le fastidia, su voz, por ser voz de mujer, suena como crispando sus oídos; pero piensa que aquella criatura endulzó las últimas horas, los últimos días de su hermano Ricardo y una mezcla de gratitud y compasión le hace ponerse de pie suavemente, dominando con un gesto amable el violento anhelo de huir.

—¿Quieres que te traiga una hamaca aquí mismo, patroncito? Puedo ir corriendo hasta el *bungalow* de los Botel y descolgar una de las que están en galería, sin dejar que nadie me oiga ni me mire... Ayesha es muy lista, patroncito...

—No debes serlo para esas cosas así; podrían tomarte por una ladrona.

—¿Quieres que la pida? ¿Quieres que diga a señora Botel que es para ti?

—No, Ayesha... te tomarías un inútil trabajo, no la utilizaría. Estoy demasiado inquieto y no deseo dormir.

—Patrón Demetrio, patroncito... ¿Dejas tus frutas?

Demetrio no ha vuelto la cabeza, no da señales de haberla oído; en realidad es como un ciego para todo cuanto le rodea; sólo una imagen llena su imaginación, sólo un rostro de mujer parece clavado en sus pupilas, sólo un nombre va de su corazón a sus labios, a sus oídos como si estuviera diluido en su propia sangre, como si corriera por sus venas siendo parte de él mismo.

—Verónica... Verónica...

Aquel nombre que parece deshacerse en sus labios como una exquisita golosina, como un panal de miel purísima que destilara en cambio sobre su corazón amargor de hieles y de mirra.

\* \* \*

—¿Está usted escribiéndole a Verónica, tío Teodoro?

—¡Ah, Virginia! No te sentí acercarte...

Algo inquieto como siempre que la inesperada presencia de Virginia surge a su lado, Teodoro de Castelo Branco ha dejado un momento la pluma que antes corriera sobre el papel llenando varios pliegos...

Los claros ojos hipócritamente ingenuos han captado con asombrosa rapidez varios párrafos y hay un temblor de inquietud en aquellos labios de Virginia, tan dóciles a la sonrisa forzada...

—Yo pensé que ibas a esperar a que ella escribiera para contestarle.

—Con la familia no es preciso guardar esos cumplidos... ¡Y hay demasiadas dificultades para enviar las cartas, en el lugar en que ella está!

—¡Cuánto quieres a Verónica, tío de mi alma!

—¡Mucho, Virginia... mucho! Han sido necesarias estas interminables semanas de angustia, para medir hasta que punto esa criatura es para mí una verdadera hija del alma...

—Ya... A los que se van les pasa como a los que se mueren... todo hay que perdonárselo...

—¿Tú crees?

—No te pongas serio... no te disgustes... ¡Si yo también estoy deseando saber como le va! Si yo también la quiero mucho... y si Johnny, bueno, la olvidara, la quisiera solamente como a una hermana... ¡cómo iba a quererla yo también!

—¿De verdad? Todo tu pique, todo tu disgusto contra Verónica, ¿no era más que a causa de Johnny? ¡Me gustaría tanto comprobarlo!

—Puedes estar seguro... Me da vergüenza confesártelo; pero no tenía otra razón ni otra causa... ¡eran los celos que me trastornaban! La idea de pensar que iba a casarse con Johnny... Desde niña lo quiero, tío Teodoro, y ¡he sufrido tanto, tanto!

—Vamos... No tienes por qué entristecerte. Tus sufrimientos han pasado. Ahora eres dueña absoluta de la situación, y con un poco de habilidad de tu parte, todos tus sueños se verán realizados.

—¡Qué feliz me haces hablándome así, tío Teodoro! Quiero ser mejor de lo que he sido siempre, quiero enmendar todas mis faltas, y para demostrártelo, voy a escribir yo también a Verónica. Y ahora, cuando salga con Johnny, él y yo pondremos en el correo las dos cartas... Termina la tuya, tío Teodoro, acaba pronto... ¡Antes de diez minutos estaré aquí a buscarla!

\* \* \*

—¡Tía Sara!

—¿Qué te pasa? ¿Qué quieres, palomita?

Doña Sara de Castelo Branco ha dejado sobre su secreter los papeles que atentamente leía, para recibir las caricias de Virginia, que la besa colgándose de su cuello.

—¿Qué te pasa, hijita?

—Nada tiíta... estoy nerviosa sin saber por qué. Contenta, triste, impaciente... Johnny ya está bueno... Johnny va a salir conmigo...

—Eso no es motivo más que de alegrarte. Ahora eres tú la encargada de distraerle, de hacer que olvide, y ya sabes que para todos tus planes cuentas conmigo, que precisamente me estaba ocupando de ti.

—¿Qué es eso que leías?

—La lista de invitados para el día de tu cumpleaños. Ya verás qué fiesta... Me gustaría tanto que se pudiera anunciar en ella tu compromiso con mi hijo...

—Es demasiado pronto, tiíta, Johnny no me quiere todavía...

—Ya te querrá.

—¡Ya me querrá y será mío... mío enteramente, y entonces, qué distinto será todo para mí, qué distinto!

Por un momento su ambición, su codicia, su desesperado anhelo de triunfo ha asomado a sus pupilas; doña Sara la mira un tanto sorprendida, pero Virginia vuelve a colgarse de su cuello...

—¡Tía querida! ¿No vas a escribirle a Verónica?

—¿Yo?

—Tú, sí... escríbele, tiíta...

—Es a ella a quien le corresponde escribirnos. Además, ya lo habrán hecho Johnny y Teodoro.

—Johnny no. Johnny le ha prometido al tío hacer lo posible por olvidarla, y como comprenderás no le va a escribir. El tío sí creo que le ha puesto dos líneas y me ha pedido a mí que le escriba pero yo no sé que decirle... Sin embargo, hay cosas que me encantaría que ella supiera. Por qué no le escribes tú, tiíta, y le cuentas que Johnny está empezando a quererme... que el tío Teodoro ya no se opone a que se case conmigo... ¡Que se dé cuenta de que no la echamos nada de menos, de que cuando ella no está aquí, somos felices!

—Pero pequeña mía, si Verónica está muy lejos, y muy contenta con su marido. No te ocupes más de ella.

—¡Tiíta! Si yo te pidiera como el mejor regalo de cumpleaños que le escribieras a Verónica en la forma que te he dicho...

—¿Cómo... qué dices?

—A ti te lo puedo decir, tía de mi alma. Tú quieres que yo me case con Johnny, tú quieres que yo sea feliz...



—Me parece que salta a la vista. ¿Cómo no voy a querer que seas feliz, hijita?

—Johnny todavía quiere a Verónica. Si supiera que ella no es feliz sería capaz de ir a Matto Grosso a pedirle cuentas al ingeniero San Telmo. El otro día casi sin querer me lo dijo.

—¿De veras?

—Y ella es muy capaz de escribirle pidiéndole auxilio. Es preciso que le demos a entender que no tiene nada que buscar aquí.

—Pero hijita ¿y sí está en una verdadera necesidad? Tú sabes que a mí no me simpatiza, pero somos sus únicos parientes...

—Después que yo me haya casado con Johnny no me importa que vuelva a Río. Entonces no le tengo miedo, ahora sí. Johnny y el tío Teodoro la perdonarán siempre, haga lo que haga y Johnny no sueña más que con verla otra vez aquí. ¡Hay que impedirlo tía Sara!

—¡Pero hija, hablas como si supieras las cosas! ¿Tienes algún indicio?

—Tengo un presentimiento, tiíta. ¡Nada más que un presentimiento; pero es bastante para mí! ¡Ayúdame, sé buena conmigo, que tú eres la única que verdaderamente me quiere en esta casa! ¡Escríbele!

—No entiendo lo que te propones, pero si eso va a hacerte feliz...

—¡Muy feliz! Pluma, papel, aquí lo tienes todo. Una carta muy cariñosa, ¿sabes? Para que trague el anzuelo. Comienza diciendo: Mi querida sobrina: extrañamos mucho tu silencio, a pesar de las grandes novedades que hay por aquí. ¡Qué feliz y tranquila está ahora esta casa, hija mía, y qué feliz me siento al poder decir que Johnny, curado de su arrebató, está empezando a querer a Virginia!

\* \* \*

Don Teodoro ha terminado su larga carta para Verónica, y escribe ya la dirección, cuando la figura suave y silenciosa de Virginia surge de nuevo en la puerta del despacho.

—¿Acabaste tu carta, tío?

—Sí... ¿Tú escribiste por fin?

—Unas cuantas líneas. Si Verónica me contesta le volveré a escribir una carta larga... pero soy más tonta para expresar lo que siento por escrito...

—Ya está. ¿Quieres llamarme a Genaro?

—Johnny y yo haremos de carteros, tío... Ya te dije que vamos a salir... ¡Oh, por Dios, no cierres el sobre... déjame poner también mi cartita allí!

—¡Pero hija!

—No te importa, ¿verdad, tiíto? Como Verónica no me quiere, a lo mejor una carta con mi letra en el sobre no la quiere abrir... Deja que vaya con la tuya y así me

sirves de padrino... estoy haciendo las paces como tú querías...

Con gesto mimoso y ademán rapidísimo, Virginia se ha apoderado de la carta de don Teodoro. Con la habilidad de un prestidigitador, ha sustituido los pliegos escritos por los que ella traía. Luego, cierra el sobre respirando a sus anchas por fin.

—Y ahora me voy corriendo; Johnny me debe estar esperando en el auto, furioso conmigo... Le he dado media hora de plantón. ¡Hasta luego, tío!

\* \* \*

—¡San Telmo! ¡San Telmo!

—Estoy aquí.

Como si despertara de un letargo de varias horas, como si volviera en sí tras el éxtasis doloroso en que sus pensamientos le hundían, Demetrio de San Telmo se ha apartado de aquella ventana donde pasara las horas sin sentir. Ya es de noche cerrada y un sirviente enciende las lámparas amarillas que oscilan a lo largo de la galería.

—Límpiese los ojos, hombre de Dios, y acérquese a ver lo que le he traído de la mina...

—¿Todo eso es oro?

—Cuatro taleguillas... dos para usted y dos para mí. Es polvo de oro purísimo... Con la mitad de una de éstas se dan más de cuatro por bien servidos. Hágase cargo de que hemos doblado el capital en los últimos veinte días... ¿No es para estar contento? Esto hay que celebrarlo... ¡Adela, trae *whisky*! A ver si se anima usted, hombre de Dios. Esto le alegra el ojo a cualquiera. Mire... mire, otras dos talegas de pepitas...

Ha hundido las manos en una de las preciosas taleguillas para mostrar un brillante puñado de pepitas entre los dedos temblorosos de codicia.

—A mí me emborracha mirar el oro. Con tenerlo así tengo bastante. Usted es de otra pasta, tiene otras ambiciones; pero todo lo que se le antoje puede mirarlo aquí; una gran casa en Río, alhajas, automóviles, vestidos, ¡perifollos para su mujercita! ¡Parece un sueño!

—El *whisky*... ¡Oh, caramba! ¿Acabas de traer todo esto, Jaime?

—¡Hey! No metas la mano aquí. Esto no se toca, ¿entendiste? Sirve y dile a Verónica que se asome. Ya puede levantarse y andar por donde quiera.

Un poco pálida, pero serena y firme, Verónica se ha acercado a la mesa. Aún con el humilde vestido de percal que la señora Botel le ha prestado, parece elegante y distinguida, y los ojos del médico la recorren con cierto deleite que no pasa inadvertido a las celosas pupilas de Demetrio.

—Con faldas está usted mucho más bonita... Parece más alta... ¿Quiere un poco de *whisky*?

—No, muchas gracias. Bastará un vaso de agua para Demetrio y otro para mí. No

podemos beber como ustedes porque no estamos acostumbrados al clima. La peor enfermedad de esta región es el *whisky*...

—¿Beberá agua el ingeniero?

—Ni agua ni *whisky*. Guarde usted ese oro donde sea, doctor y déjeme tranquilo, de sobra saben todos que detesto el oro de esta mina...

—¡Su marido es un caso para exhibirlo!

—Sí...

—Pero usted no puede brindar con agua por la primera remesa de oro que traigo de la mina desde que están ustedes en Matto Grosso. ¡Adela, busca una botella de oporto que debe estar por ahí!

—Eso me gusta más, doctor, Adela y yo tomaremos oporto...

—Mi mujer no bebe nunca.

—No bebería, ahora son lo bastante ricos para que le encargue usted una caja de buen vino cuando pida su *whisky*.

—¿Quiere usted componer el mundo? Convertirme en un marido de novela romántica...

—No tanto; pero bien merece Adela un poco más de consideración de parte de usted...

—¿Qué dice? ¿Pretende darme lecciones?

—Empezaré por dárselas a Adela...

—¿Ah, sí?

—Entre las dos tenemos el proyecto de poner una escuela de maridos. Considero que hace mucha falta en Matto Grosso...

—Quisiera verla convenciendo a los indios de que no apaleen a la media docena de mujeres que suele tener cada cacique...

—Empezaremos por los blancos, que son los que tienen la obligación de dar el buen ejemplo.

—Nunca esperé oír nada tan divertido...

—Aquí está el oporto... y una copa...

—Pon otra para ti.

—¿Para mí?

—¡Claro, idiota! A mí no... a mí no me des ese caramelo derretido. Yo beberé como siempre para darle la bienvenida a estas taleguillas y a la señora de San Telmo, ¡qué caramba! Como quiera que sea, da gusto que haya en Matto Grosso una mujer tan bonita...

Demetrio ha vuelto a aparecer en el marco de la puerta. Su rostro sombrío se dulcifica contemplando a Verónica bajo la luz amarilla de las lámparas de petróleo, y cuando terminado el brindis la ve salir hacia la galería, va silenciosamente tras ella.

—¡Verónica!

—¿Qué?

—¿Te sientes perfectamente bien? ¿Te consideras restablecida?

—Sí... Puede comenzar el segundo ataque...

—¡Verónica!

—El enemigo está en pie, y con el florete bien empuñado. Supongo que será para lo único que te interese mi salud.

—No luces muy bien todavía...

—El doctor Botel opina lo contrario, ya lo has oído.

—Has adelgazado. Ese vestido...

—Este vestido es de la señora Botel... Me queda tan ancho como a ti esa camisa.

—Sí... nos faltaba ese detalle ridículo; tener que vestarnos con ropa prestada... ¡y de qué tipos!

—Creo que no debemos más que gratitud a los Botel...

—Pasado mañana estará la piragua aquí. Traerá todo el equipaje que quedó en San Carlos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo conseguiste el milagro de hacer que remontara el río?

—Con dinero todo es posible.

—¡Es cierto... lo había olvidado! Eras tan pobre cuando te casaste conmigo. Hasta de mi ropa me dijiste que era preciso desprenderme, y yo te creí, y yo te sacrifiqué con entusiasmo hasta el último detalle de mi coquetería... ¡Yo, ciega y loca de amor!

—¡Verónica!

—No pongas esa cara tan triste... acabarás por conmoverme a mí y perderás el tipo. Recuerda que tus condiciones son implacables, estamos frente a frente; como en aquel simbólico asalto de esgrima. Entonces luché mal porque te quería... Ahora es distinto, y como enemiga leal te advierto: no bajes la guardia, no tengas el menor descuido. ¡Cuando me tire a fondo será para destrozarte el corazón, para herirte tan hondo como tú me has herido a mí!

## Capítulo 23

—Buenos días.

—Reverendo Johnsson... tan temprano usted por aquí...

—Y muy satisfecho de verla ya restablecida. Sólo venía a saber de su salud.

De pie en una de las cuatro escaleras que dan acceso al ancho portal del *bungalow* de los Botel, el reverendo Johnsson se ha detenido dominando su emoción con una sonrisa. No ha visto a Verónica hace tres días, se ha conformado con mandar a preguntar por ella, y hoy está como deslumbrado, tras haber cedido al impulso irresistible.

—¿Por qué no sube y se sienta un rato, reverendo?

—Temo que van ustedes a salir.

—¿A salir?

—Su esposo ha conseguido que el jefe civil le venda dos caballos de lo mejorcito de por aquí. Le oí dar las órdenes necesarias para conseguir arreos de montar a toda prisa.

—De todos modos, no creo que eso indique, que yo voy a salir.

—Hizo los encargos más cuidadosos con respecto a la segunda silla, y en el *bungalow* que arreglan para ustedes, por el que acabo de pasar al venir para aquí, están levantando una empalizada y un departamento para cuadras junto a la caseta para los sirvientes.

—¿Ah, sí?

—Le digo esto porque sé por la señora Botel que no ha querido usted ver su nueva casa.

—Reverendo...

—No me ha sorprendido; aunque si ha de vivir en ella...

—Según a lo que llame usted vivir...

—Verónica... perdóneme que me atreva a hablarle de algo que acaso no quiera usted oír, algo para lo que usted ha dicho darme una respuesta definitiva; pero que no puedo admitir como tal...

—¿Cómo?

—¿Qué ha decidido? El indio Iguazú estará pronto aquí, con él puede usted mandar una carta a su familia... Esta vida no es para usted. Aun cuando, en honor del ingeniero San Telmo, debo decirle que está haciendo todo lo posible por ofrecerle a usted ciertas comodidades; pero yo creo...

—Siento interrumpirle, reverendo Johnsson, y que Verónica se quede sin oír el final de su interesantísima opinión; pero mi esposa y yo vamos a salir.

Verónica ha contenido un movimiento de sorpresa. Desde que dejara el lecho se diría que Demetrio la espía, la persigue, surge a su lado cuando menos lo espera cortando toda conversación con su palabra seca, con su gesto hosco, o su amarga sonrisa.

—Acababa de anunciarle a la señora San Telmo que probablemente saldrían...

—Una penetración maravillosa, reverendo.

—Sólo faltaba averiguar si yo quería salir...

—He aguardado tres días a que pudieras montar a caballo para llevarte conmigo a la mina.

—Siento mucho que te hayas tomado tanta molestia inútil.

—De ninguna manera, señora San Telmo, por mí no guarde usted el menor cumplido. Ni siquiera había entrado, porque tengo el tiempo justo para volver a mi iglesia. Recuerde que hoy es domingo...

—Y por ser domingo el día más a propósito para visitar la mina.

—Perdóneme que les meta prisa, pero de aquí a allá hay una buena tiradita.

—¡Vamos, Verónica! Tu caballo está aquí. ¡Los caballos, muchacho!

Verónica se ha erguido más impresionada de lo que quiere demostrar; porque el primero de aquellos dos caballos es un retinto de largas crines, finos remos y pura estampa árabe, sorprendentemente parecido a aquel que tuvo que abandonar en las cuadras de su tío.

—¡Goliath!

—¡Vaya montura fina!

—¿Cómo? ¿Pero ése es el caballo que ha adquirido usted para su esposa, San Telmo? Es un animal peligroso...

—No para Verónica de Castelo Branco, amigo mío... En casa del jefe civil le llamaban «Centella», pero puedes rebautizarle «Goliath», y salvo algunos detalles, te sentirás igual que cuando paseabas por los alrededores de Río de Janeiro...

—¿De veras se siente usted capaz de ir hasta la mina en un animal así?

—Aprendí a montar desde niña, reverendo; pero no deseo ir a la mina. Prefiero santificar las fiestas al modo de usted, que al de Botel y Demetrio. Si me lo permite bajaré a su iglesia... nunca he entrado en ella. Desde aquí se ve tan blanca, tan bonita, que es casi lo único que puede mirarse en Porto Nuevo.

—¿Quieres decirme que desprecias mi regalo?

—Poco más o menos, algo así... Vamos cuando usted quiera, reverendo. No he olvidado que tenía usted prisa.

—¡Lo siento por «Centella»! Nadie lo montará ya que tú no lo has querido.

—¡Demetrio!

Ha corrido sujetando la mano de Demetrio que ya empuñaba el revólver contra el hermoso animal, pero sin poder impedir que escapasen unos tiros, que hacen acercarse a Adela asustadísima...

—Pero ¿están locos? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Absolutamente nada, señora Botel! Su marido y yo salimos para la mina... ¡Vamos, Botel!

Ha vuelto a guardar el revólver en su funda, mientras Verónica acaricia, calmándole, las negrísimas crines de «Centella».

—Nunca creí que hubiera un hombre capaz de una cosa así. ¡Es preciso no tener corazón ni sentimientos!

—¡El corazón es un gran estorbo en la vida! ¡En marcha, Botel!

Se han ido. Aún asustado, el pastor estrecha la mano de Verónica.

—Verónica, hizo usted mal en enfurecerlo así; pero es indispensable, es preciso que usted salga de aquí. Venga conmigo hasta mi casa. Tomaremos una resolución...

—No, reverendo, ahora no podría acompañarle a su iglesia. Váyase, déjeme aquí, ahora no podría...

Ha entrado en la casa conteniendo las lágrimas, y Williams Johnsson sigue despacio su camino.

\* \* \*

—Verónica, ¿qué mira?

Otra vez es de noche. Otra vez apoyada en la tosca baranda de madera de la galería, Verónica mira con ansia aquel grupo de luces amarillas que se alargan como serpientes luminosas, reflejándose en las aguas del río. A esas horas no destaca la torrecita blanca de la iglesia de madera; pero el portal de la taberna brilla como si fuera el centro de la mísera y tormentosa población primitiva, fruto de ambición y de codicia.

—¿No es hora ya de que vuelvan de la mina?

—Seguramente han vuelto por el otro camino, y harán una parada en la taberna. Antes mi Jaime siempre lo hacía, y el ingeniero San Telmo habrá estado conforme...

Verónica ha reprimido con esfuerzo un suspiro, y Adela la mira sin atreverse a formular los reproches que como una hermana querría dirigirle; pero le inspira demasiado respeto aquella criatura grave, taciturna, sombría, tan noblemente triste, tan hondamente pensativa, aquella criatura superior a quien no comprende su alma ingenua de triste esposa sometida.

—Lo mejor que podía hacer usted es irse a dormir.

—¿Y si no hubiera vuelto de la mina? ¿Y si hubiera ocurrido algún accidente? ¿Nunca se le ocurre a usted pensar eso al ver que no regresa su marido?

—¡Ay, querida! Al principio yo vivía temblando; que si las fieras, que si las serpientes, que si los nativos, que si una de esas enfermedades que atacan de repente... ¡Qué sé yo! Ya le he dicho que me pasaba las noches así, temiendo ver a mi Jaime que me lo trajeran en una camilla. Pero como él se ponía furioso y me daba inmediatamente una demostración de que estaba sano y vivo, opté por irme a dormir.

—¡Sano y vivo! Supongo que la haría víctima de las peores brutalidades... ¿Cómo puede vivirse con un hombre así? ¿Cómo puede sufrirse lo que usted ha sufrido?

—¡Ay, Verónica! ¿Y qué podía yo hacer para impedirlo? Es mi marido... nos queremos a pesar de todo. Yo lo quiero, él... bueno... ni en los peores días dejó de traerme lo necesario para vivir. Si me ve realmente enferma me cuida, y hace que los demás me respeten...

—¿Y es eso todo cuanto se atreve usted a pedir? ¿Es eso todo lo que aspira usted en la vida?

—Podían ser mejor las cosas; pero podrían ser peores... Al principio hubiera querido volverme con mi familia, si hubiera tenido padres, hermanos; pero no tenía sino parientes lejanos que me criaron casi de caridad y que se sintieron muy satisfechos al librarse de mí. Aquí al menos estoy en mi casa, no tengo que mendigar un rincón en otro sitio. ¡Oiga! Creo que vienen allí... Sí, son ellos; yo me voy a la cama antes de que me vea mi marido...

Verónica ha retrocedido escondiéndose en la penumbra de la galería. Ve cruzar tambaleante la figura de Botel... luego Demetrio, silencioso, sombrío, inyectados los ojos por el alcohol, torpes los pies que le llevan, sin notar su presencia, hasta el fondo de la galería.

—¡Verónica! ¿Qué hacías aquí?

—Nada.

Ha retrocedido hasta sentir la pared en la espalda. A la luz de la lámpara de petróleo casi extinguida, distingue el rostro de él desfigurado y fiero, el brillo metálico de sus pupilas, la sonrisa de sarcasmo que distiende sus labios...

—Supongo que no es ahora que regresas de acompañar al pastorcito...

—¿Qué?

—No fue contra el caballo, ¡fue contra él contra quien debí apuntar mi revólver esta mañana!

—¿Estás loco?

—Me las entendería con él ahora mismo... ¡Te juro que estoy deseando tratarlo como se merece!

—No, no. Estás loco; estás borracho. Sólo así podrías hacer responsable a un inocente y odiarlo sin motivo...

—¡Verónica!

—Has bebido hasta rezumar alcohol por todos los poros. ¡Qué repugnante es verte así! ¡Hasta tu aliento asquea!

—¡Verónica!

Se ha erguido vivamente herido en su amor propio y sus manos se aferran a los hombros de ella, impidiendo todo intento de huida.

—¡Basta! De todo esto no tienes que echarle la culpa sino a ti misma. ¡Por ti... por ti! ¡Bebo porque sufro y sufro por ti!

—Pero ¿qué es lo que pretendes? ¡Suéltame! ¡Suéltame!

—¡Verónica! ¡Mi vida!

Se siente enloquecer. Al fin la tiene allí... al fin el apretado nudo de sus brazos se



cierra sobre el divino cuerpo inútilmente soñado y deseado, y toda aquella juventud, limpia y fragante, exquisita, es como un soplo de fuego que le enloquece, encendiendo en una llamarada insensata sus sentidos...

—¡No puedo más, eres mi esposa! ¡Rompamos el pasado, comencemos la vida! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Todavía podemos ser felices!

—¡Nunca! ¡Nunca!

—¿Qué?

—¡Primero muerta! ¡Muerta, sí!

Con violento esfuerzo se ha librado de aquellas manos que la oprimen, los torpes dedos desgarran sus vestidos; pero las sombras la protegen.

De un salto ha ganado la escalerilla, se oculta tras la columna y corre al fin, corre colina abajo, mientras asoma por el oriente, el pálido resplandor del día...

\* \* \*

—¡Verónica! ¿Usted aquí? ¿Qué pasa?

—Nada... nada, creo que ya no es nada, reverendo...

—¡Pero está usted sin fuerzas, rendida! Ha venido corriendo desde allá arriba, ¿verdad?

—Sí... así ha sido...

—Está usted mal... Venga, entremos en la casa; allí me contará... Siéntese aquí. Haré que le traigan enseguida una taza de té bien caliente. Ha corrido usted mucho, ¿verdad? ¡No, no me responda, no hable; aguarde! Juana, Juana... haz té inmediatamente. Mejor aún café; pronto. Verónica, por Dios, ¿qué le ha pasado? ¿Llora usted?

—No... no debo llorar, no quiero llorar.

—Aquí puede hacerlo si lo desea; está usted frente a un verdadero amigo, que daría gotas de su sangre porque no tuviesen que correr esas lágrimas...

—Gracias... no es nada. Fue sólo un momento, ¡un estúpido momento de miedo!

—¿Ese hombre ha osado amenazarla?

—No...

—¿La ha insultado? ¿Ha querido maltratarla acaso?

—¡Yo le ruego que no siga preguntando! Gracias por haberme dado un refugio... permítame callar...

—Verónica... respetaré su silencio si usted me lo manda; pero quisiera saber, es preferible que yo sepa para tratar de defenderla... San Telmo está fuera de sí; no se le puede otorgar más crédito que a un demente. En una ciudad se le encerraría en un manicomio, aquí se le permite andar en libertad, obrar como le plazca y tener armas en la mano...

Casi sin darse cuenta ha estrechado entre las suyas, las manos de Verónica, trémulas y heladas, mientras con el paso silencioso de sus pies descalzos llega una sirvienta nativa trayendo el café que le pidiera su amo.

—Tome un poco de café. Necesita reanimarse, aún no está repuesta de la pérdida de sangre... Pero ¿por qué tuvo que huir así? ¿No estaban allí Adela, Botel, los criados?

—¡Botel!

—¡Ya me lo imagino! Les vi salir de la taberna. A Botel fue preciso que un indio le llevara el caballo de las riendas... apenas podía sostenerse sobre la montura, y en ese estado ese hombre...

—¡Calle, por favor!

—Verónica, ¡hábleme como a un hermano! ¿Qué intento contra usted Demetrio de San Telmo?

—Puede usted figurárselo... Le juro que no hubiera huido si mi vida sólo hubiera peligrado...

—¿Cómo?

—Pero hay ofensas peores que la muerte.

—¡Qué dice usted! ¿Se atrevió ese canalla a...?

—Después de todo es mi esposo.

—¡Ya!

—¡Pero no pude soportarlo!

—¡Es increíble! Preciso es que el alcohol le haya enloquecido.

—Reverendo Johnsson... usted sabe la horrible lucha en que el alma de Demetrio se debate...

—Yo sólo sé una cosa, Verónica. Que usted no puede permanecer ni un minuto más a su lado. Es preciso que pida auxilio a los suyos. Entretanto tendrá un asilo en esta iglesia, y le pediré a la señora Botel que me ayude a ampararla...

—¡Pobre Adela Botel! ¿Y a ella quién la ampara?

—Es verdad... esto es un horrible callejón sin salida, y usted se empeña en cerrar la única posibilidad de escape. ¡Escriba usted a su familia, Verónica! Enviaremos un propio a Cuyabá. Pagándolo bien no será difícil conseguirlo, y todavía tengo en mi poder cuatro talegas de oro de Demetrio de San Telmo.

—¿Qué dice usted... con su oro?

—Personalmente no dispongo de nada, por desgracia; pero obedezco mi conciencia al tomar lo necesario de este depósito, que puede usted restituir más adelante si sus escrúpulos llegan a tanto...

—¡Escribir a mi tío!

—¡Dígale la verdad... toda la verdad!

—¡La verdad, la horrible, la espantosa verdad!

—Hágalo ahora mismo. Pase a mi despacho; conseguiré al hombre que pueda llevarla. No vacile, no dude más... Si mi pobre amistad hallara un eco en su corazón,

si con mi pobre vida, con el sacrificio de mi triste vida pudiera yo lograr que salvara usted la suya...

Unos pasos han sonado interrumpiéndole... y la voz no tarda en sonar.

—No es preciso, reverendo Johnsson; ¡la vida de la señora San Telmo no corre peligro de ninguna clase!

—¡Demetrio!

—¡San Telmo! Estaba usted ahí...

—Ni siquiera han tenido ustedes la precaución de cerrar la puerta.

Sombríamente sereno, extrañamente despejado, ardientes los profundos ojos grises sobre el rostro de una palidez impresionante, Demetrio está apoyado en el marco de la puerta, desvanecida su embriaguez a golpe de dolor y de angustia, frío y altivo el gesto, como quien sólo se sostiene por la llama milagrosa de la voluntad.

—He venido a buscar a mi esposa. Aguardaré a que termine esa carta que puede usted enviar cuando guste, reverendo Johnsson; pero si los Castelo Branco vienen a reclamarla, no la encontrarán sino a mi lado...

—¿Qué se propone usted, San Telmo?

—Soy yo quien debiera preguntarlo, reverendo Johnsson. ¿Entra acaso en el ejercicio de su ministerio abogar por el divorcio, tratando de romper los lazos legales de un matrimonio?

—Nuestro matrimonio no fue sino una farsa premeditada, indigna, y ¡no tienes derecho a sostenerla!

—¡Pues la sostendré con todas mis fuerzas! Contra ti, contra él, contra los Castelo Branco si vienen... Ya no es una guerra de emboscadas, es el combate abierto, y hace mucho tiempo marqué las únicas condiciones que admitiría para darlo por terminado.

—Y bien claro te respondí a ellas: No, no y no. ¡No lo lograrás nunca, no me rendiré ni a tus brutalidades ni a tus violencias!

—Te ruego, te suplico que vengas conmigo. No me obligues a seguir comportándome como un salvaje, sería muy lamentable que atentara contra la preciosa vida del reverendo Johnsson...

—¿Serías capaz?

—Es el único recurso que me dejas...

—No tengo armas, ¡puede usted herir o matar a mansalva!

—Confío en que Verónica no me obligue a ello.

Verónica ha ido a responderle, pero un rumor de voces y carreras les hace a todos volver la cabeza... Y luego, desde lejos, la ronca voz de Botel.

—¡San Telmo! ¡San Telmo!

Ayesha llega también de pronto... sus negros ojos resplandecen...

—¡La piragua! ¡La piragua, patrón Demetrio! El indio Iguazú está en el embarcadero. Trae tres balsas grandes llenas de cosas... Todo el mundo corre al río para verlo.

Demetrio ha permanecido inmóvil, mirando a Verónica fijamente; pero en sus

ojos grises no hay ya el relámpago acerado del odio, hay un dolor tan profundo, una tan desesperada tristeza, que los de ella se apartan impresionados y doloridos, como si temiesen tener que perdonar sin comprender.

—Patrón Demetrio, ¿no vienes al río?

—¡Calla!

—Otros querrán comprar sus encargos... querrán robarlos si no los defiendes. Apurate, patrón Demetrio...

Ayesha se ha colgado del brazo de Demetrio. Es la primera vez que Verónica la ha visto claramente; armónica y sensual como una viva estatua de carne, altanera la frente morena, los ojos negros clavados en Demetrio como si nada ni nadie más que él existiera, y un gesto de amarga satisfacción desfigura el rostro de Demetrio.

—La casualidad le favorece, reverendo... ya tienen con quien pedir auxilio a la civilización... Aprovechen el momento mientras a mí me llaman las realidades de la selva... ¡Es curioso después de todo! Tres balsas de ropas y muebles son más importantes que Verónica de Castelo Branco...

—Ingeniero San Telmo...

—Son inútiles sus palabras, reverendo. Vivimos en el reino de los hechos. Si mi esposa no toma voluntariamente el camino de nuestra casa, volveré por ella o la llevaré del modo que sea. Vamos, ven, Ayesha...

Al verles alejarse, el pastor se acercó más a Verónica para hablarle en tono apremiante...

—No tenemos tiempo que perder, Verónica.

—¿Ésa es Ayesha?

—Sí, pero ¿no me está usted oyendo? Es preciso que escriba en seguida. El indio Iguazú sabrá llevar el encargo discretamente... Pase a mi despacho...

—¿De dónde salió esa india? ¿Desde cuándo la conoce Demetrio?

—Supongo que nada de eso importa en este momento...

—No. Ni ahora ni nunca. Escribiré...

## Capítulo 24

¡Carta de su familia... al fin!

El reverendo Johnsson ha entrado en el despacho, donde Verónica termina la larga carta escrita a su tío, y pone en manos de ella el sobre blanco con las iniciales de don Teodoro y su letra ancha y firme en la dirección escrita.

—Iguazú la trajo personalmente. Trajo también unos regalos que ha quedado allí, sobre la mesa del comedor... Hallé preferible que le agregara usted unas líneas a esa carta, después de leer ésta, y que el indio Iguazú haga salir en seguida, río abajo, a un hombre de toda confianza, y si es posible que la lleve él mismo.

—De mi tío, sí...

Con dedos que tiemblan de impaciencia, ha rasgado el sobre. Luego registra con ansia el exiguo plieguecillo cubierto de la letra menuda de doña Sara.

—Pues no, no es carta de mi tío... Solamente el sobre está puesto por él. ¿No había otra carta para mí?

—Solamente ésta, muy bien recomendada por un tal Belot del que habla el indio... ¿No es la que usted esperaba?

—No... nunca pensé que mi tía me hubiera escrito.

—Tal vez esté enfermo su tío...

—No habría puesto el sobre.

La ha leído, primero muy deprisa, bebiendo de un sorbo las líneas pueriles. Luego, una y otra vez más despacio paladeando con su alma sensitiva, todo el veneno sutil, que el ingenio diabólico de Virginia hiciera verter en las líneas de aquella carta.

—¡Verónica! ¿Alguna mala noticia? ¿Están enfermos sus parientes? ¿Qué les ha ocurrido?

—Nada... todo lo contrario. Esta carta me tranquiliza totalmente respecto a la salud de mi primo y a la felicidad de todos los de allí...

—Menos mal. Pero no parece usted muy satisfecha...

—Sólo siendo muy egoísta podría dejar de estarlo, reverendo; pero esta carta ha llegado muy a tiempo, me ha traído a la realidad que olvidé en un momento de ofuscación...

—¿La realidad?

—Anoche fui cobarde; me acometió un miedo pueril; hice mal en correr hasta aquí, hice mal en obligarle a enfrentarse a Demetrio, cuando debiera hacerlo yo misma, ¡como lo haré yo sola desde hoy!

—¡Verónica! Yo le suplico...

—No se preocupe más de mí, reverendo. He tenido un momento de debilidad, pero ya pasó...

—Permítame entonces rogarle que cierre esa carta y que la envíe.

—No, reverendo. Nunca debí escribirla.

—¿Qué ha podido decirle esa carta?

—Nada... léala usted mismo. Unas cuantas líneas a las que contestaré oportunamente, para que tengan noticias mías; pero no hay prisa. Tampoco es preciso enviar en viaje especial la respuesta. Escribiré mañana o pasado.

Se ha levantado como una autómatas, ha salido como una sonámbula, y ha cruzado, sin siquiera mirarle, frente al indio Iguazú, que sale tras ella sorprendido, atreviéndose a hablarle al fin...

—¿No has visto tus regalos, reina blanca? El patrón Belot me los dio para ti.

Verónica no responde; parece no oírle. Bajo el sol quemante del medio día sus ojos van hacia la colina.

—¡Mi lugar está allí!

Sí; allí está su casa, el hombre que eligió entre todos, el sitio en que los demás deben creerla feliz aun cuando sólo sea un infierno en que su alma agonice... Ha roto en mil pedazos la carta que escribiera para su tío... No huirá, no pedirá auxilio; enfrentará serena y valerosa su destino y lo enfrentará sola. Se siente más fuerte, más decidida; ahora sabe que Demetrio de San Telmo la ama tanto como la odia, ahora lo ha visto suplicar desesperado una caricia, y su belleza frente a aquel deseo es el arma terrible, el arma de dos filos con la que debe matar o morir...

—Verónica... Verónica...

El reverendo Williams también ha salido, apartando al indio que les contempla sorprendido. Está tan trastornado, tan fuera de sí que toma las manos de Verónica en incontenible ademán de súplica, en ardiente ruego desesperado...

—Verónica... Verónica... Yo le suplico...

—Perdóneme pero es inútil... ¡Qué claras se ven las cosas a la luz del día! ¡Qué claro lo he visto todo de repente! ¡No, no huiré! Pelearé hasta el fin...

—Y yo no puedo consentirlo... tengo el deber de defenderla.

—Se lo suplico. Perdóneme... se lo suplico. Me haría usted más daño que bien. Júreme, deme su palabra de honor de que no hará absolutamente nada por mí. Vuelva a su iglesia, a su vida tranquila, a tantos pobres como le necesitan a los que ha abandonado usted por mí... Adiós, amigo mío...

\* \* \*

—Tu sala ya está lista... ¿Quieres venir a ver cómo quedó de linda, patroncito?

La mano de Ayesha tibia y fina, ha resbalado sobre el desnudo antebrazo de Demetrio, deteniéndose en la ancha muñeca, mientras él de pie, apoyado en la empalizada mira hacia el pueblo con gesto sombrío.

—¿Por qué no entras a descansar? La señora Botel mandó un pequeño jabalí asado y yo mandé dos hombres que trajeron las mejores frutas para ti... ¿No quieres comer ya? ¿No quieres que yo te sirva?

—Creo que será lo mejor después de todo. ¿Se fue Botel ya?

—Patrón Botel salió para la mina. Indio Pedro vino trayéndole una buena noticia: más oro, patroncito... mucho más oro... Patrón Botel estaba tan contento que abrazó y besó a la señora Botel y le hizo beberse una botella de vino... ¿Por qué no entras a tu sala? Te acuestas en sofá. Yo te quito las botas y luego te traigo tu comida. También puedes darte un baño si quieres... En la cocina hay agua caliente. En los paquetes que pusieron en tu cuarto hay ropa limpia.

—¡Déjame, qué más da!

Se ha encogido de hombros y cruza muy despacio el ancho portal del *bungalow*. Ha quedado mejor que nuevo, y dan una extraña sensación de paz las habitaciones amplias y limpias, casi sin muebles; pero cubiertas por esteras de colores vivos...

—Botel no quiso que yo pusiera tus paquetes de ropa en el cuarto grande de la esquina, sino en el otro más chiquito que está al lado del comedor...

—Sí; ésas fueron mis órdenes, Ayesha...

—En el cuarto grande de la esquina pusieron todas las maletas, todos los baúles y todas las cajas que el indio traía...

—Es la ropa de mi esposa. Déjala allí...

—¿Y el cuarto grande y lindo es el de la mujer blanca?

—Eso pensé. Pero lo más probable es que jamás lo pise.

—¿De veras, patrón Demetrio? ¿Ella no vendrá nunca?

Demetrio se ha dejado caer en el sillón más próximo, en lucha feroz consigo mismo. Como agudos puñales le traspasan las palabras a la vez ingenuas y maliciosas de la india, y otra vez oculta la frente entre las manos y siente que lágrimas de hombre, las más amargas, las más quemantes de su vida, acuden a nublar sus pupilas; mientras Ayesha se acurruca a sus pies, adivinando, sorprendida y feliz.

—Mujer blanca se va con el indio Iguazú... La lleva hasta Cuyabá, patroncito... Ayesha queda contigo. Y llevaré tu ropa al cuarto grande y Ayesha quedará en el cuarto chiquito. ¿Me vas a dar los vestidos que la mujer blanca dejó aquí? ¿Me vas a regalar a «Centella»? ¿Me vas a llevar contigo a la mina? Mujer blanca no pisará nunca esta casa...

Sin ser vista, Verónica ha cruzado la puerta...

—Siento contradecirte, Ayesha; pero la mujer blanca ya está aquí.

—¡Verónica! ¡Tú! ¡Tú!

—¿Te contraría mi presencia?

—¿Contrariarme? ¿Qué dices?

—Supongo que sí... casi tanto como a la tierna Ayesha.

—Verónica, has venido... ¡Has venido!

Se ha puesto de pie, dominando apenas su loca, su insensata alegría; sintiendo como si su alma resucitara temblando a pesar suyo de una emoción nunca sentida.

No importa que los labios de ella se plieguen en un gesto de ironía, no importa que sus ojos vayan duros y desafiantes desde su rostro al de la india, no importa que

su voz suene otra vez en tono cruel de desafío.

—Veo que todavía falta mucho que hacer aquí. Siento no poder permitir que Ayesha se quede contigo; pero la necesito en mi cuarto y en la cocina...

—¡Mujer blanca!

—«Señora» es como debes llamarme desde hoy, Ayesha. Prepara el baño del señor en seguida.

—Pero...

—¡Corre! Y vuelve inmediatamente a mi alcoba. Allí te necesito. Supongo que querrás afeitarte, peinarte y ponerte ropa limpia antes de sentarte a comer conmigo...

—Verónica... Tú...

—Yo también necesito ponerme, por fin, ropa mía. Dentro de una hora te aguardaré en el comedor. Con tu permiso.

Demetrio queda mirándola alejarse como deslumbrado; pero parecen volverlo en sí las palabras de la india...

—¿La oíste? ¿La oíste?

—Tú eres quien por lo visto no la has oído... ¿Por qué no haces ya lo que te ha mandado?

—¡Patroncito! ¿Qué dices?

—Debes obedecerla y respetarla. Sé que es difícil para ti; pero es absolutamente preciso. Ve a hacer lo que te ha dicho. ¡Obedece o no podrás quedarte aquí!

Se ha ido, mientras la joven india, como un animalejo castigado marcha hacia la cocina... la espuma de rencor en los labios...

—¡Mujer blanca... maldita! ¡Tú sí te irás de aquí! Ayesha lo jura. ¡Te irás de aquí!

\* \* \*

Es ya de noche, y desde la galería de su *bungalow* Demetrio de San Telmo ve encenderse las luces que se reflejan en el río. El soplo de insensata alegría que la presencia de Verónica le produjera se ha extinguido...

Vestido con su propia ropa parece más esbelto, más distinguido; pero no menos amargo ni menos triste... Y oye sin escucharla la loca charla de Adela Botel, que está en el comedor junto a Verónica.

—Bueno... le dejo; porque usted estará rendida y yo también estoy cansadísima... Pero estoy muy contenta, contentísima... Su casa está preciosa. Y sus regalos me han gustado muchísimo. ¡Qué blusa más linda y qué perfume más exquisito! ¡Ay, usted sí sabe lo que es vivir! Si quisiera usted ayudarme a hacer mi lista de encargos.

—Con mucho gusto. Si usted quiere, mañana mismo.



—Que Dios se lo pague... No crea que soy supersticiosa, pero desde que ha llegado usted, ha cambiado mi vida. Me ha traído usted la buena suerte. Cada día más oro en la mina; mi Jaime cada vez de mejor humor. Esta mañana parecía otro hombre de amable y fino... Y voy a arreglar toda mi casa siguiendo el consejo que usted me dé. Creo que si seguimos así, hasta va a ser agradable vivir en Matto Grosso.

—Será un gran satisfacción para mí.

—Y ahora me voy corriendo que la tengo mareada y usted tiene que escribir. Adiós, Verónica, que en su nueva casa sea feliz, tan feliz como se merece y yo le deseo. Hasta mañana. ¡Cuánto la quiero, amiga mía! Buenas noches, San Telmo... ¡Enhorabuena! Le dejo a usted feliz con su mujercita... No vengan, no se molesten más por mí. Tengo que invitarlos a almorzar un día de éstos. Adiós... adiós...

—¡Es insoportable esta señora Botel!

—Es una mujer buena y sencilla. Son tan escasas las buenas almas en este mundo... Con tu permiso.

—Verónica...

—¿Qué?

Se ha detenido mirándola de frente. Pero frente a aquellos profundos ojos negros, Demetrio no sabe qué decir... La mira, sólo la mira y halla en ello el más doloroso de los placeres, pues no halla belleza comparable a la de aquel rostro de líneas purísimas a quien el gesto grave y reservado reviste de una majestad de reina antigua.

—¿Quieres decirme que te vas para la taberna?

—No iré a ninguna parte. Me quedaré aquí. ¿No quieres sentarte en la galería? Hay mucho fresco...

—Voy a escribir. Con tu permiso...

—¿A escribir? Pensé que antes habías escrito. ¿No se ocupó el reverendo Johnsson de enviar tu carta?

Con que ansia quisiera preguntar, con que angustia interrogan sus ardientes y desesperados ojos grises, con que quemante anhelo aguarda la respuesta, que Verónica retrasa como gozándose en su martirio.

—Supongo que no me prohibirás escribirle a mi familia...

—Nunca te lo he prohibido. Creía que lo habías hecho ya... acabo de decírtelo. ¿Lo harás ahora? ¿Pedirás auxilio?

—Exigirme que te diga lo que voy a escribir es peor que prohibirme que escriba...

—¡Perfectamente! ¡No me digas ni una palabra!

—¿Vas a la taberna ahora?

—No necesito ir a la taberna para beber cuanto se me antoje... ¡Ayesha! ¡Ayesha!

—¿Llamabas, patroncito?

—Tráeme *whisky*... aquí a la galería... Una botella entera y un vaso...

—Sí... sí, patroncito...

Los pies descalzos corren silenciosos y rápidos, mientras Verónica llega hasta la

baranda del portal...

—¡Iguazú! ¿Estás ahí?

—Aquí me tienes, reina blanca... Esperando por la carta que me dijiste. ¿Está ya lista?

—Sube y siéntate aquí. Te la daré apenas la termine, y saldrás para Cuyabá inmediatamente...

—Como mandes, reina blanca... Llevando tu carta mi piragua volará sobre el río.

—El *whisky*, patroncito Demetrio...

—Sírvelo, bien lleno el vaso y quedate aquí al lado mío, para que lo llenes cada vez que yo lo vacíe...

—¿Me dejas quedarme aquí?

—Ya lo has oído. Dame más...

—En seguida, patroncito...

Se ha colocado a sus pies, mirando a Verónica con gesto de desafío, voluptuosa y fiera como una tigresa joven; pero los labios de Verónica sólo dibujan una despectiva sonrisa...

—Un bello cuadro de familia... No te impacientes, Iguazú, terminaré la carta en seguida.

—¿Quieres que cante para ti, patroncito?

—Sí, Ayesha... canta.

—Sé una canción muy bonita. La cantan las mujeres de la taberna.

Verónica ha llegado al comedor. La pluma resbala lentamente sobre el papel blanquísimo, mientras desde la galería, suena la voz de Ayesha como en alegre son de desafío...

## Capítulo 25

—¡Carta de Verónica, Teodoro!

—¡Vaya, al fin! Ya era hora de que respondiera a la mía...

—Pero no es para ti... es para mí.

—¿Para ti? ¿Qué dices?

—Le escribimos el mismo día. Virginia echo juntas las cartas...

—¿Ah, sí?

Teodoro de Castelo Branco ha echado atrás la silla de su escritorio, para levantarse con un movimiento más vivo y un gesto de disgusto más expresivo de lo que hubiera querido demostrar...

—Pensé que me escribiría a mí primero...

—Yo hasta temí que se olvidara contestarme... Pero ha sido educada y gentil por la primera vez en su vida...

—¿Estás segura de que no había otra carta para mí?

—Segurísima, Genaro acaba de traer el correo, y no hay más que invitaciones, cuentas, revistas y la carta de Verónica...

—¡Madre! ¿Qué dices?

Johnny ha aparecido en la puerta del despacho. ¿Presentimiento de su corazón enamorado? ¿Casualidad? ¿Fatalidad? ¡Quién podría decirlo! Pero Johnny está allí, pálido por la emoción repentina; acercándose a su padre muy deprisa...

—¡Carta de Verónica!

—Efectivamente, acabo de recibirla...

—¿Tú?

—Yo, sí... No sé por qué se sorprenden tanto. Me ha contestado porque le he escrito y porque según parece, ¡el campo y la felicidad hasta un carácter como el de Verónica lo civilizan!

—¿Felicidad?

—Sí, hijo... parece que sí.

Don Teodoro ha leído los primeros renglones de la carta. Demasiado nervioso para esperar, Johnny se inclina también sobre su hombro y en la puerta de cristales que da al comedor, suave y silenciosa, como figura imprescindible, asoma Virginia.

—Ya me ha dicho Genaro que había noticias de Verónica.

—Sí, palomita, sí... Carta para mí...

—¿Por qué no me la enseñaste, tía?

—Tu tío estaba tan impaciente...

—Y Johnny también... ya lo veo... ¿Cómo está? ¿Qué dice?

—Apenas la vi por arribita... ¿Quieren leerla en voz alta para que todos nos enteremos?

*Mi querida tía:*

*Tu carta me ha alegrado y sorprendido... No esperaba tener noticias tuyas directamente; pero te las agradezco muchísimo... Es muy grato para mí pensar que después de todo, hay alguien en Río de Janeiro que se acuerde de mí...*

—Bueno... esto es una injusticia; yo le escribí con la misma fecha...

—Sigue, sigue, papá...

Todavía Johnny está muy pálido, sus manos se aferran al borde de la mesa; el alma entera parece concentrarse en sus oídos...

*Mucho me alegra la paz y la dicha de ustedes. Sería un verdadero remordimiento para mí si ustedes no fueran dichosos, mientras yo me siento tan feliz...*

—¿Eso dice? ¿Estás seguro?

—¡Leelo tú mismo!

*¡Qué tontamente se temen a estas regiones! Son bellísimas, y disponiendo de toda clase de comodidades como Demetrio y yo tenemos en nuestra casa de aquí, se vive tan bien como en el propio Río de Janeiro. El pueblecito es pequeño. Se divisa entero desde los «bungalows» que están en lo alto de una colina. Desde luego, no hay acueducto ni planta eléctrica; pero tampoco se necesitan, disponiendo de casi una docena de sirvientes indios...*

—¡Esta Verónica tiene una suerte! Nació de pie como aquel que dice...

—Sigue, sigue, papá...

*Demetrio además me reservaba una sorpresa magnífica: somos ricos. La mina que posee a medias con un doctor Botel, que es nuestro vecino, es la más importante de cien leguas a la redonda... Cada día se le descubren nuevos filones; ¡creo que de seguir así seremos irremisiblemente millonarios!*

—¡Eso no puede ser verdad! ¡Es una burla de Verónica, escribe eso para reírse de mí! —Ha saltado Virginia.

—¿Reírse de ti?

—¿Y qué tienes tú que ver con eso, palomita?

—Es cierto, absolutamente nada. Quise decir que podía ser una broma; porque no creo posible que dé tanto oro una sola mina. Sé de gentes que han estado casi un año en Matto Grosso sin conseguir nada que valga la pena y en Porto Nuevo, justamente,

Ricardo Silveira... ¡Oh, qué tontería... nada de eso le importa a nadie!

—¿Ricardo Silveira estuvo allí? ¿Cómo lo sabes, hija mía?

—¡No es que lo sepa, es que me lo imagino... oí decir que había muerto en Matto Grosso!

—¿Ha muerto Ricardo Silveira? ¿Cómo no me lo habías dicho?

—No me hagas caso tía, me puse nerviosa y dije una serie de tonterías... Termina la carta, tío Teodoro...

—Sí, papá... termínala. Aunque yo ya la leí...

Se ha dejado caer en una silla, como rendido por la intensa emoción sufrida, y tras mirar con desconfianza a su sobrina, Teodoro de Castelo Branco acaba de leer aquellas líneas que ya sólo doña Sara escucha tranquila...

*Mucho me satisface la noticia del compromiso de Johnny con Virginia. Espero y deseo que sean muy felices... Recuerdos a los que quieran recibirlos de mí...*

*Para ti, el afecto de tu sobrina,  
Verónica*

—¡Una carta satisfactoria!

—Le hablaste del compromiso de Johnny y de Virginia... pero aún no es oficial.

—Como si lo fuera...

—Naturalmente, como si lo fuera... además, mamá sabía que iba a darle con ello una satisfacción y una alegría. Es un remordimiento menos...

—¡Bueno, hijo... yo creo!

—Sin él se sentirá mucho más feliz... Aunque ya se ve que es la mujer más dichosa de la tierra, y que lo único que desea es poder olvidarse definitivamente de mí.

Su ira, su despecho, sus celos, van subiendo de punto... pero Virginia siempre tiene a mano el recurso de romper a llorar... y bien poco le cuesta fingir un sollozo que mueve la alarma de toda la familia...

—¡Virginia!

—¿Qué te pasa?

—¡Palomita mía!

—No es nada, perdónenme, tonterías... Yo no hago ni digo más que tonterías... perdónenme, perdónenme todos. Voy un rato al jardín...

Se ha ido estratégicamente, y tras ella Sara se pone de pie...

—Pero si está llorando... Virginia, hijita, eres muy duro con ella, Johnny. Deberías darte cuenta de que hablando de esa manera la haces sufrir... ¡Virginia, mi Virginia! ¡Palomita!

Se va tratando de alcanzarla, mientras la mirada de Teodoro se vuelve a Johnny...

—Johnny... hijo...

—¿También vas a reprocharme, papá?

—No, Johnny, al contrario. Lamento sólo el daño que la lectura de esta carta ha hecho. Es tan extraña... tan desconcertante; nunca pensé que Verónica escribiera así, ni que no contestara una carta como la mía...

—¡Los celos son una pasión ridícula!

—¿Qué tiene eso que ver con lo que te estoy diciendo?

—¡Nada! Es algo que me digo a mí mismo. Hay que sacudir el pasado... Hay que comenzar de nuevo la vida... ¡Me gustaría poder escribir a Verónica que yo también soy muy feliz!

—¡Pero hijo!

—Dispénsame, papá. Me alegro muchísimo de habernos equivocado con Demetrio de San Telmo. Y con tu permiso, voy a buscar a Virginia...

—¡Qué rara es esta carta! O no conozco yo a Verónica ¡o no fue sincera al escribirla!

\* \* \*

—¿Qué es eso? ¿Son tiros?

—De la escopeta de su Demetrio, que debe estar cazado por ahí...

—¿Demetrio? ¿Pero no fue a la mina?

—¡Vamos! ¿Así están todavía las cosas? Su Demetrio no ha ido a la mina más que un día o dos, y eso, llevado casi a la fuerza por mi marido...

La señora Botel acaba de instalarse cómodamente en la salita que forma el centro del *bungalow* de los San Telmo, entre el comedor y la galería. Alegre y decidora, mejor arreglada y mejor vestida, contrasta su aspecto con el de Verónica, siempre pálida, reservada y grave...

—Es increíble...

—¿Increíble qué?

—¡Que no sepa usted lo que hace su marido... cuando todo el mundo lo comenta en el pueblo!

—Ah, ¿sí?

—No va nunca a la mina; no se preocupa para nada de sus intereses... tampoco baja al pueblo ni a la taberna...

—Pensé que cuando salía iba a algún sitio y si no son la mina y la taberna, no sé donde pueda ir aquí...

—Nadie lo sabe a punto fijo y cada cual se imagina lo que le da la gana. Pero yo puedo decirle que muchas veces le he visto rondando esta casa, con la escopeta al hombro y el ánimo pronto como el que espera o vigila...

—Ah, ¿sí?

—Otras veces sube a la parte más alta de la colina y con los gemelos de larga vista, está horas y horas mirando hacia el río... ¡Cualquiera diría que espera alguna cosa! ¿Se imagina usted lo que pueda ser?

—Sí... me lo imagino...

—Usted en cambio, encerrada entre estas cuatro paredes, que ni siquiera a nosotros, por ser vecinos, nos visita...

—Iré a verla uno de estos días, Adela...

—¿Por qué no van esta tarde a cenar conmigo?

—Se lo diré a Demetrio...

—Insista, por favor, insista. Se dice por ahí que él se desvive por complacerla...

—¿Quién dice semejante tontería?

—Perdóneme si he sido indiscreta... pero me gustaría tanto que fuera así... ¡La gente habla de una nueva lista de encargos a Cuyabá, todos destinados a hacer esta casa más cómoda y más linda! Pero no la molesto más con mis tonterías. Ya la vi, ya sé que está bien... Me voy a preparar las cosas por si tengo la suerte de que vayan ustedes a cenar conmigo...

—Haré lo posible...

—¡Es todo lo que le pido! Y no tome las cosas tan a pecho... ¡o tómelas un día, usted que tiene carácter, y ponga de patitas en la calle a la india! ¡Oh, perdón, he dicho otra tontería!

—No se preocupe, Adela... No me ha dicho usted nada nuevo; que en todos esos paseos, en todas esas cacerías, en cada paso que da San Telmo, no va nunca solo, que le sigue los pasos la india Ayesha...

\* \* \*

—Amito Demetrio... ¿No vamos a volver a la casa?

—No.

En lo alto de la áspera colina, el revólver al cinto y al hombro la escopeta, inmóvil como de piedra, en su puesto de vigía, Demetrio de San Telmo contempla la superficie del río, escudriñando cada islote, cada tronco, cada montón de ramas que arrastra la corriente, con sus potentes anteojos de larga vista.

—¿Qué esperas que venga por el río, patrón Demetrio?

—Pueden venir muchas cosas, Ayesha... El indio Iguazú se fue hace muchos días, llevaba una carta de ella. Puede que la respuesta sea el propio Johnny de Castelo Branco; pero le conozco bien... No vendrá solo al corazón de la selva, traerá todos los medios para arrebatármela...

—¿Por qué te importa tanto la señora? Ella no te quiere, no te cuida, no te atiende. Pasas el día solo, lejos de ella. ¿Por qué te importa tanto mujer blanca?

—A veces quisiera que se fuera para siempre... otras...

—¿Otras qué, patroncito? Háblale a Ayesha... Ayesha es fiel como tu perro, como tu caballo, como tu escopeta...

—Sí, Ayesha... Ya sé que eres fiel; pero sé también que no puedes entenderme...

—A veces, ¿qué? Dime...

—A veces pienso que no me la quitarán, que no me la arrancarán por la fuerza. ¿Conoces tú bien la selva, Ayesha?

—Como mis propias manos, patrón Demetrio.

—¿Serías capaz de guiarme hasta un sitio donde no pudieran encontrarnos jamás?

—Naturalmente. Ayesha te llevará donde nadie nos encuentre, y hará para ti una cabaña de palmas y tejeré con mis manos hamaca de plumas para que tú duermas. ¡Llévame contigo, patroncito... Vámonos a la selva!

—A la selva, ¡con ella!

—¿Con ella? ¿Con mujer blanca? No... no... ¡Mujer blanca te odia!

¡Ayesha te quiere! ¡Te quiere!

—¿Estás loca? ¡Levántate de ahí!

Ella se ha abrazado desesperadamente a sus rodillas, pero Demetrio la aparta nerviosamente, como a un animalejo demasiado pegajoso, mirándole después arrepentido y compasivo...

—¿No quieres a Ayesha, amito?

—No es eso...

—No me quieres... ¡La quieres a ella!

—Sí...

—La quieres... la quieres... ¿La quieres para siempre, patroncito Demetrio?

—Sí, Ayesha. ¡Creo que para toda la vida! Para toda mi triste vida...

—¿Y si los hombres blancos te la quitan? Ella quiere ir con ellos.

—¡No me la quitarán! ¡Sólo me la quitaran por la fuerza! ¡Oh!

Ha visto algo en la superficie del río que le hace acercar a los ojos los prismáticos, mientras sus labios se crispan...

—¿Qué tienes, patrón?

—¡Una lancha en el río!

—¿Qué? ¿Qué?

—Sí... sí. Una lancha motor que avanza por el río...

—¿Lancha motor? ¿La lancha sin remos de que hablaba el indio Iguazú? La lancha de un patrón, ¿de un patrón Belot que mandó regalos para mujer blanca?

—Seguramente y en ella...

—¿En ella, qué?

—Nada. Déjame. Necesito encontrar al indio Pedro. ¡No se la llevarán!

—¿Es por ella que viene la lancha sin remos?

—Sí, Ayesha, vienen por ella; pero no, ¡no! Antes soy capaz de... ¡No sé... no sé! ¡Corre a las caballerizas, dile a Diego que prepare los caballos y que rellene unas



alforjas de comestibles!

—¡Patrón Demetrio!

—¡Corre a hacer lo que te he mandado! Y ni una palabra a nadie, ¿entiendes?  
¡Ve!

\* \* \*

—Mujer blanca ¿quieres oír a Ayesha?

—Eh, ¿qué?

Casi bruscamente Verónica se ha puesto de pie. Como un fantasma que se hubiera acercado sin ruido, como una viborilla que asoma de repente entre las ramas su chata cabeza, se le representa la muchachuela de pie junto a ella, con algo a la vez perverso y desafiante en los metálicos ojos negros...

—¿Quieres oír a Ayesha, mujer blanca?

—Creo haberte dicho ya que no me hables de esa manera...

—Es igual como te llame; nadie va a hacerte un favor como Ayesha va a hacerte...

—Un favor, ¿tú a mí?

—Vengo a decirte que te vayas...

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Quién ha visto semejante insolencia...! ¿Acaso tu patrón Demetrio?

—Patrón Demetrio me mandó buscar al indio Diego para ensillar caballos y preparar alforjas con comida. Patrón Demetrio quiere llevarte lejos, donde nadie te encuentre...

—¿Qué estúpida mentira estás diciendo?

—No es mentira. Patrón Demetrio preguntar a Ayesha si puede guiarlo por la selva donde nadie te encuentre. Patrón Demetrio quiere esconderte de hombre blanco que llega en barca sin remos.

—¿Esconderme? Pero ¿qué dices?

—Ahora mismo él busca indio Pedro. Tiene revólver y escopeta... te hará ir a la fuerza. Él vio venir barca sin remos desde lo alto de la colina. Huye, mujer blanca, vete... ¡Deja patrón Demetrio para india Ayesha, o nunca más saldrás de la selva!

Verónica ha retrocedido espantada. No acierta a creer, no puede comprender; pero hay una extraña sinceridad en las palabras de la india, hay algo que no es posible dudar en aquel juramento para el que alza los puños cerrados al cielo...

—¡Qué víboras me piquen, qué yaguaretas me coman el corazón y las entrañas, qué rayos caigan en mi cabeza, si no es verdad que patrón Demetrio te llevará a la selva! ¡Vete! ¡Vete con tus hombres blancos y deja para mí a patrón Demetrio!

—¡Ayesha! ¿Qué haces? ¿Qué dices?

Demetrio de San Telmo ha aparecido oportunamente y al verle, la india tiembla cayendo de rodillas...

—¡Patroncito... perdón! ¡Perdón!

—¡Ayesha! Fiel como mi caballo, como mi perro, como mi escopeta... ¡Traidora... traidora y canalla como toda mujer!

—¿Qué?

—¡Patrón Demetrio, mátame... mátame!

Sus manos temblorosas de espanto se extienden esperando los golpes de Demetrio; pero Verónica se ha interpuesto entre los dos pálida de ira...

—¡Quieto! ¡No des un paso más, no te acerques a ella! ¡Era verdad! ¡Era cierto! Planeabas esa infamia... ¡era verdad!

—No, no fue verdad más que un momento...

Ha arrojado con rabia la escopeta sobre un mueble, mientras Ayesha temblando, arrastrándose huye hacia un rincón y Verónica se yergue frente a él, fríamente altiva, acusadoramente soberbia...

—¡Era lo último que podías hacer, y lo has hecho!

—Nada hice, nada hubiera hecho. Fue sólo un instante de locura. El anhelo loco, desesperado de defenderme...

—¿Defenderte contra qué? ¿Contra quién?

—Demasiado lo sabes. Ya ha debido informarte la fiel Ayesha. Ya sabrás que viene por río la lancha de *monsieur* Belot...

—¿Qué? Pero...

—Con tus amigos, con tus parientes... ¡Tal vez con un piquete de soldados y una orden de prisión contra mí!

—Pero...

—Legan, sí... ¡ya lo sabes! El efecto final que has esperado tres meses tranquilamente, el triunfo con que soñaste aplastarme, ya está... ya llega... ¡Antes de una hora estarán todos en esta casa!

—¿Entonces? ¿Entonces lo que has estado temiendo era eso? Has estado espiando... ¿por eso?

—¡Sí... sí! ¡No te hagas como que no sabes nada!

—¡Demetrio! Demetrio ¿pero qué maldita locura es la que arde en tu cerebro? ¿Qué terrible demonio se ha apoderado de tu mente? ¿Qué clase de fiera, qué clase de alimaña eres?

—Un hombre. La peor fiera de todas, si no existiera la mujer...

—¡Demetrio!

—¡Un pobre hombre, que te ama desesperadamente! ¡Y que por amarte se odia y se maldice a sí mismo!

—¿Amarme tú, tú a mí?

—¡Lo sabes! Lo sabes, lo supiste siempre. Sabes bien que te quise desde el día maldito en que nos vimos por primera vez...

—Pero ese día me odiabas ya... según tu propia confesión; ese día yo no era ya más que la víctima inocente, escogida por ti para saciar tu venganza, por quién sabe qué oscuras ofensas que jamás te hice...

—¡A mí no! Pero a él...

—¿A él? ¿A él?

—¡A él, sí! ¿Acaso no tenemos la misma sangre, acaso no nos crió el mismo seno, y no sentí como en mi propia carne la vergüenza de su vida y el martirio de su muerte?

—¡Demetrio! Demetrio, ¿qué dices?

—¡Ricardo Silveira... Ricardo Silveira! ¿No te parece que gritaran su nombre aquí hasta los árboles y las fieras de la selva? ¿No has sentido que su espíritu aquí vive y alienta? ¿No te desgarró el remordimiento frente a esta colina que tantas veces subió arrastrándose como una bestia?

—¿Remordimiento? Yo ¿remordimiento?

—Cada casa, cada piedra, cada rincón, cada charca de Porto Nuevo, ¿no te habla de su dolor y de su angustia? Y esa taberna donde perdió la dignidad humana, y esa iglesia donde pretendiste refugiarte, ¿no tiene detrás un cementerio donde duermen sus restos?

—¡Pero Demetrio!

—¡No! Nada me has hecho a mí; pero la sombra de mi hermano clama y grita y maldice; y como le pedí en una hora de locura, atormenta mis noches, oscurece mis días y envenena la sangre de mis venas. Mi hermano... mi hermano... Mi desdichado hermano...

—¿Pero qué tengo yo que ver con tu hermano?

—¿Que no tienes que ver?

—¿Yo con él? ¿Cómo, cuándo?

—Verónica, ¡conseguirás hacerme enloquecer!

—¡Tú eres el que vas a lograr que yo enloquezca! ¿De qué me acusas? ¿Qué hice yo contra Ricardo Silveira? ¡Habla! ¡Habla! ¡Dímelo todo claro de una vez! Dime qué le hice a ese hombre más que tratarlo como a un amigo sincero.

—¡No! ¡No! ¡Imposible! ¡No hay hipocresía, no hay farsa humana que llegue a ese extremo!

—¿Farsa? ¿Farsa dices? ¿Yo farsante, yo hipócrita?

—¡No mientas más!

—¡Nunca he mentado! Y tú me acusas de farsante, me has acusado de hipócrita siempre. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Dilo... responde!

Ha ido a él como una fiera; sus finas manos se crispan en los hombros de Demetrio clavándole las uñas; hasta que él la rechaza brusco y sombrío...

—¡Tengo la prueba!

—¿La prueba de qué?

—¿De qué puede ser, sino de tus amores con Ricardo?

—¿Qué? ¿Qué? ¿Amores con Ricardo, yo? ¿Yo?

—Amores sí; amores... ¡Es vano ya que finjas, es inútil que mientas; fuiste suya, aun sin amarlo!

—¿Qué?

—Te le entregaste por capricho, lo enloqueciste con tu belleza, con tus encantos, con todo lo que eres; ¡mujer irresistible y maldita! Con todo lo que lograste enloquecerme a mí también. ¡Sí, a mí también!

La ha empujado con tal violencia, que Verónica retrocede tambaleándose, hasta hallar apoyo en un mueble; pero la indignación le presta extrañas fuerzas, y otra vez va hacia él furiosa, fuera de sí como si ella también enloqueciera...

—¿Yo amante de tu hermano? ¿Yo? ¡Repite eso! ¡Repite eso! ¡Eres el más vil, el más canalla de los hombres, y el más estúpido al mismo tiempo!

—¿Estúpido?

—¡Di otra vez que yo fui amante de Ricardo Silveira y serán las últimas palabras que pronuncies!

Bruscamente le ha arrebatado el revólver del cinturón, apuntándole con él al pecho. Ahora es en sus pupilas negras donde arde una llamarada de locura, ahora es de sus labios de donde escapan las palabras quemantes de rencor...

—¿Quién te dijo eso? ¡Dímelo, que yo lo sepa antes de matarte! ¡Matarte, sí, que es lo único que mereces! ¡Habla! ¿De dónde lo has sacado? ¿Quién inventó una calumnia tan burda? ¿Quién te lo dijo?

—¡Todos lo sabían en tu casa de Río de Janeiro!

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué has dicho?

—¡Todos vieron tu retrato en Porto Nuevo!

—Mi retrato, ¿mi retrato aquí?

—En casa de Ricardo... ¡Todos pudieron verlo! Aunque hipócritamente finjan ignorancia, como la señora Botel. Tú enloqueciste a Ricardo, le exigiste que dejara de ser lo que era para hacerse rico en pocos meses; lo mandaste a este infierno, de enfermedades y de alcohol, para después abandonarle en él...

—¿Yo? ¿Yo?

—No te importó su agonía, no derramaste una sola lágrima por su muerte... ¡Lo saben todos! Dispara ya ese revólver con el que pretendes hacerme callar para siempre... habrá cien bocas que lo repitan... ¡Mátame, Verónica! ¡Mátame de una vez, no lentamente como hiciste que él muriera! ¡Dispara, dispara ya! ¡Es lo único que tendré que agradecerte; que me mates a mí también!

—¡Demetrio!

El arma ha caído de manos de Verónica, que otra vez retrocede, sintiendo como si el sol se apagase, como si se hundiera la tierra bajo sus pies...

—Lo saben todos, ¿dices que lo sabían todos en Río de Janeiro? Pero ¿cómo pueden saber lo que nunca fue?

—¿Por qué Johnny se apartó de ti? ¿Por qué te volvió la espalda don Teodoro de

Castelo Branco? ¿Por qué consintieron en nuestra boda desigual? ¿Por qué te rechazan sordamente? ¿Porque lo sabían... lo sabían!

—¿Ellos? ¿Ellos creen?

—¡Ellos saben! Como lo saben aquí la señora Botel, el reverendo Johnsson, Ayesha, ¡que por esa razón sólo te odia!

—¡No puede ser! ¡No es posible!

—Lo sabían antes de que yo te conociera, cuando vine aquí para salvar a mi hermano, y para encontrarlo muerto... ¡después de envenenarse frente a tu retrato maldito!

—Pero ¿quién dijo eso? ¿Ricardo acaso? ¿Viste tú mi retrato?

—No... no vi tu retrato; pero otros lo vieron. Tampoco fue Ricardo quien me lo dijo... era demasiado caballeroso, y tampoco hubieran podido hablar sus labios ya sellados por la muerte; pero hubo algo que me dio la pista, algo por lo que pude buscarte y encontrarte...

—¿Algo? ¿Algo has dicho?

—¿Quieres verlo? ¿Quieres saberlo? ¡Espera... espera! ¡Aquí está! ¡Míralo y niégalo aún si a tanto te atreves!

Le ha arrojado al rostro el pañuelo de encajes, que los dedos temblorosos de Verónica apenas aciertan a recoger, aquel pañuelo guardado junto a su pecho durante tanto tiempo...

—Era un tesoro para el pobre iluso que te entregó su vida; sobre él derramó sus lágrimas, en él exhaló el último suspiro de su agonía, ¡y sobre este maldito pedazo de trapo hubiera querido yo también morir!

—¡Demetrio!

—Sí... sí... porque te quiero. ¡Te quiero como un loco yo también; hasta olvidar la memoria de mi hermano, hasta pisotear su recuerdo, encendidas alma y carne de amor y de deseo! ¡Por ti! ¡Por ti!

—¡Demetrio!

—¡Pero todo es inútil! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio tanto como te quiero! ¡Me arrancaré los ojos que se me encienden cuanto te miro, me arrancaré la lengua que sólo sabe decir tu nombre, me cortaré estas manos malditas que tiemblan del ansia de acariciarte, pisotearé este corazón traidor, cobarde, terco, que sólo sabe latir por ti!

—¡Demetrio!

—¡Vete! ¡Vete de esta casa! ¡Ganaste la partida... eres libre! ¡Vete con los tuyos! ¡Te lo suplico, te lo ruego! Tal como tú quisiste... te suplico de rodillas que me dejes, que salgas de esta casa para siempre...

Ha caído mordiéndose los puños, ahogado por los horribles sollozos que parecen romper su pecho viril; mientras Verónica va tambaleándose hacia la puerta, para volverse desde ella con violento esfuerzo...

—¡Demetrio de San Telmo! ¡Cuanto te dijeron es mentira! ¡Mentira! ¡Yo te lo probaré! ¡Te lo prometo... te lo juro! Cuando sea, como sea... al mundo entero lo

probaré... ¡Mentira! ¡Mentira!  
Verónica ha salido tambaleándose.

\* \* \*

Es la hora quemante del mediodía... está desierta la taberna, está cerrada la iglesia, los pocos blancos de Porto Nuevo buscan sombra y reposo en el fondo de sus casas... Sólo un grupo de nativos se mueve hacia los embarcaderos...

—¡*Monsieur* Belot!

Un hombre blanco ha saltado a las mal unidas tablas del muelle, mientras los criados que van con él ajustan las amarras de una embarcación de motor, brillante, nueva, pintada de blanco como una garza, con los finos costados relucientes y el orgulloso pabellón francés flotando sobre la estrecha popa.

—¡*Madame* San Telmo! ¡Maravilloso!

—¡Belot... amigo mío! Era usted... usted...

Verónica se ha arrojado sollozando en los brazos de aquel hombre, un extraño, casi un desconocido... pero ¿no es acaso el único amigo que le queda?

—¡Amiga mía, hija mía! Pero ¿qué le pasa a usted?

—¡Sólo Dios ha podido enviarlo en este momento!

—*Merci... merci...* Pero por Dios, ¡no llore de esa manera! ¿Dónde está su casa? ¿Dónde la llevo?

—¡Lejos de aquí... lejos!

—¿Lejos?

—Donde sea; ¡pero a ninguna casa, a ningún lugar de este pueblo!

—¡Criatura querida! Pero ¿qué le han hecho?

—¡Necesito volver a Río de Janeiro! Usted dijo que era mi amigo; usted dijo que haría algo por mí...

—Desde luego, haré lo que usted quiera... Ya ve que vine a verla, pero ¡cálmese... cuénteme!

—¡No hay tiempo! ¡Lléveme de aquí, *monsieur* Belot! ¡Lléveme!

—Pero ¿de quién huye? ¿Acaso San Telmo?

—No huyo de nadie. ¡Demetrio y yo hemos terminado para siempre! ¡Soy libre!

—¡Oh, caramba!

—Pero es indispensable que yo regrese a Río de Janeiro. ¡Sólo de allí ha podido salir la mentira, sólo allí han podido forjarla, y yo necesito saber, saber, y hacer que el mundo entero sepa!

—¡Le juro que no entiendo una palabra, *madame* San Telmo!

—No tiene ya por qué llamarme así. Verónica de Castelo Branco es mi nombre...

—Ya lo sé; desde luego, *madame*... digo, *mademoiselle*... Digo, bueno, no sé... y

le doy mi palabra de honor de que quisiera saber.

—¡Perdóneme... perdóneme! Si usted supiera en que momento ha querido la suerte traerlo. Si yo pudiera decirle a usted; pero no, nada puedo decirle... perdóneme, estoy loca... dispénsame y déjeme...

—Eso nunca, *madame*. Bueno, eso nunca, Verónica. ¿Me permite llamarle de esa manera?

—¡Creo que es lo único que me queda ya sobre la tierra; mi propio nombre!

—Perdón... aún le queda además un amigo sincero, capaz de llevarla al fin del mundo si se lo pide, y de no preguntar nada si usted no quiere responder.

—¿Es cierto eso?

—¿Bastará mi palabra de caballero? Hay cosas bastante desacreditadas, pero... aquí está mi canoa, empeño el honor de la bandera francesa, en que seré para usted lo que usted quiera que sea y absolutamente nada más.

—¡Gracias... gracias!

—Basta de gracias. Usted manda, yo obedezco... ¿Qué debo hacer?

—¿Puede llevarme hasta Río de Janeiro?

—¿En este momento?

—¡En este momento!

—Ni una palabra más. ¿Dónde deben recoger su equipaje mis muchachos?

—Sin equipaje, sin dinero... nada tengo, nada tengo más que esto... ¡esto!

—¿Un pañuelo?

—¡Un pañuelo, sí!

Por primera vez lo ha mirado despacio, y cambia su expresión, sus pálidas mejillas enrojecen, tiemblan sus labios y por sus ojos negros el fuego de un volcán parece arder.

—El pañuelo de la mujer que me ha calumniado, ¡enfangando mi nombre y destrozando mi vida entera!

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Una mujer que lleva mi sangre; que lleva mi apellido, y que por una cruel burla de la suerte, hasta su nombre se escribe con la misma letra que el mío... ¡Virginia de Castelo Branco! ¡Ella fue; sólo ella pudo ser! Pero ella dará cuenta de lo que ha hecho; ella me devolverá mi honor pisoteado aunque a una de las dos nos cueste la vida... ¡Lléveme usted, amigo mío... salgamos inmediatamente!

\* \* \*

Demetrio de San Telmo se ha levantado lentamente, como tras un mazazo brutal que destrozara todos sus nervios. Respira con esfuerzo... sobre el pecho oprimido duele el corazón con un dolor casi físico. Ha perdido la noción del tiempo, no sabe si

son horas o minutos, los que ha permanecido de rodillas, cubierto el rostro con las manos, dando al fin a su dolor rienda suelta... Es como si volviera a la realidad de mundos infernales, y sus pupilas color de acero, ahora envidriadas de dolor profundo, recorren la estancia como buscando a la mujer a quien él mismo suplicó que se fuera.

—¡Verónica!

Ha salido a la galería por la misma puerta por donde saliera ella y extiende la mirada ansiosa a todo cuanto alcanza como si no pudiese comprender...

—¡Verónica!

—Amito Demetrio...

A sus pies está Ayesha. Ha llegado arrastrándose tan suavemente y en sus ojos llenos de lágrimas hay la expresión dolorida que pudiera haber en los de un perro.

—Amo Demetrio, ¡mátame, pégame, pisotéame! ¡Mujer blanca se fue... yo soy la culpable!

—¿Se fue? ¿Se fue?

—Corrió, corrió fuera de la casa, cuando tú gritaste que se fuera, cuando tú dijiste que para siempre... ¡La culpable es Ayesha! Ayesha fue traidora, Ayesha fue infiel... ¡Mata a Ayesha, patrón Demetrio!

—Ya lo sabes todo, ya lo has oído todo... aunque no fue preciso que lo oyeras; lo supiste desde el primer día... por eso la odiaste, por eso. ¡La mujer del retrato, la maldita mujer por quien murió Ricardo! La reconociste, ¿verdad? ¿Te diste cuenta?

—¿Qué dices, patrón Demetrio?

—¡Tú sabías que era ella, y acaso pensaste que yo estaba loco!

—¿Ella? ¿Quién ella?

—¿Quién podía ser sino la mujer del retrato?

—¡Oh, no, patrón Demetrio!

—¿Cómo que no?

—No, amito; la mujer del retrato no era tu mujer blanca.

—¿Qué?

—¡No era tu mujer blanca, amito! La mujer del amo Ricardo, la mujer que él besaba en retrato no era esa...

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¡Amito Demetrio!

La ha tomado por los brazos estrujándola furiosamente, clavándole en la carne sus dedos como garfios de acero, mientras lágrimas de dolor y de miedo acuden a los ojos de la india...

—¡No llores como una imbécil! Contesta: ¿no era ésa? ¿No era ella?

—Amito... amito, ¡me haces daño, mucho daño!

—¡Responde! ¿Por qué la odiabas si no era ella?

—Porque tú la querías, porque tú la querías a ella y no a la pobre Ayesha...

—¡Imbécil!

La ha dejado caer sin darse apenas cuenta de lo que hace, y saltando sobre el



frágil cuerpo, cruza como un rayo la galería, vuela de un salto la escalera y corre al *bungalow* de los Botel.

—¡Adela... Adela! ¿Dónde está Verónica? ¡Adela!

—¡Válgame Dios! ¿Qué pasa, ingeniero San Telmo?

—¡Verónica! ¿No está aquí Verónica?

—No la he visto desde el mediodía... Pero ¿qué le pasa? ¿Qué tiene? Parece que fuera a volverse loco...

—¡Yo también lo creo!

—¿Quiere decirme que ha pasado, San Telmo? ¡Presiento algo espantoso!

—Quiero que me responda; usted era amiga de mi hermano, usted visitaba su *bungalow*...

—Sí, desde luego. Siempre fui su amiga... aun cuando mi Jaime se disgustó con él, yo...

—¡Usted vio allí el retrato de Verónica!

—¿De Verónica?

—Sí, sí, el retrato de ella... usted misma me contó dónde estaba colgado, ¡cómo pasaba él las horas horribles de sus borracheras contemplándola!

—¿A Verónica?

—¡Bien claro lo dijo usted, y me contó como había roto desesperado aquel retrato el día que llegó la carta de Río de Janeiro rompiendo con él definitivamente!

—¡Pero ése no era el retrato de Verónica!

—¿Está usted segura?

—¡Naturalmente! ¡Era el retrato de una mujer rubia, en nada se le parece!

—¿Una mujer rubia?

Como un rayo cayendo a sus pies, como un torrente de luz rasgando las tinieblas, como un grito de verdad sobre la confusión de la farsa y la mentira, la revelación de la señora Botel ha caído sobre Demetrio, que retrocede sin embargo espantado; como si su alma sumida en el dolor durante demasiado tiempo, no fuera capaz de recibir la inmensa felicidad que aquella verdad representa...

—¡No! ¡No puede ser! ¡Verónica! ¡Verónica!

Se aleja sin escuchar más a la señora Botel; no podría soportar sus preguntas ni enfrentar su mirada; su único anhelo es hallar a Verónica, le parece que no puede seguir respirando, que no podrá seguir viviendo si tarda un minuto más en verla, y corre él también colina abajo, hacia la blanca y pobre iglesia que acaso pueda devolvérsela.

\* \* \*

Demetrio y el reverendo Johnsson han corrido a la orilla del río, atraídos por el

grupo de gente detenido frente a los embarcaderos. Criados nativos, indios desocupados, mineros y contratistas de caucho a quienes la llegada de la piragua acerca sistemáticamente a los embarcaderos, porque sobre las anchas aguas verdosas no flota ya aquella embarcación blanca y brillante, en cuya popa ondea la bandera francesa, sino la larga y oscura piragua de Iguazú con las balsas de encargos, que sus hombres distribuyen entre los clientes. Demetrio se ha confiado totalmente al reverendo, que le sirve y le ayuda dominando sus propios sentimientos...

—Aquí no hay canoa alguna...

—La vi claramente.

—Es sólo la piragua del Indio Iguazú; mírelo usted a él...

—¡Iguazú!

La recia y musculosa figura color de caoba, ha saltado con la agilidad de un tigre hasta el medio muelle, para avanzar después con calma majestuosa, saludando ceremoniosamente al pastor y al ingeniero.

—Que Dios proteja al padrecito Johnsson y al patrón Demetrio... Iguazú le acompaña en su día de tristeza.

—¿Cómo?

—¿Qué estás diciendo?

—Patrón Belot sólo estuvo minutos en Porto Nuevo; pero llevó con él la más hermosa flor de la selva...

—¿Belot? ¿Belot has dicho? Necesito alcanzarlos...

—Patrón Demetrio puede ir en busca de su reina blanca. Mi piragua saldrá en seguida si tú lo quieres...

—¡Es preciso que también la piragua vuele sobre el río, Iguazú!

—En Cuyabá les alcanzaremos. Mis hombres están cansados, pero harán un esfuerzo...

—Te pagaré diez veces el valor del viaje... Remaré yo a la par que ellos. Me voy en este instante, reverendo... ¡No hay felicidad ni dolor como el mío! ¡Rece usted para que cuanto he soñado un instante, pueda ser cierto!

## Capítulo 26

—¿No te parece demasiado precipitada esa boda, hijo mío?

—Precipitada ¿por qué?

—Hace pocos días se anunció tu compromiso oficial y ahora precipitadamente volver a anunciar que la boda es en seguida, puede parecer raro. No es lo usual en nuestra familia ni en las gentes de nuestra clase y tú lo sabes muy bien.

—Prescindamos por una vez de los formulismos, papá...

Johnny de Castelo Branco ha aplastado con rabia el recién encendido cigarrillo contra el cenicero, reanudando sus paseos un tanto nervioso de un lado a otro extremo del amplio despacho de su padre.

Físicamente parece repuesto del todo de la enfermedad que le aquejara; pero sólo él sabe hasta qué punto duele aún en su alma la profunda huella de aquel amor que no pudo ser y es como la cicatriz de una honda herida...

—¿Para qué tanta prisa?

—¡Para nada! Pero puesto que hemos decidido casarnos, ¿por qué no hacerlo de una vez? Lo que no veo es necesidad de retrasar una cosa resuelta y que después de todo, sólo a nosotros nos importa, porque las gentes piensen que no es de buen tono un noviazgo demasiado corto...

—¡No es eso, hijo, no es eso!

—Yo hubiera preferido no casarme con nadie, papá, irme a un viaje lejos, o sencillamente morirme...

—¡Johnny! ¿Qué estás diciendo?

—Pero puesto que resolví unir mi vida a la de Virginia y resignarme a seguir arrastrando la existencia...

—La comparación es desdichada, hijo. Eres un hombre rico y feliz que todo lo tiene; pierdes tu libertad en la más suave cadena de amor y en último caso, bien puedes no perderla si no quieres, o por lo menos retrasar la ceremonia definitiva que es justamente lo que te estoy diciendo...

—¿Crees que puedo romper ahora con Virginia?

—No, hijo, ¡qué disparate!

—A veces no te entiendo, papá...

—Debo confesarte que a veces yo mismo no acabo de comprender lo que me pasa ni lo que tengo; después de todo tienes razón. Cuanto antes lo hagas, mejor al fin y al cabo.

—Eso. Una boda relámpago y un largo viaje de bodas recorriendo nuestro país natal.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—He hablado con Virginia, está de acuerdo conmigo. ¿Verdad, Virginia?

Oportunamente, como siempre, Virginia está en la puerta del despacho. Su fina figurilla ha sabido convertirse en la sombra de Johnny y se acerca mimosa y

zalamera, siempre en el momento preciso de actuar.

—No sé de lo que están hablando; pero me imagino que de la locura en que Johnny está empeñado.

—¿Llamas locura a mi prisa en que seas mi esposa?

—Johnny de mi alma... ¡qué alegría me das hablando así! ¡No, no es locura, es la idea más maravillosa que nadie ha tenido jamás! ¿Por qué no nos casamos el día de tu santo?

—¿El día de San Juan? Pero si no faltan ni dos semanas...

—Johnny y yo nos ocuparemos de todo. Ni tú ni tía Sara tendrán que molestarse. También Verónica se casó a toda prisa y tuvo una boda fantástica. Yo creo que hasta resultan más las bodas que se arreglan de pronto.

—Por mí, como comprenderás me es absolutamente igual. La novia siempre tuvo la facultad de retrasar la boda, no es demasiado concederle por una vez, el derecho de adelantarla.

Virginia ha apretado los labios para no contestar. Ha bajado los párpados para que el relámpago de ira que pasa por sus ojos no la delate. ¡Cómo odia a aquel tío Teodoro, razonador y desconfiado que la mira tantas veces como si pretendiera escudriñar los más ocultos sentimientos de su alma! Pero ya está muy cerca de la meta de sus ambiciones, ya sólo tiene que extender las manos para que su gran sueño imposible sea una realidad y sonrío con más dulzura y con más ingenuidad que nunca al echarse en brazos de Johnny...

—¡Johnny de mi alma! Perdóname no saber disimular; pero he esperado tantos años la gran felicidad de tu amor, es tal mi anhelo de oírte decir por fin que me amas y que me aceptas por esposa...

—¡Virginia! Mi dulce Virginia... no sufras más. He jurado vivir para complacerte. Nos casaremos el día de San Juan y seremos infinitamente dichosos y el mundo entero tendrá que envidiarnos.

\* \* \*

—Ya estamos en casa. ¡Es maravilloso verla de nuevo en el hotel San Pedro! Apóyese en mi brazo, *madame*; ya verá que linda habitación. Allí podrá descansar tranquilamente, mientras escribimos a su familia en Río de Janeiro...

—No, *monsieur* Belot... ¡Necesito seguir inmediatamente viaje!

—¿A Río? ¿Sin descansar?

—No hay tiempo para descansar. ¿Cuándo sale el próximo barco para San Carlos?

—¡Oh, caramba! Hay uno todas las semanas. Los jueves sale de Cuyabá. Mañana es jueves. Por eso digo que el barco llevará la carta.

—El barco me llevará a mí, *monsieur* Belot...

—Tiene usted una terrible prisa, *madame*... casi más que tenía *monsieur* San Telmo cuando la llevaba... Pero se hará como usted quiera.

—Gracias, amigo mío... Amigo sincero y leal. Si usted supiera lo que pasa por mi alma... Le ruego que lo arregle todo para seguir viaje mañana.

—Acuéstese y duerma sin cuidado. El barco para San Carlos sale mañana a las diez de la mañana, y todo estará listo para entonces, incluso algunas ropas que le será a usted indispensable llevar.

—Pero *monsieur* Belot, es que yo...

—Usted no tiene que ocuparse de nada. En Cuyabá hay algunas buenas tiendas de confecciones y no es la primera vez que compro vestidos de mujer.

—¡No sabré como pagarle!

—Sobra tiempo. No vaya a tener por eso una preocupación más. El viaje a San Carlos son seis días. Desde allí hay avión interdiario, hasta Araxa desde donde se puede elegir el medio de transporte más rápido. Total, diez días. Dentro de diez días podrá usted estar en el propio palacio de los Castelo Branco.

—¡Diez días!

—Ahora, con su permiso, voy a dejarla. Usted tiene que descansar y yo que arreglar muchas cosas para tener el gusto de acompañarla...

—Pero ¿va usted a dejar todo lo suyo por...?

—Nobleza obliga... Algún día tengo que olvidarme de que soy comerciante. ¿Por quién mejor que por una mujer como usted, *madame*?

—Belot... no tengo palabras...

—Ya vendrán las palabras. Hay tiempo... Ahora descanse, descanse...

\* \* \*

—Cuyabá...

—Al fin...

La piragua de Iguazú se ha detenido frente a los embarcaderos. Los remeros, rendidos y sudorosos, quedan inmóviles inclinados hacia delante, recuperándose del enorme esfuerzo. Sólo el indio tupí de acerada musculatura tiene aún fuerzas para tirar de las amarras, mientras Demetrio de San Telmo salta a las tablas del embarcadero...

—Creí que no llegábamos nunca...

—La piragua voló sobre el río, señor. Faltan dos horas para los dos días completos y allí está la lancha sin remeros...

\* \* \*

—La señora San Telmo salió para San Carlos esta mañana...

—No... ¡imposible!

—Y *monsieur* Belot fue con ella...

—¿Hasta dónde?

—Supongo que hasta Río de Janeiro... dijo que estaría ausente por lo menos un mes. ¿Quiere usted una habitación?

Frente al amplio mostrador de madera, donde está instalada la administración del hotel San Pedro, Demetrio de San Telmo ha tomado una rápida resolución.

—Quiero salir yo también inmediatamente...

—Me temo que va a ser muy difícil lo que usted pretende. *Monsieur* Belot tuvo que permitir que la señora San Telmo continuara en un viaje tan precipitado justamente por la falta de transporte. Ella no quería perder una semana de ninguna manera.

—Y yo no puedo perderla. Pagaré lo que sea por una embarcación que me permita alcanzar ese barco.

—¡Pero señor San Telmo! ¿Qué embarcación puede hacer eso?

—La canoa motor de *monsieur* Belot.

—Nadie sería capaz de tocarla en ausencia de él.

—¿Y si yo le dijera que conseguir o no esa canoa es para mí cuestión de vida o muerte?

—*Monsieur* Belot tiene en mí toda su confianza.

—¿Cuánto vale la confianza de *monsieur* Belot?

—Yo nunca podría decir que cedí su canoa; tendría que decirle que alguien me amenazó de muerte, que alguien la robó apuntando con un revólver al guarda que cuida los embarcaderos. Claro que ése es un delito penado por la Ley, pero si después se devuelve la canoa y se pagan los daños y perjuicios a más de la multa correspondiente...

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Por qué no aguarda al próximo jueves?

Demetrio ha mirado al secretario. Es un hombre maduro, calmoso, afable; como impregnado de aquella despreocupación, de aquel deseo de vivir gratamente, tan peculiar en el dueño del hotel y toma una resolución repentina.

—¡Deme una habitación en el piso bajo y haga que me lleven una botella de *whisky* inmediatamente!

—Al fin es usted razonable...

—¡Iguazú... ven!

\* \* \*

—Acercate, Iguazú, y bebe...

—¡Gracias, señor! ¿Puedo volverme a Porto Nuevo?

—¡No! Tu piragua tendrá que aguardar aquí o donde tú dispongas... Tú tienes que venir conmigo a San Carlos...

—¿Por el río ancho?

—Apenas anochezca, dentro de una media hora escasa, robaremos la canoa motor del embarcadero...

—Patrón Demetrio, ¿tú robar?

—Hay que comprar latas de gasolina y ponerlas cerca. Hemos de llevar provisiones también. Si tienes miedo puedes quedarte en tierra; ¡iré yo solo!

—¡A buscar a reina blanca, yo voy contigo, patrón Demetrio!

\* \* \*

—María... acércame el velo.

—Aquí está, señora.

—Quiero ser yo misma quien lo coloque sobre tu frente, palomita mía.

—¡Ay, tía Sara, estoy tan nerviosa!

—¿Y qué muchacha no lo está en un día como éste?

El amplio espejo de la coqueta de la lindísima habitación de Virginia devuelve a sus ojos ansiosos una imagen perfecta. Qué dulce, qué ingenua, qué delicada parece aquella novia rubia, de mejillas sonrosadas y labios frescos. Apenas sus ojos pueden ocultar el resplandor del triunfo. La loca alegría de su ambición que alcanza ya la meta, porque el día de San Juan ha llegado, porque los grandes salones del palacio de los Castelo Branco se han abierto de nuevo, porque en la catedral de Río de Janeiro, aguarda el obispo para bendecir otra boda y la mejor sociedad comenta aquel segundo acontecimiento: Johnny y Virginia van a unir sus destinos para siempre...

—Se nos hace tarde, tiíta, ¡apúrate!

—Calma... calma... hay tiempo. Apuesto a que el novio aún no salió para la iglesia.

—No... no señora...

—Pues yo creo que sí. Oí los carruajes y los autos en el patio hace un momento.

—Asómate a ver, María...

—Por ese lado no; por la otra puerta. Se meterán aquí esas tontas de las Estrada a fisgonear todo lo que me pongo, y no quiero.

—¡Cálmate... cálmate... hay que ver cómo están hoy esos nervios!

—¡Tííta, es que me parece mentira!

—A mí también. Reacio ha estado ese tonto de Johnny; pero al fin, hija mía, la virtud y la modestia triunfan como siempre en la vida, y dentro de una hora será tuyo para siempre...

—¡Mío... mío, es cierto! ¡Nadie podrá quitármelo!

—Pues ya se acabó todo, las dudas y el miedo. Ahora sí terminaron tus penas... y mírate en ese espejo... ¡Eres la más linda de todas las novias!

\* \* \*

—¿Es por aquí? ¿Vamos bien?

—No hay un chofer de taxi en Río de Janeiro que no conozca esta dirección. ¡Apure un poco si puede!

Febril de angustia, pálida de impaciencia, hundida aun en el caos de sus suposiciones, dudas y sospechas, Verónica cruza las calles de Río junto a *monsieur* Belot en un rápido auto de alquiler.

—¡Maravilloso lugar éste... maravilloso! ¡Un barrio verdaderamente digno de usted!

Han enfilado la ancha rúa principal del arrabal aristocrático donde se alzan las más lujosas mansiones de Río, y el palacio de mármol de los Castelo Branco, con sus verjas de bronce, con sus porteros de librea, con sus amplísimos y floridos jardines, cierra el fondo de la avenida totalmente repleta de lujosos autos de alquiler.

—Aquélla es la casa.

—Parecen que salen para una fiesta. Es un verdadero jubileo... ¿No cree usted que deberíamos esperar a otro momento?

—¡Ni un minuto! Diga usted al chofer que siga de largo. Daremos la vuelta por la calle posterior. El jardín tiene otra puerta lateral. ¡Apure usted... apure!

—¡Pronto! Doble a la derecha... Aquí... pare.

Casi adivina y lo que adivina la espanta al extremo de no querer creerlo... No ha esperado que el auto se detenga para saltar de él, cruzando rápidamente la avenida de magnolias hasta que un rostro conocido le sale al encuentro. Un viejo criado que se sorprende al verla...

—¡Señorita Verónica! ¡Pero qué sorpresa! ¿Viene usted a la boda? Pues tiene usted que correr...

—¿A qué boda? ¿Quién se casa?

—El señorito Johnny y la señorita Virginia. Pero ¿no lo sabía usted? Ya salieron para la iglesia...

—¡No puedo consentirlo! Venga usted conmigo o iré yo sola Belot...



—Pero ¿qué se propone hacer?

—Impedir la boda.

—Es una locura. No conseguirá usted nada, no puede irse contra todo el mundo.

—No puedo permitir que Virginia se case con Johnny. Genaro, mi buen Genaro, me mira usted como si yo estuviera loca, ¡trastornada!

—Perdóneme señorita, ¡pero eso es lo que parece!

—¡Y eso es lo que creerán todos! Le suplico que no intente...

—¡Virginia no se casará con Johnny! ¿A qué iglesia fueron?

—A la catedral, señorita...

—Verónica, amiga mía... reflexione un momento, espere...

—¿A qué? ¿A que el lazo que les una sea ya irrompible? ¡Déjeme... déjeme!

Ha corrido hacia la verja en busca del auto que acaban de abandonar, mientras Genaro y *monsieur* Belot van como trastornados tras ella.

—¡Señor, señor! Pero ¿qué es lo que ha pasado?

—No hay tiempo de explicarle nada, mi amigo; pero *madame* San Telmo va a la iglesia ¡y yo con ella!

\* \* \*

Virginia cruza ya el camino de nardos y azucenas. Va del brazo de don Reinaldo Estrada, el padrino elegido por ella, mientras junto al altar, la madrina aguarda junto a Johnny que apenas puede dominar sus nervios... Qué inquietud, qué angustia, qué extraño desconcierto le van ganando minuto por minuto mientras ve acercarse a él, del brazo del padre de su amigo, a aquella novia de rostro angelical, cuyos cabellos brillan bajo el velo de encajes, cuyos ojos azules tienen ahora un raro relámpago de soberbia, cuya frente va alzándose poco a poco, como si las gradas de aquel altar fuesen las de un trono. El trono en que han de triunfar para siempre su egoísmo, su vanidad, su soberbia, su sed extraña de hacer mal.

—¿Ve usted... ve usted? Ni entrar siquiera es posible...

—Es preciso... es indispensable, que yo entre... *monsieur* Belot, amigo mío.

—Haremos lo posible, *madame*...

Con esfuerzo han cruzado las escaleras. *Monsieur* Belot le abre paso entre la apretada muchedumbre; mientras pálida, sin aliento, Verónica penetra la iglesia.

Cien rostros conocidos la rodean; pero ella no los ve, no los mira. Su meta es aquel altar para el que todos los caminos parecen cerrados y de pronto...

—¡Tío Teodoro!

—¡Verónica! ¿Tú... tú? ¡No puedo creerlo! ¿Tú aquí, tú en Río? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué tienes?

—¡Suspenda usted esa boda, tío Teodoro! ¡Deténgala!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Retrásela una hora solamente!

—¡Pero estás loca, estás trastornada!

—¡Una hora, una hora para hablar con ella; para arrancarle la verdad!

—La verdad, ¿de qué?

—¡De su vida y la mía! La verdad de esa mentira con que me ha manchado alevosamente, y que todos creyeron y ¡usted el primero!

—Verónica... ¿qué dices?

Don Teodoro mira espantado en torno suyo. Nada parece importarle a Verónica de los ojos curiosos, de los oídos atentos, del gesto de extrañeza con que las gentes les rodean; pero don Teodoro ha palidecido, tomándola del brazo la lleva hacia el fondo, donde apenas hay gentes, donde no puede verse el altar ni la ceremonia, mientras *monsieur Belot* les sigue como puede...

—¡Suspenda usted esa boda!

—¡No puede ser!

—¿Le importa más el qué dirán que la felicidad de Johnny?

—Pero hija... hija, ¡en este momento!

—He cruzado el país, he venido sin descansar, sin tomar aliento; loca de desesperación, de angustia; porque presentía esto... esto, y ahora que llego, no detiene usted la boda... ¡Hágalo, tío Teodoro, hágalo en este momento!

—¡Calla, por Dios! ¿No te das cuenta? La sociedad entera tiene los ojos fijos en nosotros.

—Pero es que usted no sabe, usted no me cree; pero le juro que arrancaré la verdad de los propios labios de Virginia.

—Verónica hija... No es que no te crea... Reconozco tu voz, tu mirada. Eres tú, tú, mi Verónica; la que nunca mentiste, la que nunca podía haber sido desleal...

—Y ni aún así, ni aún así detiene usted esa horrible ceremonia...

—¡Es tarde... es tarde! Virginia es ya la esposa de mi hijo. Es tarde, Verónica. ¡Es tarde para detenerlos!

\* \* \*

La boda ha terminado. Del brazo del hombre que es ya su marido, cruza Virginia otra vez por el camino de nardos y azucenas y la mano lechosa, de dedos gordezuelos, se aferra al brazo de Johnny, dominadora, codiciosa, casi feroz, como podría afirmarse la dura zarpa de una pantera.

Ya entre besos y felicitaciones cruza Virginia el pórtico de la iglesia y el grupo de amigos y conocidos invade al desbandarse hasta el fondo de las últimas naves, arrastrando a don Teodoro lejos de Verónica.

Pero una mano firme toma con decisión el brazo de ella. La mano de su amigo Belot...

—Mi buena amiga... Venga... venga... No quiere usted oír a mi experiencia. ¡Venga!

—Sí, amigo mío. ¡Lléveme de aquí, lléveme!

—¡La llevaré a un hotel! Necesita descansar, reponerse; y después...

—¡Verónica!

—¡Oh! ¡Tía Sara! Usted...

—¿Tú aquí? Pero ¿qué es esto? ¿Y en qué vestido y en qué forma? Pero ¿te has vuelto loca?

Verónica ha sentido que de pronto vuelven sus fuerzas. Un soplo de energía insospechable corre por sus venas haciéndole erguirse. La presencia de aquella mujer, su mirada de desagrado y de sorpresa, su voz en que tiemblan todos los reproches han sido suficientes.

—¿Quieres decir lo que significa todo esto? ¿Este señor?

—El señor Francois Belot, mi tía, la señora de Castelo Branco...

—A sus pies, *madame*...

—Pero ¿dónde está San Telmo?

—En Matto Grosso.

—¿Qué estás diciendo? ¿Y este señor?

—Es mi mejor amigo... mi único amigo...

—Pero Verónica... ¡no comprendo!

—¡Todos van a comprender! Estoy decidida a que la verdad resplandezca, a costa de lo que sea y de quien sea.

—Por favor... baja la voz.

—Nadie me está oyendo... todos van detrás del cortejo de la novia; pero además, no me importa nada. Mi deseo es que todos lo sepan, que brille la verdad, ¡la verdad!

—Verónica, hija mía, ¡me asustas! Creo que estás enferma. Supongo que habrás tenido un disgusto con San Telmo... desde que te casaste lo he estado temiendo... Ya hablaremos del asunto... Lo hablaré a tu tío... ahora por el momento yo... Me llaman las Estrada. Voy a ir en el coche con ellas. Tú... tú... Bueno... ¡hasta luego!

Se ha alejado lo más rápidamente que puede, temiendo que reconozcan a Verónica, espantada por el presentimiento de un escándalo, mientras una extraña calma, una cólera fría, indomable hace erguirse más fuerte que nunca a la desdichada esposa de San Telmo.

—Cada momento hallo mayor la necesidad de que se aleje usted de todo esto...

—No, Belot. Vine para luchar con todas mis fuerzas, para vencer la calumnia y la mentira.

—Pero esto es demasiado para usted. Piense que ya es la esposa de su primo. La rama central de una gran familia que lo soportará todo menos el escándalo y el descrédito.

—Sí pienso en eso; lo palpo, lo veo... pero pienso también en Matto Grosso, ¡en un hombre desesperado, de rodillas, odiándome, maldiciéndome, amándome hasta volverse loco al mismo tiempo! ¡El hombre a quien amé por encima de todo, el hombre que fue para mí más que el mundo entero! A ese hombre le he prometido, le he jurado hacer que triunfe la verdad, que brille, que nadie pueda dudarla; y tengo que hacerlo, tengo que hacerlo.

—¡Tanto le ama usted!

—Ya no le amo. Me alejaré de él para siempre; pero cumpliré mi juramento.

—Venga conmigo... la llevaré donde pueda descansar, reflexionar, pensar lo que va a hacer.

—Sólo a un lugar puedo ir en este momento, amigo mío. Al palacio de los Castelo Branco... ¡Lléveme usted a él!

\* \* \*

En la puerta principal de la iglesia, frente a la escalinata de mármol, don Teodoro de Castelo Branco se detiene unos instantes para tomar aliento. Milagrosamente ha podido esquivar la ola de amigos que inoportunamente le rodean. Su fortuna, su prestigio, su influencia política es demasiado fuerte, para que los desconocidos no aprovechen la ocasión de acercarse a él, como hace unos momentos lo han hecho, arrancándole del lado de Verónica. Ahora vuelve tratando en vano de disimular su angustia, diciendo adiós mecánicamente a los autos que se alejan. Quiere, necesita saber lo que Verónica tiene que revelarle, aunque le espanta al mismo tiempo... pero sólo encuentra a su atribulada mujer...

—¡Teodoro! ¡Ay, Teodoro, te he estado buscando! ¡Ay, Teodoro, qué disgusto tengo!

—¿Viste a Verónica?

—¡Tú también! ¡Está loca, está trastornada y creo que ha roto con San Telmo! Atiéndela, Teodoro, atiéndela. Yo no quería que la vieran las Estrada. No pude detenerme; creo que está mal, muy mal.

—¿Dónde la dejaste?

—Por la puerta de la sacristía. Está con un tipo que parece extranjero. ¡Qué disgusto, señor, qué disgusto en un día como éste!

\* \* \*

El palacio de los Castelo Branco es hoy una enorme colmena. Una larga fila de

charolados autos particulares da la vuelta completa por las anchas veredas del jardín, dejando a los invitados bajo las marquesinas, al pie mismo de las escalinatas, y en el fastuoso comedor de techo dorado, una docena de criados de librea, ha comenzado a servir el exquisito bufet. Johnny y Virginia han llegado de los primeros...

—Estaré lista en diez minutos, Johnny... ¡y nos escaparemos por la puerta de atrás!

—Como quieras.

—Supongo que no necesitarás más tiempo que yo para vestirme.

—Desde luego.

—¡Haz que nos aguarde el auto ahora mismo, no tengo ganas de soportar las tonterías de la gente!

Ha subido, mientras Johnny alza la cabeza para mirar a lo alto de la escalera los piececitos calzados con sandalias de raso blanco, que suben los escalones rápidamente y su expresión fría y amarga no pasa inadvertida a los ojos del amigo, que solícitamente se ha acercado a él: Julio Estrada...

—Vuelves a sentirte mal Johnny... ¿Qué tienes?

—¡Nada absolutamente!

—¿No vas a cambiarte de ropa?

—Hay tiempo... tal vez no nos vayamos tan deprisa como Virginia pretende.

—Me ocuparé yo de dar las órdenes para que el auto esté dispuesto.

—¡Espera!

—Me pareció oírle decir a Virginia...

—Sí... pero no podemos correr todos como lacayos a cada capricho de ella.

—¡Johnny! ¿Qué te pasa?

—¡No lo sé!

—Vamos, amigo mío; cálmate, estás nervioso... lo comprendo. Estas ceremonias lo sacan a uno de quicio.

—Sí... eso debe ser; también Virginia está fuera de sí. ¡Ni siquiera ha esperado a partir el pastel de boda, ni siquiera ha tomado una copa de *champagne* con la gente!

—Ha hecho exactamente lo mismo que Verónica...

—¿Qué?

—Perdóname... el recuerdo es inoportuno; pero se me vino a los labios.

—Ya lo sé... No has dejado de pensar en ella durante toda la ceremonia... Ni tú ni nadie. ¡Nadie puede dejar de pensar en ella, después que la ha visto una vez!

—Johnny... ve a vestirme.

—¿Piensas que vistiéndome no seré capaz de pensar ni de sentir?

—Pienso que ya estás casado, Johnny.

—Cierto... ya estoy casado, ya estoy unido para siempre a una mujer a la que nunca amé.

—Johnny... baja la voz.

—¡Y ahora que no tiene remedio, es cuando veo y palpo todo lo estúpido de mi

conducta!

—Pero Johnny ¿estás loco?

—Pensé que le devolvía la tranquilidad a mis padres, pensé que hacía feliz en el mundo a una criatura siquiera, pensé que yo no sería menos desdichado; pero me equivoqué, Julio... me equivoqué... ¡Siempre se puede ser más desdichado!

—Tú lo has dicho: ya no tiene remedio. Además, no creo que sea más que el primer momento. Necesitas un trago, vamos al comedor... Beberemos *champagne* por tu felicidad y después...

—¡Después me iré con ella! Pero no podré hacerla feliz, no basta la voluntad para eso. Nadie puede forzar hasta ese extremo sus sentimientos.

—¡Cálmate y vamos al comedor! Anda... Ven...

Se han alejado hacia donde van todos, mientras en la puerta que da al jardín, Verónica aparece silenciosamente. Ha dejado a *monsieur* Belot en la avenida de las magnolias, ha procurado pasar inadvertida entre los nuevos sirvientes, ha esperado el momento de hallar desierto el *hall*, para cruzarlo rápidamente hacia la escalera, y una vez arriba...

—¡María!

—¡Señorita Verónica! ¡Usted... usted! ¡Qué alegría!

—No levantes la voz... calla.

—¿Qué pasa?

—No quiero que me oigan ni que me vean...

—¡Oh, una sorpresa!

—Sí, espero que sea una sorpresa. ¿Dónde está Virginia?

—En su cuarto. Justamente iba corriendo a llevarle...

—¿Está sola?

—Completamente, esperándome. Las amigas no quiere que suban y doña Sara no ha llegado de la iglesia. Se ha puesto furiosa porque no ha encontrado los pañuelos que me mandó poner en su cartera... y es que deben haberse quedado en el cuarto de plancha. Ahora voy por ellos.

—¡Baja y no vuelvas!

—¿Qué?

—Procura que nadie suba a molestarnos, María...

—Pero señorita Verónica, ¡la señorita Virginia está hecha una fiera!

—Haz lo que pido, María. Es muy importante para mí que Virginia y yo hablemos sin que nadie nos interrumpa, al menos durante los primeros diez minutos. ¿Me has comprendido?

—Sí, señorita. Haré lo que usted quiera.

—¡Yo le devolveré a Virginia el pañuelo que ha perdido!

—¿Usted?

—Sí, María; déjame...

Suavemente Verónica ha cerrado tras sí la puerta y cruza el pequeño gabinete que precede a la alcoba de Virginia, mientras la voz de la novia suena cerca...

—¡María... ven acá inmediatamente! ¡Llevo una hora esperándote, idiota! ¿Trajiste el pañuelo?

—Sí, Virginia; traje el pañuelo...

—¡Verónica!

—¡Y puedo servirte de doncella, para la tarea de arrancarte ese traje de novia, que nunca debías haberte puesto!

Virginia ha temblado como si viera una aparición. No ha tenido más que ver a Verónica. Su descuido, su palidez, las oscuras ojeras que hacen más profundos, más ardientes y terribles sus grandes ojos negros. A pesar suyo, retrocede, trata en vano de sonreír, como pudiera sonreír un asesino pidiendo clemencia al fantasma de su víctima, alzado de la tumba frente a él...

—Me has dejado sin habla... qué sorpresa... ¿Viniste para mi boda?

—No; ¡nunca pensé que llegaran las cosas a ese extremo!

—¿Por qué?

—¿Tienes la osadía de preguntarme? Bueno, mi pregunta es necia... ¿de qué no tendrás tú la osadía, Virginia? ¿A qué monstruosidad, a qué crimen, a qué infamia no serías capaz de atreverte?

—¿A qué vienen esos insultos? ¿Estás loca?

—¡Insultos... insultos...! ¡Qué poca cosa son los peores para lo que mereces!

—¡Verónica!

—¡Y qué placer! ¡Qué extraño placer siento mirándote como te veo! Me parece que respiro después de tanto tiempo. No importa que te hayas casado con Johnny, no importa que hayas logrado, quién sabe por qué sucios medios, atrapar el desdichado corazón de un hombre que sufría. Lo importante es que estamos aquí, frente a frente y que debajo de tus pinturas te veo palidecer, que te veo temblar bajo ese traje de mujer pura, inmaculada, que es un grotesco disfraz sobre tu hipocresía y tu infamia...

—Verónica, Verónica, yo creo que estás loca. Déjame, vete. Gritaré, llamaré a los criados...

—Llamarás, pero no acudirán... gritarás más alto, te oirán todos los invitados, y aquí no me detendré como me detuve, aún no sé cómo, frente a las gradas del altar. Gritaré lo que no te dije junto al sacerdote, no por ti sino por esta casa, por Johnny, por tío Teodoro, por mi propio nombre que es el mismo que el tuyo, por desgracia.

—¡Verónica! ¡Verónica!

—¡Quieta! No intentes irte porque no escaparás. ¡De mí no podrás escapar a menos que me mates! Y demasiado sé que cara a cara no tienes el valor de matarme... lo harás por la espalda, con veneno, con puñal, con las viles armas que

siempre usaste; pero ahora no tienes nada, no tienes nada más que tus manos y esas no te valen contra mí...

—Verónica, Verónica... no te entiendo... ¡Ten piedad! ¡Ten piedad!

—¿Piedad?

—¡Verónica!

—Y es inútil que llores; conmigo tampoco te valen las lágrimas, lágrimas mentirosas, egoístas, estúpidas, bien distintas a las verdaderas lágrimas que me hiciste derramar; porque sí, sí, sí... goza de esa gloria, he llorado, he llorado hasta pensar que no tenía más llanto. He visto durante semanas y semanas el amanecer a través de mis lágrimas, he sufrido como pueden sufrir los condenados en el fondo del infierno; por culpa tuya, por tu mentira, por tu calumnia infame...

—¡Verónica!

—¡Goza el triunfo de saberlo, porque es el último que tendrás!

—Verónica... Verónica... ¡no sé lo que quieres!

—¿No lo adivinas, no lo sabes? A qué puedo haber venido más que a reclamarte, a exigirte que digas la verdad.

—Pero ¿qué verdad?

—¡No finjas más si no quieres hacerme enloquecer!

—Verónica, no... no...

Le ha huido espantada, escudándose en los muebles, tratando de ganar la puerta; pero Verónica le cierra el paso, la acorrala, cortándole el camino de la huida...

—Por favor, ¡por Dios, Verónica, no vayas a pegarme!

—Creo que sería capaz de matarte con estas manos...

—Verónica, Verónica, ¡tienes ojos de loca!

—Y tú tienes el aspecto sucio, inmundo, vil de un reptil repugnante. ¡Cobarde... cobarde!

—Haré lo que quieras, Verónica; pero no grites, no te acerques a mí, no des un escándalo...

—¡Una sola cosa quiero! Que digas la verdad...

—¿Qué?

—¡La verdad! La verdad a todos, a Johnny, a tío Teodoro, a tía Sara, a Demetrio de San Telmo, al mundo entero; que digas que fuiste tú, tú sola, la amante de Ricardo Silveira...

—¡Calla!

—¿Callar? Al contrario... ¡grítalo donde lo sepan todos! ¡Grítalo tú misma, Virginia, o no saldrás viva de mis manos!

—¡Suéltame, suéltame, me haces daño! ¡Ay! ¡Ay!

La voz de la doncella suena asustada a través de la puerta.

—¡Señorita Virginia! ¡Señorita Verónica!

—María, María, ¡llama a tía Sara!

—¡Llámalos a todos, María!



—¡No... no!

—¡Sí! Hablarás, hablarás. Tendrás que confesarle a todos la verdad. Tengo la prueba de que has mentido, tengo testigos de tu infamia...

Va a asirla de nuevo por las muñecas; pero Virginia cae abrazándose a las rodillas de Verónica...

—¡Verónica, Verónica, mi prima, mi hermana... perdóname... perdóname! ¿Para qué quieres perderme? ¿Para qué quieres deshonrarme?

—Pero ¿no me manchaste tú a mí? Y era mentira. ¿Para qué mentiste, pregunto yo? ¿Por qué arrojaste sobre mí el lodo de tu infamia? ¿Por qué tenías que salvarte calumniándome, envenenando el alma del hombre que iba a ser mi esposo?

—¡Yo... yo no fui... yo no fui, Verónica!

—¿Que no fuiste tú?

—A Demetrio de San Telmo yo no le dije nada; te lo juro, ¡te lo juro!

—¿Que no le dijiste nada a Demetrio?

—¡Por mis padres que están muertos, por mi vida, por la salvación de mi alma, te juro que no le dije nada a Demetrio de San Telmo!

—¡Pero puede jurarse de ese modo en falso!

—Te juro que no me importaba que te casaras con él, que te fueras lejos; yo quería nada más que a Johnny. ¡Lo quería y lo quiero con toda mi alma!

—¡Mientes... mientes!

—¡Te juro que ahora no miento! Sí, yo quería que te fueras, que te alejaras, ¿para qué iba a decirle una cosa semejante?

—¡Tú se lo dijiste, tú!

—Pudo ser Johnny, pudo ser tío Teodoro... yo no, yo no; yo no quería sino que te fueras. ¿Por qué has vuelto? ¿Para qué has venido? Si eres feliz, rica, millonaria, si tienes a tu Demetrio de San Telmo...

—¡Nunca lo tuve! Por ti... por ti... ¡nunca lo tuve! Él me cree culpable. Tu mentira le ha hecho creerme culpable, culpable de la muerte y la desesperación de su hermano, porque Ricardo Silveira es su hermano y el oro de Demetrio de San Telmo es el que Ricardo buscó para ti, para ti, cuando por pobre le rechazaste...

—¡No es posible!

—¡La mina más rica de Matto Grosso, eso perdió tu codicia! Ya lo sabes...

—Y es tuya... es tuya... ¿Y todavía quieres más?

—¡No quiero más que la verdad! Mi nombre limpio, mi reputación inmaculada; lo que tú me quitaste, lo que vas a devolverme ahora mismo... porque ya están aquí...

Ha corrido a la puerta abriéndola de par en par; pero aún no llega nadie y Virginia desesperadamente se cuelga de su brazo...

—Verónica, Verónica, yo se lo diré todo a Demetrio. Le diré toda la verdad; pero a él solo... a él nada más... ¡Que no lo sepa Johnny, que no lo sepa tía Sara! ¡Ellos no, ellos no! Yo le hablaré a Demetrio. Iré a Matto Grosso a hablarle si tú quieres;

pero aquí calla, calla y seré tu esclava...

—¿Piensas que voy a hacerme cómplice de tus mentiras frente a Johnny?

—¡Qué te importa... tú tienes a Demetrio de San Telmo! ¡Johnny es mío... es mío y para quitármelo tendrás que matarme!

—¡Pues te mataré si hace falta!

—¡Johnny! ¡Socorro! ¡Johnny!

Johnny llega en efecto; pero se ha detenido en el marco de la puerta, ahogado por la emoción. Sin dar crédito apenas a sus ojos, ante lo que tiene delante.

—¡Johnny, Johnny querido... sálvame! Está loca, ha querido matarme... quiere dar un escándalo, quiere destruir nuestra boda... ¡Me calumnia, me insulta, me maltrata! ¡Defiéndeme! ¡Defiéndeme!

—¡Verónica!

Ha acogido a Virginia en sus brazos; pero no la mira, apenas la oye. El alma entera está en sus pupilas, como si quisiera beberse en ellas la imagen de aquella otra mujer idolatrada a la que ve como una sombra de sí misma; pálida, adelgazada, ardientes y terribles aquellos ojos negros, abismos de dolor en que su vida se anegara...

—¿Qué significa esto? ¿Para qué has venido?

—¡Demasiado tarde, por desgracia; pero aún a tiempo de que sepas la verdad!

—¡No hará más que mentirte, calumniarme!

Allí está también doña Sara, temblorosa, desconcertada y a ella va Virginia...

—¡Ay, tía Sara!

—Hija de mi alma; pero ¿qué es esto? ¿Qué te han hecho?

—Está loca, trastornada... ¡Quiere quitarme a Johnny!

—¡No es verdad! Una vez más mientes... pero ahora sí ha llegado el momento de arrancarte la máscara...

También don Teodoro ha llegado alterado el noble semblante y suena su voz dominándoles a todos.

—Verónica... habla y di la verdad... ¡toda la verdad! Pero ten cuidado de no decir nada que no puedas probar, porque la mujer a quien vas a acusar es ya la esposa de Johnny...

Verónica se ha erguido extrañamente serena, intensamente pálida, tan dura y firme como el viejo caballero que la increpa.

—¡Yo también soy una Castelo Branco! ¡Y por el nombre que respeto como a mi propia vida, juro que no saldrá de mis labios una sola palabra que no sea verdad! La verdad, la verdad, es la verdad lo que vengo buscando. Di la verdad, Virginia, dila; ¡tú... sólo tú fuiste la amante de Ricardo Silveira!

—¿Qué?

—Tú y sólo tú lo enamoraste... le enloqueciste. Le pusiste por condición que buscara la fortuna para poder casarse, dejándole después por otro más rico, o que creías más rico; por Johnny, al que te has unido por codicia, por ambición, ya que no

podrías haber mentido así al hombre que amabas, si realmente lo hubieras amado.

Doña Sara ha saltado...

—Era lo último que me faltaba oír. El colmo... el colmo... ¡Basta ya! Todo esto no tiene sentido, Virginia es un ángel y nadie puede creer lo que dices de ella, Verónica, pero tenías que ser tú la que vinieras a amargarnos este día feliz...

—¡El día feliz en que Johnny de Castelo Branco se ha unido a una mujer indigna!

—¡Te prohíbo que la insultes... calla!

—¡Y yo te prohíbo que la mandes callar! Habla, Verónica. ¿Qué pruebas, qué testigos, qué razones tienes para respaldar tus palabras?

—¡La seguridad de que sólo ella ha podido ser! ¿No fue ella acaso la que te habló contra mí, Johnny? Y tú, tío Teodoro, ¿por qué no me dijiste a mí ni una sola palabra? ¿Gozabas también en creermelo culpable? ¿Por qué no me llamaste, si habías sido para mí como un padre? ¿Por qué no me preguntaste con todos tus derechos? ¿Por qué callaron todos respaldando la infamia?

—¡Esperé la confesión de tu parte!

—¡Cómo podía confesar lo que nunca hice!

Pero Virginia ha vuelto a recobrar su audacia...

—¡Sí lo hiciste, sí lo hiciste! ¡Quieren volverme loca pero no lo lograran! ¡Lo hiciste, lo hiciste... y no puedes probar lo contrario!

—¡Sí puedo probarlo! ¡Mira, mira... aquí hay un testigo que te delata! ¡Miralo, mírenlo todos!

—¿Un pañuelo?

—Sí, sí. Mírelo usted, tía Sara. Un pañuelo, un pañuelo de Virginia. Recordará usted estos pañuelos, que mandó a bordar para ella... Tal vez tío Teodoro y Johnny no lo recuerden; ¡pero usted tiene que recordarlo!

—Efectivamente; este pañuelo es de Virginia...

—Estaba en poder de Ricardo Silveira. Fue lo único tuyo que llegó a Matto Grosso...

—¡No es verdad, no es verdad! Ese pañuelo acaba de robarlo. Te lo dio María. Justamente todos mis pañuelos se han perdido. Mientes... mientes... ¡Ese pañuelo lo cogiste ahora mismo del cuarto de plancha!

—¿No tienes otra prueba, Verónica?

—¡Yo tengo todas las que hagan falta!

Todos ha retrocedido mientras Demetrio entra en la estancia, alta la frente y firme el paso.

—¡Ingeniero!

—¡San Telmo!

—Tú... ¿tú aquí? Demetrio...

—Y gracias a Dios a tiempo de servirte de algo.

—¿Cómo?

—Porque Dios quiso que antes que tú tuviera en las manos la verdad. La supe

unas horas después de tu marcha y no me he detenido ante nada corriendo detrás de ti para alcanzarte...

Se ha detenido mirando los rostros interrogantes para seguir después.

—Ricardo Silveira era mi hermano. Sobre su tumba juré vengarme de la mujer que le había llevado a la desesperación y a la muerte... y esa mujer no fue Verónica, fue ¡Virginia de Castelo Branco! Tengo testigos, tengo pruebas y ese pañuelo que usted pretende que ha sido robado, lo arrojé yo mismo en el rostro de Verónica. Este pañuelo era la única pista, el único indicio que yo tenía para encontrarla a usted, la amante infiel, la torpe ambiciosa, que no se detuvo ante nada, ni ante la más sucia de las mentiras, para atrapar la posición y los millones del dueño de esta casa. Los retratos de la mujer a quien amó mi hermano, no eran los de Verónica, eran los de Virginia...

—Los vio, los vio usted mismo...

—Tengo el testimonio de cuantas personas los vieron.

Virginia aún tiene fuerzas para gritar...

—¡Miente, miente, eso no es verdad!

—Estuve loco, estuve ciego desde aquel día en que escuché la calumnia de labios de Virginia. Yo estaba detrás de los matorrales y oí cuando le dijo a Johnny...

—No... no... no es verdad... —Virginia balbucea ahora; pero Johnny ha saltado como un tigre.

—Sí, es verdad que aquella tarde, maldita entre todas las de mi vida, me llevaste al fondo del jardín, me dijiste aquellas odiosas palabras que me trastornaron; por eso no pude hacerte frente Verónica, por eso llegué trastornado de angustia, de dolor, de rabia a la sala de esgrima y cayó el florete de mis manos...

—Yo lo recogí. Yo, que sentía su misma herida taladrándome las entrañas. ¡Cómo le compadecí! Cómo le compadecí en aquellos instantes. Yo, su rival, su enemigo, el hombre a quien desde entonces ha odiado, era el único capaz de medir sus sufrimientos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Y después? ¿Después?

—Después comencé yo también a sufrir los tormentos del infierno. Tuve el impulso de alejarme, de renunciar a mi venganza... pero no era posible; mi amor y mi odio me ataban con cadenas iguales y como una burla de mi destino implacable, comprendí que Verónica me amaba...

—¡Demetrio!

—¡Sí, sí! ¡Ella me amaba, y yo la amé como hombre alguno quiso jamás a ninguna mujer; pero mi amor maldito y envenenando no podía más que sumarse a mi odio, y aumentar la llamarada de aquella hoguera! Así nos casamos, así partimos para Matto Grosso, así hemos vivido peor que en el infierno, y todo eso, por usted, por usted...

Ha ido hacia Virginia que retrocede tambaleándose, sin que nadie se interponga

entre los dos, como si en un tácito acto de justicia la entregasen a su venganza...

—¡Yo juré que usted pagaría cada lágrima que derramó mi hermano! Yo juré que su dolor y su vergüenza caerían sobre usted centuplicados. Yo juré que la arrastraría a usted a la pobreza, al escarnio, a las humillaciones, al horror de la selva, a todo cuanto sufrió por usted aquel hombre honrado... aquel sincero corazón que se le entregó como el de un niño; pero es usted algo tan bajo, que ni siquiera merecería el sacrificio de mi vida, para lograr una venganza...

Un gemido ha escapado del pecho de Virginia, que retrocede cubriéndose el rostro con las manos...

—¡Una mujer como Verónica hubiera merecido mi venganza! ¡Usted ni eso, es demasiado despreciable!

—¡Johnny! ¡Johnny... defiéndeme!

—¡Mil muertes, merecía usted!

—¡Oh, Johnny!

—Pero no soy yo quien ha de cobrarle. Hay otros a quienes su maldad hizo más daño. Aunque destruyó usted mi corazón y mi vida, aunque causó la muerte y la vergüenza de mi hermano, aunque me convirtió en un monstruo haciéndome herir lo que más amaba... no, ¡no podría vengarme de usted! El mal que me ha hecho es demasiado grande...

Le ha vuelto bruscamente la espalda, para clavar en Verónica una mirada ardiente, profunda, suplicante...

—Verónica...

—No, no, ahora no. ¡No puedo oírte, no puedo escucharte! ¡Déjame Demetrio!

—¡Verónica!

—Verónica...

—Déjenme ustedes también, por compasión, por caridad...

Ha corrido saliendo de la habitación y Demetrio San Telmo va tras ella, como un obseso, como un iluminado, con la misma desesperación sin nombre con que cruzó las selvas exponiendo su vida a cada instante, con el único anhelo loco, desesperado de alcanzarla...

## Capítulo 27

Verónica ha cruzado el *hall* lleno de invitados, esquivando las caras conocidas, indiferente a las miradas de asombro, sin responder saludos y comentarios, huyendo sí, huyendo tal vez del grito de su corazón, venciendo el anhelo desesperado de escuchar la voz que vuelve a sonar a sus espaldas... La voz angustiada de Demetrio...

—Verónica, óyeme, escúchame.

—¡*Monsieur* Belot!

Ha llamado al francés que corre a su lado. Los dos hombres se han detenido a pocos pasos, mirándose como si se desafiaran, mientras Verónica busca el apoyo del brazo de su amigo...

—¡Vámonos de aquí! Lléveme usted de aquí cuanto antes...

—¡Es preciso que hablemos, Verónica! Tienes que comprenderme, tienes que perdonarme...

—Lléveme usted de aquí, amigo mío... Lléveme...

—*Monsieur* Belot... le ruego que me deje solo con mi esposa.

—Lo siento, San Telmo; pero la señora no parece desearlo...

—¡Si no se marcha usted!

Da un paso amenazador hacia el amigo de ella, pero Verónica se interpone dominándolo con una mirada...

—¿Qué pasa? ¿Otra vez la violencia? ¿Otra vez el desplante brutal que todo lo arrolla? Podrás insultarle, podrás abusar de tu fuerza; pero hay algo que no conseguirás con tu violencia ni con tu furia: mi corazón, Demetrio, este corazón que me manda alejarme de ti para siempre. ¡Vamos, *monsieur* Belot!

—Como mande usted, *madame*...

Le ha ofrecido el brazo en el que se apoya Verónica para alejarse, mientras Demetrio queda inmóvil como clavado bajo aquellos mismos árboles que oyeran un día las palabras de amor de Verónica...

\* \* \*

En la alcoba de Virginia parece que la vida se hubiera detenido... Tan brutal es el impacto, tan duro es el golpe recibido por aquellos corazones que en silencio sangran. Johnny ha dado unos pasos para permanecer de espaldas, pegado el rostro a los vidrios de la ventana mientras su alma parece descender, quién sabe al fondo de qué espantoso abismo...

Los ojos de Virginia hinchados de llorar, se han alzado para mirarle con espanto; pasan sin detenerse por la erguida y severa figura de don Teodoro y buscan con ansia

el rostro descompuesto, palidísimo de doña Sara...

—¡Tía Sara!

—¡Calla, calla! Ni una palabra. Ni una palabra. Para qué si ya no podrás engañarme más...

—¡Tía Sara!

—Eres como la víbora que alenté en mi seno, para que me hirieras después en lo que más amo... manchando y destrozando la vida de mi hijo. ¡Maldita, malvada! Tendrás que salir de esta casa...

—¡Calma, Sara... calma! Es Johnny quien tiene que decidir. Ven conmigo. La casa está todavía llena de invitados. ¡Que no se vea el humo aunque el fuego nos queme las entrañas! Ven... ven conmigo...

La ha tomado del brazo arrastrándola fuera de la alcoba, pero toda la rabia de doña Sara se disuelve en lágrimas...

—¡Pensar que la he querido como a una hija!

—Vamos a tu cuarto... allí te calmarás.

—¡Es que estoy como loca, no puedo ni pensar!

—Comprendo lo que sufres...

—Pero ¿y Verónica? ¿Dónde ha ido? ¿Qué será de ella? ¡Hemos sido tan crueles, tan injustos!

—Cuando te hayas calmado iré a buscarla. Ahora Demetrio fue tras ella. Es preciso dejarle la oportunidad de defenderse; aunque temo mucho que no logrará nada... Conozco a Verónica. Su nobleza, su dignidad, su orgullo... es igual que su padre. Es la hija que yo hubiera deseado tener, es el orgullo de los Castelo Branco. ¡Que Dios la bendiga!

—¡Teodoro!

—Y que logremos hacernos perdonar...

—Pero ¿y Johnny? ¿Nuestro Johnny? Ahora la amara más que nunca; ahora se sentirá el más desgraciado de los hombres, atado a esa...

—¡Calla, Sara... calla! Sólo él debe determinar...

\* \* \*

Lentamente Johnny ha girado sobre sí mismo, para quedar frente a la mujer con quien acaba de casarse. Están solos en el cuarto cerrado. Por los senderos del jardín ruedan los carruajes y los autos de los invitados que se retiran entre comentarios, y él parece medir toda la hondura del abismo que le separa, toda la negra sima en que su vida ha rodado hasta el fango.

—Virginia...

—¡Johnny... mi Johnny!

—¡Voy a matarte!

—¿Qué?

—¡Y ni con la muerte pagas!

—¡Johnny... Johnny!

—¡Te odio! ¡Te odio con toda mi alma! Te odiaba sin saberlo desde que hablaste contra Verónica; te odiaba sin darme cuenta, aun pensando que tu mentira era verdad...

—Oh, Johnny, no...

—Porque esa mentira la manchaba a ella, a la mujer a quien siempre he idolatrado, a ella, espejo de nobleza y dignidad. ¡A ella, la más pura, la más alta, la más leal!

—¿Cuál fue mi crimen después de todo, sino amarte?

—¡Amarme tú... cuando me has hecho tanto mal!

—Lo hice porque te quería con toda mi alma; porque necesitaba apartarte de su lado; porque me dolía verte como un perro arrastrándote tras el mendrugo que te negaban...

—¡Calla!

—¡Es la verdad! Te amaba... te amaba. Sabiéndote débil, sabiéndote cobarde, sabiendo que una mujer como Verónica nunca podría amarte... yo te amaba...

—¡Oh, basta!

—Por ti, sólo por ti, cometí esa infamia. Por ti alejé a Ricardo Silveira; por ti no me importó que se muriera desterrado. Por alejarte de ella, calumnio a Verónica. Yo no sabía que iba a casarse con San Telmo. Pensé que tío Teodoro no lo consentiría jamás, ni tú tampoco. Era preciso mancharla, era preciso que hubiera algo en ella que te la hiciera odiosa, para poder rescatarte a ti, a ti, que vales para mí más que el mundo entero, más que mi dignidad, más que mi conciencia.

Se ha arrastrado hasta los pies de Johnny. Se abraza a sus rodillas como puede un pulpo aplicar sus tentáculos y su voz suena con extraño acento, empapado en lágrimas... pero Johnny se aparta con rabia.

—No finjas que lo hiciste todo por amor a mí; lo hiciste por odio a Verónica. Ya no te acuerdas que me lo gritaste cuando regresábamos de la iglesia; has olvidado lo que escapó de tus labios cuando te creías segura de tu triunfo. ¡Dijiste que la odiabas, que la habías odiado siempre!

—¡Sí, sí, es verdad! La he odiado tanto como a ti te amaba... perdóname, perdóname...

Johnny ha quedado inmóvil, trémulo, vacilante; como flechas se han clavado las palabras en su noble y generoso corazón, y al verle palidecer y vacilar, un relámpago de triunfo enciende los ojos de Virginia.

—Me perdonas... ¿verdad?

—¿Serías capaz de expiar tu falta?

—¿Cómo?



—¿Serías capaz de soportar cuanto Verónica ha soportado? La selva, los peligros, la pobreza, la humillación...

—¡Yo, yo!

—¿Serías capaz de continuar al lado mío, cuando yo haya renunciado mi herencia en favor de Verónica?

—Pero ¿por qué habías de renunciar? Verónica es muy rica, millonaria... ¡La mina de San Telmo!

—¡Verónica romperá con Demetrio de San Telmo! ¿Y qué menos puedes hacer para compensar lo que has hecho contra ella, que cederle nuestra fortuna en cambio?

—¡Me parece muy bien que le pases una pensión! Ella puede casarse con otro hombre rico; además... mira, Julio Estrada...

—¡Estúpida!

—¿Qué?

—¡Caíste en la trampa! Quise saber hasta dónde llegaba tu infamia, quise asomarme al abismo de tu alma y no me engañé... ¡es como un pozo de serpientes!

—¡Johnny, Johnny!

—¡Codicia, ambición! Las pasiones más sucias, las más bajas; eso hay en ti, eso hay bajo esa máscara angelical de tu cara... que quisiera arrancarte a golpes...

—¡Johnny! ¡No me hagas daño!

—¡Merecías que te matara con estas manos...! ¡Merecías que te pisoteara como a un reptil! ¡Vete! ¡Vete! ¡Sal para siempre de esta casa! ¡Huye de mí si quieres salvar tu vida miserable! Huye ahora... huye... o ¡será demasiado tarde!

En sus ojos hay un relámpago de locura. Virginia espantada se alza corriendo hacia la puerta; pero ya en ella se yergue como puede hacerlo una víbora segura del poder venenoso de su lengua silbante...

—¡Pero Verónica nunca será tuya! ¡Nunca te querrá! Seguirás siendo el perro que se arrastra a sus pies... mientras se burlan de ti hasta los criados...

—¡Virginia!

Ha ido sobre ella, pero ya Virginia corre con su felino paso de tigresa, mientras Johnny tropieza con su padre...

—¡Johnny! ¿Estás loco?

—¡Se va... se escapa!

—Es lo mejor que podía suceder, Johnny... que huya, que se vaya. ¡Que se aparte de todos como la mala yerba!

Johnny ha logrado escapar de manos de su padre y cruza como un rayo hasta un auto de alquiler estacionado frente a la puerta lateral...

—¡Pronto, siga usted a ese convertible! ¡Alcáncelo! ¡Le daré lo que pida si lo hace!

\* \* \*

Virginia empuña el timón de su auto como ciega, como loca. Ha visto en el lujoso convertible, preparada allí para la alegre fuga de novios el único medio de escapar al violento ataque de Johnny. Demasiado claro ha visto en sus ojos que cumplirá su palabra. Bien segura está de que es capaz de matarla y el terror eriza sus cabellos haciéndola acelerar más y más...

Como un relámpago cruza las calles, cuadas y cuadas van quedando atrás, mientras ella toma las curvas sintiendo patinar peligrosamente las ruedas del auto. Pero el auto que lleva Johnny también parece volar. Le ha visto, primero por el espejo, luego vuelve imprudentemente la cabeza, loca de espanto. Ya está frente a la carretera... pero se acerca también el mayor de los obstáculos. El tren que se aproxima... Luces rojas, barras a cuadros, las varas que cierran la carretera han bajado mientras lanza sus tañidos de alarma la campana... pero como si un demonio la impulsara embiste las varas que saltan en pedazos...

—¡Virginia, Virginia!

Es Johnny el primero en llegar; pero el espanto le detiene junto al auto destrozado.

Allí está el traje de novia, roto en jirones, manchado de sangre y entre los hierros retorcidos, bajo las ruedas del tren, como espantosa visión de pesadilla, la cabeza de Virginia separada del tronco, los sueltos cabellos desgredados, los claros ojos abiertos y fríos, pasmados en el hielo de la eternidad...

## Capítulo 28

—Bueno, querida amiga mía... hemos llegado. La he complacido haciéndola dar vueltas y vueltas por la ciudad, para que usted refrescara su pobre cabeza tan trastornada; pero ha llegado la hora de descansar.

El auto de alquiler que lleva a Verónica por cuenta de *monsieur* Belot se ha detenido frente a la suntuosa portada del hotel Palatino y como si volviera de un mundo de dolor, exclusivo y lejano, los ojos de Verónica se vuelven a él regresando a la realidad...

—¿Qué dice usted, Belot?

—Verónica querida... que hemos llegado. Está usted frente al mejor hotel de Río de Janeiro, donde pueden hospedarla como a una princesa, y donde ya me ocuparé yo de que así lo hagan por mi condición especial de hotelero...

—¡Hotel Palatino!

—¿No le agrada?

—¡Aquí vivió Demetrio! ¡Aquí debe estar! Vámonos pronto de aquí, Belot; no podría soportar verlo de nuevo...

—Calma, preciosa mía... Un poquito de calma. Usted no puede vivir escondiéndose como si fuera una culpable. Todos han pecado contra usted, en realidad, todos se acercarán para solicitar el perdón de la injusticia con que la hirieron. No les haga usted el camino demasiado largo. Piense que al fin y al cabo se trata de sus únicos parientes, y que no parecen quererla mal...

—¡No quiero ver a nadie, Belot! ¿No comprende usted?

—¡Comprendo demasiado! Usted está terriblemente ofendida con todos ellos, pero ese estado de ánimo pasará...

—¡No pasará! Quiero terminar con mi pasado, quiero olvidarlo. Si yo le dijera a usted mi único deseo, lo tomaría por un disparate. Quiero huir de Río...

—Eso no es un disparate, es un sentimiento natural.

—Quiero olvidar, olvidar y huir. No sé en que dirección... Saldría de viaje inmediatamente...

—Calma, *ma chérie*. Su cuerpo, y sobre todo sus nervios, necesitan descanso...

—No quiero ver a nadie, no quiero oír a nadie...

—No verá, no oír a nadie, si no quiere. Déjeme recordar... sí, exacto, en el camino del Pan de Azúcar un amigo mío tiene un pequeño hotel: casi pudiéramos decir una casa de huéspedes. Es un lugar tranquilo y retirado; recibe allí pensionistas por meses únicamente; pero con nosotros hará una excepción. Es una casa vieja pero rodeada de jardines desde donde se disfruta de un magnífico panorama. ¿Le gustaría estar allí? La comida deja bastante que desear y no tiene colchones de muelles en las camas; pero...

—¡Lléveme allá, *monsieur* Belot... lléveme cuanto antes!

Verónica y Belot están en la terraza del modesto hotel, semi campestre, donde Belot ha conseguido para su amiga una de aquellas habitaciones anchas y destartaladas que parecen guardar bajo sus techos de vigas y entre sus gruesos muros coloniales, algo de reposo de los tiempos que se fueron.

—Éste es un lugar para los cansados y usted no puede más...

Desde la eminencia del terreno en que se alza la terraza del hotelillo, se abarca un fantástico panorama. Río de Janeiro, la más bella ciudad del planeta, entre sus playas rubias frente a un mar azul, bajo el domo imponente de un cielo brillante; desde allí puede abarcarse de una ojeada toda la belleza, toda la exuberancia, toda la deslumbrante hermosura de aquel suelo, sobre el que la figura de Verónica destaca como una síntesis de aquella tierra maravillosa...

—¡Si yo fuera millonario como *monsieur* San Telmo, haría edificar una casa en este lugar para usted!

—Por favor, Belot, calle. No quiero oírle nombrar siquiera... ¿Ha entendido usted? Ni nombrarlo...

—¡Muy vivo está ese nombre en su corazón para que le duela tanto!

—Belot... ¿por qué me atormenta? ¿No es usted mi amigo ya?

—Demasiado sabe que lo seré toda la vida... su amigo más fiel, más devoto, y al mismo tiempo si me permite que se lo diga, su admirador más apasionado...

—¡Belot!

—Perdóneme que hable demasiado pronto. Yo sé que no está usted en condiciones de escucharme; pero hay algo que necesito decirle, no para que me responda en el acto; sino para que lo piense. Tal vez para que le ayude a ordenar sus pensamientos... ¿Quiere escucharme?

—Supongo que es lo menos que puedo hacer por usted, Belot, que tanto ha hecho por mí, y a quien tengo que agradecerle tanto...

—Olvidemos esa tonta palabra que se llama gratitud. Si algo tengo que suplicarle es que la olvide totalmente antes de escucharme. Nada me debe, porque servirla y acompañarla ha sido el mayor placer que he tenido desde hace muchos años. Soy yo el favorecido por usted, al permitirme que yo la sirva...

—Es una exageración, muy cortes, muy cariñosa, muy amable; pero que no puedo admitirla...

Se ha puesto de pie más nerviosa de lo que quisiera estar, y *monsieur* Belot la imita en el acto, aunque tratando de tranquilizarla con el ademán...

—Si quisiera usted hacerme el favor de volver a sentarse, podría hablar mejor. A pesar de todo, lo que tengo que decirle, no es tan fácil...

—Hable, Belot... hable...

Ha vuelto a sentarse oprimiéndose las manos, conteniendo su angustia. Cree adivinar cada una de las palabras que escuchará de labios de Belot y una lucha desesperada comienza a librarse en su pobre alma...

—¡Verónica! Creo que me enamoré de usted al mirarla, como en las viejas novelitas blancas... Yo, el hombre de mundo, ¡el retirado del mundo ya!

—¡Amigo mío!

—Déjeme continuar. No adelante la disculpa. No tenga tanta prisa en darme calabazas *ma chérie*, tiempo tendrá...

—Me hace usted sonreír a pesar mío...

—¡Gracias a Dios que sonrío! He visto demasiados días la peor mueca de angustia clavada en su cara... y es bien doloroso para mí, se lo juro...

—¡Mi pobre amigo!

—Todavía no me compadezca, tiempo habrá más tarde... Déjeme continuar. Hay algo que si no se lo digo a usted, no se lo podré decir después a nadie y esas cosas hacen daño cuando se guardan para siempre...

—Hable, Belot...

—No tengo necesidad de decirle mis años; pero a la vista salta, por desgracia, que no soy un muchacho. De mi vida pasada, de mis andanzas no voy a hablarle. Sufrí, luché, padecí necesidades, resbalé por muchos malos caminos; pero supe levantarme y si el barro de la vida me ha salpicado muchas veces la piel, puedo jurarle que no tengo enfangada el alma...

—Eso lo sé de sobra, Belot.

—¡Gracias! Pues como quería decirle, cuando usted llegó a Cuyabá, a mi viejo hotel de Cuyabá, yo sin darme cuenta, daba mi vida por terminada. Un poco de dinero, un botella de buen *champagne* siempre preparada, dos o tres detalles de refinamiento, alguna amiga agradable... Creo que no necesito entrar en detalles, pero yo creía que la juventud se había llevado lo mejor de mi alma: la ilusión, el temor, el entusiasmo... la facultad de sufrir por alguien, y consideraba eso un triunfo de los años. Estaba en las laderas de la serenidad o lo que es igual, estaba en las puertas del hastío...

—¡Amigo querido!

—Al verla fue como si mi alma despertara, como si volvieran los días tormentosos de la juventud... Volví a tener ambiciones, volví a tener sueños. No podía tener esperanzas... ¡Miento! No tuve esperanzas, hasta que me di cuenta de que usted era desdichada, que el hombre que la tenía en sus manos era como un ciego que aprieta entre sus dedos un diamante, pensando que es un vulgar guijarro...

—¡Belot!

—Perdóneme si la comparación le hiere y si digo un nombre que usted no quiere escuchar... pero es necesario: Juzgué a Demetrio de San Telmo el más estúpido de los asnos...

—¡Belot!

—Calma, *ma cherie*... después he rectificado. Su locura tenía una razón. Sigo considerando que su equivocación fue imperdonable; pero nunca pensé que usted no se la perdonara...

—Ya sabe usted que no quiero volverle a ver... Que mi único deseo es alejarme... ¡Para él no hay más que rencor en mi corazón!

—Y allí está lo malo...

—¿Cómo?

—Se ha dicho demasiado que el odio y el amor son hermanos...

—No en mi caso... lo mío no es odio, ¡es la desilusión más negra! ¡Qué sabe usted de lo que siente una mujer enamorada, cuando piensa que no fue amada jamás!

—En eso me parece que es usted injusta.

—Desde el primer instante Demetrio se acercó a mí buscando su venganza. No hay una sola palabra suya que no esté manchada de rencor, no hay una sola de sus miradas que no esté nublada de odio...

—¡Usted misma reconoce que él la ama!

—¿Y de qué me sirve ese amor tardío?

—Quisiera poder ser lo bastante generoso para explicárselo; pero no nací con alma de santo.

—¡Belot!

—Verónica..., usted ama a Demetrio; usted no podrá querer a nadie más que a él...

—Tal vez le ame, pero lucharé con todas mis fuerzas para arrancarme este amor... Quiero alejarme de Río, quiero olvidarme de que soy una Castelo Branco...

—¿Está segura de todo eso?

—Absolutamente segura, Belot...

—Debería arrodillarme para darle gracias a Dios...

—¡Belot!

—Porque ahora sí puedo hablarle. Si es cierto lo que usted dice, si su deseo es encontrar un poco de paz para su alma, yo puedo ofrecérsela...

—Pero...

—No creo que Demetrio de San Telmo pueda negarle un divorcio justo y rápido. Estoy seguro de que accederá por las buenas. En cualquier terreno lo tiene usted ganado... es más, juzgada su acción fríamente podría considerarse que ha cometido un delito, pero a veces los delitos hay que disculparlos...

—No le comprendo...

—Su matrimonio puede quedar anulado en pocas semanas... ni la religión siquiera le obliga a seguir atada a un hombre que en realidad nunca fue su esposo...

—¡Es verdad!

—Antes de un mes será usted totalmente libre. Sus nervios se habrán calmado y entonces me atreveré a preguntarle: ¿quiere usted ser mi esposa, Verónica?

—¡Belot!

—Sé que no me ama; pero acaso pueda llegar a amarme, a preferirme a otros más jóvenes, más brillantes, más arrogantes de figura, a otros con blasones y prosapia... y fortunas dignas de usted...

—¡Amigo mío!

—A otros que serán como esos grandes hoteles a donde quise llevarla... y que usted rechazó por ostentosos, por brillantes. Lo que yo le ofrezco a usted es la dulce medianía, el amor sincero, leal, sin sobresaltos... Borraremos el pasado y en aquella ciudad vieja y romántica que suena junto al río, será usted como una reina de leyenda, que hará preguntarse a las gentes: ¿cómo tuvo tanta suerte *monsieur* Belot...? Respóndame sinceramente, Verónica: ¿puedo esperar?

—No necesita esperar demasiado. Acepto su proposición de matrimonio, y trataré de darle yo también un poco de felicidad...

—¡Oh, Verónica!

Un instante Belot ha parecido deslumbrado; enrojecen de dicha sus mejillas, tiemblan de emoción sus gruesos labios sensuales de hombre que gustó todas las copas de la vida; pero en sus ojos demasiado sabios asoma la sombra de una duda, contemplando el fino perfil de aquella mujer exquisita, crispado y contraído por el esfuerzo de sus palabras...

—No me responda todavía, Verónica... Aguarde...

—Mi resolución no cambiará...

—Nadie más que yo desea que no cambie; pero aún tenemos que esperar. Y ahora que está bien instalada debo retirarme...

—¿No vivirá usted en este hotel?

—Si usted me hubiera negado toda esperanza, habría permanecido a su lado. Permítame considerarme ahora, un poco como su prometido. No es correcto, al menos en mi país no se considera correcto habitar bajo el mismo techo. Esto no es la selva, *ma chérie*. Aquí hay exigencias y conveniencias sociales...

—Piensa usted en todo. Se preocupa de cosas que para mí no existen: el mundo, la sociedad, todo ha terminado para mí...

—Cruzó usted el país para librar su nombre hasta de la sombra de una sospecha. Puesto que la amo, no tengo derecho a pedir a nadie que me considere como a su propio padre. Además, hay muchas cosas que hacer en Río de Janeiro y debo comenzar cuanto antes...

—Belot... mi único amigo... ¡Piense usted que sola me deja!

—Vendré a verla con toda la frecuencia que usted lo desee. Llámeme al hotel Palatino en cualquier momento. Pero no se considere ligada a mí. Que su alma fuerte y valerosa halle por sí misma su camino dejando el pobre abrigo de mi amistad, como el viajero que cruza el desierto, debe salir de la tienda de campaña para hallar su ruta mirando las estrellas...

—¡Belot!

—A sus pies, *madame*...

Se ha inclinado para besar su mano. Después su simpática figura se aleja a través de la terraza, donde queda Verónica mirándole sin verlo, porque todo para ella, el cielo azul, el hombre que se aleja, el maravilloso panorama que se extiende a sus plantas, se borra fundiéndose en el recuerdo de unos ojos, ojos sombríos y ardientes, dolorosos como un remordimiento; ¡del gris color de la nostalgia!

\* \* \*

—¡Johnny!

Transida el alma de dolor y de angustia, cubierto el rostro con las manos, Johnny ha referido a sus padres el trágico accidente que costara la vida a Virginia, mientras abrazada a su esposo, tiembla de angustia doña Sara.

Están en la salita del juzgado, donde a Johnny le ha sido preciso prestar declaración y muy cerca del lugar donde un médico forense examina el cuerpo despedazado de la que fuera novia feliz unas horas antes...

—¡Dios mío! ¡Dios mío... pero es horrible!

—A veces el destino resulta ser el juez más implacable.

—No, padre.

Cortando sus palabras, doña Sara se ha acercado a su hijo...

—No te consideres culpable, ¡no lo eres! No hay hombre mejor que tú sobre la tierra. No te consideres culpable o me matara a mí el remordimiento de haberte impulsado a esa boda que nunca deseaste. Fui yo la ciega, fui yo la torpe. Si alguna conciencia debe sentirse manchada con todo esto, es la mía y no la tuya, Johnny...

—Por favor, basta. Basta... A nada conduce atormentarnos hasta enloquecer, cuando ya nada se puede remediar... Hay que tener serenidad, hay que mirar las cosas bajo su luz real, no por nuestros sentimientos exaltados. Todos fuimos víctimas de un horrible engaño. La mala acción de Virginia fue como una piedra que se tira desde lo alto y baja rebotando, hiriendo a unos y a otros; que nadie sabe nunca ni puede medir al lanzar una mala acción hasta donde pueden llegar sus consecuencias... Por una vez la vida ha sido justiciera y la víctima mayor fue la única, la verdadera culpable de tanto daño...

La puerta se ha abierto, dando paso a Julio, hacia el que van todas las miradas...

—Dentro de un momento vendrá el secretario del juzgado...

—¿Dictaminaron ya?

—Eximiéndote de toda responsabilidad, Johnny...

—Cómo...

—He hablado con el juez, le he puesto en antecedentes de ciertas cosas que era necesario que él supiera...

—¿Qué estás diciendo?



—Es una persona excelente... Antiguo amigo de mi casa. Se dio cuenta de todo sin que apenas tuviera yo que hablar. Me ha prometido detener en lo posible los comentarios...

—¡Cómo pagarte, Julio, hijo mío!

—Nada hice que no fuera justo, además, Johnny es para mí un hermano, señora, y creo sinceramente que ninguna culpa puede echársele. Vamos de aquí... salgamos. Es preciso sobreponerse a todo esto, Johnny. Piensa que peor hubieran podido ser las cosas...

—Así es... Volvamos a casa.

—Queda un detalle. Es doloroso, pero no tengo más remedio que preguntar, ¿el cadáver de Virginia?

—¡Era una Castelo Branco! Su cuerpo descansara en la capilla familiar. Haremos decir cincuenta misas por el descanso de su alma y de todo corazón podremos llorar por esa pobre vida extraviada, que tomó torpemente el camino del mal...

\* \* \*

¡Trae *whisky*! Un vaso grande y deja la botella...

El elegante mozo se ha inclinado alejándose, para volver un instante después con el pedido de Demetrio. Es en el rincón más apartado del lujoso bar del hotel Palatino... y son ya las once de la noche de aquel día tan pródigo de acontecimientos. De tres sorbos ha apurado Demetrio el contenido del ancho vaso casi lleno, para quedar después más sombrío que nunca, más ensimismado, sin notar los pasos del hombre que se acerca a él, mirándole como si quisiera considerar y medir la angustia de su alma...

—Yo que usted, bebería más despacio, *monsieur* San Telmo...

—¡Belot!

—Y bebería algo menos violento... El *whisky* acabará por abrasarle las entrañas...

—¿Dónde está Verónica? La he buscado por todos los hoteles de Río. He recorrido todos los de la playa Copacabana... he preguntado también en las agencias de pasajes... ¿Dónde la escondió usted?

—¿Puedo sentarme a su lado?

—Me es indiferente la posición que tome, lo único que le exijo es que me responda en el acto...

—¡Garzón! Una botella de *champagne* francés, *demi-sec*, bien helado...

—¿Dónde está Verónica, *monsieur* Belot?

—Donde ella quiso estar. En un lugar apartado, tranquilo, donde sus pobres nervios hallen el reposo indispensable. Yo la traje primero a este hotel; pero ella se

negó a entrar.

—¿Qué lugar es ése a donde usted la ha llevado?

—Un lugar modesto, aunque absolutamente honorable, como usted comprenderá...

—No es eso lo que estoy preguntado. Quiero saber exactamente su dirección, y la pregunto con todos los derechos que me asisten, puesto que se trata de mi esposa...

—No soy yo, *monsieur*, es ella la que discute esos derechos... la que no quiere verle a usted...

—¿Está usted seguro?

—Y usted también...

—Es verdad. Aunque me debata desesperadamente, aunque me sienta enloquecer, de celos y de rabia... ¡Celos, sí celos! Ya no soy capaz de ocultar ni los sentimientos que deberían avergonzarme. Ridículos celos, hasta de usted, *monsieur* Belot...

—Su afirmación no es muy halagadora. Menos mal que mi amor propio está curado de espanto. Ya sé que no somos los hombres como yo, los que hacemos el papel de primeros galanes, sobre todo tratándose de mujeres como Verónica de Castelo Branco; pero a veces hay sorpresas en la trama de las obras mejor hilvanadas y la primera actriz acepta al actor enérgico a despecho del protagonista...

—¿Qué trata de decirme?

—Su esposa desea el divorcio. ¿Lo esperaba usted?

—Por desgracia, lo esperaba. Sé que ha dejado de amarme... es más, sé que me odia, que me desprecia, que no ha querido comprender toda la fuerza de este amor capaz de enloquecerme...

—Ella no se queja de su amor, ¡sino todo lo contrario! Pretende que usted no la amó nunca...

—Pero ¿está loca?

—Dice que ni una sola de sus palabras deja de estar manchada de rencor. Asegura que una sombra de odio ha nublado cada una de sus miradas, y paladea el sabor amargo de sus relaciones desde el primer día...

—¡Es verdad! Es verdad... fui un loco, un ciego, un insensato; pero la he amado, y la amo, como ningún hombre sobre la tierra es capaz de amarla, con todas las potencias de mi espíritu, con todas las fuerzas de mi alma, con toda el ansia de mi desesperación... La amo tanto, que sin ella la vida para mí es imposible y viene usted a decirme que renuncie a ella, que la he perdido para siempre, que ni siquiera me permite verla ni hablarle...

—¡Comprendo perfectamente lo que sufre su alma! Pero si le sirve de consuelo le diré que ella también sufre, y con menos culpa que usted y que nadie...

—Lo sé... lo sé... Pero aunque no me quiera, aunque me obligue a devolverle su libertad, esa libertad que no soy capaz de negarle; porque habré sido un loco, pero no soy un miserable... aunque se aparte de mí para siempre, hay algo que no puede negarme... El derecho de verla, de hablarle, escuchar de sus labios mi sentencia

definitiva. Que me escuche por última vez antes de condenarme a muerte, porque sin ella no quiero ver la luz del sol...

Se ha puesto de pie en ademán desesperado, pero en la puerta del desierto bar, como en otra noche memorable, acaba de aparecer Julio Estrada que va directamente a ellos...

—¡Ingeniero San Telmo! Al fin doy con usted, llevo horas buscándole...

—¿Cómo?

—Vengo en nombre de don Teodoro de Castelo Branco. Debo hablarle a Verónica... ¿Dónde está? ¿Quiere usted permitirme que la vea en el acto?

—Aunque le parezca a usted absurdo, no soy yo quien pude decirle donde está...

Ha mirado con rencor al francés, que puesto de pie inclina la cabeza en correctísimo saludo.

—¿A quién tengo el honor de hablar?

—El señor Julio Estrada, el señor Francois Belot...

—Oh, Belot... ¡ya recuerdo! ¿Sabe usted acaso dónde está Verónica?

—Es para mí una gran pena negarme a la solicitud de *monsieur* de Castelo Branco; pero no es mi voluntad, es la de la propia *madame* San Telmo la que me obliga a ocultar el lugar donde se ha refugiado...

—¿Sabe ella que Virginia de Castelo Branco ha muerto esta tarde trágicamente?

—¿Muerto? ¿Qué está usted diciendo?

—Podemos decir que por su propia mano, aunque no creo que tuviera intenciones de matarse. Guiando su convertible se estrelló contra un tren...

—¡Oh... oh!

—El cuerpo quedó destrozado. El propio Johnny que iba tras ella recogió los restos que están ya en la capilla del palacio de los Castelo Branco y descansarán en el panteón familiar. Esto es lo que don Teodoro considera necesario que sepa Verónica, y usted mismo. Me atrevo a hacer extensiva la invitación a *monsieur* Belot, de pasar por la capilla antes de mañana a las cuatro de la tarde, que es la hora señalada para el entierro.

Demetrio ha vuelto a sentarse, apretadas las mandíbulas, cerrados los puños, incapaz de articular una palabra, mientras Julio Estrada se vuelve al francés...

—¿Puedo contar con que Verónica sepa todo esto?

—Iré a decírselo inmediatamente, *monsieur*. Dígaselo así y presente mis respetos a *monsieur* de Castelo Branco, a quien espero ver esta misma noche.

—Gracias, hasta la vista entonces...

Ha mirado a Demetrio sin atreverse a dirigirle la palabra, tan extraño y patético es su gesto. Luego se aleja muy deprisa a través del bar, mientras el francés pensativo, vuelve a sentarse y apura lentamente su copa de *champagne*.

—Ahora todo es diferente, *monsieur* San Telmo...

—¿Cómo... qué?

—La providencia se ha encargado de castigar y es un descanso para todos

comprobar que las maldades de esta terrible *mademoiselle* han terminado. Pero Johnny de Castelo Branco ha quedado libre, acaso esperando una felicidad que compense todas sus penas y dolores.

—Una felicidad que seguramente usted piensa que el merece más que yo.

—No he dicho tanto...

—Usted seguramente estará de su parte...

—Oh, no, *monsieur* San Telmo. Yo no estoy sino de mi propia parte, y si tuviera menos experiencia de la vida, me sentiría el hombre más dichoso de la tierra.

—¿Qué está usted diciendo?

—*Madame* San Telmo me ha concedido la inmensa gracia de aceptar mi proposición de matrimonio.

—¿Qué?

—Se lo advierto con toda lealtad. Y ahora voy a buscarla...

—¿Dónde está?

—Esta noche, estoy seguro que Verónica irá al palacio de los Castelo Branco, y usted también está invitado.

—Quiere decirme...

—Algo que debería usted pensar por su propia cuenta; pero yo no sé hacer la guerra de emboscadas... peleo a campo abierto y con armas de caballero. Esta noche podrá usted verla y hablarle... aunque ella ha decidido ya. Y ahora con su permiso, *monsieur*, queda usted en libertad de seguir bebiendo su horrible *whisky* hasta emborracharse totalmente.

De un manotazo Demetrio ha apartado el vaso y la botella, poniéndose de pie con violento ademán...

—¿Pretende usted burlarse de mí?

—¡Oh, no! Tengo la seguridad de que a pesar de todo, no le quiero mal. Si le quisiera mal, nada más fácil con este telegrama, que presentar una denuncia contra usted por el robo de mi lancha.

—¿Qué?

—No pienso usar esta arma, a menos que me obligue a ello empleando los violentos procedimientos que acostumbra.

—Supongo que debo darle a usted las gracias...

—Ahórrese la molestia si quiere, pero recuerde que contra la razón de la fuerza, está la fuerza de la razón y que al corazón de una mujer no se llega con las armas en la mano...

## Capítulo 29

¡Verónica!

—¡Verónica, hija mía!

Uno tras otro, profundamente conmovidos, doña Sara y don Teodoro de Castelo Branco han abrazado a Verónica, reteniéndola largo tiempo entre los brazos. Es en un pequeño saloncito anexo al gran *hall* del palacio. Vestida de negro, fina y pálida, mucho más conmovida de lo que quisiera demostrar, nunca ha estado Verónica más bella que en aquel instante...

—Gracias por haber venido, *monsieur* Belot.

—Yo soy el honrado al pisar esta casa.

—¡Hija querida... son tantas las cosas que quisiera decirte!

—No digas nada, tía Sara; no es necesario...

—Sí lo es, hija mía. Tampoco yo encuentro las palabras, confío en que tú misma sepas adivinarlas, y entiendas con cuánto dolor, con cuánta sinceridad necesitamos que nos perdone...

—Tío Teodoro; por favor, calla... calla...

—Absolutamente preciso que sepas cuánto te queremos y qué felices nos sentimos viéndote volver a esta casa...

—Mi lugar no está aquí ya.

—Siempre lo estuvo, aunque comprendo perfectamente lo que quieres decir; eres la esposa de Demetrio de San Telmo. Por las palabras de él esta tarde, he creído entender que sinceramente te ama...

—Mis relaciones con Demetrio han terminado. *Monsieur* Belot se encarga de gestionar el divorcio.

—¿Es posible? ¿Totalmente rompiste con él?

—*Monsieur* Belot podrá informarles. Yo, si me lo permiten, llegaré a la capilla un instante.

—Yo te acompañaría, hijita; pero no tengo fuerzas para estar allí...

—Ven conmigo.

—No es necesario.

—Sí lo es. Además, quiero hablarte, quiero decirte muchas cosas que ya te había escrito en una carta, que bien comprendo ahora, no llegó jamás a tus manos... muchas cosas que ignoras y debes saber.

—¡Verónica!

—¡Johnny!

Silenciosamente, como empujados por un impulso irresistible, Johnny y Verónica se han abrazado, y doña Sara de Castelo Branco envuelve a Teodoro y *monsieur* Belot en una mirada demasiado expresiva para que ellos no comprendan la necesidad de retirarse...

—¿Quiere usted pasar conmigo al comedor, *monsieur* Belot? Allí nos reuniremos

con Verónica dentro de un momento. Teodoro también viene con nosotros...

—Sí, señora, usted manda. Hasta dentro de un momento, Verónica...

—Me reuniré con ustedes en un instante, amigo mío.

Una vez a solas, Verónica se ha separado de Johnny para contemplarle con profunda mirada, mientras él palidece aún más...

—¿Sabes cómo fue? ¿Te han contado?

—No pienses ahora en eso...

—¿Sabes que me considero absolutamente responsable?

—Estoy absolutamente segura de que no lo eres.

—Quise matarla... la hubiera matado, estoy seguro.

—Tal vez... Hay un momento en que todos somos capaces de lo peor; pero estoy segura de que en el último momento, no hubieras llegado a manchar tus manos de sangre. Hubieras sabido despreciarla; pero ahora no pienses más en eso, no te atormentes más. Si Dios quiso librar a tu conciencia de esa carga, ¿qué prueba más patente quieres de su justicia y de su bondad? Virginia merecía la muerte. Hubieras tenido derecho a matarla. Dios te libró del duro papel de verdugo. Nada debe turbar la paz de tu alma...

—Verónica... tus palabras me calman, me consuelan, ¡me animan como las de nadie! Todo me parece distinto a tu lado... todo menos el desconcierto de esta pobre vida mía, con la que ya no sé que hacer...

—¡Hay tanto que hacer en el mundo, sin embargo!

—No creo servir para nada...

—Servirás para todo, cuando te lo propongas. Si vieras nuestro país, si viajaras por esos pueblos, por esas aldeas que parecen pedirnos nuestro esfuerzo para progresar, si midieras todo el bien que puede hacerse con tu talento, con tu fortuna, con tu voluntad...

—¡Verónica!

—Prométeme que sabrás reaccionar... que olvidarás las visiones que hoy te atormentan, que irás valientemente hacia el porvenir, sabiendo como sabes, que eres todo para tus padres...

—Sí, Verónica, sólo de oírtelo decir a ti, me parece que nada es imposible. No sé que hay en ti... ¡bendita seas! En tu voz, en tus palabras, en tu mirar, en la divina fuerza espiritual que emanas...

—¡Johnny... por Dios!

—No te asustes. De mi pobre amor no voy a hablarte la...

—No es eso, Johnny...

—Sí, es eso. Bien veo en tus ojos la enorme piedad que te inspira mi desgracia; pero no me amas... nunca me has amado, jamás podrás amarme...

—Johnny, mi amigo, mi hermano... el más noble y generoso de los hombres...

—Gracias por creerlo y por decirlo. Me hace mucho bien escucharlo; pero óyeme, Verónica, óyeme y trata de ver claro en tu corazón, como yo veo en el mío...

—Pero ¿cómo puedo ver claro si mi corazón es un torbellino que no sabe lo que quiere ni adónde va? Huir, huir... alejarme es el único anhelo que me sacude hasta las entrañas...

—Alejarte... ¿de qué? ¿De quién?

—De todos... de mí misma. Me hubiera marchado de Río para siempre sin ver a nadie, pero calculé cuánto debías sufrir y me fue necesario venir a tu lado...

—¿Alejarte de Río dijiste? ¿Vuelve Demetrio de San Telmo a llevarte a la selva?

—Entre Demetrio y yo todo ha terminado...

—¿Qué estás diciendo? Entonces, no fue mentira lo que me dijo Julio Estrada... Demetrio no sabía donde estabas tú, te buscaba desesperado. ¿Te has negado a perdonarle?

—Le he perdonado de todo corazón. Le deseo la mayor felicidad del mundo...

—¡No será si me alejas de ti, Verónica!

—¡Demetrio!

—Perdóname que haya entrado sin hacerme anunciar. Las puertas estaban abiertas, los criados demasiado atareados para reparar en un amigo más, y les vi a ustedes a través de esa ventana.

Demetrio ha avanzado hasta el centro de la estancia. Bajo su traje gris de corte impecable ha vuelto a ser el Demetrio que un día encendiera el amor de Verónica; pero en sus pupilas grises, atormentadas, de honda mirada penetrante no se enciende ya aquel terrible fuego delator de la horrible lucha de su alma. Ahora sus ojos grises son sólo profundamente tristes, inmensamente desesperados...

—Demetrio... ¡No esperaba encontrarte aquí!

—Yo sí, Verónica. He venido para hablarte.

—No es éste el lugar ni el momento...

—Puesto que no me das otro, este tendrá que ser... y delante de Johnny si él quiere escucharlo. No será su presencia la que me detenga, al contrario...

—¡Soy yo la que no quiere oírte... soy yo la que me iré de aquí inmediatamente, si sigues insistiendo!

—¿No puedes tener ni un poco de piedad?

—¿De ti?

—De mí, sí... de mí... Ya sé que puedes responder que no merece la piedad quien ha sabido ser como yo, despiadado. Ya sé que recordarás cada uno de los horribles días de nuestro matrimonio; pero quiero que al mismo tiempo recuerdes cuánto yo mismo he sufrido, que con ser tanto no es nada si lo comparo con lo que estoy sufriendo ahora... cuando te oigo decir que entre nosotros todo ha terminado, que no podrás perdonarme jamás, que has dado a otro hombre tu palabra de matrimonio...

—¿Qué está usted diciendo?

—¿Acaso no es verdad? ¿Mintió Belot al afirmar que ibas a ser su esposa apenas nos divorciáramos?

—¡Belot! ¿Ha dicho usted Belot? ¿Quiere decir que es Belot con quien vas a

casarte?

—Dime que no es cierto, Verónica, ¡niégalo!

—No puedo negarlo. Respondí que sí a su proposición de matrimonio. Perdóname, Johnny, por destrozar por segunda vez tu alma. Ni siquiera sabía que eras libre cuando di esa palabra, ni siquiera pensé en la posibilidad de que pudieras seguir amándome...

—¡Verónica! Mi Verónica...

—Oh, déjenme los dos. ¡Déjenme... por piedad!

Ha ganado la puerta y se aleja, como si no pudiera soportar más. Siente que se ahoga, que el aire le falta y va hacia el jardín lateral cruzando el *hall*...

—¡Verónica!

Johnny ha hecho ademán de detenerla; pero Demetrio de San Telmo va tras ella y Johnny sólo da unos pasos vacilantes, mientras una figura desconocida le sale al encuentro...

—¿Y Verónica, *monsieur*?

—¿Qué?

—Francois Belot, para servirle... Verónica quedó con usted, ¿verdad? ¿Dónde ha ido?

—*Monsieur* Belot... ¿usted es *monsieur* Belot?

—Ya he dicho que a sus órdenes, *monsieur*; pero no ha respondido a mi pregunta... ¿Dónde está Verónica?

—Fue hacia el jardín... y San Telmo tras ella...

—¡Oh, la la!

—No me ama, nunca me ha amado... nunca me amará; pero cree en mí, *monsieur* Belot. Me supone capaz de hacer cosas bellas, cosas útiles, cosas grandes... Para mí sólo será siempre la hermana y he de aceptarlo, he de aceptarlo...

—*Monsieur* Castelo Branco... sé perfectamente lo que siente usted...

—¡Pero tampoco a usted le ama!

—¡Oh, caramba! ¿Se lo ha dicho ella?

—Ella sólo ha dicho que le ha dado su palabra, la palabra arrancada en un momento de desesperación, de soledad, cuando sólo usted estaba al lado de ella, cuando la tenía usted atada y ligada con la fuerte cadena de la gratitud, cuando pensaba que no tenía otro medio de pagar cuanto ha hecho usted por ella...

—Creo que usted está hablando demasiado, *monsieur*...

—¿No le gusta oír verdades amargas?

—No me gusta oír afirmar cosas que no son verdad.

—¿No es verdad cuánto he dicho?

—No... Verónica me dio su palabra sin presión de ninguna clase. Me la dio antes de lo que yo esperaba... es cierto, precipitadamente, pero con absoluta libertad...

—¡No puede ser! Ella no ha amado más que a un hombre: Demetrio de San Telmo... y si por orgullo no lo perdonara, si en un arranque de dolor o de soberbia, o



de gratitud, se casara con usted, sería terriblemente desgraciada, y eso es más de lo que yo puedo soportar, *monsieur* Belot... ¿Entiende usted? Yo puedo renunciar a ella, mirarla como se mira a una estrella lejana, pero no podría saber que no es dichosa, ¡no podría pensar que otro le arrebató por egoísmo la felicidad!

—Sigue usted juzgando mal gratuitamente, *monsieur*. Nunca sería capaz de una cosa semejante.

—¡Lo está siendo!

—No. Hubiera podido luchar con mejores armas. Hubiera podido impedir que ustedes la vieran, que ustedes le hablaran y sin embargo, yo mismo le traje aquí... a donde forzosamente tenía que verlos y hablarles...

—¡Quién sabe con qué intención!

—Con una sola. Con la de que hallará por sí misma su verdadero camino. Si ella sigue amando a San Telmo, no seré yo el obstáculo. Nada bajo, nada sucio, nada desleal haré para que sea mía; pero si cae en mis manos como un regalo maravilloso, si viene a mí, como podía venir una estrella, no seré yo quien deje de extender los brazos; porque rechazar la dicha es peor que un pecado. Es una estupidez, *monsieur* Castelo Branco...

Johnny se ha dejado caer en el sofá y allí permanece inmóvil, como aplastado bajo el peso de sus pensamientos, mientras Belot, con exquisita cortesía se inclina para preguntarle...

—¿Dice usted que fueron al jardín?

—Sí...

—Con su permiso... trataré de encontrarlos...

—¡Haga lo que guste!

—Ya veo que usted se considera eliminado.

—Hace mucho tiempo que renuncié a ser feliz...

—Eso es más fácil a los veinte años que a los cuarenta... pero si es necesario, procuraré imitarlo.

\* \* \*

—¡Verónica... Verónica! ¡Óyeme, por piedad!

Verónica se detiene, ella misma no sabe por qué fuerza extraña, en la propia avenida de las magnolias, a pocos pasos de los bancos de mármol que hace resaltar más blancos la luz de la luna fría y clara...

—Todo está hablado entre nosotros, Demetrio.

—Aún hay algo... que no me has permitido decirte; algo en lo que no has querido pensar...

Se ha adelantado a ella cerrándole el paso, mirándola con infinita ternura

dolorosa, mientras Verónica lucha por conservar su actitud fría y hostil...

—Al peor de los criminales se le permite defenderse antes de condenarlo...

—¡No estoy condenándote a nada! Estoy devolviéndote tu libertad...

—¡Me estás condenando a muerte, Verónica!

—¿Qué?

—Demasiado sabes que sin ti no seguiré arrastrando la vida miserable...

—¿Miserable por qué? ¿Qué te falta para ser un hombre feliz? Juventud, salud, dinero, atractivos personales lo bastante fuertes para hacerte amar de una mujer a quien odiabas...

—¡Verónica!

—¿Qué no será frente a una a quien ames?

—¡Frente a una a quien amo más que a mí mismo, soy el más desdichado de los hombres! Frente a una que es mi vida entera, soy el mendigo inoportuno, que se aparta para que no nos moleste más. Frente a una a quien idolatro hasta colocarla en un altar, soy menos que un gusano al que se aplasta con el pie...

—¡Demetrio!

—Eso he sido desde que llegué a Río de Janeiro; eso soy en este momento y ¡así me estás tratando!

—Exageras bastante. Pero ya me doy cuenta de lo que sufrirás tú, acostumbrado a hacer siempre lo que deseas, a conseguir lo que se te antoje, a llevar a feliz término los más descabellados planes, a jugar como te place con el corazón de las gentes, a despertar amores canalizando el sentimiento de otros, para tus fines particulares...

—¡Eres cruel, Verónica!

—Cruel... quizás. En todo caso será porque tú me enseñaste a serlo. Te confieso que no deja de ser agradable ver encrespase tu orgullo delante del primer obstáculo que se alza en tu camino.

—Mi orgullo no es más que una alfombra a tus pies, Verónica... Puedes pisotearlo como te plazca... ¡y con qué placer lo haces!

—Con alejarte de mí tienes lo bastante.

—No me alejaré aunque un millón de veces me rechaces... No te dejaré hasta que hayas comprendido hasta qué punto mi corazón es ahora sincero, leal, diáfano. Pero si fue sincero desde el primer día. Pero si me traicionó desde el primer instante. Yo no te engañé, yo no fingí que te amaba. Te amaba realmente... con tal fuerza, con pasión tan desesperada que llegó hasta ti por encima del falso hielo de mi rencor, por encima de mis planes de venganza... ¿Es que no te acuerdas de mis besos? Ellos te decían lo que callaban por decoro las palabras. Esos besos en los que te di mi alma, toda mi alma...

Se ha dejado caer en el banco de mármol. La frente abatida, baja hasta apoyarse en las manos y Verónica piensa que debe huir, que debe alejarse, pero no puede hacerlo. Es como si sus pies se hubieran vuelto de plomo, como si algo ajeno a su voluntad, moviera sus manos y sus palabras.

—¡Tus besos también fueron falsos!

—¡No... no! Eres lo bastante mujer para saberlo, para estar segura... Mientes al decir que crees que no te he amado, demasiado sabes que te idolatré siempre. Nunca te negué mi amor desesperado. Es más, si no te hubiera amado como te amaba, ¡no me hubiera casado contigo!

—¿Qué nuevo engaño, qué nueva farsa estás representando?

—Yo mismo lo ignoraba; pero no fue por odio, fue por amor por lo que uní nuestros destinos, atándolos con lazos que sólo la muerte pudiera romper...

—¿Qué?

—Yo pude jurar enloquecido vengar la muerte de mi hermano, yo pude llegar a esta casa buscando a la mujer que le había traicionado; pero te juro que si hubiera sabido la verdad, si esa mujer hubiera sido Virginia, no le hubiera hablado de amor. No hubiera ideado ese plan de venganza descabellado, como con razón dijiste antes. Me hubiera limitado a desenmascararla, a echarle en cara su infamia, a hacerle saber que había despreciado la mina más rica de Matto Grosso pero no hubiera quemado mi vida en la hoguera de la venganza. Si lo hice fue porque ya mi vida entera te pertenecía sin remedio. Porque sabía que eras la única mujer a quien yo podía amar para toda la vida, y, al estarme vedada, quise hundirme contigo en el infierno... ¿no lo comprendes? ¿No lo ves? ¿No lo sabes?

—¡Demetrio... Demetrio! ¡Júrame que lo que estás diciendo es verdad!

—¡Te lo juro por el recuerdo de Ricardo!

—¡Demetrio!

—Verónica, mi vida, mi alma. Haré lo que tú quieras... no habrá esfuerzo, no habrá sacrificio, no habrá expiación que yo no sea capaz de aceptar; pero no me rechaces, no me digas que nunca podrás amarme, no me digas que tu amor ha muerto, que es peor que si el sol se apagara...

—No tengo ya derecho a perdonarte. He dado a otro mi palabra... al que me protegió en la hora más amarga de mi dolor, al que fue en mi abandono mi único amparo. ¡No puedo serle desleal!

—¡Yo le hablaré, Verónica! Le hablaré y tendrá que comprender. Es un hombre noble, es un hombre honrado...

—¡Razón de más para que yo no sea desleal!

—Me arrastraré a sus pies. Sabré suplicarle, sabré hacerle comprender que sin ti no es posible para mí la vida... Si sólo es eso lo que te hace rechazarme, yo estoy seguro que *monsieur* Belot...

—¿Pronunció usted mi nombre, *monsieur* San Telmo?

—Belot... amigo mío...

—¡Amigo suyo! Ha dicho usted la palabra exacta... su mejor amigo y el más dichoso de ver que por fin llega para usted la felicidad...

—¡Belot!

—Perdóneme haber estado escuchando; pero me importaba demasiado...

—Belot, le suplico...

—No me suplique nada, *monsieur* San Telmo. No es necesario. Nunca pensé arrebatarle a su linda esposa...

—¿Qué dice usted?

—Recuerde que se lo di a entender la primera vez que se puso celoso en mi viejo hotel de Cuyabá. Lo que le dije entonces debo repetírselo ahora...

—*Monsieur* Belot... no siga usted mintiendo...

—Mentía antes, *ma chérie*. Ahora estoy en lo cierto. Mire usted estas arrugas, estas canas. Antes de diez años seré un viejo y usted una mujer aún más espléndida de lo que es hoy, si cabe. Seríamos algo demasiado desproporcionado, algo sin sentido. Es usted por suerte demasiado mujer para hallar en esas condiciones la felicidad, y yo no soy lo bastante egoísta, para poder ser dichoso a costa de su sacrificio...

—¡Amigo mío!

—Fue gracioso que yo me declarara a usted en aquel viejo hotel del camino del Pan de Azúcar. Usted necesitaba hacer algo. Se tranquilizó al aceptarme... Todo se ha hecho como debía hacerse; pero ahora, pasaron las nubes, pasó la noche negra, el sol ha llegado... ¡Sean ustedes felices!

—¡No tengo palabras con que darle las gracias, Belot!

—¡Oh, la la! Las palabras no hacen falta. Ahora sé que va usted a hacerla todo lo dichosa que ella merece, y que cuando pasen por Cuyabá se detendrán en mi hotel por lo menos una semana. Ahora voy a dormir unas cuantas horas... es muy tarde. A primera hora debo estar en el juzgado para retirar cierta denuncia por el robo de una lancha automóvil. La juventud y el amor son breves... No malgasten más las horas de felicidad...

Se ha ido sin que ellos hallen gesto ni palabra en la enorme emoción que les domina... Apenas han notado que va cada vez más deprisa. No se han dado cuenta de que al trasponer la verja se ha enjugado una lágrima. La juventud y el amor gritan demasiado fuerte en sus corazones apasionados...

—Verónica... mi vida, mi alma... ¿Me perdonas?

—¡Te amo!

FIN DE LA OBRA



CARIDAD BRAVO ADAMS (Tabasco, México, 1904 - Ciudad de México, México, 1990). Fue una escritora que dedicó su vida a la creación de historias de corte dramático y romántico para el radio, cine y televisión. Su obra incluye cuatro libros de versos, treinta y ocho novelas y dos obras de teatro.

Nació en México pero siendo hija de actores cubanos, pasó la mayor parte de sus primeros años en Cuba. A los 16 años publicó su primer libro de poemas.

En los años 30 del siglo pasado, radicó una larga temporada en México, donde se dedicó al periodismo cultural y a la actuación. Por esa época formó parte de la mesa directiva del Ateneo Mexicano de Mujeres.

Posteriormente regresó a Cuba donde tuvo durante 4 años un programa de radio titulado: *La novela del aire*, proyecto para el que escribió varias piezas melodramáticas entre las que destaca la obra *Yo no creo en los hombres*, primera de una serie de historias que la convertirían en la autora de ese género más popular en Latinoamérica.

Cuando Fidel Castro ascendió al poder, se exilió en México, donde escribió la mayor parte de su obra novelada. Como ejemplos destacan: *La mentira*, *El amor nunca muere*, *Corazón salvaje*, *La intrusa*, *Lo imperdonable* y *Bodas de odio*.

A lo largo de su carrera recibió diversos premios por su trabajo, principalmente en la radio. La mayor parte de sus novelas han sido adaptadas exitosamente tanto al cine como a la televisión mexicana y de otros países de habla hispana.

Falleció a los 86 años de edad a causa de un paro cardíaco.

En 1981 concedió una entrevista en la que señaló:

«Me niegan el pan y la sal porque escribo para la radio y televisión... En realidad yo no escribo para que me den el Premio Nobel —pobre de mí— escribo para llegar al pueblo, a la gran masa humana, a tanta gente que necesita una hora de distracción...».